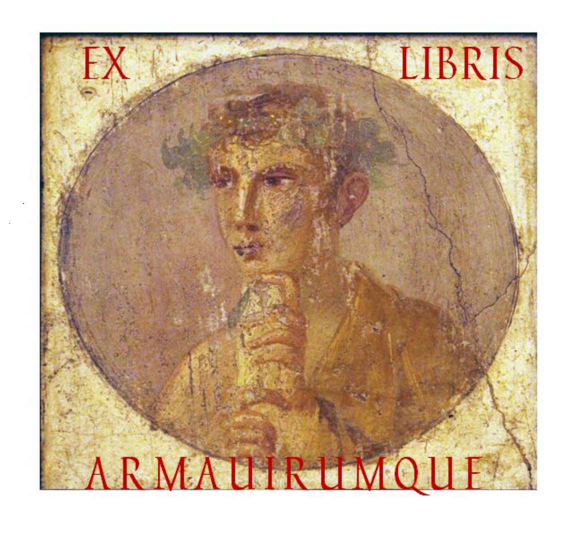
COMEDIAS II

Plauto

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 218



PLAUTO

COMEDIAS

II

LA COMEDIA DE LA ARQUILLA – GORGOJO – EPÍDICO – LOS DOS MENECMOS – EL MERCADER – EL MILITAR FANFARRÓN – LA COMEDIA DEL FANTASMA – EL PERSA

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MERCEDES GONZÁLEZ-HABA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ ANTONIO ENRÍQUEZ GONZÁLEZ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.

Depósito Legal: M. 9221-1996.

ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.
ISBN 84-249-1801-0. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996. — 6800.

NOTA TEXTUAL

Relación de pasajes en los que se utiliza otro texto que el de Lindsay[1].

CISTELLARIA

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
368	Texto lagunoso.	Completado en parte según conjetura de Schoell, al que sigue Ernout.

CURCULIO

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
	noli	*nolo,* Ernout, según Goetz.

[1] La elección de otro texto no implica siempre un juicio positivo sobre el mismo, sino que se acepta como solución provisional para los fines de la traducción.

EPIDICUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
365	*si quid*	*Siqui,* Ernout, según Camerarius.
471-472	pe. *habeas licet.* mi. *conciliauisti pulchre.* pe. *Heus!*	pe. *Habeas licet: conciliauisti pulchre. Heus!,* Ernout.
541[a]	*perpulit* (en ap. cr.: *pepulit* P *fort. recte)*	*pepulit,* Ernout.
721	⟨*me*⟩ *meruise*	† *meruisse,* Ernout según la tradición.

MENAECHMI

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
124	*hodie ducam scortum ad cenam atque aliquo condicam foras*	*hodie ducam scortum atque aliquo ad cenam condicam foras,* Ernout según Acidalius.
165		Traducción según el texto completado según conjetura de Leo.
434	Mes. *opus est-* Men. *scio ut ne dicas*	⟨Me⟩ *Opus est. Scio ut me dices,* Ernout.
572	*molesto atque multo*	*molestoque multum,* Ernout según una parte de la tradición.
584[a]	Texto corrupto.	Completado según los mss. italianos, como base para su traducción, por Ernout.
686	*quia*	*quae,* Ernout según Bothe.
694	*frustra me*	*frustra*⟨*'s*⟩ *me,* Ernout según conjetura de Ritschl.

MERCATOR

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
16	*amatorum*	*maiorum,* Ernout.
17	Texto inseguro.	Se sigue el sentido de una conjetura de Gurlitt corregida por Enk.
895	*qui ego videam facis?*	*quin ego ⟨ut⟩ videam facis?,* Ernout y Enk, según los mss. italianos y la *ed. princeps.*

MILES GLORIOSUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
136	†*meorum*†	*verum,* Ernout según Camerarius.
450-451	*hosticum hoc mihi domicilium est, Athenis domus est atque erus*	*hos ⟨pi⟩tium hoc mihist, non domicilium: Athenis domus est Atticis,* Ernout según conjetura de Leo.
678	*liber sum autem ego; me volo vivere*	*liberum autem ego me volo vivere,* Lorenz.
799	*verbera,* según conjetura de Lindsay en el aparato crítico.	
894-895	*mala mille meres.* AC. *st! ne paue*	*mala mulier mers est.* AC. *ne paue.* Ernout según conjetura de Bentley.
1022	*properando... excrucior*	Texto inseguro, traducción según conjetura de Ritschl: *propera ⟨exspecta⟩ndo excrucior*
1045	*nunc quom illaec mi illi[c] conlaudat*	*nunc quom illaec me sic conlaudat,* Ernout según conjetura de Ritschl.

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
1158	*date modo operam*	Palabras atribuidas a Palestrión por Ernout según Bergk.

MOSTELLARIA

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
41	*canem, capram commixtam*	*caenum copro commixtum,* Ernout, según Schoell.
63	*date aes inhonestis*	*date si non estis,* Ernout y Collart según Sconnenschein.
293	*quid hic vos diu agitis?*	Ernout y Collart suprimen *diu* según Weise.
328[a]	*De. sino. Ca. sed et*	De. sino. Sed et, Ernout y Collart.
409	La mayoría de los editores suponen pausa (Lindsay) o hasta cambio de escena (Ernout, Collart) después del v. 407-408; otros (Ussing, Sonnenschein, la traducción de Binder-Ludwig) ponen el punto —sin cambio de escena— tras el v. 406; ésta es la solución escogida aquí.	
496		Verso completado por Schoell.
507-508		Distribución del texto entre los personajes según Sonnenschein, Ernout y Collart.
621	*iuben homini os verberarier?*	*iube in homini argento os verberarier,* Ernout y Collart.
625-628		van, según la propuesta de Ritschl, tras el v. 621.
720	Tr. *decet.* Si. *certe. quin*	Tr. *decet certe.* Si. *quin,* Ernout y Collart.
863		Corregido y completado por Pylades y Ritschl, a los que sigue Ernout.
864-865		Completado por Camerarius.

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
866		Completado por Ussing.
1000-01	Th. *hem!* Si. *nouom unum uidi*	Th. *hem, nouum!* Si. *Unum uidi,* Sonnenschein, Ernout y Collart.

PERSA

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
34^{b}-35	Sag. *quid nunc vis ergo et ego* ⟨*uolo*⟩. To. *emere amicum eqs.*	Sag. *Quid nunc vis ergo?* To. *Facere* ⟨*ami*⟩*cum eqs.,* Ernout y Woytek según una parte de la tradición.
46-47		La distribución del texto entre los personajes es insegura; se sigue el texto de Ernout.
60	*neque*	*atque,* Ernout según Leo.
120	*qui Argentumdonidest*	*cui argentum domi est,* Ernout y Woytek según Pylades.
203	So. *commorandust.* Pa. ⟨*standumst*⟩ *apud hanc obicem*	Pae. *Commorandust apud hanc obicem* ⟨*gradus*⟩, Ernout.
239	*at votita sum*	⟨*edictumst mihi*⟩, Ritschl y Woytek.
265		El texto está alterado y ha sido corregido en muy diversas formas; se sigue el texto de Ernout.
377	*si lubeat mihi*	*si liceat mihi,* Ernout y Woytek según el palimpsesto Ambrosiano.
840	*ni id effecit*	*nil effecit,* Ernout según Schoell y Brugmann.
857		Texto completado por Camerarius, al que sigue Ernout.

LA COMEDIA DE LA ARQUILLA

(Cistellaria)

INTRODUCCIÓN

La *Cistellaria,* una fina pieza con intriga característica de la Comedia nueva —su modelo es, según opinión general, una obra de Menandro, *Synaristosai*—, nos ha llegado desgraciadamente en un estado muy fragmentario, que haría imposible su puesta en escena, resultando también, por lo mismo, de difícil lectura.

Tras la escena inicial —un típico coloquio femenino en el que la joven Selenio cuenta sus penas a su amiga Gimnasio y a la madre de ésta, la cortesana Sira—, Sira misma y a continuación, en prólogo retardado, el dios Auxilio, nos dan el argumento de la obra: Demifón de Lemnos, siendo joven, ha violado en Sición a una muchacha, Fanóstrata, y se vuelve luego a su tierra, donde contrae matrimonio y tiene una hija. La muchacha de Sición da a luz una niña, que es entregada al esclavo Lampadión para que sea expuesta. Sira, cumpliendo un encargo de su colega Melénide, la recoge, mientras el esclavo la observa desde un escondrijo.

La mujer de Demifón pasa a mejor vida; él vuelve entonces a Sición y se casa con Fanóstrata, que le cuenta la exposición de la niña —Selenio—, y Lampadión, el esclavo que la expuso, recibe entonces el encargo de localizarla. Selenio está per-

didamente enamorada de Alcesimarco, un joven de buena familia, y ha conseguido de su supuesta madre, la cortesana Melénide, permiso para hacerle a él el único objeto de sus amores; pero el hombre compone y el padre de Alcesimarco dispone y descompone, pues lo quiere obligar a casarse con una joven rica, que es precisamente la segunda hija de Demifón, nacida de su matrimonio con la mujer de Lemnos. Al enterarse de ello, Melénide se lleva a su casa a Selenio y no quiere volver a entregársela a Alcesimarco, que en su desesperación se dispone a quitarse la vida. Pero Lampadión tiene éxito en su búsqueda: Selenio es reconocida como ciudadana libre, hija de Demifón y Fanóstrata, y el coro de los actores da cuenta al público del *happy end* de la comedia.

La alusión a la victoria de los romanos sobre los cartagineses en el v. 202 se toma como dato para fechar la obra poco antes de la batalla de Zama (202 antes de nuestra era).

K. von Reinhardstoettner da noticia de una imitación italiana de la *Cistellaria,* «Gl'incantesimi», de G. M. Cecchi (1518-1587).

ARGUMENTO

Un joven de Lemnos viola a una muchacha de Sición. Luego se vuelve a su patria, se casa y tiene una hija. La muchacha de Sición da a luz una niña. Un esclavo la coge y la expone y espera escondido a ver qué pasa. Una cortesana la recoge y se la entrega a otra. El joven aquel de Lemnos vuelve a Sición y se casa con la muchacha que había violado; a la hija nacida en Lemnos la promete a un joven que está enamorado de la muchacha expósita. El esclavo que la expuso la busca y la encuentra. Cuando se descubre que es una joven libre, Alcesimarco, que era ya su amante, se casa con ella.

PERSONAJES

SELENIO, cortesana.
GIMNASIO, cortesana.
SIRA [1], vieja cortesana, madre de Gimnasio.
El dios AUXILIO, personaje del prólogo.
ALCESIMARCO, joven.
TINISCO, esclavo.
Un viejo, padre de Alcesimarco.
LAMPADIÓN, esclavo.
MELÉNIDE, vieja cortesana.
FANÓSTRATA, madre de Selenio.
HALISCA, esclava.
DEMIFÓN, viejo.

La acción transcurre en Sición.

---

[1] El nombre de Sira para la cortesana madre de Gimnasio es una conjetura insegura de Studemund (a partir de FESTO, págs. 301, 352), que se utiliza aquí por motivos de comodidad.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

SELENIO, GIMNASIO, SIRA

SEL.— *(Saliendo de su casa con Gimnasio y su madre.)* Siempre te he querido yo mucho, Gimnasio de mi alma, y te he tenido por una verdadera amiga, y lo mismo a tu madre, pero lo que es hoy, me lo habéis hecho las dos bien patente: si fueras mi hermana, no hubieras podido tener más atenciones conmigo: creo que sería imposible si te digo lo que siento; hay que ver la de veces que lo habéis dejado todo de lado por atenderme; por eso, no sabes cuánto es el cariño y el agradecimiento que os tengo.

GI.— La verdad es que tal como tú correspondes, no le cuesta a uno el visitarte y el hacerte servicios. No digas, el agrado con que nos has ofrecido un almuerzo tan exquisito, desde luego que no lo olvidaremos tan fácilmente.

SEL.— Bien claro está con cuánto gusto lo he hecho y que estoy dispuesta a procurar siempre todo lo que me parezca que os va a complacer.

SI.— Yo digo como aquel que había hecho una travesía con viento favorable y la mar en calma: qué bien haber venido

con tan buen viento[2]; es que hay que ver, cómo nos han tratado de bien; aparte de vuestro protocolo, no ha habido en tu casa nada que no me agradara.

SEL.— ¿Por qué?, dime.

SI.— Se me ofrecía demasiadas pocas veces de beber y eso me ha echado a perder el vino.

GI.— Madre, por favor, eso no se dice.

SI.— Ni los dioses ni los hombres lo prohíben: estamos entre nosotras.

SEL.— Os merecéis el cariño que os tengo, porque me atendéis y me apreciáis mucho.

SI.— Es que, mi querida Selenio, nosotras, las de nuestro gremio, debemos portarnos bien unas con otras y cultivar la amistad entre nosotras, si es que te fijas en las señoronas de familias empingorotadas, cómo cultivan la amistad y lo bien compinchadas que están entre sí; aunque nosotras hagamos lo mismo, aunque las imitemos, estamos tan mal vistas que apenas se puede decir que es vida lo que llevamos. Ellas quieren vernos necesitadas de su protección, quieren que por nosotras mismas no podamos nada y que dependamos totalmente de ellas, para que tengamos que andar siempre a sus pies. Si vas y las visitas, te resulta más fácil la vuelta que no la ida, porque de boquilla se ponen muy zalameras con nosotras pero por detrás, si es que se les presenta la ocasión, no hacen más que minarnos el terreno a traición: van pregonando que tenemos trato con sus maridos y somos sus queridas, nos echan abajo en la forma que pueden. Como nosotras, tu madre y yo, no somos más que libertas, pues hemos sido las dos meretrices; ella te crió a ti, yo a Gimnasio, porque tanto la una como la otra sois

[2] Juego de palabras en latín: *ventus* puede ser «el viento» y el participio perfecto del verbo *venire;* cf. también *Curculio* 314 ss.

de padre desconocido. Y yo no le he hecho coger a Gimnasio el oficio de meretriz por desfachatez, sino para no morirme de hambre.

SEL.— Pero mejor hubiera sido que le hubieras dado un marido.

SI.— Bueno, marido, te juro que lo tiene ella todos los días y lo ha tenido también hoy, y lo tendrá luego a la noche: jamás la he dejado dormir sola, que si ella no tuviera marido, toda mi casa se moriría de hambre en forma bien lastimosa.

GI.— No me queda otro remedio, madre, sino hacer lo que tú dispones.

SI.— Te aseguro que no pido más, si estás dispuesta a portarte así como dices. Y es que si te portas así como yo quiero que te portes, pues no te pondrás nunca vieja como yo, sino que conservarás siempre esa edad tan bonita que tienes ahora y traerás a muchos la ruina y a mí, buenas perras sin gasto alguno por mi parte.

GI.— ¡Los dioses te oigan!

SI.— Sin tu colaboración no pueden los dioses nada.

GI.— Te juro que yo pondré de mi parte lo que pueda. Pero nosotras aquí venga a charlar y tú, cielito mío, Selenio mía de mi alma, nunca te vi tan apenada. Dime, por favor, ¿por qué te falta la alegría de siempre? No estás tan bien puesta como otras veces (fíjate qué suspiro tan hondo ha dado) y estás descolorida. Dinos qué es lo que te pasa y en qué te podemos ayudar, que lo sepamos. No llores, que vas a hacer que se me salten a mí también las lágrimas.

SEL.— ¡Ay pobre de mí, querida Gimnasio, no sabes cómo sufro!; estoy pasando mucho, me consumo de pena; dolor y dolor y nada más que dolor: en el alma, en los ojos, esta congoja. ¿Qué quieres que te diga, sino que es por mi locura que me veo arrastrada a esta situación tan triste?

GI.— Haz por enterrar la locura allí mismo de donde nace.

SEL.— Pero ¿cómo?

GI.— Escóndela en los últimos escondrijos de tu alma; que seas tú sola la que seas consciente de ella, sin que tenga nadie más que ver en el asunto.

SEL.— Pero es que es en el corazón donde me duele.

GI.— ¡Oye!, ¿el corazón?, ¿de dónde lo sacas?, dímelo, si es que eres capaz, ¡corazón!, que ni lo tengo yo ni ninguna otra mujer, según lo que dicen los hombres.

SEL.— Si es que tengo corazón para sentir el dolor, me duele; si es que no lo tengo, pues a pesar de eso me duele aquí *(señalando al corazón).*

GI.— Ésta está enamorada.

SEL.— Oye, pero ¿es que es el enamoramiento una cosa amarga, por favor?

GI.— Yo te aseguro que el amor es fecundísimo, en mieles y en hieles: pero la dulzura no hace más que dártela a probar, en cambio de amargura, de eso te harta hasta la saciedad.

SEL.— De esa catadura es el mal que me atormenta, Gimnasio.

GI.— El amor es traidor.

SEL.— Y así me está traicionando a mí.

GI.— Anímate, ya verás cómo mejora tu mal.

SEL.— Tendría esperanzas, si viniera el médico que puede curarlo.

GI.— Vendrá.

SEL.— Un «vendrá» no es para los enamorados lo mismo que un «viene»; se hace demasiado largo. Pero por culpa mía, tonta de mí, me consumo de esta forma, por haberme empeñado en que tiene que ser él y nada más que él el hombre con quien pase mi vida.

SI.— Querida Selenio, eso es más bien para las señoras honradas, el querer a uno solo y el vivir con el que se ha casado una para toda la vida. Pero ¡una cortesana! Una cortesana

es exactamente lo mismo que una ciudad rica: no puede mantenerse sola sin la presencia de muchos hombres.

SEL.— Atendedme ahora, que os voy a decir por qué os he hecho venir hoy a mi casa: es que mi madre, como yo no quiero dedicarme al oficio, pues ha querido complacerme como yo la complazco a ella y ha accedido a mis ruegos de dejarme vivir con el hombre del que yo estuviera de verdad enamorada.

SI.— Te juro que ha hecho una necedad. Pero ¿es que no has tenido tú todavía trato con ningún hombre?

SEL.— Fuera de Alcesimarco, con ninguno, y ningún otro me ha puesto hasta ahora la mano encima.

SI.— Oye, ¿y cómo ha conseguido ése insinuarse contigo?

SEL.— Durante las fiestas de Dioniso, me llevó mi madre a ver la procesión, y a la vuelta, me fue siguiendo disimuladamente sin perdernos de vista hasta la puerta de casa. Después se fue introduciendo en nuestra amistad, de mi madre y mía, con sus atenciones, sus dádivas y sus obsequios.

GI.— ¡Para mí lo quisiera yo, un hombre así! ¡Qué de vueltas iba a darle!

SEL.— Para qué más, con el trato me enamoré de él y él se enamoró de mí.

SI.— ¡Ay, querida Selenio! Hay que fingir que se ama, porque si amas de verdad, enseguida empiezas a mirar más por el bien del que amas que por el tuyo propio.

SEL.— Pero él le ha jurado solemnemente a mi madre que se casaría conmigo, sólo que ahora resulta que se tiene que casar con otra, una parienta suya de Lemnos que vive aquí al lado *(señala la casa de Demifón)*. Su padre le ha obligado; y ahora mi madre está enfadada conmigo porque no he vuelto a su casa con ella después que me enteré de que se iba a casar con otra.

SI.— En cuestiones de amor, pueden hacerse juramentos en falso.

SEL.— Ahora, por favor, deja que Gimnasio esté aquí sólo estos tres días y que guarde la casa entretanto; porque es que mi madre me ha mandado llamar.

SI.— Aunque no me hacen gracia esos tres días y me causarás una pérdida con ello, lo haré.

SEL.— No sabes cuánto te lo agradezco. Pero tú, querida Gimnasio, en el caso de que venga Alcesimarco mientras yo no esté, no vayas a armarle una escena; sea como sea la forma en que se ha portado conmigo, yo, la verdad, le quiero; tú, suavecita por favor; no vayas a decirle nada que le pueda herir. Toma las llaves; si necesitas alguna cosa, cógela. Yo me marcho.

SI.— ¡Has hecho que se me salten las lágrimas!

SEL.— Adiós, querida Gimnasio.

GI.— Arréglate un poco, por favor; ¿vas a salir así tan desaliñada?

SEL.— Así voy de acuerdo con el desaliño de mi fortuna.

GI.— Pero, bueno, recógete por lo menos el mantón.

SEL.— Deja que lo lleve arrastrando, que ése es también mi propio destino.

GI.— Si te empeñas, hala, que te vaya bien.

SEL.— ¡Ojalá fuera posible! *(Se va.)*

GI.— ¿Quieres algo, madre? Si no, entro ahora. ¡Anda que no está enamorada ésa!

SI.— Por eso te estoy siempre machacando los oídos con que no te enamores de nadie. Hala, éntrate.

GI.— ¿Algo más?

SI.— Que te vaya bien.

GI.— Lo mismo digo. *(Entra en casa de Alcesimarco.)*

ESCENA SEGUNDA

SIRA

SI.— Yo tengo el mismo defecto que la mayor parte de las mujeres de mi profesión, y es que, cuando estamos bien repletas, en seguida nos ponemos muy charlatanas y hablamos más de la cuenta. Pues es que esta que acaba de irse de aquí ahora llorando, la recogí yo de la calleja donde la habían abandonado cuando era pequeñita. Hay aquí un joven muy empingorotado [es que yo ahora, como me he hartado a mi gusto y estoy bien repleta de la flor de Baco, me han entrado ganas de desatarme bien la lengua, pobre de mí, que no soy capaz de callarme lo que en sí debía callar]. Pues este joven que digo, es de Sición, de muy buena familia, y el padre le vive todavía. El muchacho está perdidamente enamorado de la jovencita esta que acaba de irse de aquí llorando y a ella le pasa con él otro tanto de lo mismo. Yo se la entregué a mi amiga la cortesana esta *(señala la casa de Melénide),* que me había dicho la mujer muchas veces que a ver si le encontraba donde fuera un chico o una chica recién nacidos, para que ella lo hiciera pasar por suyo. Yo, en cuanto que me fue posible, cumplí su encargo. Luego que recibió de mí la niña, en seguida dio ella a luz la misma criatura que había recibido de mí, sin necesidad de comadrona ni de pasar dolores, o sea, en otra forma de la que dan a luz las demás mujeres que se buscan ellas mismas su perdición. Porque es que decía que tenía un amante forastero y que por causa suya recogía a la chiquilla. Todo esto no lo sabemos más que nosotras dos: yo, que le di la niña, y ella, que la recibió de mí —aparte, claro está, de ustedes—. Así han sido las cosas. Para el caso de que haga falta, quiero que lo tengáis presente. Yo me voy ahora a casa.

ESCENA TERCERA

EL DIOS AUXILIO

AU.— Dos defectos tiene esta vieja, es charlatana y es borracha: apenas me ha dejado a mí, un dios, algo que decir; hay que ver qué forma de cogerme la delantera para daros noticia de que la chica es hija ficticia de Melénide; si de todas maneras aunque ella se lo hubiera callado, yo estaba dispuesto a decirlo, y además, como un dios que soy, mejor explicado. Es que un servidor es el dios que llaman Auxilio. Ahora, prestad atención para que os explique punto por punto el argumento de esta comedia. Hace ya mucho tiempo, se celebraban las fiestas de Dioniso en Sición. Un comerciante de Lemnos fue para ver los juegos y violó allí a una muchacha: era muy jovencillo, estaba bebido, en plena noche, en mitad de la calle. Cuando se da cuenta de que ha cometido un desafuero, busca enseguida asilo con ayuda de sus pies, se escapa a Lemnos, donde vivía a la sazón. La muchacha a la que había violado da a luz a los nueve meses una niña. Como no sabe quién es el culpable del hecho, confía su decisión a un esclavo de su padre: le entrega la niña para que la exponga y muera. El esclavo expone a la niña, y la vieja esta de antes la recoge. El esclavo que la había expuesto observa a escondidas a dónde o a qué casa la lleva la mujer. Como se lo habéis oído contar a ella misma, va y le entrega la criatura a la cortesana Melénide, que la crió igual que si fuera su hija, como a una muchacha decente. El comerciante de Lemnos se casa luego con una de su familia, una prima suya, que se murió, la pobre, y le hizo así el juego al marido. El otro, después de cumplir sus deberes con su difunta esposa, se viene enseguida a vivir aquí y se casa con la misma mujer a la que había violado antes, cuando muchacha, y se da cuenta de que es la

misma que había violado entonces. Ella le cuenta que había tenido una niña por un atropello de un desconocido y que se la había entregado a un esclavo para que la expusiera. Inmediatamente da él orden al esclavo aquel de dedicarse a ver si puede encontrar de alguna manera a la mujer que recogió a la chiquilla. El esclavo no hace ahora otra cosa, con el fin de encontrar a la golfa aquella, a la que desde un escondrijo había visto entonces recoger a la niña cuando él la exponía. Ahora voy a terminar de daros paga de lo que queda, para que se borre mi nombre de la lista de los deudores. Hay aquí en Sición un muchacho al que le vive todavía el padre. Él está enamorado de la expósita aquella que se fue antes de aquí llorando a casa de su madre. A ella le pasa lo mismo con él, lo cual es realmente la forma más dulce del amor. Pero, tal como son las cosas de la vida, no hay felicidad duradera: el padre quiere dar mujer a su hijo; al enterarse de ello, la madre ficticia de la muchacha la manda volver a casa. Ésta es la historia. Que lo paséis bien y que venzáis por vuestro verdadero valor, como habéis hecho hasta ahora; conservad vuestros aliados, los antiguos y los nuevos, aumentad por vuestras justas leyes el número de vuestras tropas auxiliares, acabad con vuestros enemigos, cosechad gloria y laureles, y que los cartagineses vencidos reciban el castigo que merecen.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

ALCESIMARCO

AL.— Yo creo que ha sido el Amor quien ha inventado el oficio de verdugo entre los hombres, y ésta es una opinión que

me viene de mi propia experiencia: no tengo que ir a buscarla
205 en parte ninguna, yo, que supero y dejo atrás a la humanidad
entera por los tormentos que sufro. Me veo ajetreado, tortura-
do, sacudido, traspasado, revolcado en la rueda del amor; mo-
rir me siento, pobre de mí, soy arrastrado, desgarrado, despe-
210 dazado, descuartizado, a causa de las nieblas que turban mi
211-212 mente. No estoy donde estoy; donde no estoy, allí están mis
pensamientos, tantos y tan contradictorios son los sentimientos
que me animan; tengo ganas de una cosa, y al momento se me
215 pasa, tal es la forma en la que el amor me engaña a mí y a mi
abatido corazón; me ahuyenta, me empuja, se lanza sobre mí,
217-218 me arrebata, me retiene, me seduce, me regala: lo que me da,
220 no me lo da; se burla de mí: lo que acaba de aconsejarme, me
lo desaconseja luego; lo que me acaba de desaconsejar, me lo
pone después por delante de los ojos. Hace conmigo lo que el
mar, de tal modo bate mi enamorado corazón; y si no es por-
que, pobre de mí, no me voy a pique, no hay ruina que falte en
225 el cuadro de mi perdición. Seis días me ha retenido mi padre
227-228 en el campo, sin que me haya sido posible, desgraciado de mí,
el ir a ver a mi amiga. ¿No es una verdadera pena?

***

230 Fr. I El día sexto ***

ALCESIMARCO, ESCLAVO

***

Fr. II ⟨AL.—⟩ ¿Eres capaz de realizar una proeza?

⟨ESCL.—⟩ De sobra hay gente que las haga; yo, desde luego, no tengo interés en hacer ver que soy un valiente.

***

ESCL.— Pero ¿a qué viene eso?

AL.— Quiero que se me digan muchas injurias.

ESCL.— Pero ¿por qué?

AL.— Porque vivo.

ESCL.— Si es que lo quieres, caray, eso no me cuesta a mí trabajo ninguno.

AL.— Sí quiero.

ESCL.— Pero no vaya a ser que hagas actuar a tus puños mientras soy yo el que tengo el mando.

AL.— Te aseguro que no lo haré.

ESCL.— ¿Palabra de honor?

AL.— Palabra que no lo haré. Pero, por primera providencia, yo soy realmente un imbécil: ¡mira que haber podido estar tantos días sin ver a mi amiga!

ESCL.— Que sí, que eres realmente un imbécil.

AL.— *** ella que está tan perdidamente enamorada de mí.

ESCL.— Que sí, que te mereces de verdad tu desgracia.

AL.— ¡Mira que causarle a ella tales y tantas amarguras en su corazón!

ESCL.— No serás nunca un hombre de provecho.

AL.— Sobre todo después de que nos habíamos jurado amor mutuo y me había prometido fidelidad.

ESCL.— En adelante te mereces la enemistad de los dioses y los hombres.

AL.— Ella que estaba decidida a pasarse toda la vida siendo mi esposa.

ESCL.— Debes ponerte unos grillos y no quitártelos jamás.

AL.— Ella que había sido confiada y encomendada a mi lealtad.

ESCL.— Te juro que yo, desde luego, soy de la opinión de que debías recibir una buena ración de palos.

AL.— Que me llamaba siempre su miel y su cielo.

ESCL.— Ya sólo por eso que has dicho te merecías diez veces llevar el virote.

AL.— Por mi parte con mucho gusto[3]. Pero ¿qué me aconsejas ahora que haga?

ESCL.— Yo te lo diré: dale una satisfacción, ahórcate, para que así no pueda estar enfadada contigo.

***

ALCESIMARCO, GIMNASIO, ESCLAVO

AL.— *** Tinisco, ¿dónde estás?[4].

ESCL.— Aquí me tienes.

AL.— Anda, ve y tráeme mis armas.

ESCL.— ¿Tus armas?

AL.— Sí, y también la coraza.

ESCL.— ¿La coraza? ***

AL.— Ve, corre, tráeme mi caballo.

ESCL.— Muerto soy, éste se ha vuelto loco, el pobre, te lo juro.

AL.— Ve y trae muchos lanceros, mucha infantería ligera, mucha gente de armas con su séquito; no tengo ganas de andar rogando más. ¿Dónde está lo que te he pedido?

ESCL.— Éste ha perdido la cabeza.

GI.— Tal como se porta, yo creo que es que está embrujado.

ESCL.— Vamos a ver, por favor, ¿es que estás loco o que sueñas despierto, que me mandas traer el caballo, la coraza, muchos lanceros, después mucha infantería ligera, mucha gente de armas con mucho séquito? Todos estos disparates me has dicho.

AL.— Por favor, ¿he dicho yo eso?

ESCL.— Sí, señor, acabas de decírmelo ahora mismo.

AL.— Pues, desde luego, no con presencia de ánimo.

---

[3] Texto inseguro.

[4] Los versos 273-283 están muy mutilados.

Escl.— Entonces es que eres un hechicero, si es que no estás presente pero lo estás.

Gi.— Joven, yo veo que tú estás bien impregnado del veneno del amor; por eso te quiero avisar una cosa.

Al.— Dime.

Gi.— Guárdate de declararle la guerra al amor.

Al.— ¿Qué debo hacer?

Gi.— Ve a casa de su madre, discúlpate, jura, ponte zalamero, y ruégale y consigue de ella que se le pase el enfado.

Al.— Te juro que me voy a disculpar hasta quedarme ronco y sin voz.

***

El padre de Alcesimarco, Gimnasio

***

Fr. III Pad.— Le impide hacerse con unas riquezas inmensas, una dote opípara y fantástica.

***

Una mujercita tan bien arregladita *** caray, es bonita de verdad; aunque soy ya un viejo jamelgo, tengo la impresión de que aún podría ponerme a relincharle a esta potrita si me encontrara a solas con ella.

Gi.— *(Sin verle.)* He tenido una gran suerte con que haya vuelto Alcesimarco; porque no hay nadie a quien le guste menos estar sola que a mí.

Pad.— Llámame y no estarás sola: yo estoy dispuesto a estar contigo; ya haré yo de modo que tengas algo que hacer.

Gi.— *(Sigue sin verle.)* ¡Qué bonita ha dejado Alcesimarco esta casa!

Pad.— Como si fuera Venus en persona que viene: ¡no está mal!, el amor es siempre una cosa encantadora.

GI.— Es que la casa da el perfume de Venus, porque es un enamorado el que la ha decorado.

PAD.— Y es que no sólo es ella encantadora, sino, que, caray, sabe hablar que da gusto. Pero a juzgar por lo que dice, caray, ésta es la que ha seducido a mi hijo; tengo la sospecha de que es ella, a pesar de no haberla visto nunca; pero me da la impresión, porque esa casa delante de la que está ella, la ha alquilado mi hijo; por eso me parece que debe de ser ella, además que le ha nombrado. ¿Y si me acerco y le hablo? ¡Hola, peligrosa y ruinosa seductora!

GI.— *** vas a recibir una paliza.

PAD.— *** en tu casa.

***

GI.— Voy a entrar, que el estar así plantada en medio de la calle una cortesana, eso es para las golfas callejeras.

***

nada de cosas malas, yo necesito cosas buenas.

***

GI.— *** ¿qué quieres?

PAD.— Yo quiero saber de ti, sea la que sea la forma en que se ha portado mi hijo, que me expliques qué mal te he hecho yo ni ninguno de los míos, por motivo de lo cual te has dispuesto a arruinarme y desvalijarme, a mí y a mi hijo, y a su madre, y toda nuestra hacienda.

GI.— *(Aparte.)* El pobre está equivocado, como he dicho; la cosa da de sí, voy a tomarle el pelo, que ésta es la ocasión. *(Al viejo.)* ¿Puedes prestar tus buenos servicios a quien no ha cometido ningún mal?

PAD.— Pero oye, por favor, ¿es que no tienes tú ningún otro galán?

GI.— Aparte de tu hijo, no hay otro ninguno al que yo quiera.

PAD.— Pero yo, yo te quiero.

Gi.— No me interesa: los amantes como tú no me traen más que perjuicios.

Pad.— ***.

Gi.— ¿No es ese arbitraje una violencia?

Fr. IV ⟨Gi.—⟩ ¡Bonito es el negocio que soléis proporcionarnos vosotros los vejetes!

Sira, Gimnasio

***

Fr. V ⟨Si.—⟩ ¿Tú quieres que yo te dé mi palabra? Eso
es una cosa injusta. Yo soy la que tengo que poner condicio- 375
nes a los hombres, ése es mi oficio, no hacerles promesa ninguna.

Fr. VI Si es que das órdenes con arreglo a tus posibilida- 377
des y a tu pegujal.

Fr. VII Si.— ¿Por qué no te vas ya, si es que te vas a ir? No me gustan esos pasitos tan cortos.

Fr. VIII Gi.— De verdad, madre, yo tengo más práctica
en ir a acostarme que en correr: por eso soy un poquillo más 380
lenta.

Fr. IX Tienen presente lo que es su deber.

Fr. X Porque me llega a las narices un tufillo de vino.

Fr. XI Con los cabellos arrancados y las orejas hendidas.

Fr. XII Como si ella limpiara la calleja de un verdugo. 384
No como esas de hoy en día, esos limacos descoloridos, ca- 405
lenturientas, esas pobres amigas que están en los huesos y no cuestan más que dos perras, huelen a perfume de baratija, unos
esperpentos, con los talones desollados, con sus pantorrillas 408
flacas.

***

Selenio, Alcesimarco, Melénide

***

449 Sel.— Me estás hartando.

450 Al.— Mi casa está echando de menos a su amita. Déjame llevarte a ella.

Sel.— ¡Quita esa mano!

Al.— Mi querida hermanita.

Sel.— Yo no quiero nada contigo, hermanito.

Al.— *(A Melénide.)* Entonces tú, mamaíta mía...

Mel.— No quiero nada contigo, hijito.

Al.— Yo te suplico...

Sel.— Que te vaya bien.

Al.— ... que me permitas...

Sel.— Me trae sin cuidado.

Al.— ... que me disculpe.

Sel.— Te estás poniendo muy impertinente.

Al.— Déjame que diga...

⟨Mel.—⟩ Yo ya he aprendido mucho con tanto juramento en falso como has hecho.

⟨Al.—⟩ ... lo que es la verdad.

455 Mel.— Aunque lo sea, pero ahora no hay nada que hacer.

Al.— Yo os quiero prometer una reparación.

Sel.— Pero yo no tengo gana de recibirla de ti.

Al.— Ves, me lo tengo todo merecido.

Sel.— *** ni mereces que se tenga compasión contigo [5].

463 Al.— Pero yo ni te doy nada, ni te dejaré hoy, antes de que escuches lo que quiero decirte.

---

[5] Los versos 458-460 están muy mutilados.

MELÉNIDE, ALCESIMARCO

MEL.— ¿Va a ser posible que no me molestes más?

AL.— Pero si ése es precisamente mi nombre, todo el mundo me llama Molesto.

***

MEL.— *** yo te lo ruego.

AL.— Pues me ruegas en vano ***.

AL.— Te haré un juramento.

MEL.— Pero yo me guardo muy bien de tus juramentos; el juramento de los enamorados es lo mismo que un popurrí[6].

***

Estás de broma. 474

AL.— Yo te daré una reparación *** ¿por qué yo ***? 477

MEL.— Porque ahora tienes otra, que *** como si tú no supieras. ***

AL.— ¡Los dioses y las diosas la confundan! *** si es que miento.

MEL.— Me trae sin cuidado, ***. Y, en fin de cuentas, aunque me hubieras engañado a mí, a los dioses no los engañarás jamás.

AL.— Pero si es que me quiero casar con ella.

MEL.— Te casarías, sí *** . Ahora, si te viene bien ***.

AL.— Yo le he regalado joyas y vestidos.

MEL.— *** si tú la amabas ***. Pero, bueno, es igual. Contéstame ahora a lo que te pregunto. Tú le has dado ***.

MEL.— Tú te las das de gracioso porque tienes otra novia rica en Lemnos; quédate con ella; nosotras no somos de tantas campanillas ni tenemos tantas riquezas como tú, pero así y todo, no tengo miedo de que nadie nos eche en cara haber fal-

[6] Juego de palabras en latín, difícil de reproducir en la traducción.

tado a nuestro juramento: tú, por tu parte, si te duele algo, ya sabrás por qué.

AL.— Los dioses me confundan…

MEL.— ¡Ojalá se te realicen todos tus deseos!

AL.— … si me caso jamás con la mujer con quien me ha prometido mi padre.

MEL.— Y a mí, si te doy jamás a mi hija por esposa.

AL.— ¿Vas a consentir entonces que haga un juramento falso?

MEL.— Caray, un poco más fácilmente que consentir en la ruina mía y de mi haber y que te burles de mi hija. Hala y márchate, búscate otra parte donde encuentres crédito para tus juramentos: aquí, Alcesimarco, con nosotras no hay nada que hacer.

AL.— Haz todavía una prueba.

MEL.— Demasiadas veces lo he hecho ya, y bien que lo siento.

AL.— ¡Devuélvemela!

MEL.— A nuevos hechos, viejos dichos: «lo que te di, ojalá que no lo hubiera dado; lo que todavía tengo, no lo daré».

AL.— Entonces ¿estás decidida a no dejarla volver conmigo?

MEL.— Tú mismo te das la contestación por mí.

AL.— Pero ¿es eso una resolución del todo firme?

MEL.— Más aún, ni siquiera se me pasa por la imaginación otra cosa; te oigo como quien oye llover.

AL.— ¿De verdad? Entonces, ¿qué haces?

MEL.— Atiende ahora, para que sepas lo que voy a hacer.

AL.— Ojalá que los dioses todos, los del cielo y los de los infiernos y los de la región intermedia, ojalá la soberana Juno, hija de Júpiter altísimo, ojalá Saturno, su tío…

MEL.— Por favor, su tío no, su padre.

AL.— … ojalá la diosa de la Abundancia, su abuela…

MEL.— Su abuela no, su madre.

AL.— ... Juno, su hija, y Saturno, su tío, y el soberano Júpiter —por culpa tuya me estoy armando este lío.

MEL.— Venga, sigue.

AL.— ¿Puedo saber acaso qué es lo que piensas decidir?

MEL.— Sigue, sigue, no la dejaré ir, es cosa hecha.

AL.— Pues ojalá que Júpiter y ojalá que Juno y que Jano y ojalá —no sé lo que digo—. Ya lo sé; óyeme, mujer, para que sepas mi resolución: los dioses todos, los grandes y los menos grandes y los caseros, hagan que en mi vida dé yo un beso a Selenio en vida, si no os hago pedazos hoy a las dos, a ti y a tu hija, y si no os mato a las dos a más tardar mañana al amanecer, y si a la tercera embestida no acabo con vosotras, si es que no la dejas volver conmigo. Esto es lo que quería decirte. Adiós. *(Se va.)*

MEL.— Se ha marchado hecho una furia. ¿Qué hacer ahora? Si mi hija se vuelve con él, estamos en las mismas: si se cansa de ella, la echará y se casará con la de Lemnos. Pero, a pesar de todo, voy a ir a buscarle; hay que tener cuidado de que no haga un disparate, tan locamente enamorado como está. En fin de cuentas, puesto que el pobre y el rico no están ante la ley en igualdad de condiciones, más vale que pierda mi tiempo, que no a mi hija. Pero ¿quién es ése que veo venir corriendo derecho hacia aquí? Una cosa me hace temblar, la otra me horroriza, pobre de mí: estoy hecha un manojo de nervios.

ESCENA SEGUNDA

LAMPADIÓN

LA.— *(Llegando del foro.)* He ido siguiendo a la vieja a gritos por las calles; la pobre, no la he dejado en paz, pero hay

que ver, parece que se había hecho un nudo en la lengua, no se acordaba de nada. ¡Qué de zalamerías, cuántas promesas no le hice, qué de enredos, qué de mentiras inventé al interrogarla! Apenas pude arrancarle unas palabras al prometerle que le daría un barril de vino.

ESCENA TERCERA

FANÓSTRATA, LAMPADIÓN, MELÉNIDE

FA.— *(Saliendo de casa.)* Me parece haber oído aquí a la puerta la voz de mi esclavo Lampadión.

LA.— No eres sorda, ama, has oído bien.

FA.— ¿Qué es lo que haces aquí?

LA.— Una cosa por la que te tienes que alegrar.

FA.— ¿El qué?

LA.— De esa casa de ahí *(la casa de Selenio)* acabo de ver salir a una mujer.

FA.— ¿La que recogió a mi hija?

LA.— Exacto.

FA.— ¿Y luego?

LA.— Le digo cómo la vi en el hipódromo recoger a la hija de mi ama; ella entonces se pegó un susto.

MEL.— *(Al fondo de la escena.)* ¡Ay, se me estremece todo el cuerpo, me brinca el corazón! En efecto, que me acuerdo que me fue traída la chiquilla del hipódromo y que yo la recogí como si fuera mi hija.

FA.— Venga, habla, por favor, estoy deseando saber toda la historia.

MEL.— *(Aparte.)* ¡Ojalá fueras sorda!

***

La.— Y yo venga a decirle: «*** esa vieja te saca de lo que es tu fortuna para ponerte en la desgracia, porque ella es sólo la que te ha criado, no vayas a creer que es tu madre; yo, en cambio, te restituyo a tu verdadero ser y te pongo en posesión de inmensas riquezas, en el seno de una familia opulenta, y tu padre te podrá dar veinte talentos magnos [7] de dote, no como aquí, que te la tienes que ganar a la toscana [8] haciendo indigno comercio de tu cuerpo.

Fa.— Pero ¿es que es quizá una golfa la mujer que la recogió?

La.— Era una golfa; pero yo te voy a decir ahora cómo están las cosas: ya estaba a punto de convencer a la joven con mis instancias, cuando la vieja se abraza a sus rodillas llorando y rogándole que no la abandone; me juraba con todas veras que la chica era su hija y que era ella quien la había traído al mundo. «Esa que tú buscas», dice, «se la di yo a una amiga mía, para que la criara ella como si fuera su hija; ella vive», dice. «¿Dónde está?», le pregunto yo entonces.

Fa.— ¡Oh dioses, yo os suplico, ayudadme!

Mel.— *(Aparte.)* Sí, y perdedme a mí.

Fa.— Pues debías haberle preguntado a quién se la dio.

La.— Así lo hice, y me dijo que a la cortesana Melénide.

Mel.— *(Aparte.)* Ha dicho mi nombre, estoy perdida.

La.— Cuando me lo dijo, le pregunté yo en seguida a la vieja «¿dónde vive?», digo, «llévame y enséñame su casa». «Se ha ido de aquí», dice, «a vivir al extranjero».

Mel.— *(Aparte.)* ¡Vaya, un poquillo de agua para reanimarme!

La.— «Pues iremos a buscarla a donde esté; a mí con esas bromas, no; te juro que estás perdida, si no». Pero yo no cejé

[7] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

[8] Alusión a la mala fama del barrio Toscano *(uicus Tuscus)* de Roma.

en apremiarla hasta que me jura la vieja que me va a enseñar la casa.

Fa.— Pues no la debías haber dejado ir.

La.— No, si no la perdemos de vista; es que decía que quería hablar primero con una mujer amiga suya, que tenía que ver también en el asunto. Estoy seguro que vendrá.

Mel.— *(Aparte.)* Me va a denunciar[9].

Fa.— ¿Qué debo yo hacer ahora?

La.— Entra en casa y estáte tranquila; si viene tu marido, dile que me espere en casa, para que no tenga que andarlo buscando si lo necesito. Yo me voy otra vez a buscar a la vieja.

Fa.— Lampadión, por favor, haz todo lo posible.

La.— Ya verás cómo soluciono el asunto.

Fa.— Confío en los dioses y en ti.

La.— Yo también confío en ello... en que acabes ya de meterte en casa. *(Fanóstrata entra en casa.)*

Mel.— *(A Lampadión.)* Joven, un momento, escúchame.

La.— ¿Me llamas a mí?

Mel.— Sí, a ti.

La.— ¿Qué es lo que quieres?, porque en sí estoy muy ocupado.

Mel.— ¿Quién vive en esa casa?

La.— Demifón, mi amo.

Mel.— ¿Es ése entonces el que ha prometido su hija a Alcesimarco, el muchacho ese tan adinerado?

La.— El mismo que viste y calza.

Mel.— Oye, tú, ¿cuál es esa otra hija que andáis buscando ahora?

La.— Yo te diré: una hija que no ha traído su mujer al mundo, sino una hija de su mujer.

Mel.— ¿Y qué quiere decir eso?

[9] El texto que sigue es lagunoso e inseguro.

LA.— De su primera mujer, digo, tiene mi amo una hija.

MEL.— Pero ahora mismo estabas diciendo que buscabas a la hija de la señora que hablaba contigo.

LA.— Sí, a la hija de ella busco.

MEL.— Oye, ¿y cómo es ésta la mujer anterior, si está casada ahora con él?

LA.— Me agobias con tus preguntas, mujer, quien quiera que seas: la mujer con quien se casó en el intervalo, ésa es la madre de la muchacha prometida a Alcesimarco; y esa mujer se murió, ¿está claro?

MEL.— Eso sí. Pero lo que no comprendo bien es ese lío de que la primera mujer sea la segunda, y la segunda sea la primera.

LA.— Él violó a ésta antes de casarse con la otra, ella se quedó encinta y dio a luz una niña antes que la otra; cuando nació la criatura, la hizo exponer: yo fui quien la expuso; una mujer la recogió, yo lo estuve observando. Después mi amo se casó con ella; ahora buscamos a la niña hija suya. ¿Por qué levantas ahora la vista al cielo?

MEL.— Ya te puedes ir adonde ibas con tanta prisa, no te detengo; ahora ya lo comprendo todo.

LA.— Gracias sean dadas a los dioses, que si no, no me hubieras dejado escapar jamás. *(Se va.)*

MEL.— Ahora tengo que ser buena a la fuerza, aunque no tengo ninguna gana de ello: ya veo que está todo descubierto, y es preferible que me tengan ellos que agradecer la noticia que no que la otra dé cuenta de mí. Voy a casa para devolver a Selenio a sus padres. *(Entra en casa.)*

ACTO III

ESCENA ÚNICA

MELÉNIDE, SELENIO, ALCESIMARCO

MEL.— *(Saliendo con Selenio.)* Ya lo sabes todo: ¿no quieres venir conmigo, querida Selenio, para que te lleve a quienes es más justo que pertenezcas que no a mí? Aunque me cuesta trabajo quedarme sin ti, con todo, me esforzaré por atender mejor a lo que redunde en tu provecho y no en el mío. Mira, aquí en esta arquilla están los dijes con los que te trajo entonces la mujer que te entregó a mí; así pueden tus padres reconocerte más fácilmente. *(A la esclava que la acompaña.)* Toma esta arquilla, Halisca; anda, llama a la puerta de Demifón; di que ruego que salga alguien en seguida.

AL.— *(Sale de su casa con una espada en la mano.)* Muerte, recíbeme en tu seno, soy tu amigo y te busco de buen grado.

SEL.— ¡Madre, pobres de nosotras, estamos perdidas!

AL.— No sé si atravesarme por aquí o por el lado izquierdo.

MEL.— *(A Selenio.)* ¿Qué te pasa?

SEL.— ¿No ves a Alcesimarco? Tiene una espada en la mano.

AL.— Anda y no te detengas, abandona la luz.

SEL.— ¡Por favor, socorro, que no se dé la muerte!

AL.— *(Viéndola.)* ¡Oh, salud mía, más saludable para mí que la misma diosa de la Salud! Tú eres ahora la única que, quiera que no, me puedes dar la vida.

MEL.— ¡No ibas a cometer una barbaridad tal!

AL.— Contigo no quiero nada, para ti estoy muerto, pero a

Selenio, una vez que la tengo en mis brazos, bien seguro es que no la suelto, porque estoy decidido a unirla a mí toda entera. ¡Eh, muchachos! ¡Cerrad la casa con pestillos y cerrojos inmediatamente después que la haya hecho atravesar el umbral!

MEL.— Se fue, se llevó a la muchacha. Voy tras él para contárselo todo, a ver si consigo apaciguarle y que se le pase el enfado. *(Se va; Halisca la sigue, perdiendo la arquilla sin notarlo.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

LAMPADIÓN, FANÓSTRATA

LA.— No creo haber visto en toda mi vida una vieja más digna de la horca que ésta: ¿pues no va ahora y me niega lo que había confesado antes? Pero ahí está mi ama; ¡huy!, una arquilla con unos dijes, ¿qué será esto? Pues yo no veo a nadie por aquí; tendré que hacerme yo mismo de sirviente, me agacharé a cogerla.

FA.— ¿Qué hay, Lampadión?

LA.— Esta arquilla ¿es quizá de aquí, de nuestra casa?, porque la he cogido de aquí, que estaba tirada delante de la puerta.

FA.— ¿Qué noticias traes de la vieja?

LA.— Que no hay otra en el mundo igual de malvada que ella: ahora niega todo lo que acababa de confesar. Desde luego, te juro que antes de consentir que se burle de mí la vieja esa, mejor prefería morir de la muerte que sea.

FA.— ¡Oh dioses, socorredme!

LA.— ¿Por qué invocas a los dioses?

FA.— ¡Salvadnos! ¡Misericordia!

LA.— Pero ¿qué es lo que pasa?

FA.— Éstos son los dijes que llevaba nuestra hijita cuando la sacaste tú para que muriera.

LA.— ¿Estás en tu juicio?

FA.— Éstos son, seguro.

LA.— ¿Te empeñas en que sí?

FA.— Éstos son.

LA.— Si fuera otra la que me hablara así, diría que estaba borracha.

FA.— Te juro que no miento.

LA.— Pero, por favor, ¿de dónde demonios sale ahora esta arquilla, o cuál de los dioses nos la ha dejado aquí adrede delante de nuestra puerta en el momento oportuno?

FA.— ¡Santa Esperanza, socórreme!

ESCENA SEGUNDA

HALISCA, LAMPADIÓN, FANÓSTRATA

HA.— Si los dioses no me ayudan, estoy perdida, ni veo posibilidad ninguna de encontrar socorro; mira los apuros que estoy pasando por ser tan atolondrada. A ver qué va a ser de mis costillas si mi ama se entera de que soy tan descuidada. La arquilla que tenía en mis manos, que me la habían dado aquí delante de la casa, no sé dónde está, aunque creo que se me tiene que haber caído por aquí. ¡Señores míos, distinguido público!, decidme, si alguien lo ha visto, quién se la ha llevado o quién la ha recogido y si ha tirado luego por aquí o por allí. Bueno, pues sí que soy tonta, preguntando o incomodando a quienes no están siempre más que a alegrarse con las desgracias de las mujeres. Voy a mirar si hay por aquí algunas

huellas; porque si no ha pasado nadie por aquí después que
entré en la casa, estaría aquí la arquilla. Y ahora ¿qué? Me pa-
rece que estoy perdida, no hay nada que hacer, adiós, ¡pobre y 685
desgraciada de mí! La arquilla ha desaparecido, y yo con ella;
al perderse ella, me ha perdido a mí. Pero seguiré buscándola,
que menudo susto el que tengo dentro del cuerpo; y por fuera,
toda temblandito, lo mismo por dentro que por fuera, miedo y 688a
nada más que miedo. Hay que ver lo desgraciados que somos
los hombres. El que la tiene ahora, sea quien sea, estará tan 690
contento, sin que le pueda servir a él para nada, y sí, en cam-
bio, a mí; pero no hago más que perder el tiempo diciendo
tanta pamplina. Venga, Halisca, mira al suelo, baja la vista, si-
gue el rastro con tus ojos, observa con pericia, como los ago-
reros.

LA.— ¡Ama! 695

FA.— ¿Qué?

LA.— Es...

FA.— ¿Qué es?

LA.— Ésta es...

FA.— ¿Quién?

LA.— ... la que ha perdido la arquilla.

FA.— Sí que lo es, porque está mirando a ver si encuentra el sitio donde se le cayó, está claro.

HA.— Ha ido por aquí, por aquí veo las huellas de los za-
patos en el polvo, voy a seguir por aquí, y aquí se ha parado
con otra persona; aquí ya no veo claro; y por aquí tampoco ha 699a-70
seguido; aquí se ha parado, de aquí ha salido para allá; aquí ha 700a
habido una reunión de dos personas, eso está claro; ¡eh!, aquí 701a
veo las huellas de una persona sola. Pero se ha ido por aquí:
vamos a ver, de aquí ha seguido hacia acá, y luego, de aquí no
se ha ido a ninguna parte. No tiene remedio; lo que está perdi-
do, perdido está, y mi pellejo con la arquilla. Me voy a casa.
(Va a entrar en casa de Selenio.)

FA.— ¡Eh, señora, un momento! Aquí hay quienes quieren hablarte.

HA.— ¿Quién me llama?

LA.— Una buena mujer y un mal hombre quieren hablar contigo.

HA.— ¿Una buena mujer y un mal hombre quieren hablar conmigo? En fin de cuentas, más sabe lo que quiere el que llama que no yo, que soy llamada. Me vuelvo. Por favor, ¿has visto por aquí a alguien recoger una arquilla con unos dijes que he tenido la mala suerte de perder? Es que antes, cuando fuimos a socorrer a Alcesimarco para que no se quitara la vida, *** se me ha caído.

LA.— Ésta es la que ha perdido la arquilla. Silencio por lo pronto, ama.

HA.— ¡Pobre de mí, estoy perdida! ¿Qué voy a decirle a mi ama?, después que ella me había encargado guardarla con tanto cuidado, para que Selenio pudiera reconocer más fácilmente a sus padres, porque ella es sólo su hija adoptiva, que se la dio hace tiempo una golfa.

LA.— Ésta está contando nuestra historia, ella tiene que saber dónde está tu hija, a juzgar por las señas que da.

HA.— Y ahora quiere ella por sí misma devolvérsela al padre y a la madre que la trajeron al mundo. Buen hombre, por favor, tú no me haces caso, y yo te estoy contando lo que pasa.

LA.— Yo estoy atento a lo que dices y tus palabras son un tesoro para mí, sólo que entretanto había contestado a mi ama a lo que me preguntaba. Ahora estoy contigo: si necesitas algo, habla, a mandar. ¿Qué es lo que estás buscando?

HA.— Buen hombre, señora, muy buenos días.

FA.— Buenos días. Pero ¿qué es lo que buscas?

HA.— Busco un rastro, por donde haya desaparecido ***

⟨LA.—⟩ ¿El qué?, ¿de qué se trata?

Ha.— De una cosa que a otro no le sirve para nada y para nosotras es causa de mucha pena.

La.— Ama, ésta es una mala pieza, es muy astuta.

Fa.— Verdaderamente, esa impresión da.

La.— Hace como un animal perverso y dañino.

Fa.— ¿Cuál?

La.— La filoxera, que se enrosca y se enrolla en las hojas de la vid; lo mismo de sinuosas son sus palabras. ¿Qué es lo que buscas?

Ha.— Una arquilla, joven, que me ha desaparecido de aquí por los aires.

La.— Haberla puesto en una jaula.

Ha.— Te juro que no se trata de un botín de importancia.

La.— Milagro que no hubiera toda una caterva de esclavos dentro de una arquilla.

Fa.— Déjala hablar.

La.— Si es que ella habla.

Fa.— Anda, dinos qué es lo que había dentro.

Ha.— Nada más que unos dijes infantiles.

La.— Hay uno que dice que sabe dónde está.

Ha.— Te juro que se ganaría el agradecimiento de una si le dice dónde está.

La.— Pero es que él quiere que le den una recompensa.

Ha.— Pero es que te juro que la que ha perdido la arquilla dice que no tiene nada que dar a nadie.

La.— Pero es que él prefiere un servicio más que dinero.

Ha.— Pero es que esa mujer no deja sin recompensar ningún servicio que se le hace.

Fa.— Tus palabras vienen muy a punto y vas a ver ahora el provecho que te traen: nosotros tenemos la arquilla.

Ha.— ¡La diosa de la Salud os salve! ¿Y dónde está?

Fa.— Aquí la tienes en perfecto estado. Pero yo quiero tra-

tar contigo de un asunto mío de mucha importancia: alíate conmigo y sálvame.

Ha.— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Quién eres tú?

Fa.— Yo soy la madre de aquella a la que pertenecen estos dijes.

Ha.— Entonces ¿vives tú aquí?

Fa.— Lo has adivinado; pero, por favor, déjate de rodeos y contéstame a mi pregunta: dime en seguida de dónde has sacado estos dijes.

Ha.— Son de la hija de mi ama.

La.— Mientes, son de la hija de mi ama, no de la tuya.

Fa.— No interrumpas.

La.— Ya me callo.

Fa.— Continúa, dime, ¿dónde está la dueña de los dijes?

Ha.— Aquí, en la casa de al lado.

Fa.— Pero si ahí quien vive es el yerno de mi marido.

La.— No seas tú ahora la que interrumpa.

Fa.— Sigue, habla, ¿cuántos años tiene?

Ha.— Diecisiete.

Fa.— Es mi hija.

La.— Ella es, según los años que dice.

Ha.— ¿Qué tal si reclamo la mitad de la ganancia para mí?

La.— Pues yo, como somos tres, reclamo la tercera parte.

Fa.— Después de tanto buscarla, por fin he encontrado a mi hija.

Ha.— Un secreto que me ha confiado de buena fe, debe ser guardado de la misma manera, para que el que ha hecho una obra buena no salga perjudicado por ello. La muchacha la hemos criado nosotras, pero en realidad, de verdad, es tu hija; mi ama te la va a devolver, y para eso precisamente ha salido de casa. Pero decídselo a ella, porque yo soy sólo una esclava.

Fa.— Tienes razón.

Ha.— Yo prefiero que sea a ella a la que quedéis agradecidos; pero la arquilla te ruego que me la devuelvas a mí.

Fa.— ¿Qué te parece, Lampadión?

La.— Lo que es tuyo, guárdalo como tuyo.

Fa.— Pero me da pena de ella.

La.— Entonces, haz lo siguiente: dale la arquilla y entra en la casa con ella.

Fa.— Así lo haré. Toma tú la arquilla, vamos dentro. Pero ¿cómo se llama tu ama?

Ha.— Melénide.

Fa.— Ve tú primero, yo te sigo. *(Entran en casa de Alcesimarco.)*

ACTO V

ESCENA ÚNICA

Demifón, Lampadión

De.— ¿Qué es eso, que toda la gente va diciendo por la calle que ha sido encontrada mi hija? Y dicen que Lampadión me ha estado buscando en el foro.

La.— Amo, ¿de dónde vienes?

De.— Del Senado.

La.— Me alegro de que por obra mía se te haya aumentado el número de tus hijos.

De.— Pues no me hace gracia, no tengo interés ninguno en que se me aumenta el número de hijos por obra de otro. Pero ¿qué quieres decir con eso?

La.— Entra en seguida aquí en casa de tu yerno, verás que tu hija está ahí dentro; ahí está también tu mujer, ve en seguida.

DE.— Desde luego, eso es lo primero que voy a hacer. *(Entra en casa de Alcesimarco.)*

EL CORO DE ACTORES

Distinguido público, no esperéis que vuelvan a salir a escena: no va a salir nadie, la cosa se va a decidir dentro. Cuando hayan terminado, se quitarán los disfraces; después, al que se haya equivocado, se le dará de palos, el que no se haya equivocado, beberá. Distinguido público, a ustedes no les queda más que, como es uso tradicional, darnos un aplauso al final de la comedia.

GORGOJO

(Curculio)

INTRODUCCIÓN

Un distinguido joven de Epidauro, Fédromo, está perdidamente enamorado de la bella Planesio, que es, por desgracia, propiedad del rufián Capadocio. Naturalmente, le faltan a Fédromo las famosas 20 minas —que en su caso son 30, o hasta un talento magno— necesarias para liberar a su amada. El rufián anda, el pobre, mal de salud y se pasa las noches en el templo de Esculapio intentado recuperarla, ausencias que son aprovechadas por Fédromo para encontrarse clandestinamente con Planesio. A la vieja que hace de cancerbero le gusta el vino; Fédromo, que lo sabe, rocía por la noche la puerta con el líquido de Baco, a cuyo olor no tarda ella en aparecer, volviendo, después de haberse echado al coleto una buena ración, con la deseada Planesio.

Para acabar con una situación tal, ha enviado Fédromo a Caria a un gorrón que está a su servicio, Gorgojo, para pedir dinero a un amigo que allí tiene. El amigo no es tan tonto como, por lo general, el burlado padre de la comedia y le da por respuesta a Gorgojo que lo único que tiene es... falta de posibles. Pero la suerte acompaña a Gorgojo, que entra por casualidad en conversación con un apuesto militar, Terapontígono Platagidoro, quien, al enterarse de que Gorgojo viene de

Epidauro, le cuenta cómo ha comprado allí una muchacha al rufián Capadocio y que el precio de su importe se lo ha dejado depositado al banquero Licón y que éste tiene orden de entregarlo a quien vaya de su parte con la garantía del sello de su anillo. A continuación le invita a cenar, y, al llegar la hora de las tabas, se juega Gorgojo su capa y el militar su anillo. Gorgojo sale vencedor, le carga con una buena ración de vino al militar y, mientras éste queda sumido en un profundo sueño, se escapa, naturalmente con el anillo. Lo demás se puede suponer: Gorgojo redacta una carta, la lacra con el sello del militar y recoge el dinero del banquero y la joven del rufián. Pero eso no es todo: el militar se presenta en Epidauro y reclama furioso, aunque en vano, el dinero y la muchacha. El anillo va a ser ahora por segunda vez el talismán salvador: Planesio reconoce el anillo de su padre; Terapontígono es, pues, su hermano, que la entrega por esposa al amado Fédromo. Al final las paga el rufián todas juntas, ya que tiene que devolver el importe de la muchacha, reconocida como ciudadana libre.

Como se ve, una pieza con las figuras típicas de la Comedia nueva: la joven ingenua, pero sin un pelo de tonta, que, siendo de buena familia, sufre un destino que no le corresponde; el joven enamorado, tímido, indeciso, falto de dinero; el esclavo listo —en este caso el gorrón— que saca al joven patrono de todas las dificultades; el rufián aprovechado; el militar fanfarrón (el delicioso tipo del padre engañado falta por esta vez). Sin llegar por su extensión a la altura de las piezas más famosas de Plauto, es el *Curculio* una comedia dramáticamente muy bien hecha, muy bien construida, que, con excepción quizá del tramo final, que por seguir al desenlace (el reconocimiento de los hermanos) resulta prolijo en exceso, mantiene la atención y provoca la hilaridad del público a lo largo de todo su desarrollo.

El *Curculio* no lleva prólogo, suplido en cierto modo por el diálogo introductorio, donde Fédromo da noticias de interés

para la información del público, pero que van dirigidas a su esclavo Palinuro, quien hay que suponer que las sabía. Un elemento muy apreciado del *Curculio* es la serenata del enamorado ante la puerta de la amada (v. 47 y sigs.), el primer ejemplo de un *paraclausíthyron* conservado en la literatura latina. Notables son también por su logrado efecto dramático y por el cuidado arte de su estructura los diálogos del encuentro del burlado militar con el rufián y con el banquero. Una particularidad ofrece el monólogo del empresario (v. 62 y sigs.) para distraer al público mientras vuelven los personajes a escena.

Sobre el modelo griego, así como la fecha de estreno, se han hecho muchas hipótesis, incomprobables, como afirma Ernout con razón.

Reinhold Lenz (1751-1792) reprodujo el *Curculio* en su obra *Die Türkinsklavin.*

ARGUMENTO

Gorgojo marcha a Caria por encargo de Fédromo para buscar dineros. Allí le birla en el juego el anillo al rival de su patrono, escribe una carta y la sella con él. Licón reconoce el sello del militar y le entrega el dinero al rufián para que deje ir a la muchacha. El militar lleva a los tribunales a Licón y al rufián. Al descubrirse que la muchacha de la que estaba enamorado es su hermana, accede a los ruegos de Fédromo y se la da por esposa.

PERSONAJES

PALINURO, esclavo.
FÉDROMO, joven.
LEONA, vieja.
PLANESIO, joven amiga de Fédromo.
CAPADOCIO, rufián.
UN COCINERO.
GORGOJO, parásito.
LICÓN, banquero.
EL EMPRESARIO.
TERAPONTÍGONO, militar.

La acción transcurre en Epidauro.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

PALINURO, FÉDROMO, ESCLAVOS

PA.— Pero ¿adónde vas a estas horas de la noche con ese atuendo y con todo este cortejo, Fédromo?

FÉD.— Voy a donde me mandan Venus y Cupido y a donde Amor me impulsa: a media noche o al atardecer, ni que estés citado a comparecer con un forastero, aun así has de ir, quieras que no, a donde te ordenan.

PA.— Pero bueno...

FÉD.— Pero bueno, que no te puedo aguantar.

PA.— ¿Te parece bonito, te crees que es una gran cosa, el servirte tú mismo de esclavo, el ir, con ese atuendo tan elegante, tú mismo cirio en mano?

FÉD.— ¿Es que no voy a poder llevar yo el dulce fruto de las abejas a quien es mi miel y mi dulzura?

PA.— Pero bueno, ¿adónde diablos vas?

FÉD.— Pregúntamelo, y te lo diré para que lo sepas.

PA.— A ver, dime, pues, adónde vas.

FÉD.— Ése es el templo de Esculapio.

PA.— Bah, eso ya hace más de un año que lo sé.

FÉD.— Y ahí al lado, la puerta esa tan queridísima. *(Dirigiéndose a la puerta con un gesto de saludo.)* Buenas noches, ¿Qué tal estás?

PA.— *(Imitando y continuando burlón el saludo de su amo.)* ¡Oh, puerta cerradísima!, ¿has estado sin fiebre ayer o antes de ayer?, ¿qué tal la cena de anoche?

FÉD.— Te estás riendo de mí, ¿eh?

PA.— Pero ¿cómo puedes estar tan loco de preguntarle a una puerta que cómo está?

FÉD.— Te juro que es que no he visto nunca una puerta más encantadora ni más discreta: jamás se le escapa una palabra: callada cuando se la abre, callada cuando sale ella de noche a hurtadillas a mi encuentro.

PA.— A ver, Fédromo, ¿es que haces o intentas hacer algo indigno de ti o de la familia a la que perteneces?, ¿estás quizá tendiendo lazos a una mujer honrada o que debiera serlo?

FÉD.— De ninguna manera, no lo permita Júpiter.

PA.— Lo mismo digo. Si es que tienes dos dedos de frente, debes procurar orientar tus amores en forma que no te resulte una deshonra para el caso de que la gente se entere de cuál es el objeto de ellos. Mucho cuidado siempre con los testi..., con los testigos.

FÉD.— ¿Qué quieres decir con eso?

PA.— Pues quiero decir que te andes con pies de plomo. Lo que ames, ámalo con testi..., con testigos.

FÉD.— Pero si es un rufián el que vive aquí.

PA.— Eso no te lo quita nadie, nadie te prohíbe comprar lo que está puesto a la venta a ojos vista, si tienes dinero para ello. Nadie impide a nadie andar por las vías públicas; mientras no te metas por una finca cercada, mientras te abstengas de casadas, de viudas, de muchachas honradas, de jóvenes y niños libres, ama lo que te dé la gana.

FÉD.— Ésta es la casa del rufián...

Pa.— ¡Mal rayo la parta!

Féd.— … que…

Pa.— … que está al servicio de un malvado.

Féd.— *(Airado.)* ¡Venga, interrúmpeme!

Pa.— Bueno, si quieres…

Féd.— ¿No te callas?

Pa.— ¡Pero si me habías dicho que te interrumpiera!

Féd.— Pues ahora te lo prohíbo. Como iba diciendo, el rufián tiene una esclavita.

Pa.— ¿El rufián este que vive ahí?

Féd.— ¡Qué bien te has quedado con ello!

Pa.— Así no tengo que tener miedo de que se me escape.

Féd.— No te pongas pesado. El rufián quiere hacer de ella una golfa. Ella está perdidamente enamorada de mí. Pero yo no quiero prestarme a su amor.

Pa.— ¿Por qué?

Féd.— Porque prefiero no andarme con préstamos, sino hacer lo propio: yo estoy lo mismito de perdidamente enamorado de ella.

Pa.— Mala cosas es un amor clandestino, es una pura ruina.

Féd.— Chico, tienes razón.

Pa.— Y ¿tiene ella ya trato con hombres?

Féd.— Por lo que a mí toca, hay el mismo respeto entre nosotros que si fuera mi hermana; sólo con los besos se pone a veces un poco más atrevidilla.

Pa.— Tienes que tener siempre en cuenta que la llama viene inmediatamente tras el humo; el humo no quema, pero la llama, sí; quien quiere comerse una nuez, tiene que partir primero la cáscara; quien quiere dormir con su amor, se abre el camino con besos.

Féd.— Pero ella es una muchacha decente y no se acuesta todavía con hombres.

Pa.— Me lo creería si hubiera algún rufián con vergüenza.

Féd.— Pero qué te crees tú: en cuanto que tiene ocasión de escabullirse a verme, nada más que darme un beso, sale otra vez corriendo. Y eso es sólo porque el rufián este, que se pasa las noches ahí en el templo de Esculapio, me trae a mal traer.

Pa.— ¿Cómo?

Féd.— Pues porque unas veces me pide por la muchacha treinta minas, otras un talento magno[1], y no es posible conseguir de él condiciones justas y razonables.

Pa.— No haces bien al exigir de él algo que ni él ni ningún rufián te puede dar.

Féd.— Ahora he mandado a Gorgojo, el gorrón, a Caria, a pedir dinero prestado a un amigo. Si no lo trae, no sé realmente adónde dirigirme.

Pa.— Si es que quieres invocar a los dioses, tienes que dirigirte hacia la derecha.

Féd.— Aquí a su puerta hay un altar de Venus; le he hecho promesa a la diosa de que tendrá de mí un desayuno.

Pa.— ¿Que tú vas a servir a Venus de desayuno?

Féd.— Yo, tú y todos estos.

Pa.— Éste quiere hacer vomitar a Venus.

Féd.— Muchacho, venga esa jarra.

Pa.— ¿Qué vas a hacer?

Féd.— Ahora mismo lo verás. Aquí se acuesta de guardia una vieja, la portera, se llama Leona, que le gusta mucho el trinque, y de vino puro.

Pa.— Como si dijéramos una garrafa de esas de vino de Quíos.

Féd.— Resumiendo, es una borrachinga que más no puede

[1] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

ser. En cuanto que rocío la puerta con vino, sabe, por el olor, que estoy aquí y me abre en seguida.

PA.— ¿Y para ella es la jarra esa?

FÉD.— Si no tienes nada en contra.

PA.— Y tanto que lo tengo, ojalá se estrellara el que la trae, yo había pensado que era para nosotros.

FÉD.— Calla, si deja algo, eso nos bastará.

PA.— ¿Tan grande es ese río que traes, que no vaya a coger en el mar?

FÉD.— Ven conmigo a la puerta, Palinuro, hazme caso.

PA.— De acuerdo.

FÉD.— *(Echando vino a la puerta.)* ¡Ea, bebe, gentil puerta, emborráchate, séme favorable y propicia.

PA.— *(En tono burlón.)* ¿Quieres unas aceitunas, unos tacos de jamón, unos alcaparrones?

FÉD.— Despierta a tu guardiana y dile que venga.

PA.— Estás derramando todo el vino: ¿te has vuelto loco?

FÉD.— Deja, ves qué puerta tan amable, mira cómo se abre: los goznes ni rechistan, son de maravilla.

PA.— ¿Por qué no le das un beso?

FÉD.— ¡Chis! Vamos a esconder la luz y a callarnos.

PA.— Vale.

ESCENA SEGUNDA

LEONA, PALINURO, FÉDROMO

LE.— ¡A vino rancio me huele!
llevada de tu amor, salgo ansiosa a oscuras en pos de ti
Esté donde esté,
muy lejos no es.
¡Viva, lo encontré!

¡Salve, mi alma, delicia de Baco!
98a Viejo eres tú, vieja soy yo,
¡qué ansias de amor!
El olor de todos los perfumes ante ti
no es más que heces para mí.
100 Mirra eres, cinamomo, rosa y azafrán,
101-102 canela, tragacanto, para qué más.
103-104 Bajo tierra empapada de ti quisiera reposar.
105 Sólo tu olor ha llegado hasta ahora a mi nariz,
al gaznate le toca la vez, no le hagas sufrir.
¡Quita tú! ¿Dónde está la jarrita?
No puedo esperar a echarte una mano
y a tirárteme al coleto de un solo trago.
Por aquí es, ¡adelante!

110 FÉD.— ¡No tiene sed la vieja!

PA.— ¿De cuánto crees tú?

FÉD.— Es modesta, se toma unos cincuenta cuartillos.

110a PA.— Caray, entonces la vendimia de hogaño no sería bas-
110b tante para ella sola. Hubiera estado mejor de perro, tiene un olfato muy fino.

LE.— ¡Eh!, de quién es esa voz que suena a lo lejos?

FÉD.— *(A Palinuro.)* Me parece que debemos hablarle. Voy allá. ¡Vuélvete y mira para acá, Leona!

113a LE.— ¿Quién es el jefe?

115 FÉD.— Baco, el amable dios del vino, que sabiéndote carrasposa, sedienta y somnolienta, te trae de beber, para calmarte la sed.

LE.— ¿Cómo está de lejos?

FÉD.— ¡Mira esta luz!

LE.— Alarga, pues, tus pasos hacia mí, por favor.

FÉD.— ¡Salud!

LE.— ¿Salud estando muerta de sed?

119a FÉD.— Ahora ya vas a beber en seguida.

LE.— Se me hace muy largo.

FÉD.— Toma, encanto. 120

LE.— ¡Salud, pupila de mis ojos. 120a

PA.— ¡Hala, vacía la jarra en ese abismo, deprisa, a limpiar esa cloaca.

FÉD.— Calla, no quiero que se le digan cosas desagradables.

PA.— Bueno, entonces se las haré, en vez de decírselas.

LE.— *(Volviéndose al altar de Venus.)* Venus, aunque a desgana, aquí un poquillo de lo poco que tengo, que los enamorados te ofrecen siempre vino cuando beben para congraciarse contigo, pero a mí rara vez me caen tales herencias. 125

PA.— Fíjate con qué ansia se traga la asquerosa el vino a 126-127
todo tragar.

FÉD.— ¡Ay de mí, estoy perdido, no sé lo que decirle para 128-129
empezar!

PA.— Pues dile eso que acabas de decirme a mí.

FÉD.— ¿El qué? 130

PA.— Eso, que estás perdido.

FÉD.— ¡Maldito seas!

PA.— Yo no, sino la vieja.

LE.— ¡Aaaah!

PA.— ¿Qué pasa?, te da gusto, ¿eh?

LE.— ¡Que si me da gusto!

PA.— A mí también me daría gusto atravesarte a golpes de aguijón.

FÉD.— Calla, eso no. 131a

PA.— Me callo. *(Señalando a la vieja que se pone a beber.)* ¡Mira, el arco iris bebiendo, seguro que hoy va a llover [2]!

[2] El *arcus* se interpreta o como la vieja encorvada por los años o como la típica postura del que bebe, descrita por Cervantes en el cap. 23 de la segunda parte del *Quijote:* «Y diciendo esto se la puso en las manos [esto es, la bota de vino] a Sancho, el cual, empinándola puesta a la boca, estuvo mirando a las

FÉD.— ¿Se lo digo ya?

PA.— ¿El qué?

FÉD.— Que estoy perdido.

PA.— Venga, díselo.

FÉD.— Escucha, abuela: ¿sabes?, soy un desgraciado y estoy perdido.

LE.— Y yo te juro que más que salvada. Pero ¿qué es lo que pasa?, ¿a santo de qué viene eso de decir que estás perdido?

FÉD.— No tengo lo que amo.

LE.— Querido Fédromo, por favor, no sufras. Tú ocúpate de que yo no padezca sed, que ya te traeré yo aquí al objeto de tus amores.

FÉD.— Yo te prometo que, si guardas tus palabras, te voy a dedicar una estatua de vino en vez de oro como monumento a tu gaznate. *(La vieja entra en casa.)* ¡Palinuro, soy el hombre más feliz del mundo si es que ella viene a mi encuentro!

PA.— En serio, para un enamorado es un verdadero tormento el andar con escaseces.

FÉD.— No es así, porque tengo la firme esperanza de que Gorgojo, el gorrón, vuelva hoy con dinero.

PA.— ¡Ahí es nada, si estás a la espera de una cosa que no existe!

FÉD.— ¿Qué te parece si me acerco a la puerta y le canto una serenata?

PA.— Si tienes gusto en ello, no te digo ni que sí ni que no, que es que, según veo, amo, estás tan cambiado que pareces otro.

---

estrellas un cuarto de hora». Al tocar el arco iris la tierra, se decía que bebía agua y anunciaba lluvia; cf., por ej., CICERÓN, *De nat. deor.* 3, 51; VIRGILIO, *Geórg.* I, 380; OVIDIO, *Met.* I 270-271; SÉNECA, *Edipo*, 319.

FÉD.— *Cerrojos, cerrojitos,*
gustoso os saludo,
yo os amo y os pido,
a este enamorado,
haced caso, queridos.
Brincad y saltad
al estilo latino.
Dejadla salir,
el seso me sorbe,
soy hombre perdido.

¡Qué manera de dormir los malditos, ni un tanto así se inmutan en atención a mí. Bien veo que os traigo sin cuidado. Pero, calla, calla...

PA.— ¡Si estoy callado, qué caray!

FÉD.— Oigo un ruido: ea, al fin se deciden a hacerme caso.

ESCENA TERCERA

LEONA, PLANESIO, PALINURO, FÉDROMO

LE.— *(Saliendo con Planesio.)* Sal despacito, Planesio de mi alma, ten cuidado que no hagan ruido las puertas ni chirríen los goznes, que no se entere el amo de lo que pasa aquí. Espera, voy a echarles una pizca de agua[3].

PA.— Mira qué forma de curar tiene la vieja temblona esa: ella se sabe beber el vino puro y a las puertas les da de beber agua.

[3] Cf. ARISTÓFANES, *Tesm.* 487. Los goznes de las puertas se hacían en la Antigüedad en general de madera de olmo, cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XVI 210: *rigorem fortissime servat ulmus, ob id cardinibus crassamentisque portarum utilissima, quoniam minime torquetur.*

PL.— ¿Dónde está quien me ha citado con una cita de amor? Aquí me tienes presente a tu demanda y te requiero a que comparezcas tú también a la mía.

FÉD.— Aquí estoy, que bien sé las penas a que me haría acreedor de no comparecer, dulzura mía.

PL.— Fédromo, mi vida, no está bien eso de estar tan lejos de mí el que me ama.

FÉD.— ¡Palinuro, Palinuro!

PA.— Pero bueno, di, ¿a qué llamas ahora a Palinuro?

FÉD.— Es encantadora.

PA.— Sí, ¡demasiado!

FÉD.— Me siento como si fuera un dios.

PA.— Yo creo más bien que como un hombre que no vale tres perras.

FÉD.— ¿Has visto nunca o verás jamás algo más divino?

PA.— Lo que veo es que tu estado no es muy satisfactorio, y eso me preocupa.

FÉD.— No me sabes complacer, calla la boca.

PA.— Fédromo, quien tiene a la vista lo que ama y no se adueña de ello, no hace más que atormentarse a sí mismo.

FÉD.— Tienes razón en reprenderme, de verdad que no hay otra cosa que desee más y ya tanto tiempo.

PL.— Anda, ténme, abrázame.

FÉD.— Esto es lo único que me hace desear aún la vida. Como tu amo te lo impide, no puedo gozarte más que a escondidas.

PL.— ¿Que lo impide? Ni puede impedirlo ni lo impedirá, a no ser que la muerte me separe de ti.

PA.— De verdad que no puedo contenerme de regañar a mi amo, porque bueno está enamoriscarse un poquillo sin perder la cabeza, pero perdiéndola, eso ya no está ni medio bien, y amar habiéndola perdido del todo, eso es ya… lo que hace mi amo.

Féd.— Quédense los reyes con sus reinos, los ricos con sus riquezas, sus honores, sus hazañas, sus combates y sus batallas. Con tal que se abstengan de envidiar mi felicidad, quédese cada uno con sus propios bienes.

Pa.— A ver, Fédromo, ¿es que has hecho promesa a Venus de pasarte la noche en vela?, porque te juro que no va a tardar mucho en amanecer.

Féd.— Cállate.

Pa.— ¿Cómo que me calle? ¿Por qué no te vas a dormir?

Féd.— Duermo, no me chilles.

Pa.— Tú estás despierto.

Féd.— Pero duermo a mi manera, esto es para mí un sueño.

Pa.— *(A Planesio)* ¡Eh, tú, joven, eso de portarse mal con quien no te ha hecho nada no está ni medio bien.

Pl.— Tú también te enfadarías si estuvieras comiendo y viniera tu amo y te quitara la comida de la boca.

Pa.— ¡Andando! Están los dos igual de perdidamente enamorados, tan loco está el uno como la otra. ¿Te fijas?, qué empeño, los pobres, no pueden abrazarse bastante. A ver, jóvenes, ¿os separáis ya o no?

Pl.— Imposible de gozar de una felicidad completa. Yo que estoy tan feliz, y tiene que venir a entrometerse el aguafiestas ese.

Pa.— ¿Qué dices, infame? ¿Tú, con esos ojos de lechuza, me llamas todavía aguafiestas, ¡Anda, que pareces una máscara borracha, boba, más que boba!

Féd.— Pero ¿te atreves a insultar a mi Venus? ¿Es que se va a permitir tomar así la palabra en mi presencia un esclavo harto de zurriagazos? ¡Te juro que lo que has dicho te va a costar un buen castigo! ¡Toma! *(Le pega.)* ¡Ahí tienes tu merecido, para que aprendas a saberte contener!

Pa.— ¡Socorro, Venus trasnochadora!

Féd.— ¿Todavía sigues, canalla? *(Le vuelve a pegar.)*

PL.— No des golpes a una piedra, por favor, que vas a quedarte sin mano.

PA.— Estás cometiendo una vileza y una canallada grandísima, Fédromo; a quien te aconseja bien le das de puñetazos y a esa boba le haces el amor. A ver si es posible que te portes de una forma más decente.

FÉD.— Dame un enamorado que sepa contenerse y te lo pagaré a precio de oro.

PA.— Dame un amo a quien servir que esté en sus cabales y te lo pagaré a precio de oropel.

PL.— Adiós, mis ojos, que oigo el ruido y el chirriar de los cerrojos: el portero abre el templo. Por favor, ¿hasta cuándo vamos a tener que seguir así con estos amores furtivos?

FÉD.— No, no te apures, que ya hace tres días que he mandado a Caria en busca de dinero a un gorrón a mi servicio; hoy estará de vuelta.

PL.— ¡Tardas tanto en decidirte!

FÉD.— Así Venus me sea propicia como no consentiré que sigas tres días más en esta casa sin haberte dado la libertad que te mereces.

PL.— A ver si no lo olvidas. Ten un beso todavía antes de que me vaya.

FÉD.— ¡Te juro que ni por un reino lo cambiaría! ¿Cuándo te veo?

PL.— Mira, esa pregunta se contesta dándome la libertad. Si me quieres, cómprame, no andes preguntándome, sino procura vencer a tus rivales con el precio que pagues por mí. ¡Adiós!

FÉD.— ¿Me abandonas? ¡Ay, Palinuro, perdido, perdido del todo soy!

PA.— Yo sí que sí, que estoy muerto a fuerza de palos y de sueño.

FÉD.— Ven conmigo. *(Entran en casa de Fédromo.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

CAPADOCIO, PALINURO

CA.— *(Saliendo del templo de Esculapio.)* Desde luego, yo ya no aguanto más aquí en el templo, que me doy bien cuenta de las intenciones de Esculapio: se ve que le traigo sin cuidado y que no está dispuesto a devolverme la salud. Mis fuerzas disminuyen, se aumenta mi mal, que ando ya como si el bazo fuera un cinturón que me aprieta: no parece sino que trajera gemelos. ¡Ay de mí!, mucho me temo no vaya a terminar un día reventando por medio.

PA.— *(Saliendo de casa de Fédromo y hablando con él.)* Si hicieras como debes, Fédromo, me harías caso y mandarías esa tristeza al diablo. Estás temblando porque no vuelve el gorrón de Caria. Yo creo que trae el dinero, porque si no lo trajera, no habría cadena de hierro que le retuviera de recogerse a comer aquí a su pesebre.

CA.— ¿Quién habla ahí?

PA.— ¿De quién es esa voz que oigo?

CA.— ¿No es ése Palinuro, el esclavo de Fédromo?

PA.— ¿Quién es ése, con esa barriga y esos ojos verdosos? Su tipo me resulta conocido, pero con ese color no acabo de dar con quién puede ser. ¡Ah, sí, ya sé!, es el rufián Capadocio. Me acercaré a él.

CA.— ¡Hola, Palinuro!

PA.— ¡Hola, bandido!, ¿cómo andamos?

CA.— Aquí, viviendo.

PA.— Así como te mereces, ¿no? Y ¿qué es lo que te pasa?

CA.— El bazo me ahoga, me duelen los riñones, los pulmones desgarrados, el hígado una tortura, el corazón me falla, la tripa dolorida.

PA.— Entonces es que tienes mal de hígado.

CA.— Fácil es burlarse de un desgraciado.

PA.— Aguanta unos días, hombre, hasta que se te pudran del todo las entrañas, ahora es la mejor época para los salazones [4]: entonces podrás vender tus tripas por más precio que toda tu persona.

CA.— El bazo está hecho trizas.

PA.— Vete a paseo, que no hay nada mejor para el bazo.

CA.— Déjate de bromas y contesta a lo que te pregunto: ¿puedes decirme lo que significa un sueño que he tenido esta noche?

PA.— ¡Bah, no hay tipo más versado en materia de presagios que un servidor. Hasta los adivinos de oficio vienen a consultarme, y con las respuestas que les doy, todos están de acuerdo.

ESCENA SEGUNDA

UN COCINERO, PALINURO, CAPADOCIO, FÉDROMO

CO.— Palinuro, ¿qué haces ahí plantado?, ¿por qué no se me sacan de la despensa las cosas necesarias para que esté preparado el almuerzo cuando venga el gorrón?

PA.— Espera un momento, que le estoy interpretando a éste un sueño.

CO.— Pues tú mismo cuando sueñas algo vienes a consultarme a mí.

[4] Texto y sentido muy discutidos.

Pa.— Sí que es verdad.

Co.— Venga, sácame las cosas.

Pa.— *(A Capadocio.)* Hale, tú, cuéntale el sueño a éste mientras, te dejo de sustituto uno mejor que yo, porque es a él a quien le debo toda mi sabiduría.

Ca.— Con tal que quiera atenderme...

Pa.— Sí que te atenderá, hombre. *(Entra en casa de Fédromo.)*

Ca.— Éste es un caso raro, no pretende quedar por encima de su maestro. A ver, tú, escúchame.

Co.— No tengo ni idea, pero bueno, soy todo oídos.

Ca.— Esta noche me parecía ver en sueños a Esculapio sentado muy lejos de mí, y soñaba que no quería acercárseme y que no me hacía el menor caso.

Co.— Pues la cosa está clara: los otros dioses van a hacer otro tanto de lo mismo, que ellos están todos conchabados entre sí de maravilla; no tiene nada de extraño el que no te pongas mejor; más te hubiera valido pasar la noche en el templo de Júpiter, que te ha socorrido ya tantas veces en tus juramentos.

Ca.— Si quisieran pasar la noche en el templo de Júpiter todos los perjuros, no sería posible darles cabida en el Capitolio.

Co.— Atiende bien a lo que te voy a decir: pídele a Esculapio que tenga misericordia contigo, no sea que te suceda esa gran desgracia que se te ha anunciado en el sueño.

Ca.— Muy agradecido; voy y se lo pediré así como dices. *(Se mete en el templo.)*

Co.— ¡Así revientes!

Pa.— *(Saliendo de casa de Fédromo.)* ¡Dioses inmortales!, ¿qué ven mis ojos?, ¿quién es aquél? ¿No es Gorgojo, el gorrón que había mandado Fédromo a Caria? ¡Eh, Fédromo, sal, sal, sal digo, deprisa!

Féd.— *(Saliendo de casa.)* ¿Qué son esos gritos?

Pa.— Veo a Gorgojo, el gorrón, mírale, corriendo allí al final de la calle. Vamos a observar desde aquí qué es lo que hace.

Féd.— Me parece muy bien la idea.

ESCENA TERCERA

Gorgojo, Fédromo, Palinuro

Go.— ¡Abridme paso todos, conocidos y desconocidos, que estoy de servicio!, fuera todos, largo, apartaos de mi camino, no sea que tropiece en mi carrera con alguien y salga de malas con un cabezazo, un codazo, un golpe de pecho o un rodillazo, ¡no, que es urgente el asunto que tan de pronto y tan sin pensarlo se me ha venido a las manos! No habrá personaje que se me pueda atravesar en el camino, ni estratego, ni tirano, ni agoránomo, ni demarco ni comarco [5] ni nadie de tantas campanillas que no caiga, que no vaya a parar de cabeza de la acera al medio de la calle. Pues anda que los griegos esos envueltos en sus mantos, que van paseando con la cabeza cubierta, forrados de libros y con sus cestos, que se te paran, se ponen a charlar unos con otros, esa banda de refugiados que se te ponen al paso, que no te dejan avanzar, que van marchando por la calle sermoneando, siempre los ves por las tascas bebiendo después que han escamoteado algo; cubierto el coco, se toman un ponche y salen luego cariacontecidos y con una melopea encima; a ésos, como tropiece con ellos, verás el viento que se van a tirar, igual que si se hubieran hartado de gachas de ceba-

[5] Nombres de magistrados griegos.

da. Y luego los esclavos de los señoritingos, que se ponen a jugar a la pelota aquí en mitad de la calle, los que la tiran y los que la devuelven, todos van a quedar aplastados bajo la suela de mis zapatos. O sea, que más les vale quedarse en casita y evitar su desgracia.

FÉD.— Éste sabe dar órdenes, si tuviera autoridad para ello. Así son las costumbres que reinan hoy en día, ésa es la forma de portarse los esclavos; no hay modo de tenerlos a raya.

GO.— ¿Hay alguien que pueda indicarme dónde está Fédromo, mi genio tutelar? Traigo un asunto muy urgente, necesito hablar con él en seguida.

PA.— A ti te busca.

FÉD.— Vamos a su encuentro. ¡Eh, Gorgojo!

GO.— ¿Quién me llama, quién ha pronunciado mi nombre?

FÉD.— Uno que está deseando hablarte.

GO.— Seguro que no más que yo a ti.

FÉD.— Eres la oportunidad en persona, Gorgojo, no sabes qué ganas tenía de verte. ¡Hola!

GO.— ¡Hola, Fédromo!

FÉD.— Me alegro de verte bueno, ¡venga esa mano!, ¿dónde están mis esperanzas? Habla, por favor, te lo ruego.

GO.— Habla, te lo ruego, ¿dónde están las mías?

FÉD.— Pero ¿qué te pasa?

GO.— La vista se me nubla, las rodillas me flaquean a fuerza de hambre.

FÉD.— ¡Caray!, de cansancio, seguro.

GO.— Sujétame, sujétame, por favor.

FÉD.— ¿No ves qué pálido se ha puesto? Dadle una silla que se siente, ¡deprisa!, y un cacharro con agua, ¡venga, deprisa!

GO.— Me siento mal.

PA.— ¿Quieres un poco de agua?

GO.— Si es con tropezones, venga, por favor, que me la sorbo.

PA.— ¡Maldito seas!

GO.— Yo os suplico, dadme algo que me alegre de estar de vuelta.

PA.— En seguida *(le echa aire.)*

GO.— Pero, bueno, ¿qué es lo que hacéis?

PA.— Darte un poco de aire.

GO.— ¡Qué aire, no quiero soplos de ésos!

FÉD.— Pues ¿qué es lo quieres entonces?

GO.— Quiero alguna cosa que me la pueda soplar yo, que me alegre de estar de vuelta [6].

FÉD.— ¡Mal rayo te parta!

GO.— Muerto soy, la vista se me nubla, tengo los dientes pastosos, la garganta llena de telarañas a fuerza de hambre, tan floja traigo la tripa por falta de comida.

FÉD.— Espera, hombre, ya comerás algo.

GO.— ¡Maldición, quiero una cosa determinada, no algo!

FÉD.— ¡Anda, que si supieras las sobras que hay!

GO.— No quiero sino saber dónde se encuentran, que mis dientes están faltos de darse cita con ellas.

FÉD.— Hay jamón, panza, tetilla y papada de cerdo.

GO.— ¿De verdad todo eso? Pero bueno, querrás decir en la despensa.

FÉD.— ¡Qué en la despensa!, en los platos, que han sido preparados para ti cuando supimos que estabas al llegar.

GO.— ¡Mira que no me engañes!

FÉD.— Tan verdad es que quiero que me quiera la que yo quiero, como que no te miento. Pero no sé aún nada del asunto para el que te envié.

GO.— No he traído nada.

[6] Juego de palabras en latín, como en *Cistellaria* 15.

FÉD.— ¡Me has matado!

GO.— Pero lo puedo conseguir si me prestáis vuestra colaboración. Luego que me marché por orden tuya, llego a Caria; veo a tu amigo, le digo que si me puede proporcionar dinero. Te hubieras dado cuenta en cuánto estima tu amistad, no quiso defraudarte, como corresponde a un verdadero amigo y quería de verdad ayudarnos. Me contestó en pocas palabras, y sin andarse con rodeos, que le pasa lo que a ti, que respective a cuestiones monetarias tiene... lo que se dice ni una perra.

FÉD.— Me matas con eso que dices.

GO.— No señor, sino que te salvo y no deseo más que tu salvación. Luego que me dio la tal contestación, me marcho al foro, fastidiado de haber hecho el viaje en vano. Veo allí por casualidad a un militar; le abordo y le saludo. Hola, me contesta, me toma aparte y me pregunta que a qué he venido a Caria; yo le contesto que por gusto. Entonces va y me pregunta que si conozco en Epidauro a un banquero llamado Licón; le digo que sí, que le conozco. «¿Y al rufián Capadocio?», dice. «Desde luego, le he visto cientos de veces; pero ¿qué es lo que quieres de él?», digo. «Pues que le he comprado una muchacha por treinta minas, y vestidos y joyas que hacen diez minas más». «¿Le has entregado el dinero?», digo. «No», dice, «sino que lo tengo depositado en el banquero ese Licón que te he dicho y le dejé el encargo de que quien le presentara una carta lacrada con mi sello, que se ocupara de que pudiera retirar a la joven de la casa del rufián con sus vestidos y sus joyas». Luego que me cuenta todo eso, iba yo a irme, cuando va y me dice que me quede y me invita a cenar; era cosa de conciencia, no quise negarme. «¿Qué te parece», dice, «si nos vamos y cenamos?» La idea me parece de perlas: «no se debe ni desperdiciar el día ni quitarle lo suyo a la noche». «Todo está preparado», dice. «Y nosotros a punto, que para nosotros

es». Luego que cenamos y bebimos, va y pide las tabas [7] y me propone que echemos una partida; yo me juego mi capa, él, su sello; él invoca a Planesio.

FÉD.— ¿A mi amor?

GO.— Calla un momento. Tira, y le salen los cuatro buitres. Cojo yo las tabas, invoco a mi bendita nodriza Hércules [8] y me sale la jugada real: entonces le ofrezco un vaso al militar, se lo echa al coleto, deja caer la cabeza y se queda dormido. Yo le cojo el anillo, me echo abajo del diván con mucho cuidado para que el otro no lo note. Me preguntan los esclavos que adónde voy; les digo que a donde se suele ir cuando se está harto. Veo la puerta, cojo y sin perder un momento, salgo pitando de allí.

FÉD.— ¡Estupendo!

GO.— ¡Déjate de estupendos hasta que haya hecho realidad tus deseos. Vamos ahora dentro para escribir y lacrar nuestra carta.

FÉD.— No tengo nada en contra.

GO.— Pero vamos antes a echarnos algo al coleto, jamón, tetilla y papada de cerdo: así es como se reconforta el estómago, con pan y asado de vaca, un buen vaso de vino, una olla tamaña, verás cómo entonces no nos faltan las ideas. Tú escribes

---

[7] El juego de las tabas *(tali)* es, junto con el de los dados *(tesserae)* y las monedas (cara o cruz entre nosotros), uno de los juegos de azar corrientes en Roma. Se tiraban cuatro a la vez, directamente con la mano o con un cubilete *(fritillus);* según caigan de la parte cóncava, convexa o de los lados, son posibles 35 jugadas, cada una con su nombre y su sentido. La jugada de más valor era el *iactus Venerius,* que en este pasaje de Plauto recibe el nombre de jugada real *(basilicus).* La jugada de menos valor era el *iactus canis,* probablemente idéntica al *iactus volturius* de nuestro pasaje.

[8] Hércules aparece en la comedia (cf. ARISTÓFANES, *Las aves* 1574 ss.) como tipo del comilón.

la carta, éste me sirve y yo como. Yo te diré qué es lo que tienes que escribir. Vamos dentro.

FÉD.— Vale. *(Entran en casa de Fédromo.)*

ACTO III

ESCENA ÚNICA

LICÓN, GORGOJO, CAPADOCIO

LI.— Dicen que soy hombre rico: he estado ahora mismo echando mis cuentecillas, a ver cuánto es el dinero que tengo y a cuánto ascienden las deudas: resulta que soy rico si no pago lo que debo; si lo pago, es más lo que debo que lo que tengo. Caray, si bien lo pienso, como me apremien más, voy y me remito al pretor [9]: la mayoría de los banqueros acostumbran a reclamarse unos a otros, pero a no devolver nada a nadie y a solucionar el caso a puñetazos si alguien les exige más a las claras. Si has hecho dinero a su debido tiempo y no te andas con tiento en cuanto a gastos a su debido tiempo, a su debido tiempo te morirás de hambre. Yo estoy deseando comprarme un esclavo, pero tendría que ser prestado porque estoy falto de posibles [10].

GO.— *(Saliendo de casa de Fédromo disfrazado de soldado y con un parche en un ojo y dirigiéndose a él, que está dentro de casa.)* Ya está bien, que a mí en teniendo la andorga llena, me sobran las advertencias: lo tengo presente y me lo sé todo al dedillo; no padezcas, que yo te entregaré este asunto

[9] Ante el pretor se hacía la declaración de bancarrota.

[10] El sentido del texto es inseguro y muy discutido.

resuelto a pedir de boca. No, que no me he forrado ahí dentro a base de bien. Así y todo, he dejado todavía un huequecillo en el estómago en vista a las sobras de las sobras. *(Al ver a Licón.)* ¿Quién es ese que está ahí con la cabeza cubierta rezándole a Esculapio? ¡Ajajá, el que buscaba! *(A un esclavo.)* ¡Sígueme! Voy a hacer como si no le conociera. ¡Eh, tú, jefe, un momento!

LI.— ¿Qué hay de bueno, tuerto?

GO.— Burlas tenemos, ¿eh?

LI.— Debes ser de la raza de los Cíclopes, que no tienen más que un ojo.

GO.— Es de la herida de una catapulta, en Sición.

LI.— ¿Y qué más me da a mí si te han saltado el ojo tirándote a la cabeza una olla llena de ceniza?

GO.— *(Aparte.)* Éste es adivino, es verdad lo que dice, que esa clase de catapultas se me vienen a mí encima muchas veces. Joven, ha sido al servicio de la patria por lo que llevo aquí debajo *(se señala el parche del ojo.)* esta marca, te ruego que no me incordies.

LI.— ¿Puedo entonces joderte, si es que no quieres que te incordie?

GO.— No me joderás, ni me hacen gracia ninguna tu incordio ni tu jodienda [11]. Pero si me puedes indicar a la persona que busco, te quedaré sumamente agradecido: busco al banquero Licón.

LI.— Dime con qué motivo o de parte de quién vienes.

GO.— Yo te lo diré. De parte del militar Terapontígono Platagidoro.

LI.— El nombre lo conozco, diablos, que una vez que tuve

[11] En estos versos hay un juego de palabras de sentido sexual que no es posible recoger literalmente, por lo que se ha optado por una traducción sin ambigüedades.

que escribirlo, llené con él cuatro hojas enteras. Pero ¿qué es lo que le quieres a Licón?

Go.— Tengo el encargo de entregarle este escrito.

Li.— Tú ¿quién eres?

Go.— Yo soy un liberto suyo y me llaman Summano [12].

Li.— Summano, salud. Pero ¿por qué te llaman Summano?

Go.— Pues porque, cuando me emborracho y me quedo dormido, pues remojo la ropa con ciertas emanaciones, y por eso me llaman Summano.

Li.— Búscate mejor albergue en otra parte; en mi casa mo hay, desde luego, sitio para un Summano de esa clase. Pero yo soy el que buscas.

Go.— Entonces ¿tú eres Licón, el banquero?

Li.— Sí, señor.

Go.— El militar Terapontígono me ha encargado darte muchos saludos de su parte y entregarte esta carta.

Li.— ¿A mí?

Go.— Exacto. Ten, examina el sello: ¿lo conoces?

Li.— ¡Que si lo conozco! ¡Un guerrero con un escudo que parte en dos con su espada a un elefante!

Go.— Me ha encargado que hicieras en todo caso lo que escribe ahí, si es que te va algo en que te quede reconocido.

Li.— Un momento *(le hace señas de que se aparte),* voy a ver lo que dice.

Go.— No faltaba más, a mandar, con tal que me resuelvas el asunto a que vengo.

Li.— *(Leyendo en alto.)* «El militar Terapontígono saluda a su amigo Licón de Epidauro».

---

[12] *Summanus* es un epíteto de Júpiter, derivado de *summus* (cf. Walde-Hoffman, *Lat. etym. Wörterbuch*, s. v.), puesto aquí en relación con el verbo *summano* «mojar, humedecer».

Go.— *(Aparte.)* Éste es mío, se traga el anzuelo.

Li.— «Te ruego encarecidamente que a la persona que te dé esta carta se le entregue la joven que compré ahí, lo cual hice en tu presencia y por tu mediación, así como también las joyas y los vestidos. Tú ya sabes el trato que se hizo: el dinero se lo entregas al rufián y a mi criado la joven». Y ¿dónde está él?, ¿por qué no ha venido?

Go.— Te diré: es que hace tres días que hemos vuelto a Caria de las India; se quiere encargar allí una estatua maciza de oro filípico [13] de más de dos metros de altura, para conmemorar sus hazañas.

Li.— Y eso ¿por qué?

Go.— Yo te lo diré: porque a los persas, los paflagonios, los sínopes, los árabes, los carios, cretanos, sirios, Rodia y Licia, Tragolandia y Bebilandia, la Centauromaquia y la armada de las monomamias, toda la costa líbica y toda la Conterebromia, o sea, la mitad de todos los pueblos del orbe, los ha sometido él solo en menos de veinte días.

Li.— ¡Caracoles!

Go.— ¿Qué pasa?

Li.— Nada, que si hubieran estado metidos todos en una jaula como si fueran pollos, no se los habría podido recorrer todos en un año. No, desde luego te creo que vienes de su parte, con esa serie de patrañas que estás relatando.

Go.— Pues si quieres, sigo.

Li.— No, no, no tengo interés ninguno; ven conmigo, que te resuelva el asunto a que has venido. Pero mira, ahí le veo *(a Capadocio, que sale del templo)*, ¡Se te saluda, Capadocio!

Ca.— Lo mismo digo.

---

[13] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 153.

LI.— A ver este asunto que te traigo.

CA.— Di qué es lo que quieres.

LI.— Que te hagas cargo del dinero y dejes ir a la chica esa con éste.

CA.— ¿Y el juramento que he hecho?

LI.— ¿Y qué te va a ti en eso si tienes tu dinero? 459-460

CA.— No está mal el aviso. Venid conmigo.

GO.— ¡Eh, tú, rufián, a ver si nos damos prisa! *(Entran en casa de Capadocio.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

EL EMPRESARIO

EMP.— Bonito embustero está hecho el tal Gorgojo con el que nos ha salido Fédromo. No sé si le cuadra mejor el nombre de birlofanta o de sicofanta. Me temo que me voy a quedar sin los disfraces que les he alquilado. Aunque yo directamente con él no tengo nada que ver: es a Fédromo a quien se los he entregado. Pero, así y todo, estaré a la mira. Pero mientras que salen, os voy a decir dónde podéis encontrar a esta o la otra clase de personas, para que nadie tenga demasiado trabajo para dar con ellas en el caso de que las busque, tanto si se trata de gentes que son como deben o como no deben, de buenas o de malas personas. Quien quiera habérselas con un falsario, que vaya al Comicio; quien busque a un embustero y a un rufián, lo encontrará por el templo de Cloacina; los maridos ricos y con ganas de arruinarse hay que buscarlos por la Basílica; allí se podrá encontrar también a las

viejas pellejas [14] y a las gentes de negocios. Los que se reúnen para cenar juntos a escote están en el mercado del pescado. En la parte baja del foro pasean las gentes de bien y los ricos; en el centro a lo largo del canal, los fardones; los descarados y los charlatanes y las malas lenguas, más arriba del lago Curcio, que tienen el descaro de decir injurias a los demás por un quítame allá esas pajas mientras que habría más que motivo para que se dijeran con verdad de ellos mismos. En las Tiendas Viejas están los prestamistas y los que toman dinero a crédito. Detrás del templo de Cástor, allí están las gentes de las que no debe uno fiarse demasiado deprisa. En la calle Toscana están los que hacen comercio de sí mismos. En el Velabro, los panaderos, los carniceros y los adivinos, los que se dedican a retocar las mercancías o los que las suministran para que sean retocadas. Pero oigo que suena la puerta, tengo que poner punto final a mi discurso.

ESCENA SEGUNDA

GORGOJO, CAPADOCIO, LICÓN, PLANESIO

GO.— *(A Planesio.)* Pasa tú delante, joven, que yo no puedo guardar lo que va detrás de mí. *(A Capadocio.)* el militar decía que las joyas y todos los vestidos que tiene ella eran suyos.

CA.— Nadie dice lo contrario.

GO.— Así y todo, más vale recordarlo.

LI.— *(A Capadocio.)* Acuérdate que me has prometido

[14] Texto de interpretación discutida. Se sigue la opinión de Ernout y Collart; cf. la nota de Maurach a *Poenulus* 17.

que, si alguien la reclamaba como libre, se me devolvería todo el dinero, o sea, treinta minas.

CA.— Lo tendré presente.

GO.— Lo que yo quiero es que lo tengas bien presente cuando llegue la ocasión.

CA.— Lo tengo presente y te la vendo con todas las garantías.

GO.— ¿Qué voy yo a aceptar algo con las garantías de un rufián, una gente que no tiene más cosa propia que la lengua, y ésa para negar con perjurio lo que se les ha entregado? No sois propietarios ni de lo que vendéis, ni de los que les dais la libertad ni de los que están bajo vuestra órdenes, ni hay nadie que salga garante por vosotros ni vosotros lo sois de nadie. El gremio de los rufianes es en este mundo, en mi opinión, lo mismo que las moscas, los mosquitos, los chinches, los piojos y las pulgas. No servís nada más que para producir repugnancia, para dañar y para fastidiar, provecho no traéis a nadie. Ninguna persona de bien se atreve a pararse con vosotros en el foro: al que lo hace le critican, le señalan con el dedo, le censuran; aun sin haber hecho nada, se dice que ha perdido su fortuna y su crédito.

LI.— Caray, tuerto, tengo para mí que te conoces bien el gremio de los rufianes.

GO.— Ja, pues a vosotros os pongo a la misma altura: sois lo mismísimo que ellos, y los rufianes al menos se ponen en lugares apartados, pero vosotros en la misma plaza; vosotros despedazáis a los demás con la usura, los rufianes induciendo a la gente al mal y con sus casas de trata. Muchas han sido las leyes dictadas por el pueblo por vuestra causa, pero, una vez dictadas, tiempo os falta para violarlas: siempre encontráis alguna escapatoria; para vosotros son las leyes como el agua hirviendo, que no tarda mucho en enfriarse.

LI.— Más me valiera no haber dicho esta boca es mía.

CA.—¡Anda, que te las pintas solo para hablar mal de los demás.

GO.— Si se habla mal de quien no lo merece, a eso lo llamo yo hablar mal, pero si se dice de quien se lo merece, está bien dicho a mi modo de ver. Yo, por mi parte, no tengo interés alguno en garantías tuyas ni de ningún otro de tus colegas. ¿Algo más, Licón?

LI.— Que te vaya bien.

GO.— Adiós.

CA.— ¡Eh, tú, otra cosa!

GO.— ¿Qué se te ofrece?

CA.— Preocúpate de la muchacha, que no le falte nada; yo la he criado bien y decentemente en mi casa.

GO.— Si es que te preocupas tanto de ella, ¡anda, venga algún regalito!

CA.— ¡Una buena ración de palos!

GO.— ¡Lo mismo digo, a ver si con eso mejora tu salud!

CA.— *(A Planesio.)* ¿Por qué lloras, boba? No tengas miedo, que te juro que te he vendido pero que muy bien vendida. Anda, monada, a portarse bien, sé buenecita y vete con este señor.

LI.— Summano ¿se te ofrece algo?

GO.— Adiós, que te vaya bien; has sido muy amable de atenderme y entregarme el dinero.

LI.— Muchos saludos a tu amo.

GO.— De tu parte. *(Se va con Planesio.)*

LI.— ¿Se te ofrece algo, Capadocio?

CA.— Que me entregues las diez minas esas que faltan, que tenga para irme ayudando hasta que me sienta mejor.

LI.— Vale, manda mañana a buscarlas. *(Se va.)*

CA.— Voy a entrar en el templo a hacer una oración, que me ha salido bien el negocio. Yo compré a la chica esta de pequeñita, diez minas me costó entonces; al que me la vendió, no

he vuelto a echarle la vista encima, quizá se ha ido al otro barrio. Bueno, a mí, ¿qué más me da? Yo tengo el dinero. Si es que gozas del favor de los dioses, no tienes más que alargar la mano a las ganancias que te ponen por delante. Ahora, al templo. Verás la vida que me voy a pegar.

ESCENA TERCERA

TERAPONTÍGONO, LICÓN

TE.— Te digo que no es chico el furor con que vengo enfurecido, sino exactamente el mismo con el que sé arrasar ciudades. Si no te apresuras a devolverme al instante las treinta minas que te dejé en depósito, vas a tener que apresurarte a dejar la vida.

LI.— Te juro que no va a ser chico el número de palos con que te voy a regalar, sino exactamente el mismo con que suelo regalar a aquellas personas a quienes no debo una perra.

TE.— No te me pongas farruco ni pienses que me voy a andar con reverencias contigo.

LI.— Y tú no pienses que me vas a obligar jamás a que te entregue lo que te he entregado; has de saber que no estoy dispuesto a entregarte nada.

TE.— Eso es precisamente lo que creí cuando te daba crédito, que no me ibas a devolver nada nunca jamás.

LI.— Entonces, ¿por qué me lo exiges ahora?

TE.— Quiero saber a quién se lo has devuelto

LI.— A un tuerto liberto tuyo, que decía que se llamaba Summano, a ése se lo he devuelto, que me trajo esta carta sellada que tú...

TE.— ¿Qué diablos de libertos tuertos ni de Summanos? ¡Yo no tengo liberto ninguno!

Li.— Tú obras más cuerdamente que algunos rufianes que tienen libertos y los abandonan.

Te.— Entonces, ¿qué?

Li.— Yo he hecho lo que me mandaste de no dejar desatendida por consideración a ti a una persona que venía de tu parte y me presentaba una carta con tu sello.

Te.— Eres más necio que necio, de haber dado crédito a un escrito.

Li.— ¿No voy a prestar crédito a un documento del que se hace uso en los negocios públicos igualmente que en los privados? Yo me marcho, tu asunto ha sido despachado según las reglas del arte. Adiós, guerrero, que te vaya bien.

Te.— ¿Cómo que me vaya bien?

Li.— O bueno, por mí, que te vaya mal de por vida, si es que tienes gusto en ello. *(Se va.)*

Te.— ¿Qué hago yo ahora? ¿De qué me sirve el haberme hecho sumisos a reyes si se burla ahora de mí ese covachuelista?

ESCENA CUARTA

Capadocio, Terapontígono

Ca.— *(Saliendo del templo.)* Si los dioses te son propicios, es, desde luego, que no tienen nada en contra de ti: después que hice ahí mi ofrenda se me vino a las mientes el reclamarle al banquero el dinero que falta, no sea que se le ocurra largarse, que más vale que me lo trague yo que no él.

Te.— ¡Capadocio, se te saluda!

Ca.— ¡Hola, Terapontígono Platagidoro! Ya veo que has llegado sano y salvo a Epidauro, me alegraré de que hoy en mi casa… ¡no pruebes ni un grano de sal!

Te.— Muy amable de tu parte, pero yo tengo ya un compromiso de... que mal rayo te parta. Pero ¿qué tal la pieza mía que tienes en tu poder?

Ca.— Yo no tengo nada tuyo en mi poder, no andes buscando testigos, ni te debo absolutamente nada.

Te.— Pero ¿cómo?

Ca.— Lo que juré, eso hice.

Te.— ¡Me devuelves o no me devuelves la joven, antes que te traspase con esta espada, bribón!

Ca.— ¡Vete al cuerno!, nada de amenazas. La joven se la han llevado ya y tú serás transportado de aquí con los pies por delante si continúas insultándome cuando no te debo nada, a no ser una buena ración de palos.

Te.— ¿A mí me amenazas tú con una paliza?

Ca.— Y te juro que no sólo te amenazo, sino que te la daré si continúas importunándome.

Te.— ¿Un rufián se atreve a amenazarme a mí, pisoteando mis innumerables éxitos bélicos? Te juro por mi espada y mi escudo ***, que así me protejan en la batalla, que si no se me devuelve la joven, te voy a hacer tantos pedazos que se te van a poder llevar de aquí las hormigas en trocitos.

Ca.— Pues yo te juro por mis pinzas de depilar, mi peine, mi espejo, mis tenacillas para el pelo y también por mis tijeras y mi toalla, que me importan tanto tus grandilocuencias y todas tus bravatas como la esclava que me limpia mis servicios. Yo he entregado la joven a un hombre que traía el dinero de tu parte.

Te.— ¿Y quién es ese hombre?

Ca.— Decía que era tu liberto Summano.

Te.— ¿Mi liberto Summano? ¡Ajajá! ¡Ahora me doy cuenta! Gorgojo me ha engañado, maldición; él fue quien me quitó el anillo con mi sello.

Ca.— ¿Que tú has perdido entonces tu sello?; ¡bonito soldado me estás hecho!; éste pertenece al pelotón de los tontos!

TE.— ¿Dónde puedo encontrar a Gorgojo?

CA.— Pues lo más fácil en el trigo, allí puedes encontrar, si quieres, hasta cientos de gorgojos en vez de uno. Yo me marcho, adiós, y a seguir bien. *(Se va.)*

TE.— ¡Y tú a seguir mal, mal rayo te parta! Y ahora ¿qué hago yo?, ¿me quedo o me voy? , ¡mira que haberse burlado de mí en mis propias barbas! No sé lo que daría porque me dijera alguien dónde está ahora Gorgojo.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

GORGOJO

GO.— He oído yo que un poeta antiguo ponía en una tragedia que es peor cosa dos mujeres que una sola; y así es en realidad. Pero una mujer peor que la amiga esta de Fédromo ni he visto ni oído en todos los días de mi vida. Imposible decir ni figurarse una cosa igual. Pues no que al fijarse que tengo este anillo, va y me pregunta que de dónde lo he sacado. «¿Por qué lo quieres saber?», le digo. «Pues porque necesito saberlo», dice. Yo le contesto que no se lo quiero decir. Entonces, para arrebatármelo, coge y me tira un mordisco a la mano. Apenas he conseguido escaparme y salir corriendo. Quita, quita, no quiero cuentas con ese bicho. ¡Ni que fuera un perro!

ESCENA SEGUNDA

PLANESIO, FÉDROMO, GORGOJO, TERAPONTÍGONO

PL.— Fédromo, date prisa.

FÉD.— ¿Que me dé prisa? ¿por qué?

PL.— No dejes escapar a Gorgojo. Se trata de una cosa muy importante.

GO.— Lo que es yo, no tengo cosa ninguna, que las que tenía acabé con ellas bien deprisa.

FÉD.— Aquí le tienes. Pero ¿qué es lo que ocurre?

PL.— Pregúntale que de dónde ha sacado ese anillo; es el anillo que llevaba mi padre.

GO.— *(Burlándose.)* Sí y mi tía.

PL.— Se lo había dado su madre.

GO.— Y luego tu padre te lo dio a ti.

PL.— No estás diciendo más que tonterías.

GO.— Sí, tengo esa costumbre porque así me resulta más fácil la vida.

PL.— Venga, Gorgojo, te lo suplico, no me impidas que pueda identificar a mis padres.

GO.— ¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¿Acaso llevo yo escondidos a tu padre y a tu madre aquí debajo de esta piedra? *(señalando el anillo.)*

PL.— Yo soy libre de nacimiento.

GO.— También otros muchos que ahora son esclavos.

FÉD.— De verdad, estoy perdiendo la paciencia.

GO.— Ya te dije de dónde he sacado el anillo. ¿Cuántas veces te lo voy a repetir? Se lo birlé al militar, digo, jugando a las tabas.

TE.— *(Entrando.)* ¡Salvo soy! ¡Ahí está el que buscaba! ¿Qué hay, buena pieza?

GO.— ¡Y tanto!; si quieres que echemos una partida de dados, nos podemos jugar, por ejemplo, tu capa!

TE.— ¿Por qué no te largas mejor a la horca con tus dados y tus dedos?[15] ¡Devuélveme el dinero o a la joven!

GO.— ¿Qué dinero ni qué historias?, ¿qué joven es la que me reclamas?

TE.— La que te has llevado hoy de casa del rufián, canalla.

GO.— Yo no me he llevado a ninguna joven.

TE.— Pero si la estoy viendo ahí.

FÉD.— Esta joven es libre.

TE.— ¿Mi esclava va a ser libre sin que yo le haya dado la libertad?

FÉD.— ¿Quién te la ha dado en propiedad?, ¿a quién se la has comprado? ¡Habla!

TE.— Yo he pagado su precio por medio de mi banquero, y me lo vais a tener que devolver ahora, tú y el rufián, cuadruplicado.

FÉD.— Quedas citado ante los tribunales por comprar jóvenes robadas de familias libres.

TE.— No voy.

FÉD.— ¿Vamos a tomar testigos?[16]

TE.— No es posible.

FÉD.— ¡Maldito seas! Renuncia si quieres a los testigos. *(A Gorgojo.)* Pero yo puedo recurrir a tu testimonio, ¡ven para acá!

TE.— ¿Un esclavo va a hacer de testigo?

GO.— ¡Anda, para que veas que soy libre! ¡Hale, a los tribunales!

TE.— *(Pegándole.)* ¡Toma!

---

[15] En el texto latino hay también una paronomasia: *cum bolis, cum bullis* (o *bulbis,* como escriben Ernout y Collart con una parte de los manuscritos).

[16] Se entiende: «de que te niegas a ir». Cf. *Ley de las XII Tablas,* según PORFIRIO, *Comentario a las Sátiras de Horacio* I 9, 76; *vid.* también *Persa* 745 ss., *Poenulus* 1229 ss.

Go.— ¡Socorro, ciudadanos!

Te.— ¿A qué vienen esos gritos?

Go.— ¿Qué tienes tú que ponerle la mano encima a ése?

Te.— Me ha dado la gana.

Féd.— *(A Gorgojo.)* Ven tú para acá, verás cómo te lo pongo en tus manos; cállate.

Pl.— Fédromo, yo te suplico, ayúdame.

Féd.— Como si fuera a mí mismo o a mi genio tutelar. *(Al militar.)* Te ruego que me digas de dónde has sacado el anillo que te birló el gorrón.

Pl.— *(Al militar, abrazada a sus rodillas.)* ¡Por favor, yo te lo suplico, háznoslo saber!

Te.— ¿Y qué os importa a vosotros eso? Igual podíais preguntarme que de dónde he sacado mi capa o mi espada.

Go.— ¡Mira qué chulo se pone, el fanfarrón!

Te.— *(A Fédromo.)* Déjale, yo te lo diré todo.

Go.— Nada va a decir ése.

Pl.— ¡Házmelo saber, por favor!

Te.— Yo te lo diré, levántate. Escuchadme y prestad atención: este anillo era de Perífanes, mi padre, quien antes de morir me lo dio, como era natural, a mí, su hijo.

Pl.— ¡Oh, Júpiter!

Te.— Y me lo dejó en herencia.

Pl.— ¡Santa Piedad, guárdame, que yo siempre te he sido fiel! ¡Salud, hermano!

Te.— ¿Cómo puedo dar crédito a tus palabras? Dime, si es verdad lo que afirmas, quién fue tu madre.

Pl.— Cleobula.

Te.— ¿Y tu nodriza?

Pl.— Arquéstrata. Ella me había llevado en brazos a ver las fiestas de Dioniso. Cuando llegamos y me sienta, se levanta de pronto un huracán tal, que se vienen abajo los graderíos, me entra un miedo espantoso y entonces viene quien sea y me

coge, yo toda asustada y temblando, ni muerta ni viva, y se me lleva sin que yo sepa cómo.

TE.— Sí, me acuerdo yo de aquel siniestro. Pero dime ¿dónde está el que te raptó?

PL.— No lo sé. Pero he guardado conmigo siempre este anillo; lo llevaba puesto el día de mi perdición.

TE.— Trae que lo vea.

GO.— ¿Estás loca de entregárselo a ése?

PL.— Déjame.

TE.— ¡Oh, Júpiter, éste es el anillo que yo te regalé un día de tu cumpleaños! Lo conozco tan bien como a mí mismo. ¡Salud, hermana!

PL.— ¡Hermano, salud!

FÉD.— Que os sea para bien.

GO.— Y para todos nosotros. Tú, como has llegado hoy, nos darás una cena por el encuentro de tu hermana; Fédromo, mañana, la cena nupcial. Aceptamos.

FÉD.— Calla tú.

GO.— No me callo, después del buen giro que han tomado las cosas. Tú *(a Terapontígono.)* promete tu hermana a Fédromo, Terapontígono. Yo le daré la dote.

TE.— ¿Qué dote?

GO.— ¿Yo? La de que se encargue de mi manutención para todos los días de su vida. Te juro que no miento.

TE.— Con mucho gusto de mi parte. Y el rufián nos debe treinta minas.

FÉD.— Y eso ¿por qué?

TE.— Porque así me lo prometió: que si alguien la reclamaba como libre, que me devolvería todo el importe sin problema alguno. Ahora vamos a buscar al rufián.

GO.— Me parece muy bien.

FÉD.— Primero quiero ocuparme de mis asuntos.

TE.— ¿De qué se trata?

FÉD.— De que me prometas a Planesio por esposa.

GO.— ¿A qué esperas, señor militar, para prometérsela?

TE.— Si es así su gusto...

PL.— Hermano querido, es mi más ardiente deseo.

TE.— Sea.

GO.— Muchas gracias.

FÉD.— ¿Me prometes a Planesio por esposa?

TE.— Te la prometo.

GO.— Lo mismo digo, prometido.

TE.— Muy amable de tu parte: ¡pero ahí viene el rufián, mi 676-678 tesoro!

ESCENA TERCERA

CAPADOCIO, TERAPONTÍGONO, FÉDROMO, PLANESIO

CA.— *(Viniendo del foro, sin ver a los otros.)* Los que afirman que el dinero que se entrega a los banqueros está mal colocado, dicen una tontería. Yo digo que lo mismo puede estar mal colocado que bien. Hoy mismo he tenido ocasión de experimentarlo. Si no te lo devuelven nunca, no está mal colocado, está simplemente perdido. Conque mientras dice que me va a pagar las diez minas, ha ido recorriendo mostrador tras mostrador. Cuando veo que allí no pasa nada, me pongo a reclamar a gritos; entonces va y me cita delante de los tribunales. Buen miedo pasé de que me quisiera resolver el asunto ante el pretor [17]. Pero sus amigos le han obligado y me ha pagado de su dinero particular. Ahora derechito a casa.

TE.— ¡Eh, tú, que tengo que hablar contigo!

[17] Cf. nota 9.

FÉD.— Yo también.

CA.— Pues yo no quiero hablar ni con el uno ni con el otro.

TE.— Venga, para ahí.

FÉD.— Y date prisa a vomitar el dinero.

CA.— ¿Qué tengo yo que ver contigo, ni contigo?

TE.— Te voy a coger de proyectil y te voy a dar más vueltas que si fuera aquello una catapulta.

FÉD.— Verás los mimos que te voy a dar: te vas a acostar con un cachorrito, con una cadenita férrea, que me diga [18].

CA.— Pues veréis el encierro blindado en que os voy a hacer acabar vuestros días.

FÉD.— *(A un esclavo.)* Échale una soga al cuello y llévalo a la horca.

CA.— ¡Por favor!, ¿qué es esto de llevárseme así sin haber sido condenado y sin vista de testigos? ¡Planesio, y tú, Fédromo, ayudadme, por favor!

PL.— Hermano, yo te lo ruego, no pierdas a este hombre sin haberle formado juicio, que me ha tratado bien y no ha hecho nada en contra de mi honra mientras me ha tenido en su casa.

TE.— Pero no por voluntad suya; aquí a Esculapio tienes que agradecerle el ser una muchacha decente; si hubiera tenido salud, ya te hubiera colocado con cualquiera.

FÉD.— Atención, a ver si es posible que ponga paz entre vosotros. *(Al esclavo.)* ¡Suéltale! Ven aquí, Capadocio; yo arbitraré el caso, si es que estáis dispuestos a hacer lo que decida.

TE.— Tú tienes la palabra.

CA.— Con tal que tu veredicto sea que nadie me quite a mí mi dinero.

---

[18] Juego de palabras intraducible con *catellus* («perrillo») y *catella* («cadenilla»).

Te.— ¿El que prometiste?

Ca.— ¿Cómo lo prometí?

Féd.— Con la lengua.

Ca.— Con la lengua lo niego ahora, que la tengo para hablar, pero no para arruinarme.

Féd.— No adelantamos nada. ¡Échale la soga al cuello!

Ca.— ¡Espera, espera, hago lo que tú digas!

Te.— Si estás dispuesto a portarte bien, contesta a lo que te pregunto.

Ca.— Pregunta lo que te dé la gana.

Te.— ¿No prometiste que si alguien reclamaba a la joven como libre que devolverías todo el dinero de su importe?

Ca.— No recuerdo haber dicho una cosa así.

Te.— ¿Cómo, lo niegas?

Ca.— Lo niego, maldición. ¿Quién estaba presente, dónde lo dije?

Te.— Yo estaba presente, y el banquero Licón.

Ca.— ¿No te callarás?

Te.— No señor, no me callo.

Ca.— Un pelo me importas tú, no me vengas con alharacas.

Te.— En presencia mía y de Licón lo afirmaste.

Féd.— Esto me basta. Ahora, rufián, entérate bien de lo que voy a decir; esta joven es libre de nacimiento, el militar este es su hermano y ella la hermana de él, y se va a casar conmigo; tú devuélvele el importe al militar: éste es mi veredicto.

Te.— *(A Capadocio.)* En el potro vas a acabar si no se me devuelve mi dinero.

Ca.— Maldición, Fédromo, qué manera más traidora de dar tu juicio, te vas a tener que arrepentir de ello; y tú, señor militar, que los dioses y las diosas todas te confundan. Ven conmigo.

Te.— ¿Adónde?

CA.— A mi banquero, al tribunal del pretor, que allí es donde pago a todos mis acredores.

TE.— Al potro te voy a mandar, no al pretor, si no me devuelves mi dinero.

CA.— Ojalá revientes, eso es lo único que deseo, para que lo sepas.

TE.— ¿En serio?

CA.— Sí, maldición, en serio.

TE.— Yo me conozco muy bien la fuerza de mis puños…

CA.— Bueno, ¿y qué?

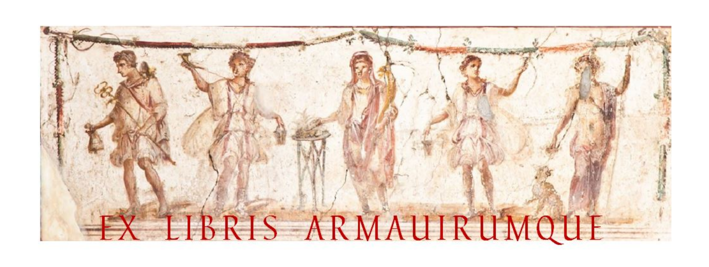
TE.— ¿Qué y qué? Ya verás lo suave que te dejo con ellos si sigues incomodándome.

CA.— Hala, pues, te pagaré.

TE.— Pero ahora mismo.

CA.— Vale.

FÉD.— Tú, Terapontígono, cenarás conmigo en casa. Hoy será la boda: que sea para bien mío y vuestro. Distinguido público, un aplauso.



EPÍDICO

(Epidicus)

INTRODUCCIÓN

No sin motivo recibió el *Epídico* un elogio del propio poeta (en las *Báquides* 214): se trata de una comedia fina, deliciosa, en la que la comicidad llega a veces a grados increíbles, y ello por los refinados procedimientos de exposición de los que el autor sabe hacer uso.

La intriga es complicada, hasta inverosímil, por lo que algunos críticos han pensado en una contaminación de originales —un hecho sin relevancia desde el punto de vista del éxito como drama—. Al volver Estratipocles, el joven hijo de Perífanes, de una campaña, se entera con horror su esclavo Epidíco de que trae consigo a una joven, una prisionera de guerra, comprada con dineros a préstamo que le han sido proporcionados por un usurero; la perplejidad del «fiel» esclavo es comprensible, porque precisamente a ruegos y por encargo de su joven amo acaba de comprarle a la citarista Acropolístide, objeto hasta entonces de sus amores, para lo que naturalmente ha tenido que engañar al viejo amo, haciéndole creer que es hija de él (Teléstide, nacida de una pasajera unión anterior en Epidauro con una joven llamada Filipa). Con otras palabras, Estratipocles necesita otra vez dinero con que pagar a su prestamista y hacerse con su nueva adquisición. ¿A quien sacárselo? A

quién sino al padre, el adinerado Perífanes. Para ello le brinda el camino el mismo Perífanes, quien en una conversación con su amigo Apécides escuchada por Epídico da cuenta de los rumores de que su hijo anda enamorado de una citarista, un problema que encontraría su mejor solución casando al muchacho. Epídico confirma a Perífanes en sus sospechas y, tras muchos preámbulos, le aconseja también el matrimonio: para ello, y como primera providencia, se debe comprar a la citarista de la que se dice que anda el joven enamorado para así quitarla de en medio cuando él llegue —cuarenta minas más o menos será su precio, pero eso no es problema, porque seguro que se la quita luego de las manos un militar rodio que también está perdido por ella—. Perífanes suelta el dinero y se le trae también a la supuesta joven, que en realidad no es sino una citarista, no comprada, sino alquilada para que dé música a Perífanes durante un servicio religioso; las cincuenta minas del viejo han llevado otro camino, que están destinadas a ser devueltas al usurero como precio del nuevo amor del muchacho. El militar acude realmente y quiere comprar a la citarista, pero al verla niega que sea ella, porque le traen no a la que él busca, Acropolístide, que ya estaba allí pasando por hija de Perífanes, sino a la recién contratada. Perífanes cae por fin en la cuenta del engaño. En esto que aparece Filipa, la mujer a la que había hecho en Epidauro madre de una niña, Teléstide, que ha caído en poder de los enemigos y en cuya busca viene. Perífanes y Filipa-se reconocen y él la consuela con la noticia de que la hija que busca está en casa: segundo chasco, pues Filipa niega que ésa, la citarista Acropolístide, sea hija suya. Desesperado sale Perífanes a buscar a Epídico, dispuesto a darle su merecido. Entretanto, el usurero ha traído a la linda Teléstide, que es reconocida por Epídico como la hija de Perífanes y Filipa y, por tanto, hermana de padre de Estratipocles. A pesar de sus engaños, Epídico está salvado, ya que ha encontrado a la tan deseada

hija de sus amos. Y Estratipocles tiene que contentarse con su primer amor, la citarista Acropolístide, a quien tiene ya en casa de su padre.

Al igual que en otras comedias plautinas, encontramos aquí también el elemento dramático del famoso par de viejos, que suele dar lugar por lo general a escenas de comicidad incomparable (piénsese en el dúo Euclión-Megadoro de la *Aulularia,* Nicobulo-Filóxero de las *Báquides,* Lisídamo-Alcésimo de la *Cásina* o Teoprópides-Simón de la *Mostelaria).* El par esclavo-amo, donde el esclavo tiene la función de engañar y el viejo amo la de ser engañado, es también conocido. Aquí van combinados los dos elementos en una y misma escena, y Epídico engaña a los dos viejos a un tiempo. No sólo por eso sube de grado la comicidad: en otros casos, el viejo deja entender en sus palabras una cierta desconfianza o sospecha (el Nicóbulo de las *Báquides,* por ejemplo); Perífanes y Apécides, no, sino todo lo contrario: sus palabras respiran sentimientos de confienza y satisfacción y —medio seguro para conseguir la hilaridad del público— sus manifestaciones son ambivalentes, dan lugar a una doble perspectiva, son ciertas según la intención del que las hace, pero pueden también ser tomadas en otro sentido por el público que está al tanto de todo y que, al escuchar las palabras de Perífanes «De verdad que los viejos parece a veces que chocheamos» (v. 393 *profecto deliramus interdum senes),* no podrá por menos de expresar su convicción en términos de Astérix con un: Sí, verdaderamente *delirant isti (Romani).*

El original del Epídico es desconocido, pero se suele considerar que era una pieza de Menandro. Sobre la fecha no se sabe sino que tiene que ser anterior a las *Báquides,* por ir citado en esta pieza. El hecho de que las partes líricas dominen sobre las habladas es un argumento en favor de una datación más bien tardía.

Aparte de reminiscencias en diversos autores, por ejemplo en Molière, ofrece una reproducción del *Epídico* la comedia *Emilia* de Luigi Groto (1541-1585); la obra de L. J. N. Lemercier (1771-1840) *Plaute ou la comédie latine* es, según K. von Reinhardstoettner, una contaminación de la *Aulularia* y el *Epídico.*

ARGUMENTO

Un viejo compra a una citarista creyendo que es hija suya, según le ha dicho uno de sus esclavos, el cual luego le contrata a otra haciéndola pasar por la amiga del hijo y el dinero destinado para comprarla se lo da al joven amo, con el que éste, sin saberlo, compra a su propia hermana. Por una mujer a la que había violado hacía tiempo y por un militar, se entera el viejo de que le han engañado. El militar buscaba a su amiga, ella a su hija. La hija, finalmente, es encontrada y el esclavo recibe la libertad.

PERSONAJES

EPÍDICO, esclavo.
TESPRIÓN, esclavo.
ESTRATIPOCLES, joven, hijo de Perífanes.
QUERIBULO, joven, amigo de Estratipocles.
PERÍFANES, viejo.
APÉCIDES, viejo, amigo de Perífanes.
UNA CITARISTA.
UN MILITAR.
FILIPA, madre de Teléstide.
ACROPOLÍSTIDE, citarista.
UN USURERO.
TELÉSTIDE, joven, hija de Perífanes y Filipa.

La acción transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

EPÍDICO, TESPRIÓN

EP.— *(Corriendo detrás de Tesprión.)* ¡Eh, joven!

TES.— ¿Quién me sujeta por la capa, hombre, con la prisa que llevo?

EP.— ¡Un camarada!

TES.— Eso me lo creo, porque es demasiada la camaradería con que me molestas.

EP.— Venga, Tesprión, vuélvete a mirarme.

TES.— ¡Andá! ¡Qué ven mis ojos, Epídico!

EP.— Exacto, tienes buena vista.

TES.— ¡Hola, hombre!

EP.— Bienvenido, me alegro de verte bueno.

TES.— Y ¿nada más?

EP.— Hombre, como de costumbre, se te dará una cena.

TES.— Palabra...

EP.— ¿De qué?

TES.— ... de que aceptaré si me invitas.

EP.— Y ¿qué hay? ¿Cómo te va?

TES.— A la vista está, creo.

EP.— ¡Estupendo! Estás más gordo y de mejor pelo.

TES.— Gracias a ésta *(levantando la mano izquierda)* [1].

11a EP.— ... que desde luego más valía que la hubieras perdido ya hace tiempo.

TES.— Ya no soy ratero así como antes.

EP.— ¿Qué?

TES.— Sino que robo a ojos vistas.

EP.— Tú, maldito seas ¡das unas zancadas! En cuanto que te divisé en el puerto, eché a correr tras de ti y a fuerza de fuerzas he conseguido alcanzarte ahora.

TES.— Oye, es que tú estás hecho un señorito.

EP.— Ya sé que es que tú eres un soldado de pura cepa.

TES.— Puedes afirmarlo con toda tranquilidad.

EP.— Y ¿cómo estás? ¿Te ha ido siempre a pedir de boca?

TES.— De todo ha habido; a veces así un poco abigarrado.

EP.— Quita, no me gustan a mí ahí los colores, nada de manchas en la piel, tal que si fueras una cabra o un leopardo.

TES.— A ver, qué quieres que te diga, sino como es.

EP.— Y ¿y cómo van las cosas ***?

TES.— Bien.

EP.— ¿Y el hijo del amo?

TES.— Con una salud como un púgil, como un atleta.

EP.— ¡Cuánto me alegran las noticias que me traes, Tesprión! Pero ¿dónde está?

TES.— Ha venido conmigo.

EP.— Y ¿dónde está? Como no sea que lo traigas en la maleta o en las alforjas.

TES.— ¡Maldito seas!

EP.— Tú... eh..., te quería preguntar una cosa: atiéndeme y se te atenderá.

---

[1] La mano izquierda es nombrada típicamente como autora de los robos: cf. *Persa* 226, *ubi illa altera est furtifica laeva?*, y CATULO, 12, 1 ss.; 47, 1. OVIDIO, *Met.* XIII 111, *timidae nataeque ad furta sinistrae.*

TES.— Hablas que ni que fueras un juez. 25

EP.— No faltaba más. 25a

TES.— Entonces, ¿es que eres ya nuestro pretor? 25b

EP.— ¿Y qué otro puedes encontrar hoy en día en Atenas más a propósito?

TES.— Pero te falta una cosa para la pretura, Epídico. 27a

EP.— ¿El qué?

TES.— Yo te lo diré: los dos lictores y los dos haces de va- 27b
ras...

EP.— ¡Te la vas a ganar! Pero dime.

TES.— El qué.

EP.— ¿Dónde están las armas de Estratipocles?

TES.— Se han pasado al enemigo. 30

EP.— ¿Las armas?

TES.— Las armas, y a buena velocidad.

EP.— ¿En serio? 30a

TES.— En serio, digo: están en poder de los enemigos. 31

EP.— ¡Vaya una vergüenza!

TES.— Pero ya hay otros que hicieron lo mismo; eso será para él un motivo de honra.

EP.— ¿Por qué?

TES.— Porque ya lo fue antes para otros. Debe haber sido
Vulcano quien ha hecho las armas de Estratipocles; por eso 35
han echado a volar en dirección a los enemigos.

EP.— Entonces es que es hijo de Tetis [2], no pasa nada porque las pierda, ya le traerán otras las Nereidas. Sólo hay que ver que no les falte materia prima a los fabricantes de escudos, si en cada campaña abandona sus despojos al enemigo.

[2] O sea, como Aquiles, a quien su madre, Tetis, hija de Nereo, le proporciona una nueva armadura obra de Vulcano, después que las suyas, con las que había enviado a la guerra a su amigo Patroclo, cayeran en poder de Héctor.

Tes.— Vamos a dejar el tema.

Ep.— Venga, ponle fin tú mismo cuando te dé la gana.

Tes.— No me hagas más preguntas.

Ep.— A ver, habla tú entonces: ¿dónde está Estratipocles?

Tes.— Hay un motivo por el cual no se ha atrevido a venir conmigo.

Ep.— Y ¿cuál es ese motivo?

Tes.— Es que no quiere ver todavía a su padre.

Ep.— ¿Por qué?

Tes.— Te diré: porque ha comprado del botín una cautiva, una chica guapa y fina de verdad.

Ep.— ¿Qué es lo que oigo?

Tes.— Lo que digo.

Ep.— ¿Y por qué la ha comprado?

Tes.— Por gusto.

Ep.— ¿Y cuántos gusto tiene ese hombre? Porque, si quieres saberlo, antes de irse al ejército me encargó que le comprara aquí de un rufián una citarista de la que estaba enamorado, y yo le he cumplido el encargo.

Tes.— ¡Ay, Epídico, en alta mar se tornan las velas según sopla el viento!

Ep.— ¡Desgraciado de mí, ese hombre me ha buscado la perdición.

Tes.— Pero ¿por qué, qué es lo que pasa?

Ep.— Y esa que ha comprado ¿por cuánto la ha comprado?

Tes.— Barata.

Ep.— No es eso lo que te pregunto.

Tes.— Pues entonces ¿qué?

Ep.— Que por cuántas minas.

Tes.— Por tantas *(haciendo la cuenta con los dedos):* cuarenta. Por eso ha tenido que coger dinero a réditos de un usurero de Tebas, al interés de dos dracmas por día y por mina.

Ep.— ¡Ahí va!

Tes.— Y el usurero ha venido con él y le reclama el dinero.

Ep.— ¡Dioses inmortales, estoy pero que requeteperdido!

Tes.— Pero ¿por qué?, ¿qué es lo que pasa, Epídico?

Ep.— Me ha perdido.

Tes.— Pero ¿quien?

Ep.— El mismo que ha perdido las armas.

Tes.— Pero ¿por qué?

Ep.— Porque me mandaba cada día una carta desde el frente —pero más vale que me calle, los esclavos deben saber más de lo que hablan. Eso es más prudente.

Tes.— Hombre, no sé por qué tienes miedo, estás temblando, Epídico; según la cara que pones, parece que es que en mi ausencia has cometido alguna mala pasada.

Ep.— Haz el favor de dejarme en paz.

Tes.— Bueno, me voy.

Ep.— ¡Quieto ahí!, no te irás.

Tes.— ¿Por qué me retienes ahora?

Ep.— ¿Está el amo enamorado de la chica esa que ha comprado del botín?

Tes.— Vaya una pregunta, está pero que perdidito por ella.

Ep.— Me van a arrancar la piel de las espaldas.

Tes.— La ama más que nunca jamás te amó a ti.

Ep.— ¡Maldito seas!

Tes.— Déjame ir ya, porque es que el amo me había prohi- 67a
bido venir a casa; me dijo que me fuera a casa de Queribulo, el 68a
vecino, y que le esperara allí: ahí va a venir él también.

Ep.— ¿Por qué?

Tes.— Verás: porque no quiere encontrarse con su padre ni que le eche la vista encima antes de que haya pagado el dinero que debe por la chica.

Ep.— ¡Ay, qué lío!

Tes.— Déjame ir ya.

Ep.— Cuando el viejo se entere, se va este barco a pique.

75 TES.— ¿Qué me importa a mí la forma en que tú perez-
cas?

EP.— Es que no quiero perecer solo, sino que perezcas tú también a la par, como debe ser entre buenos amigos.

TES.— Vete al mismísimo cuerno, lejos de mí con esos planes.

EP.— Vete tú, si es que tienes tanta prisa.

80 TES.— Nunca jamás me he encontrado con una persona de
la que me separara con más ganas. *(Se va.)*

EP.— El otro se fue. Ahora estás solo. Epídico, ves en qué
situación anda la cosa. Si no encuentras como sea alguna for-
ma de ayudarte a ti mismo, estás pero que perdido: tan grande
es la amenaza de ruina que pende sobre tu cabeza; si no apun-
talas los muros bien apuntalados, no podrás hacer resistencia,
tales son las montañas de males que están a punto de caer so-
85 bre ti. Ni encuentro forma de desenredarme del lío en que es-
toy metido. ¡Desgraciado de mí, que con mis engaños hice cre-
er al amo que compraba a su hija! En realidad, lo que hizo fue
90 comprarle a su hijo una citarista, de la que estaba el chico ena-
90a morado, y que dejó a mi cargo cuando se fue al frente. Si aho-
ra a la vuelta se ha traído otra porque le ha dado por ahí, me he
jugado el pellejo, que cuando el viejo se percate de que le han
engañado, me pelará las espaldas a latigazos. *(Dialogando*
94a-95 *consigo mismo.)* Pero tú toma tus medidas. Pero si es que ¡qué
pero ni qué ocho cuartos¡ !Pamplinas! Tienes la cabeza a pája-
96a ros, no vales para nada, Epídico. Pero bueno ¿qué forma es esa
de hablar conmigo, hombre? Pues porque te estás haciendo
traición a ti mismo. Venga, dime entonces qué es lo que debo
98a de hacer. ¿A mí me lo preguntas? Antes eras tú el que solías
100 dar consejos a los demás. No hay más remedio que encontrar
una solución por el camino que sea. Pero venga, deprisa, a
buscar a Estratipocles, que me entere ya de una vez qué es lo
que pasa. ¡Ah, ahí está! Le veo cariacontecido, viene con su

amigo Queribulo. Voy a retirarme aquí, para poder escuchar tranquilamente lo que dicen.

ESCENA SEGUNDA

ESTRATIPOCLES, QUERIBULO, EPÍDICO

ES.— Ya te lo he contado todo, Queribulo, y te he explicado la historia entera de mis penas y mis amores.

QUE.— Eres más bobo de lo que permiten tu edad y tus cualidades, Estratipocles ¿de eso tienes apuro, de haber comprado del botín una cautiva de buena familia? ¿Quién te va a hacer reproches por una cosa así?

ES.— Todos los que me miran con malos ojos se han puesto en contra de mí por ello; pero yo no he hecho violencia ni ofensa alguna a la honra de la muchacha.

QUE.— Pues tanto más eres ya de alabar por eso, que eres capaz de no dejarte llevar de la pasión.

ES.— Mira, con consolar de palabra a una persona que está en una situación desesperada no se consigue nada. El verdadero amigo es el que ayuda en las dificultades con hechos, cuando es de hechos de lo que hay necesidad.

QUE.— ¿Qué es entonces lo que quieres que haga por ti?

ES.— Que me des cuarenta minas, para que se las entregue al usurero de quien las tomé prestadas a interés.

QUE.— Te juro que si las tuviera, te las prometería.

ES.— Pues ¿qué se saca entonces con ser amable de palabra, si no hay posibilidad ninguna de ayudar con hechos?

QUE.— Pero, caramba, si yo mismo me veo acuciado a gritos por las reclamaciones de mis acreedores.

ES.— A amigos de esa calaña mejor los vería yo comidos

por la tierra que no de deudas en el foro [3]. Pero por lo que yo daría ahora cualquier cosa es por tener aquí a mi lado a Epídico. Cargado con una lluvia de palos le llevaré al molino si no me procura hoy cuarenta minas de plata antes de que haya pronunciado la última sílaba de esta palabra.

EP.— Bien va la cosa, bonitas promesas son las que hace, espero que las cumpla: sin necesidad de apoquinar yo nada, me tienen ya preparado de balde un banquete para mis espaldas [4]. Voy a hablarle: el esclavo Epídico saluda a su amo Estratipocles a su vuelta a la patria.

ES.— ¿Epídico?, ¿dónde está?

EP.— ¡Presente! De que hayas vuelto sano y salvo...

ES.— *(Interrumpiéndole.)* Basta, ya está bien, te lo creo como si fuera yo mismo quien hablara.

EP.— ¿Qué tal te ha ido?

ES.— Físicamente, bien; psíquicamente, muy mal.

EP.— Por lo que a mí tocaba, se hizo lo posible: el encargo que me diste, está despachado: compré la esclava, tal como me has escrito tantas veces en tus cartas.

ES.— Trabajo perdido.

EP.— ¿Cómo trabajo perdido?

ES.— Porque ni la quiero ni me gusta.

EP.— ¿Y a qué entonces de darme esos encargos con tanto ahínco y escribirme tantas cartas?

ES.— Es que la quería antes, pero ahora son otras las inquietudes que asaltan mi corazón.

---

[3] El texto del v. 119 ha sido muy discutido por la crítica. Hay, además, un juego de palabras en latín, difícil de reproducir; traducción aproximada según el sentido.

[4] Se refiere al uso de reunirse unos cuantos pagando a escote los gastos, especialmente para una comida; cf. *Curculio* 474 y TERENCIO, *Andria* 89 ss., *Eun.* 539.

Ep.— Verdaderamente, qué cosa más triste es tener que comprobar que no te agradecen un beneficio. Ahora resulta que lo que hice bien, lo hice mal, por haber cambiado el amor de destino.

Es.— Estaba mal de la cabeza cuando te escribía aquellas cartas.

Ep.— ¿Y te parece una cosa justa que tenga yo que expiar por la necedad tuya y que sean mis costillas las que carguen con las consecuencias de tus locuras?

Es.— Basta ya de palabras; éste que está aquí necesita en seguida cuarenta minas en caliente, para devolvérselas al usurero, pero que arreando.

Ep.— A ver, sólo una cosa: ¿de dónde quieres que las saque?, ¿a qué banquero se las pido?

Es.— Al que te dé la gana. Si antes de la puesta del sol no me traes el dinero, no necesitas volver a casa, puedes irte derecho al molino.

Ep.— Fácil es hablar así, cuando se vive como tú sin riesgo ni problema en el mejor de los mundos; yo me conozco el percal; a mí me duele cuando recibo palos.

Es.— Entonces ¿qué?, ¿vas a consentir que me quite la vida?

Ep.— Eso no; prefiero armarme de valor y probar fortuna.

Es.— Ahora esoy contento contigo, ahora alabo tu proceder.

Ep.— Me aguantaré con tal de darte gusto.

Es.— ¿Y qué hacemos entonces con la citarista esa?

Ep.— Ya se encontrará alguna solución, ya te sacaré yo de alguna forma de este lío y este enredo.

Es.— A ti no te faltan ideas, yo te conozco bien.

Ep.— Hay aquí un militar de Eubea que nada en dinero; cuando se entere que habías comprado a ésta y que ahora has traído a otra, seguro que viene en seguida a pedirte que se la cedas. Pero ¿dónde está la que has traído ahora?

Es.— En seguida la haré venir.

Que.— ¿Y a qué estamos aquí ahora?

Es.— Vamos a tu casa para festejar este día como es debido.

Ep.— Entrad vosotros, yo voy a convocar al senado en mi magín para deliberar sobre el asunto pecuniario: a quién hay que declarar la guerra, a quién voy a birlarle el dinero. Epídico, mira bien lo que haces, que es éste un asunto que se te ha presentado muy de imprevisto; no puedes ahora ni dormirte ni perder tiempo: ¡manos a la obra! Atacar al viejo es una resolución segura. Voy a entrar y a decírselo a Estratipocles: que no salga por aquí fuera y que tenga cuidado de no toparse con el padre. *(Entra en casa de Queribulo.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Apécides, Perífanes

Ap.— Por lo general, a la gente les da apuro cuando no hay necesidad de que les dé, y cuando debe de darles, entonces se les quita el apuro, cuando sería necesario que les diera. Eso es lo que te pasa a ti. ¿Me puedes decir qué motivo hay para que tengas apuro de casarte con una mujer pobre, pero honrada, sobre todo cuando, según dices, se trata de quien te ha dado la hija que tienes en casa.

Pe.— Es por consideración a mi hijo.

Ap.— Pues vaya, yo creí que lo hacías por respeto a tu difunta mujer; a la vista de su sepulcro, le ofreces siempre sacrificios al Orco —y, desde luego, no sin razón, por haberte cabido la suerte de sobrevivirle—.

PE.— ¡Oh!, un Hércules fui yo mientras ella vivió conmigo; aquello era que ni el sexto trabajo [5].

AP.— No digas que un capital no es una bonita dote, qué 180
caramba.

PE.— De acuerdo, con tal de que no venga acompañada de una mujer.

ESCENA SEGUNDA

EPÍDICO, APÉCIDES, PERÍFANES

EP.— *(Saliendo de casa de Queribulo y hablando con él y con Estratipocles.)* Chis, vosotros tranquilos. Salgo con un 183-184
auspicio bien claro, el ave a mi izquierda [6]; llevo conmigo un 185
cuchillo bien afilado para sacarle las entrañas a la bolsa del viejo. Pero mira, ahí está delante de su casa con Apécides, exactamente tal como los necesito, los dos abuelos. Verás, voy a hacer como si fuera una sanguijuela, chuparles la sangre, ellos que pasan por ser las columnas del senado.

***

AP.— ... que se case en seguida. 190

PE.— Me parece muy bien la idea; porque he oído que está prendado de no sé qué citarista, y esto me trae a mal traer.

EP.— *(Aparte.)* Chico, esto sí que es gozar del favor y la

---

[5] No están de acuerdo los comentaristas a cuál de los trabajos de Hércules hace referencia Perífanes, ya que no aparecen en todas las fuentes en el mismo orden. Quizá se trate de la lucha con Hipólita, la reina de las Amazonas.

[6] Cf. *Pseudolus* 762, *avi sinist⟨e⟩ra, auspicio liquido atque ex sententia;* VARRÓN, *Leng. lat.* IX 97, *quod quae sinistra sunt bona auspicia existimantur.* En cambio, en *Aulularia* 624 se toma como mal agüero el que el cuervo grazne por la izquierda; según CICERÓN, *Sobre la adivinación* 1, 80, unos pájaros son favorables a la derecha y otros a la izquierda.

predilección de los dioses: ¿pues no que ellos mismos me abren camino por donde birlarles los dineros? Hala, Epídico, ponte en forma, arremángate el capotillo [7] y haz como si le buscaras por toda la ciudad; manos a la obra. *(En voz alta.)* ¡Santo cielo, ojalá encuentre a Perífanes en casa, que estoy ya cansado de buscarle por toda la ciudad!, por las consultas de los médicos, las barberías, en el gimnasio y en el foro, por las perfumerías y las carnicerías y las oficinas de los banqueros; ronco vengo de tanto preguntar, poco me ha faltado para dar con mis huesos en el suelo de tanto correr.

PE.— ¡Epídico!

EP.— ¿Quién llama a Epídico?

PE.— Yo, Perífanes.

AP.— Y yo también, Apécides.

EP.— Y aquí un servidor, Epídico. Pero, amo, veo que venís a mi encuentro los dos, que más oportunamente, imposible.

PE.— ¿Qué es lo que pasa?

EP.— Espera, espera, déjame resollar, por favor.

PE.— Venga, descansa.

EP.— Me siento mal.

AP.— Toma aliento.

PE.— Tranquilo, descansa.

EP.— Escuchadme: los soldados han sido licenciados y vuelven ahora a casa de Tebas.

AP.— ¿Quién lo ha dicho?

EP.— Yo lo digo.

PE.— ¿Lo sabes tú acaso?

EP.— Sí que lo sé.

PE.— ¿Cómo lo sabes?

EP.— Porque he visto las calles llenas de soldados que volvían, y traen las armas y las bestias de carga.

[7] Como hace el personaje típico del *servus currens,* para estar más libre en su apresurada carrera.

Pe.— ¡Qué bien!

Ep.— Y, además, ¡la cantidad de cautivos que llevan! Chicos, muchachas: unos, dos; otros, tres; otros, hasta cinco; la gente se agolpa en las calles buscando cada uno a sus hijos.

Pe.— ¡Cielos, qué éxito de campaña!

Ep.— Luego las golfas todas en masa salían, todas peripuestas, cada una al encuentro de sus amantes para cazarlos. ¿Que por qué me di cuenta de ello? Pues porque ¡no digo las redes que llevaban la mayor parte de ellas debajo de los vestidos! Al llegar a la puerta de la ciudad, veo que está la otra esperando allí y con ella iban cuatro flautistas.

Pe.— ¿Con quién, Epídico?

Ep.— Con esa por la que lleva tu hijo loco perdido ya tantos años, con lo cual no hace sino lanzarse a pasos agigantados a acabar con su reputación y su fortuna, y a perderse a sí mismo y a ti, su padre. Ésa le estaba esperando allí, donde la puerta.

Pe.— ¿Será posible, la muy bruja?

Ep.— Pero ¡hay que ver cómo iba vestida, las joyas que llevaba encima, qué bien arreglada, con qué gracia, con qué buen gusto y a la última moda!

Pe.— ¿Qué es lo que llevaba puesto, la túnica regia o una al estilo mendigo? [8].

Ep.— Llevaba una impluviada, que dicen ellas.

Pe.— Pero ¿cómo iba a llevar puesto un impluvio? [9].

---

[8] Es la *túnica recta* o *regilla,* forma puesta en relación con *rex* por etimología popular (Nonio, pág. 539); a la túnica regia opone aquí Plauto la forma cómica de túnica *mendicula,* al modo de mendigo.

[9] Nonio, 548, anota a este pasaje: *impluviatus color quasi fumato stillicidio implutus,* de color ahumado, según parece *(Thesaurus linguae Latinae* VII 1, 648, 659); E. Fraenkel, 1922, pág. 135, lo interpreta como una especie de *moiré.* Como puede verse, en el texto hay un juego de palabras de difícil traducción, que pone en relación el término de color citado con el nombre del *impluuium,* estanque destinado a recoger el agua de la lluvia en los patios de las casas romanas.

EP.— Anda, y qué tiene eso de particular, como si no fueran muchas por las calles con fincas encima; y luego, cuando se exigen las contribuciones, se dice que no se tiene para pagarlas, pero para pagarles a ellas unos impuestos mucho mayores, para eso sí que hay. ¿Y qué me dices de esas que inventan cada año nombres nuevos para los trajes?, la túnica rala, la tupida, el echarpe de flecos, la túnica indusiada, la galoneada, la acalendulada y la azafranada, la bajera o la... arribera, la toca, el vestido basílico o el exótico, el cumátile o el plumátile, el nogalino o el cerino..., pamplinas y más que pamplinas. Hasta un nombre de perro han cogido para un vestido.

PE.— ¿Cómo?

EP.— Lo llaman lacónico [10]. Todos estos nombrecitos son los que obligan a los maridos a vender sus bienes en subasta.

AP.— Venga, sigue por donde habías empezado.

EP.— Luego empezaron otras dos a hablar así detrás de mí; yo me aparté adrede un poco de ellas, para hacer como que no estaba escuchando su conversación; y no es que las oyera muy bien, pero así y todo me enteraba de lo que decían.

PE.— ¡Qué interesante! A ver, qué decían.

EP.— Una de ellas fue y le dijo a la que iba con ella...

PE.— ¿El qué, el qué?

EP.— Calla, pues, si quieres oírlo. Cuando divisaron a la joven por la que está loco tu hijo, dice una: «Por favor, qué fácil lo tienen y qué suerte les toca a las que su amante está dispuesto a apoquinar para darles la libertad»; «y ¿quién es el amante?» le dice la otra. Entonces ella va y dice que Estratipocles el de Perífanes.

PE.— Muerto soy, ¿qué es lo que oigo?

EP.— La pura verdad. Yo, por mi parte, cuando las oí decir

[10] Los perros de Laconia eran famosos en la Antigüedad. La identificación de los diversos vestidos es insegura; cf. MARQUARDT, 1964 (=1886).

eso, me puse otra vez a acercarme poco a poco a ellas, como si me fuera empujando la gente hacia atrás sin yo querer.

PE.— Claro.

EP.— Entonces ella le pregunta a la otra: «¿cómo lo sabes?, ¿quién te lo ha dicho?». «Anda», dice, «si es que ha recibido hoy una carta de Estratipocles, que había cogido un préstamo de un usurero en Tebas, que el dinero está a punto y que lo trae para comprarla».

PE.— ¡Muerto soy!

EP.— Ella decía que lo sabía por la chica misma y por la carta.

PE.— ¿Qué hacer ahora? Aconséjame, por favor, Apécides.

AP.— Tenemos que encontrar una solución rápida, adecuada, porque, desde luego, tu hijo, o está a punto de llegar, digo yo, o quizá está aquí ya.

EP.— Si no fuese cosa fuera de lugar que yo tuviera más caletre que vosotros, os daría un consejo, prudente a mi entender, que, según creo, os parecería bien a los dos...

PE.— *(Interrumpiéndole.)* ¿Cuál, cuál, Epídico?

EP.— ... y que es muy adecuado a las circunstancias.

AP.— Venga, ¿a qué dudas en decírnoslo?

EP.— Lo natural es que vosotros seáis los primeros y nosotros hablemos en segundo lugar, que vosotros tenéis más suficiencia.

PE.— Hala, pues, venga, di.

EP.— Pero os vais a reír de mí.,

AP.— No, de verdad, te prometo que no.

EP.— Buenos, si os parece bien, podéis aceptarlo; si no os parece bien mi propuesta, buscad vosotros otra mejor. A mí, esto ni me va ni me viene, yo no tengo otros intereses que los tuyos.

PE.— Muchas gracias; venga, haznos ya partícipes de tu sabiduría.

Ep.— Se debe buscar sin pérdida de tiempo una esposa para tu hijo y al mismo tiempo corresponde castigar como es debido a la citarista esa que quiere él comprar y que es quien te lo ha echado a perder, así como tomar las medidas necesarias para que siga siendo esclava hasta el fin de sus días.

Ap.— Muy bien dicho.

Pe.— Estoy dispuesto a todo con tal de que se haga así como dices.

Ep.— ¡Ahí está! Ahora es la ocasión de actuar, antes de que tu hijo llegue, que será mañana, porque hoy no ha venido todavía.

Pe.— ¿Cómo lo sabes?

Ep.— Lo sé porque me ha dicho uno que ha venido de allí que llegará mañana.

Pe.— ¿Por qué no nos dices lo que debemos hacer?

Ep.— Yo creo que hay que hacer lo siguiente: figurar como si tú quisieras comprar a la citarista por tu gusto, haciendo como si estuvieras perdidamente enamorado de ella.

Pe.— Y eso ¿para qué?

Ep.— ¿Que para qué? Para que la tengas comprada al contado antes de que llegue tu hijo y para que digas que la compras para darle la libertad...

Pe.— Ya.

Ep.— Cuando la tengas comprada, la mandas donde sea fuera de la ciudad..., a no ser que tú seas de otra opinión.

Pe.— No, qué va, me parece muy bien pensado.

Ep.— Y tú ¿qué dices, Apécides?

Ap.— Qué voy a decir sino que encuentro que es un plan de una sagacidad extraordinaria.

Ep.— De esa manera no se le deja lugar a titubeos con su boda, no sea que surja algún contratiempo que estorbe tus intenciones.

Pe.— Eres la sabiduría en persona: me parece muy bien.

Ep.— Entonces, tú, venga, ahora, en caliente, manos a la obra.

Pe.— Tienes razón, caramba.

Ep.— Yo sé también un medio para que nadie sospeche de ti.

Pe.— Venga, dímelo.

Ep.— Ahora mismo, escucha.

Ap.— Desde luego, a éste no le faltan salidas.

Ep.— Necesitamos una persona que entregue el dinero por la citarista, porque que lo lleves tú, ni quiero ni es necesario.

Pe.— ¿Por qué motivo?

Ep.— Para que no piense el rufián que es que lo haces por tu hijo...

Pe.— Muy bien pensado.

Ep.— ... para quitarle a él de ella; no sea que vaya a surgir alguna dificultad por esa sospecha.

Pe.— ¿Y dónde podemos encontrar una persona apropiada para ese cometido?

Ep.— Éste *(señalando a Apécides)* es el más apropiado; él podrá tomar las precauciones necesarias, él que conoce bien el derecho y las leyes.

Pe.— Mira, puedes quedar reconocido a Epídico.

Ep.— Pero yo por mi parte no ahorraré esfuerzos en dar cima a la empresa: iré a buscar al dueño de la citarista y le haré venir aquí, y luego le llevaré el dinero junto con Apécides.

Pe.— ¿Por cuánto es lo menos que se la puede comprar?

Ep.— ¿Ella? Lo menos que se puede pagar por ella serán quizá unas cuarenta minas. Pero si me das más, yo te devolveré lo que sobre, ahí no hay trampa alguna. Además, que ese dinero no vas a verte privado de él más de diez días.

Pe.— ¿Por qué?

Ep.— Pues porque hay otro joven que anda perdido por ella, un tipo que nada en oro, un potentado militar de Rodas

que se las pinta solo en cuestiones de pillaje, un fanfarrón [11]; ése seguro que te la compra y te da el oro de buen grado; manos a la obra, vas a hacer un buen negocio.

PE.— Así se lo pido a los dioses.

EP.— Ya verás cómo te lo conceden.

AP.— ¿Por qué no entras y le sacas el dinero? Yo voy a dar una vuelta al foro; Epídico, ve a buscarme allí.

EP.— No te vayas a marchar antes de que yo llegue.

AP.— Allí te estaré esperando. *(Se va.)*

PE.— Ven tú conmigo.

EP.— Ve tú y cuenta el dinero, no seré yo el que te detenga.

ESCENA TERCERA

EPÍDICO

EP.— Yo tengo la impresión de que en todo el campo ático no hay terreno tan feraz como este Perífanes nuestro: ¿pues no le sacudo de su caja fuerte tanto dinero como me viene en gana? Caray, sólo que me temo que si el viejo se entera, me va a dar por parásitos unas varas de olmo, que me van a dejar pelado a más y mejor. Pero lo único que me preocupa ahora es ver a qué citarista voy a contratar para presentársela a Apécides. ¡Ah, ya lo sé también! Esta mañana me encargó el viejo contratarle una para aquí para casa, que le diera música durante el oficio religioso; eso es lo que voy a hacer, sólo tengo que darle antes unas instrucciones para que engañe al viejo. Me voy dentro para hacerme con el dinero; lo voy a dejar en la ruina.

---

[11] Los rodios tenían fama de fanfarrones; cf. CATÓN, *Or.*, Fr. 5, 7 (en A. GELIO, III 50).

ACTO III

ESCENA PRIMERA

ESTRATIPOCLES, QUERIBULO

ES.— Desgraciado de mí, que estoy comido y devorado de preocupación a fuerza de esperar a ver en qué quedan las dulces promesas de Epídico; ya es demasiado largo el tormento, ya es hora de saber al fin si es que hay algo o se queda todo en agua de borrajas.

QUE.— Con esa clase de ayuda, ya puedes disponerte a buscarte otra; yo sabía ya desde un principio que no la ibas a encontrar en él.

ES.— ¡Ay de mí, estoy perdido!

QUE.— Eres un insensato de angustiarte por eso; te juro que, como le eche mano, no voy a consentir que se ría impunemente de nosotros el esclavo ese.

ES.— ¿Con qué quieres que me socorra él, si tú, que nadas en riquezas por tu casa, no tienes una perra ni puede encontrar en ti ayuda alguna tu amigo?

QUE.— Si tuviera, te lo ofrecería con mucho gusto, pero, de todas formas, tú puedes tener una cierta esperanza de que por donde sea, y del modo que sea, y de donde sea, y por quien sea, no me abandonará la fortuna.

ES.— ¡Ay de ti, ladrón!

QUE.— ¿A qué vienen esos insultos?

ES.— Hombre, porque me vienes con esas palabrerías de lo que sea, y del modo que sea, y de donde sea, y por quien sea, que no es todo más que fantasías, y habrás de saber que ni te presto oídos ni significas para mí un apoyo mayor que uno que aún está por nacer.

ESCENA SEGUNDA

EPÍDICO, ESTRATIPOCLES, QUERIBULO

EP.— *(Hablando con Perífanes, que está en casa.)* Tú ya has cumplido lo que a ti te tocaba; ahora, yo a lo mío. Por lo que a esto respecta, puedes estar bien tranquilo: *(aparte)* esto *(señalando al dinero)* lo puedes dar por perdido; no pienses que vas a volver a ver ni un céntimo de ello; muerto y más que muerto está. Tú créeme: así me las gasto yo, así se las gastaron siempre los de mi ralea. ¡Dioses inmortales, qué día tan fantástico me habéis concedido, con qué facilidad se me da todo! Pero me estoy retrasando en marcharme de aquí para transportar estas provisiones a buen puerto bajo mis auspicios, y yo soy el que salgo perdiendo con mi demora. Pero ¿qué veo? Los dos amigos, mi amo y Queribulo, delante de la casa. ¿Qué es lo que hacéis ahí? Toma, aquí tienes.

ES.— ¿Cuánto es?

EP.— Cuanto basta y más de lo que basta: sobra. He traído diez minas más de lo que debes al usurero. Con tal de tenerte contento y servirte, me traen sin cuidado mis espaldas.

ES.— ¿Por qué, pues?

EP.— Pues porque voy a hacer de tu padre un parenticida.

ES.— ¿Qué palabra es ésa?

EP.— Yo no quiero nada con dichos antiguos y manidos, o sea que no va a ser embolsármelo, como suele decirse, lo que voy a hacer, sino sonsacarle: sacos, no bolsas, es lo que le voy a birlar [12]; porque el rufián ya se ha llevado una vez todo el

[12] Texto corrupto (v. 351), sobre el que se han hecho multitud de conjeturas. La traducción es sólo aproximada, ya que es muy difícil reproducir los di-

precio de la citarista (que se lo pagué yo mismo, con mis propias manos lo conté), la chica esa que está creído tu padre que es su hija; y ahora he vuelto a encontrar los medios de engañarle de nuevo a él y socorrerte a ti al mismo tiempo, porque le he aconsejado y hablado en el sentido de que, cuando tú volvieras, no estuviera ella a tu disposición.

Es.— ¡Muy bien!

Ep.— Ella está ahora en casa como si fuera su hija.

Es.— Comprendo.

Ep.— Ahora me ha puesto de garante para este asunto a Apécides, que me espera en el foro para tomar las precauciones necesarias.

Es.— No está mal.

Ep.— Y el que tenía que hacer oficio de garante está él mismo cogido en la trampa. Tu mismo padre ha sido quien me ha puesto al cuello la bolsa con el dinero y está haciendo los preparativos para que te cases en cuanto que llegues.

Es.— Sólo lo conseguirá de mí en el caso de que me hubiera arrebatado el Orco la chica que he traído conmigo.

Ep.— Entonces yo he tramado la jugada siguiente: yo me presentaré solo en casa del rufián y le avisaré, para el caso que venga alguien, que les diga que ya le ha sido entregado el dinero por la citarista y que tiene en su poder cincuenta minas (realmente se las he entregado yo por mi propia mano antes de ayer por la amiga tuya que tu padre cree que es su hija): así, el rufián sin darse cuenta de lo que hace, jurará por su maldita cabeza como si hubiera recibido el dinero por la chica que has traído tú ahora.

Que.— Sabes dar más vueltas que una rueda de alfarero.

---

versos juegos de palabras del texto latino. Hay una alusión al castigo de los parricidas, que eran echados al Tíber con la cabeza tapada y dentro de un saco de cuero; el verbo *ductare* está tomado en un doble sentido.

Ep.— Yo me procuraré ahora alguna taimada citarista que alquilaremos por cuatro perras, y que tendrá que hacer como que la hemos comprado y burlar bien burlados a los dos viejos. Apécides la llevará con él a tu padre.

Es.— ¡Qué bien pensado!

Ep.— Yo la mandaré bien adoctrinada y pertrechada con todas mis mentiras y mis artimañas. Pero ya es demasiado lo que estoy hablando, me habéis detenido más de la cuenta. Ya estáis bien informados del curso de los acontecimientos. Me marcho.

Es.— Hala, hasta luego.

Que.— Éste sabe mucho de malicia.

Es.— A mí, desde luego, me ha salvado con sus decisiones.

Que.— Vamos a mi casa.

Es.— De acuerdo, y un poco más animado que antes cuando salí: por el valor y bajo los auspicios de Epídico vuelvo al campamento cargado de botín.

ESCENA TERCERA

Perífanes, Apécides, un esclavo

Pe.— Los hombres no deberíamos tener espejos sólo para podernos mirar en ellos la cara, sino para poder contemplar también nuestro interior; y después de haberlo contemplado deberíamos reflexionar luego sobre la vida que hubiéramos llevado en nuestra juventud, cosa que en mi opinión sería de una gran utilidad. Como yo, que había empezado ya a atormentarme por causa de mi hijo, como si me hubiera faltado o como si yo en mi juventud no me hubiera hecho culpable de innumerables fechorías. De verdad que los viejos parece a veces que

chocheamos. Pero ahí viene mi amigo Apécides con su botín. Me alegro de verte volver felizmente de tu compra, ¿qué hay, Apécides?

Ap.— Los dioses y las diosas todas están de tu parte.

Pe.— El augurio es, desde luego, estupendo.

Ap.— Y al augurio responde la buena marcha de las cosas. Pero haz entrar a ésta *(la citarista)* en casa.

Pe.— *(Hablando a los esclavos en la casa.)* ¡Eh, salid aquí alguno! *(Sale un esclavo.)* Lleva a esta mujer dentro. Pero ¿sabes?

Escl.— Tú dirás.

Pe.— Mucho cuidado con que se junte ni se vea con mi hija, ¿te enteras? La pones en la habitacioncilla esa aparte, que son muy diferentes las costumbres de una muchacha honrada y las de una fulana.

Ap.— Haces muy bien; nunca se puede uno exceder en salvaguardar la virtud de una hija. Anda, que de verdad que nos hemos anticipado a tiempo a comprar ésta.

Pe.— ¿Por qué?

Ap.— Porque me ha dicho uno que había visto ya a tu hijo aquí. Seguro que estaba ya andando los pasos para comprarla.

Pe.— Eso, seguro.

Ap.— Anda, que tienes realmente un esclavo que ni pintado; es que no tiene precio, no sería caro ni a precio de oro. ¡Cómo ha sabido disimular ante la citarista que era para ti para quien la compraba! Así venía ella de sonriente y de contenta con él.

Pe.— Me asombro de cómo ha sido eso posible.

Ap.— Le dijo que ibas a hacer un servicio religioso en casa por tu hijo, por haber vuelto bien de Tebas.

Pe.— Iba por buen camino.

Ap.— Más aún, le dijo que se la contrataba para que te asistiera aquí durante el servicio religioso. Y yo, mientras, disimulando, haciéndome el tonto, el desentendido.

PE.— Pues claro, muy bien hecho.

AP.— Oye, en el foro se resuelve ahora un asunto de mucha importancia para un amigo mío y quiero ir a prestarle asistencia.

PE.— Bien, pero, por favor, cuando te quedes libre, vuelve en seguida.

AP.— Ahora mismo me tendrás contigo. *(Se va.)*

PE.— Desde luego, tratándose de amigos, no hay otra cosa como la oportunidad: si yo le hubiera encargado este asunto a una persona menos enterada y menos hábil, me la hubieran pegado y mi hijo se hubiera reído de mí a mandíbula batiente y con muchísima razón. Y es que además sería una necedad de mi parte el tomarle a mal a él lo que yo mismo hice en mi juventud tantas veces cuando estaba en el ejército: cuando me ponía, es que dejaba sordos a la gente a fuerza de contarles mis correrías. Pero ¿quién es ese que viene ahí haciendo ondear su capa con paso marcial?

ESCENA CUARTA

UN MILITAR, PERÍFANES

MI.— *(A un esclavo.)* No dejes pasar ni una casa sin preguntar dónde vive el viejo Perífanes Platenio. No aparezcas ante mi vista sin haberlo averiguado.

PE.— Joven, ¿me quedarías agradecido si te muestro la persona que buscas?

MI.— Yo soy quien por mi bizarría me he hecho acreedor al agradecimiento de todo mortal.

PE.— Joven, no has escogido un lugar apropiado para la exposición de tus hazañas, que si una persona de menor calidad ensalza sus proezas ante quien le es superior, el resultado

es que, en comparación con las de éste, resultan las suyas de poca monta. Pero yo soy ese Perífanes Platenio que buscas, si es que se te ofrece algo.

MI.— ¿El mismo entonces de quien se cuenta que consiguió en su juventud grandes riquezas al servicio de los reyes por medio de sus armas y las artes bélicas?

PE.— Más aún: si oyeras todas mis proezas, echarías a correr a galope tendido en dirección a tus lares.

MI.— Te juro que yo más bien busco a alguien al que yo pueda narrar mis proezas que no uno que me cuente a mí las suyas.

PE.— No es ahora el caso; o sea que vete a buscar a otro a quien puedas pegársela.

MI.— Atiende, para que sepas a lo que vengo. Me he enterado de que has comprado a mi amiga.

PE.— *(Aparte.)* ¡Ajajá! Ahora al fin sé de quién se trata: es el militar del que me habló Epídico. Así es, joven, como dices, la he comprado, en efecto.

MI.— Si no te incomoda, desearía hablar contigo dos palabras.

PE.— Caray, no puedo saber si me incomoda o no, si no dices lo que quieres.

MI.— Quiero que me cedas la chica y que recibas el dinero por ella.

PE.— ¿Tienes aquí el dinero?

MI.— ¿Para qué voy a andar con disimulos contigo? Yo tengo la intención de darle la libertad para hacerla mi concubina.

PE.— Mira, voy a zanjar la cuestión contigo sin darle muchas vueltas: yo la he comprado por cincuenta minas; si me pagas sesenta contantes y sonantes, tendrás a la joven a tu disposición siempre que estés libre de servicio; y, además, con la condición de que la saques en seguida del país.

MI.— ¿Me la das entonces con esas condiciones?

PE.— Tuya es. A buen precio te la has llevado. *(A los de dentro de la casa.)* ¡Eh, sacad aquí a la citarista de antes! Además, te doy de regalo la lira que traía cuando la compré.

ESCENA CUARTA

PERÍFANES, EL MILITAR, LA CITARISTA

PE.— Ea, ahí la tienes.

MI.— ¿Te has vuelto loco? ¿Es que pretendes embaucarme? ¿Por qué no das orden de que traigan a la citarista?

PE.— Ésta es, otra no tenemos.

MI.— No puedes venirme con esos cuentos. ¿Por qué no sacas aquí a la citarista Acropolístide?

PE.— Ésta es, digo.

MI.— No es ésta, digo. ¿Es que te crees que no voy yo a conocer a mi amiga?

PE.— Ésta, te digo, es la citarista de la que estaba enamorado mi hijo.

MI.— Ésta no es ella.

PE.— ¿Cómo?, ¿no es?

MI.— No es.

PE.— Entonces ¿de dónde demonios ha salido ésta? Diablos, yo he pagado mi dinero por ella.

MI.— Tengo la impresión de que has cometido una necedad al pagarlo, que has metido la pata, pero que a fondo.

PE.— Pues yo sigo creyendo que es ella, porque así se lo he encargado al criado de mi hijo, él mismo ha sido quien la ha comprado.

MI.— Ahí tienes: ese hombre, tu esclavo, te ha hecho migas.

Pe.— ¿Cómo que me ha hecho migas?

Mi.— Eso es lo que me supongo, porque en lugar de la citarista te han metido esta cierva [13]. Abuelo, te la han pegado de todas todas; yo me marcho a buscar a la otra, esté donde esté. Salud, guerrero.

Pe.— ¡Bravo, bravo, Epídico! Eres una buena persona, buen combate has dado, eres todo un hombre, qué bien has sabido burlarte en las mismas narices de este mocoso, de este imbécil. *(A la citarista.)* ¿Te ha comprado hoy Apécides de un rufián?

Ci.— No he oído nombrar jamás a ese hombre hasta ahora, y, además, no hubiera podido comprarme por dinero alguno: ya hace más de cinco años que soy libre.

Pe.— Entonces, ¿qué es lo que haces aquí en mi casa?

Ci.— Yo te lo diré: he sido contratada para que diera música a un señor durante un oficio religioso.

Pe.— Confieso que soy la persona más imbécil de todos los habitantes de Atenas del Ática. Pero ¿conoces tú a la citarista Acropolístide?

Ci.— Tan bien como a mí misma.

Pe.— ¿Dónde vive?

Ci.— Pues después que es libre, no sé decirte exactamente dónde.

Pe.— ¿Conque es libre? ¿Quién la ha liberado? Me gustaría saberlo, si es que lo sabes tú.

Ci.— Te diré lo que he oído decir: dicen que Estratipocles el de Perífanes ha tomado las medidas necesarias para que fuera liberada mientras él estaba ausente.

Pe.— Muerto soy, maldición, si es verdad lo que dices: Epídico me ha sacado a fondo las entrañas a mi bolsa.

[13] Alusión a la cierva que fue puesta por Ártemis en lugar de Ifigenia cuando iba a ser sacrificada.

CI.— Yo eso es lo que he oído decir. ¿Puedo ahora servirte en algo más?

PE.— Sí, yéndote a la horca y largándote a toda velocidad.

MI.— ¿No me devuelves mi cítara?

PE.— Ni cítaras ni flautas; apresúrate a largarte de aquí, si es que la providencia divina vela por ti.

CI.— Me voy; pero me la tendrás que devolver más tarde con escándalo para ti. *(Se va.)*

PE.— Y ahora ¿qué? [Yo que tomo parte en decisiones de tanta importancia, ¿la voy a dejar ir así impunemente? No, sino que aunque tenga que perder otro tanto como lo que he perdido, prefiero perderlo antes que consentir que se hayan reído de mí impunemente, que me hayan desvalijado en esta forma.] ¡Ay de mí, habérseme burlado en mi propia cara de forma tan notoria, y mi caso no es nada en comparación del de Apécides, el famoso legisperito, el as de la jurisprudencia; siempre se las está dando de listo: He visto yo algún martillo sin mango que tenía más caletre que él.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

FILIPA, PERÍFANES

FI.— *(Sin ver a Perífanes.)* Si hay alguien que tiene tantas penas que la afligen y la hacen una desgraciada, ésa soy yo, que son muchos los males que se me juntan y me estremecen el alma: muchas son las penas que me agobian, la pobreza, el miedo me tienen encogido el corazón, sin que tenga lugar seguro en donde poner mis esperanzas, después que mi hija ha

caído en poder de los enemigos y no sé dónde se encuentra.

Pe.— *(Aparte.)* ¿Quién es esa mujer forastera que viene tan angustiada lamentándose de su desgracia?

Fi.— Por aquí me han indicado que vive Perífanes.

Pe.— Ha pronunciado mi nombre, seguro que es que quiere pedirme hospitalidad.

Fi.— No sé lo que daría porque alguien me indicara dónde vive Perífanes.

Pe.— Yo la conozco, yo creo que la he visto donde sea antes de ahora. ¿Es o no es la que sospecho?

Fi.— *(Al ver a Perífanes.)* Dioses inmortales, yo creo que conozco a ese hombre ***.

Pe.— Es ella, seguro, aquella chica pobre a la que hice violencia en Epidauro.

Fi.— Ése es, desde luego el que cuando muchacha me arrancó el primero mi pudor.

Pe.— ¿Es ella la que por obra mía dio a luz a la hija que tengo yo ahora aquí en casa? ¿No debería acercarme…

Fi.— No sé si ir a su encuentro…

Pe.— … si es que es ella?

Fi.— … si es que es él, porque los muchos años pasados me hacen dudar.

Pe.— El largo tiempo me produce incertidumbre, pero, por si acaso es la que barrunto que es, voy a abordarla indirectamente.

Fi.— Ahora es la ocasión de hacer uso de las mañas femeninas.

Pe.— Voy a hablarla.

Fi.— Voy a hacerle frente con mis palabras.

Pe.— ¡Salud!

Fi.— Para mí y para los míos.

Pe.— ¿Así contestas a mi saludo?

Fi.— Salud. Te devuelvo lo que de ti recibí.

PE.— No dudo de tu solvencia. Pero, ¿te conozco o no te conozco?

FI.— Si yo te conozco a ti, haré por creer que también tú me conoces a mí.

PE.— ¿Dónde te he visto?

FI.— No está bien ni es justo que preguntes eso.

PE.— ¿Por qué?

FI.— Porque te piensas que soy yo la que debo ayudar a tu memoria.

PE.— Sí, precisamente eso.

FI.— Dices cosas peregrinas.

PE.— Ahora tienes aún más razón. ¿Te acuerdas…

FI.— Yo me acuerdo de lo que me acuerdo.

PE.— … de que en Epidauro…

FI.— ¡Ah, has refrescado con una gotita de agua el fuego que arde en mi alma!

PE.— … he aliviado la indigencia de una muchacha sin recursos y de su madre?

FI.— ¿Eres tú acaso el que por satisfacer su capricho puso en mí la semilla de una grave aflicción?

PE.— Yo soy. ¡Salud!

FI.— Salud es para mí el ver que tú gozas de ella.

PE.— Dame la mano.

FI.— Ten, la mano de una mujer desgraciada y agobiada por las penas.

PE.— ¿Cuál es el motivo por el que vienes con esa cara tan apenada?

FI.— La hija que concebí por obra tuya…

PE.— ¿Qué es de ella?

FI.— … la he perdido después de tenerla criada: ha caído en poder de los enemigos.

PE.— Tranquilízate, no padezcas, está sana y salva aquí en casa. Uno de mis esclavos me dijo que había sido hecha cauti-

va, y entonces di en seguida el dinero para que la compraran; él me despachó aquel asunto con tanta sensatez y tan a mi satisfacción como…, como otras veces se porta como un pillo redomado.

Fi.— Déjame ver si es mi hija, si es que quieres darme la vida.

Pe.— *(A una esclava en la casa.)* ¡Eh, tú, Cántara, trae aquí a Teléstide, mi hija, para que vea a su madre.

Fi.— Al fin vuelvo a la vida.

ESCENA SEGUNDA

Acropolístide, Perífanes, Filipa

Acr.— ¿Qué es lo que me quieres, padre, que me has llamado?

Pe.— Que veas a tu madre, que te acerques a ella y la saludes con un beso a su llegada.

Acr.— ¿A mi madre?

Pe.— Sí, tu madre que anda sin vida buscándote.

Fi.— ¿Quiés es esa que dices que me bese?

Pe.— Tu hija.

Fi.— ¿Que ésa es mi hija?

Pe.— Si, ésta.

Fi.— ¿Yo voy a darle un beso a ésa?

Pe.— ¿Y por qué no vas a besar a la hija de tus entrañas?

Fi.— Estás loco.

Pe.— ¿Yo, loco?

Fi.— Sí, tú.

Pe.— ¿Por qué?

Fi.— Porque yo ni sé quién es ésa, ni la conozco, ni la he visto con mis ojos jamás hasta ahora.

PE.— Bueno, es que te confundes por el vestido y por cómo va arreglada. ***

FI.— Los perros y los cerdos dan un olor muy diferente. Yo, desde luego, te digo que no sé quién es ésa.

PE.— Pero bueno, entonces qué, ¿es que soy yo un rufián, que tengo mujeres ajenas en casa y voy escupiendo aquí y allá el dinero a raudales? ¿Qué dices tú, que me llamas padre y me besas, qué haces ahí como un pasmarote? ¿Por qué no dices nada?

ACR.— ¿Qué quieres que diga?

PE.— Filipa afirma que no es tu madre.

ACR.— Que no lo sea si no quiere; pero yo, a pesar de que ella no quiera, seré hija de mi madre; no se debe obligarla a que sea mi madre, si no quiere.

PE.— ¿Por qué me llamabas entonces padre?

ACR.— Eso es culpa tuya, no mía. ¿No voy a llamarte yo padre si tú me llamas a mí hija? También a ésa la llamaría madre si ella me llamara hija. Que ella dice que no soy su hija, pues no es ella entonces mi madre. En fin de cuentas, esto no es culpa mía; yo no he dicho más que lo que me han enseñado: Epídico ha sido mi maestro.

PE.— ¡Muerto soy! He volcado el carro.

ACR.— ¿Acaso te he faltado yo en algo, padre?

PE.— Maldición, si te vuelvo a oír llamarme padre, te quitaré la vida.

ACR.— Bueno, si no quieres, no te lo llamo. Cuando quieras ser mi padre, sélo; cuando no quieras, no lo seas.

FI.— Y si tú la compraste porque creías que era tu hija, ¿en qué la reconocías?

PE.— En nada.

FI.— ¿Por qué creíste entonces que era nuestra hija?

PE.— Mi esclavo Epídico me lo dijo.

FI.— Y si el esclavo estaba equivocado, ¿es que no podías tú haberte dado cuenta, por favor?

PE.— Y cómo, si después que la vi la primera vez, no he vuelto a verla en la vida?

FI.— ¡Desgraciada de mí, estoy perdida!

PE.— No llores, mujer. Entra en casa, no pierdas las esperanzas; ya verás cómo yo encuentro a nuestra hija.

FI.— La ha comprado uno del Ática, un ateniense; y decían que era un muchacho joven el que la había comprado.

PE.— Yo la encontraré, no padezcas. Éntrate y no pierdas de vista a la bruja esa, esa Circe hija del sol. Yo lo dejaré todo y me pondré a buscar a Epídico; si le encuentro, va a ser éste el último día de su vida. *(Se va para el foro; las mujeres entran en casa de Perífanes.)*

ACTO V

ESCENA PRIMERA

ESTRATIPOCLES, EPÍDICO, EL USURERO, TELÉSTIDE

ES.— *(Saliendo de casa de Queribulo.)* Me está fastidiando el usurero éste, que no viene a buscar su dinero ni me trae a la chica que compré del botín. Pero ahí viene Epídico. ¿Qué será lo que le hace fruncir el ceño y traer ese aire tan preocupado?

EP.— *(Sin ver a Estratipocles.)* Aunque Júpiter traiga con él el resto de los once dioses, no podrán todos juntos librar a Epídico del suplicio. He visto a Perífanes comprando unas correas y Apécides estaba con él; ahora seguro que me están buscando; se han dado cuenta, saben que han sido engañados.

ES.— ¿Cómo te va, mi bien?

EP.— Como a un desgraciado.

ES.— ¿Qué es lo que pasa?

Ep.— ¿Por qué no me preparas mejor dineros para la fuga antes de que sea demasiado tarde? Porque los dos viejos trasquilados me buscan por la ciudad con sogas en las manos.

Es.— No te apures.

Ep.— Claro, como que tengo la libertad en el bolsillo.

Es.— Yo velaré por ti.

Ep.— Caray, creo que más bien los otros, si me echan mano. Pero ¿quién es la pollita esa que viene ahí con ese tipo canoso?

Es.— Ése es el usurero, ella es la que compré del botín.

Ep.— ¿Ésa es?

Es.— Sí, ésa es. ¿No es así como te dije? Mira y contempla, Epídico: de pies a cabeza, un encanto. No parece sino que se está mirando un lindo cuadro.

Ep.— Con esto que dices te refieres a lo lindas que van a quedar mis espaldas, luego que Apeles y Zeuxis [14] las pinten con pinceles de olmo.

Es.— *(Al usurero.)* Dioses inmortales, qué manera de cumplir mi encargo: una persona con pies de plomo hubiera llegado antes que tú.

Us.— Demonio, ésta me ha detenido.

Es.— Si ha sido por atención a ella tu tardanza y ha sido ella quien así lo ha querido, vienes demasiado pronto.

Us.— Hale, hale, despáchame y dame el dinero, que no haga esperar a mis compañeros.

Es.— Ya está contado.

Us.— Ten una bolsa: adentro con ello.

Es.— Estás en todo; espera mientras que saco el dinero.

Us.— Date prisa.

Es.— Lo tengo en casa. *(Entra.)*

[14] Famosos pintores de la Antigüedad: como quien dice «un Velázquez».

Ep.— ¿Puedo o no puedo dar crédito a mis ojos? ¿Veo a Teléstide, hija de Perífanes, nacida de Filipa, tu madre, en Tebas, engendrada en Epidauro?

Te.— ¿Quién eres tú, que me dices el nombre de mis padres y el mío?

Ep.— ¿No me conoces?

Te.— No, que yo sepa.

Ep.— ¿No te acuerdas que en el día de tu cumpleaños te llevé una vez una lunita y un anillo de oro?

Te.— Sí que me acuerdo, ¿eres tú aquél? *(Sale Estratipocles.)*

Ep.— Yo soy, y éste que te ha comprado es tu hermano ***, de otra madre, pero del mismo padre.

Te.— ¿Y mi padre vive?

Ep.— Tú tranquila, calla.

Te.— Los dioses me salvan de mi perdición si es verdad lo que dices.

Ep.— No tengo motivo alguno para contarte mentiras.

Es.— Toma, banquero, son cuarenta minas; si hay alguna pieza mala, te la cambiaré.

Us.— Gracias, a pasarlo bien.

Es.— Ahora ya eres mía.

Te.— Sí, tu hermana, para que lo sepas tú también. Salud, hermano.

Es.— ¿Está en su juicio?

Ep.— En su juicio está si es que es a su hermano a quien habla.

Es.— Pero bueno, ¿cómo me he convertido de pronto en su hermano, mientras entro y salgo?

Ep.— Las cosas buenas téntelas callado para ti solo y alégrate con ellas.

Es.— Me has perdido y me has encontrado, hermana.

Ep.— Calla, bobo, yo te tengo preparado en casa un amor,

la citarista Acropolístide, lo mismo que he sido yo quien ha conseguido la libertad para tu hermana.

Es.— Epídico, yo te confieso que…

Ep.— Entra y di que preparen agua caliente para el baño; lo demás ya te lo haré saber después, cuando haya tiempo.

Es.— Ven conmigo, hermana.

Ep.— Ahora os mando a Tesprión. Pero acuérdate, si el viejo se pone furioso conmigo, de salir en defensa mía junto con tu hermana.

Es.— Eso no tendrá dificultad alguna.

Ep.— *(A la puerta de la casa de Queribulo.)* Tesprión, sal por el jardín y ven a casa a ayudarme, se trata de un asunto muy importante. Los viejos me traen ahora todavía más sin cuidado que antes. Volveré a casa para ocuparme de atender a los huéspedes. Dentro informaré a Estratipocles de todo lo que sé. No me escapo, estoy decidido a quedarme en casa; así no me podrá echar en cara el viejo el que le haya desafiado a echar una carrera. Me entro, que estoy ya hablando demasiado.

ESCENA SEGUNDA

Perífanes, Apécides, Epídico.

Pe.— No, que no se ha burlado a fondo el individuo ese de estos dos decrépitos vejetes.

Ap.— Demonio, tú eres el que me trae a mal traer.

Pe.— Calla, calla, déjame sólo echarle mano.

Ap.— Yo te lo digo, para que lo sepas: es mejor que te busques otra compañía: tengo las rodillas hinchadas y no puedo más de cansancio a fuerza de ir tras de ti.

Pe.— De cien maneras se ha burlado el tipo ese hoy de ti y de mí, y qué forma de sacarle las entrañas a mi caja.

AP.— Quita, quita, no quiero nada con él, que es un hijo de Vulcano furioso: por donde toca, todo lo quema, si te acercas, te abrasa con su llama

EP.— *(Saliendo de casa de Perífanes, aparte.)* Doce dioses más aparte de todos los dioses de la corte celestial me ayudan y luchan a mi lado. Sean cuales sean mis fechorías, en casa tengo aliados dispuestos a socorrerme, echo atrás a patadas a todos mis enemigos.

PE.— *(Sin ver a Epídico.)* ¿Dónde diablos le buscaré?

AP.— Mientras que le busques sin mí, búscale si quieres en el fondo del mar.

EP.— ¿Por qué me buscas? ¿Por qué te afanas? ¿Porqué le molestas a éste? Aquí me tienes. ¿Acaso te huyo o me he ido de casa, acaso me oculto a tu vista? *** Tampoco te pido misericordia ¿quieres atarme? Toma aquí mis manos; sogas tienes, que te he visto comprarlas ¿a qué esperas?, ¡átame!

PE.— ¡Arreglados estamos! Él es ahora el que me viene con requisitorias.

EP.— ¿Por qué no me atas?

AP.— ¡Verdaderamente, qué esclavo más sinvergüenza!

EP.— *(Continuándole.)* ... tú, Apécides..., no estoy interesado en que intercedas por mí.

AP.— Concedido, Epídico.

EP.— *(A Perífanes.)* ¡Hale, venga!

PE.— Porque a ti te viene en gana, ¿no?

EP.— Sí, porque a mí me viene en gana, no a ti, me has de atar las manos ahora.

PE.— Pues no me da la gana, no te las ato.

AP.— Ése está preparándose a lanzarte un dardo, está tramando lo que sea.

EP.— Te haces dilaciones a ti mismo mientras que estoy yo aquí suelto; venga, digo, átame.

PE.— Pero es que yo prefiero interrogarte estando suelto.

EP.— Pues no vas a saber entonces ni un tanto así de mí.

PE.— ¿Qué hago, Apécides?

AP.— ¿Que qué haces? Dale gusto.

EP.— Eres una persona razonable, Apécides.

PE.— Venga las manos, pues.

EP.— En seguida. Y átalas fuerte, sin miramientos.

PE.— Tú mismo podrás juzgar cuando haya terminado.

EP.— Muy bien. Venga, interrógame ahora, pregúntame lo que te dé la gana.

PE.— ¿Cómo te atreviste a afirmar que la citarista que compramos antes de ayer era mi hija?

EP.— Me dio la gana, por eso me atreví.

PE.— ¿Qué dices, que te dio la gana?

EP.— Sí, lo digo; o ¿qué te apuestas a que es hija…

PE.— ¡Pero si la madre dice que no la conoce!

EP.— Me apuesto una didracma contra un talento a que es la hija de su madre.

PE.— Eso es una trampa. Pero ¿quién es esa mujer?

EP.— La amiga de tu hijo, para que te enteres ya de una vez.

PE.— ¿No te di yo treinta minas por mi hija?

EP.— Confieso que me las diste y que con ese dinero compré a la citarista amiga de tu hijo, haciéndote creer que era hija tuya: esas treinta minas te las he birlado.

PE.— ¡Y cómo me has engañado con el alquiler de la otra citarista!

EP.— Así ha sido verdaderamente, pero no me arrepiento de ello.

PE.— ¿Qué ha sido del último dinero que te di?

EP.— Yo te lo diré: se lo he dado a una persona que no es ni mala ni buena, a tu hijo Estratipocles.

PE.— ¿Por qué te has atrevido a dárselo?

EP.— Porque me ha dado la gana.

Pe.— ¡Maldición¡, ¿qué desvergüenza es ésa?

Ep.— ¿Todavía me gritas como si fuera un esclavo?

Pe.— ¡Hombre, me alegro de saber que eres libre!

Ep.— Merecido me lo tendría.

Pe.— ¿Tú merecido?

Ep.— Echa una mirada ahí dentro: verás si tengo razón.

Pe.— ¿Qué es lo que pasa?

Ep.— Tú lo verás; entra en casa.

Ap.— Entra, no lo dice por decir.

Pe.— Guárdalo tú, Apécides. *(Entra en casa.)*

Ap.— ¿Qué es lo que pasa, Epídico?

Ep.— Caray, es una injusticia enorme que esté aquí atado después de que por mí ha sido hoy encontrada la hija de mi amo.

Ap.— ¿Dices que has encontrado a su hija?

Ep.— La he encontrado y está ahí en casa. ¡Qué cosa más triste es el recibir castigos en pago de beneficios!

Ap.— ¿A la que nos hemos hartado hoy de buscar por la ciudad?

Ep.— Yo estoy cansado de encontrar; vosotros, cansados de buscar.

Pe.— *(Hablando a los de dentro de la casa.)* ¿Por qué me rogáis con tanto empeño en su favor? Ya me doy yo cuenta de que debe ser tratado de conformidad con el servicio prestado. Ven acá, que te suelte las manos.

Ep.— No me toques.

Pe.— Trae.

Ep.— No quiero.

Pe.— No está bien lo que haces.

Ep.— Te juro que no permitiré que me sueltes si no me das una reparación.

Pe.— Es muy justo y razonable lo que pides. Te daré unos zapatos, una túnica, una capa.

EP.— ¿Y qué más?

PE.— La libertad.

EP.— ¿Y después? Un liberto recién salido del cascarón necesita papillas.

PE.— Se te darán, yo me encargo de tu manutención.

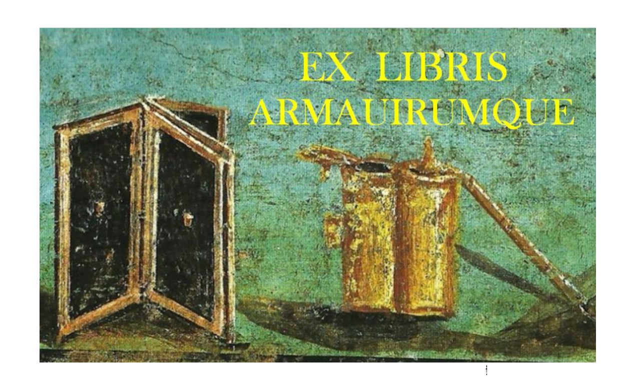
EP.— Te juro que si no me pides perdón, no me soltarás jamás.

PE.— Epídico, yo te ruego que me perdones si, contra mi voluntad, te he faltado en algo; a cambio de ello, te concedo la libertad.

EP.— A regañadientes te perdono, pero a la fuerza obligan. Suéltame, si quieres.

EL CORO DE ACTORES

Éste es el caso de uno que encontró su libertad a fuerza de sus malas artes. Distinguido público, un aplauso y que os vaya bien. ¡A estirarse y a ponerse en pie!



LOS DOS MENECMOS

(Menaechmi)

INTRODUCCIÓN

Dos hermanos gemelos y un mantón son los tres personajes centrales de la famosísima comedia plautina *Los dos Menecmos* —¿qué ordenador, incluso de la última generación, habría sabido combinarlos tan hábilmente?—.

Las circunstancias que preceden a la acción van explicadas con toda claridad en el prólogo: de dos hermanos gemelos, Sosicles y Menecmo, sicilianos de Siracusa, uno se le pierde a su padre a los siete años en la aglomeración de unos festivales en Tarento y es recogido y adoptado por un rico mercader de Epidamno. El padre muere de pena y el abuelo le cambia el nombre a Sosicles, el gemelo que ha quedado en Siracusa, llamándolo Menecmo en recuerdo del hermano desaparecido. Pasados los años, emprende el nuevo Menecmo un viaje en busca del hermano; tras largas vueltas y revueltas por esos mundos de Dios, llega a Epidamno, donde vive el primitivo Menecmo. Lo demás no puede explicarse sino con las palabras del poeta, hay que leerlo, o, mejor, escucharlo y verlo en las tablas, porque es obra maestra de artesanía; tal es la habilidad y la perfección con que van alternando y encajando unas con otras las diversas peripecias de la acción. El lector (y el espectador) va de sorpresa en sorpresa, de contraste en contraste: lo

que acaba de ser regocijante se convierte al momento en frustración con sólo cambiar, sin que nadie aparte del espectador se dé cuenta, al Menecmo epidamnense por el Menecmo siciliano, o viceversa. Esta continua alternancia ya trae consigo el natural efecto cómico, pero el poeta no ahorra en detalles —mientras más simples más hilarantes— que lo refuerzan, y los personajes que giran alrededor de los dos Menecmos y del mantón son a la vez tan típicos y tan reales, que el espectador ha de reír sin que se le deje un momento de reposo: los diálogos entre la mujer de Menecmo y su padre, entre Menecmo II y la esclava de Erotio, y, sobre todo, la escena del médico. En su nota preliminar a la pieza afirma Ernout que el médico de ella es un digno antepasado de los médicos de Molière; se diría mejor que no sólo eso, sino una insuperable y verídica pintura de la imperecedera figura literaria del «matasanos», que tras tantos siglos nada ha perdido de su actualidad.

Los Menecmos destacan por la ausencia de altibajos de su estructura; la acción se desarrolla sin interrupción ni retardamientos de manera tensa e implacable, tal como lo exige el curso real de los hechos. Como final, en los últimos cien versos se reúnen por fin en escena Menecmo I y Menecmo II; la tensión cede, se mantiene el tenor de exactitud y precisión que caracteriza toda la obra, pero falta el elemento cómico y, además, el lector lo sabe todo, pudiéndole resultar por eso superflua la escrupulosa minuciosidad de sabor jurídico, un poco fuera de lugar en la ficción literaria, de la escena de reconocimiento; todo ello demasiado lento, aunque quizá sólo para el lector, no para el espectador, ya que el texto deja mucho juego libre a la fantasía del director de escena.

La pieza destaca por la abundancia de sus partes líricas; su datación ha sido muy discutida, pero tanto esta circunstancia como la perfección de su contextura hacen pensar en una fecha tardía (el primer decenio del siglo II, según E. Paratore).

El original griego es desconocido. *Los Menecmos* han ejercido una gran influencia en la literatura posterior. Destaquemos algunos de sus numerosos descendientes: ya en el año 1555 hay una traducción española publicada en Amberes, a la que sigue en 1559 la «Comedia de los Menecmos puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias», de Juan de Timoneda. Numerosas son las traducciones y refundiciones en Italia, desde la *Calandria,* del Cardenal B. D. de Bibbiena (1470-1520), hasta *I gemeli veneziani,* de C. Goldoni; en Francia, Rotrou y Regnard; en Inglaterra, la *Comedy of errors,* de Shakespeare; en Alemania, *Los Menecmos,* de Hans Sachs; etc.

ARGUMENTO

Un mercader siciliano que tenía dos hijos gemelos muere tras desaparecerle uno de ellos. El abuelo paterno le pone el nombre del niño desaparecido al otro, llamándole también Menecmo en lugar de Sosicles. Ya de mayor, emprende éste un viaje por todos los países en busca de su hermano. Al fin llega a Epidamno, donde se ha criado el gemelo desaparecido. La gente toma allí al forastero por su hermano Menecmo, y como a tal le tratan, como si fuera él, una cortesana, la mujer, el suegro... Hasta que, al final, se reconocen ambos hermanos.

PERSONAJES

CEPILLO, parásito.
MENECMO I, joven.
MENECMO II (Sosicles), joven.
EROTIO, cortesana.
CILINDRO, cocinero.
MESENIÓN, esclavo de Menecmo II.
UNA ESCLAVA.
LA MUJER DE MENECMO I.
UN VIEJO, padre de la mujer de Menecmo I.
UN MÉDICO.

La acción transcurre en Epidamno.

PRÓLOGO

¡Salud y prosperidad, distinguido público, por primera providencia, tanto para mí como para vosotros! Os traigo hoy un Plauto, pero no en la mano, sino en la lengua, con el ruego de que le prestéis oídos benignos. Ahora prestad atención, que os voy a dar el argumento; lo expondré con la mayor brevedad posible. Una advertencia: los poetas cómicos tienen la costumbre de decir siempre que la acción transcurre en Atenas, para que el público tenga la impresión de que es más griega la cosa. Yo no lo diré más que cuando ponga que realmente ha sido allí. Y si bien se va a mirar, la historia esta es *greguizante,* pero no *atiquizante,* sino *sicilianizante.*

Bien, tras este preámbulo, pasemos al argumento mismo, que estoy dispuesto a dároslo bien medido, ni un celemín ni tres celemines, sino un granero entero y vero. Para que veáis qué esplendidez la mía en cuanto a la exposición del argumento. Pues era una vez un comerciante ya de edad, de Siracusa, que tenía dos hijos gemelos, y eran tan iguales el uno y el otro, que no los podía distinguir ni la nodriza que los criaba, ni la madre que los parió —por lo menos, así me lo dijo uno que había visto a los chiquillos, que yo, desde luego, no les he echado jamás la vista encima, no vayáis a creer—. Cuando los chicos tenían ya siete años, carga el padre una

gran nave con un montón de mercancías, embarca a uno de los gemelos y se lo lleva consigo a Tarento, donde iba a hacer sus mercaderías; al otro lo deja en casa con la madre. Dio la casualidad de que se celebraban precisamente unos festivales en Tarento cuando llegó allí el hombre. Naturalmente, había, como suele pasar en tales ocasiones, una cantidad enorme de público; el chico se extravía del padre entre la multitud y se pierde. Un mercader de Epidamno [1], que se encontraba allí a la sazón, recoge al niño y lo lleva con él a su patria. Desesperado el padre por la pérdida de su hijo, enferma de pena y muere a los pocos días en Tarento. Luego que el abuelo de las criaturas recibe en Siracusa la noticia del rapto del niño y la muerte del padre en Tarento, le cambia el nombre al gemelo que había quedado en Siracusa. Tal era el cariño que había sentido por el otro, que le pone a él el nombre de Menecmo, lo mismo que el hermano. Y también el propio abuelo se llamaba así (es que dio la casualidad que estaba yo presente una vez que le voceaban haciéndole una reclamación, y por eso se me ha quedado mejor su nombre). O sea que, para que no os arméis después un lío, lo aviso ya con antelación: los dos hermanos gemelos llevan el mismo nombre. Ahora tengo que coger la marcha otra vez a Epidamno para explicaros la historia con todo detalle. Si es que alguien tiene algún asunto que arreglar allí, que me lo encargue con toda tranquilidad, sólo, claro, con la condición de que me entregue antes el dinero necesario para solucionárselo; desde luego, el que no entregue el dinero hará una tontería, y el que lo entregue... hará una tontería todavía mucho mayor.

Ahora vuelvo al punto de donde salí y me quedo ya allí quieto. El comerciante aquel de Epidamno del que os acabo de

---

[1] Ciudad del Epiro; cf. Plinio, *Hist. Nat.* III 145, *Epidamnum colonia, propter inauspicatum nomen a Romanis Dyrrachium appellata;* cf. v. 263.

hablar, que se llevó consigo a uno de los gemelos, no tenía, a falta de hijos, más que riquezas; entonces adopta al chico que se había llevado, le da una mujer con dote y le nombra heredero a su muerte. Es que un día que iba por casualidad al campo después de una fuerte lluvia, al querer pasar un arroyo que iba crecido cerquita de la ciudad, la rapidez de las aguas le hizo perder pie al raptor del chiquillo, llevándose al hombre al diablo. Su hijo adoptivo se encuentra de pronto en posesión de unas enormes riquezas. Éste, el gemelo raptado, vive allí en Epidamno. El gemelo que vive en Siracusa ha llegado hoy con un esclavo a Epidamno con el fin de buscar a su hermano gemelo. Esta ciudad es Epidamno mientras dura la comedia; cuando se represente otra, pues será otra. Igual se cambian también los habitantes de las casas aquí en la escena: unas veces vive en ellas un rufián, otras un joven, otras un viejo, un pobre, un mendigo, un rey, un parásito, un charlatán.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

CEPILLO

CE.— La gente joven me llama Cepillo, porque cuando como dejo limpia la mesa. Quienes ponen cadenas a los cautivos y grillos a los esclavos fugitivos, hacen una necedad muy grande, al menos a mi modo de ver. Porque si a una persona que ya es desgraciada le sobreviene mal sobre mal, le entran aún más ganas de escaparse y de cometer fechorías. Desde luego de un modo o de otro encuentran forma de liberarse de las cadenas; pues los que están puestos en grillos, o liman el anillo

o hacen saltar la clavija con una piedra. ¡Pamplinas y nada más que pamplinas! Si quieres tener a una persona bien guardada que no se te escape, tienes que sujetarla a fuerza de comida y de bebida. Átale el pico a una mesa bien abastada. Mientras que le pongas cada día de comer y de beber a sus anchas, hasta hartarse, seguro que no se te escapará; aunque sea un delito capital el que haya cometido, lo guardarás fácilmente, con tal de que lo ates con las susodichas cadenas. Las cadenas alimenticias tienen una elasticidad pero que extraordinaria: cuanto más las alargas, tanto más fuerte sujetan. Así voy yo ahora aquí a casa de Menecmo, a disposición del cual ya llevo mucho tiempo; voy de mi propia voluntad para que me encadene. Porque es que este hombre no da de comer, es que te alimenta que ni a un crío suyo, te deja como nuevo; no hay médico mejor que él. Es que es ésa su manera de ser; y él mismo es de mucho comer, da unas cenas que ni las de Ceres [2], menudas mesas que prepara, menudas montañas de platos; de pie tienes que ponerte en el diván para alcanzar a lo de arriba. Pero ya hace muchos días que no lo visito; he estado todo el tiempo metido en casa con los seres que me son caros. Porque es que yo ni como ni compro nada que no sea de lo más caro; pero lo triste es que me están empezando a hacer deserción todos estos seres queridos alineados en mi mesa [3]. Ahora voy a ver a Menecmo. Pero se abre la puerta; ahí está él en persona, que sale a la calle.

---

[2] En las fiestas de Ceres, que se celebraban el 19 de abril, los plebeyos se ofrecían banqueres unos a otros (cf. GELIO, XXVIII 2, 11).

[3] Hay en estos versos varios juegos de palabras de difícil traducción.

ESCENA SEGUNDA

MENECMO I, CEPILLO

MEN.— *(Hablando a su mujer dentro de la casa.)* Si no fueras tan mala, tan necia, tan rebelde, tan incontrolada, te resultaría a ti misma insoportable lo que vieras que lo es para tu marido. A partir de hoy, si vuelves a hacerme una escena semejante, te pondré de patitas en casa de tu padre. Cada vez que quiero salir, me retienes, me quieres hacer volver, me preguntas que a dónde voy, qué es lo que hago, qué traigo entre manos, qué es lo que busco, qué llevo conmigo, qué es lo que he hecho fuera. Pues no, que parece que es un aduanero con quien me he casado; tales son la serie de explicaciones que tengo que dar sobre lo que he hecho y lo que estoy por hacer. Te he tratado con demasiadas contemplaciones; pero ahora te voy a decir cómo voy a proceder de aquí en adelante: yo te he puesto a tu disposición esclavas, una buena despensa, lana, joyas, vestidos, púrpura, y no te falta de nada, de modo que si tienes dos dedos de frente, ándate con cuidado y deja de observar a tu marido. Ahora, además, para que no me andes espiando en vano y para recompensar tu celo, me voy a buscar una fulana y me marcho luego a cenar fuera.

CE.— Éste aparenta que despotrica contra su mujer, pero en realidad de verdad despotrica contra un servidor, que si cena fuera, es de mí de quien se venga.

MEN.— ¡Viva!, por fin he conseguido echarla de la puerta con mi filípica. ¡A ver esos galanes casados! ¿Cómo no se apresuran a venir con presentes felicitándome por haber peleado con valentía? *(Dejando ver un mantón que lleva debajo de la capa.)* Este mantón se lo acabo de birlar ahora a mi mujer y se lo llevo a mi amiga. Así, hombre, muy bien hecho, arreglár-

telas para pegársela, y con salero, a tu taimada guardiana. ¡Esto se llama una bonita jugada, una jugada bien hecha, fantástica, maestra! Por mi mal le he birlado a la condenada de mi mujer esta prenda, para regalársela a quien es mi ruina. Para bien de nuestros aliados he arrebatado el botín al enemigo.

CE.— ¡Eh, joven! ¿Hay en ese botín parte para un servidor?

MEN.— *(Sin verle.)* ¡Muerto soy, he caído en una emboscada!

CE.— Al contrario, son tropas de refuerzo, no temas.

MEN.— ¿Quién vive?

CE.— Yo soy.

MEN.— ¡Oh, tú, mi bien y mi ventura! ¡Hola! *(Le da la mano.)*

CE.— Hola.

MEN.— ¿Qué tal te va?

CE.— Bien, con la diestra de mi genio protector en mi mano.

MEN.— No has podido venir más a tiempo.

CE.— Como siempre; me las pinto solo para escoger los momentos oportunos.

MEN.— ¿Quieres contemplar un espléndido ejemplar?

CE.— ¿Quién ha sido el cocinero? En cuanto que vea los restos, ya sé yo si es que ha habido algún traspiés.

MEN.— Vamos a ver, ¿no has visto tú nunca un fresco así en la pared, donde figura que el águila rapta a Ganímedes o Venus a Adonis?

CE.— Muchas veces. Pero ¿qué me va ni me viene a mí en esas pinturas?

MEN.— Venga, mírame *(dejando ver el mantón)*; ¿no me parezco mucho a ellos?

CE.— Pero ¿qué atuendo es ése?

MEN.— Confiesa que estoy así pero que elegantísimo.

Ce.— ¿Dónde vamos a comer?

Men.— Dime primero lo que te he dicho que digas.

Ce.— Sí, estás elegantísimo.

Men.— Y ¿no quieres añadir nada de tu cosecha?

Ce.— Y además, de un humor fantástico.

Men.— Sigue, sigue.

Ce.— No sigo, caray, si no sé a cuento de qué. Tú estás peleado con tu mujer y por eso me ando con algo más de precaución contigo.

Men.— A escondidas de mi mujer, en un sitio donde podamos quemar el día y darle sepultura[4]...

Ce.— Hale, venga, pues, tienes mucha razón en lo que dices: ¿cuándo enciendo la hoguera? Que el día está ya muerto hasta la mitad, hasta la altura del ombligo.

Men.— Tú mismo te produces dilaciones al interrumpirme.

Ce.— Menecmo, puedes saltarme un ojo de la cara si vuelvo a decir una sola palabra sin que tú me lo ordenes.

Men.— Quítate de ahí de la puerta y ven para acá.

Ce.— De acuerdo.

Men.— Un poco más todavía.

Ce.— Vale.

Men.— Más, no dudes en alejarte más de la cueva del león.

Ce.— Caray, que no hubieras sido tú un buen auriga en el circo.

Men.— ¿Por qué, pues?

Ce.— Porque no haces más que volverte a mirar para atrás por miedo a que te siga tu mujer.

Men.— Pero a ver, qué me dices.

Ce.— ¿Yo? Yo digo que sí o que no según tú quieras.

Men.— ¿Eres tú capaz, si hueles algo, de adivinar por el olor ***

---

[4] Texto inseguro.

CE.— *** Exactamente igual que si consultaras al colegio de los augures.

MEN.— Venga, entonces huele el mantón este. ¿A qué te huele?, ¿te echas para atrás?

CE.— Los vestidos de las mujeres hay que olerlos por la parte de arriba, porque por esa otra parte se te empuerca la nariz con una peste imposible.

MEN.— Huele entonces por aquí, Cepillo. ¡Bonitos gestos de asco haces!

CE.— Naturalmente.

MEN.— Pero ¿por qué? ¿A qué huele? Contesta.

CE.— A robo, a fulana, a comida. Ojalá ***

MEN.— Tú lo has dicho, porque ***. Ahora se lo llevo a mi amiga la cortesana Erotio y le diré que se nos prepare un almuerzo para mí, para ti y para ella.

CE.— ¡Muy bien!

MEN.— Y después estaremos bebiendo hasta que salga el lucero de la mañana.

CE.— ¡Bravo! ¡Eso es hablar pronto y bien! ¿Llamo a la puerta?

MEN.— Llama, o espera mejor un poco.

CE.— Has retrasado en una distancia de mil pasos la llegada de las copas.

MEN.— Llama flojito.

CE.— Tú es que tienes miedo, creo, de que la puerta sea de barro de Samos [5].

MEN.— Espera, espera, por favor. ¡Mira, ahí sale ella! ¡Ay! ¿No ves cómo queda el sol oscurecido ante los resplandores de su persona?

---

[5] Cf. vol. I, nota a *Bacchides* 202.

ESCENA TERCERA

EROTIO, CEPILLO, MENECMO I

ER.— Hola, Menecmo, mi vida.

CE.— Y yo ¿qué?

ER.— Tú no entras en cuenta.

CE.— Eso mismo les pasa en el ejército a los supernumerarios [6].

MEN.— Yo he decidido organizar hoy en tu casa un combate. 184-185

ER.— ¡Eso!

MEN.— Un combate en el que beberemos éste y yo; el que de los dos resulte vencedor en el copeo, tú eres la que mandas: decide con cuál de los dos quieres estar esta noche. ¡Qué aversión siento por mi mujer cuando te veo a ti, encanto mío!

ER.— Pero no por eso te privas de ponerte alguna prenda 190 suya. ¿Qué es esto? *(Cogiendo del mantón que lleva Menecmo debajo.)*

MEN.— Despojos de mi mujer para vestirte a ti, rosa mía.

ER.— Fácilmente consigues estar para mí muy por encima de ningún otro de los que me cortejan.

CE.— Las cortesanas se ponen zalameras mientras ven algo a lo que puedan echarle la uña; si le quisieras tanto, ya 194-195 hace una rato que debías haberle arrancado la nariz de un mordisco.

MEN.— Tenme esto *(su capa)*, Cepillo, que quiero hacer ofrenda de los despojos que prometí.

---

[6] *Adscriptivi;* cf. VARRÓN, *Leng. Lat.* VII 56: *Adscriptivi dicti, quod olim adscribebantur inermes armatis militibus qui succederent, si quis eorum deperisset.*

CE.— Trae; pero oye, tú, por favor, baila así con el mantón ése un poquillo.

MEN.— ¿Que baile? Caray, Cepillo, tú no estás en tu juicio.

CE.— ¿Quién es el que no está en su juicio, yo o tú? Si no quieres bailar, quítate entonces el mantón.

MEN.— ¡No, que no ha sido chico el peligro que he corrido hoy al hacerme con él! Yo creo que no fue tan grande el que pasó Hércules al quitarle el cinturón a Hipólita. Toma, para ti, que eres la única que sabes darme gusto.

ER.— Ésa debía ser la conducta de todos los buenos amadores…

CE.— … al menos de los que estén dispuestos a lanzarse a la ruina.

MEN.— Por cuatro minas se lo compré hace un año a mi mujer.

CE.— Cuatro minas que se han ido al diablo, a fin de cuentas.

MEN.— ¿Sabes lo que quiero que hagas?

ER.— Sí, me ocuparé de todo.

MEN.— Haz entonces preparar en tu casa un almuerzo para los tres y comprar en el mercado cosas apetitosas, molleja porcina, tocino jamonero, cabezas de cerdo o algo por el estilo, que, puestas a la mesa bien en su punto, me den un hambre canina: pero en seguida.

ER.— Vale.

MEN.— Nosotros nos vamos al foro y en seguida volvemos; mientras se hace la comida, podemos tomar unas copas.

ER.— Ven cuando quieras, todo estará a punto.

MEN.— Date prisa. Ven tú conmigo *(a Cepillo).*

CE.— Te juro que no te quitaré el ojo de encima y que iré pegado a tus talones, que no querría perderte hoy ni a cambio de todos los tesoros de los dioses. *(Se van.)*

ER.— *(A los esclavos.)* Decidle a Cilindro el cocinero que venga.

ESCENA CUARTA

EROTIO, CILINDRO

Er.— Coge el cesto y el dinero. Aquí tienes tres monedas.

Ci.— Vale.

Er.— Ve y trae la compra, ten en cuenta que baste para tres; que no falte ni sobre.

Ci.— ¿Quiénes son los comensales?

Er.— Yo, Menecmo y el gorrón.

Ci.— Entonces son diez, que el gorrón vale él solo por ocho.

Er.— Ya te he dicho los que somos, tú ocúpate de lo demás.

Ci.— De acuerdo; la comida está preparada, di que se pongan a la mesa.

Er.— No te tardes.

Ci.— Ahora mismo estoy de vuelta. *(Salen.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

MENECMO II, MESENIÓN

Men.— Yo creo, Mesenión, que no hay mayor placer para los navegantes que el divisar la tierra a lo lejos desde alta mar.

Mes.— Mayor sería, para decir verdad, si, al llegar, fuera tu propia tierra la que vieras. A ver, dime, por favor, ¿qué es lo que hacemos aquí ahora en Epidamno?, ¿es que vamos como el mar dándoles la vuelta a todas las islas?

MEN.— Venimos a buscar a mi hermano gemelo.

MES.— ¿Y cuándo vamos a acabar de buscarlo? Son ya seis años los que vamos tras ello. Hemos recorrido las tierras de los histrios, los hispanos, marselleses, ilirios, el mar Adriático todo, la Magna Grecia y todas las regiones de Italia que baña el mar. Si fuera una aguja lo que buscaras, creo que la hubieras encontrado ya hace tiempo, si es que estaba por alguna parte; estamos buscando entre los vivos a un muerto, que si viviera, ya hace mucho que hubiéramos dado con él.

MEN.— Pues entonces busco a alguien que me lo confirme, que me diga que sabe que ha muerto; entonces dejaré de buscarlo, pero en otro caso, jamás, mientras que me quede vida, abandonaré mi empresa. Yo soy quien sabe el afecto que le profesa mi corazón.

MES.— Eso es buscar una aguja en un pajar. ¿Por qué no nos volvemos ya de aquí a nuestra tierra? Como no sea que quieras escribir un libro de viajes.

MEN.— A comer y a callar, no sea que te la ganes; no me importunes, que las cosas no se van a hacer a tu aire.

MES.— ¡Ahí tienes! Más clarito y con más brevedad no has podido darme a entender que soy un esclavo. Pero, de todas formas, no soy capaz de coserme la boca; ¿sabes, Menecmo?, si inspecciono la bolsa, te juro que vamos equipados bastante a la ligera. Caray, según yo creo, como no te vuelvas a casa, cuando te encuentres sin nada, entonces vas a tener que gemir mientras que buscas al gemelo. Porque esta gente de aquí, los de Epidamno, son muy dados a la disipación y muy bebedores, y luego que viven aquí muchísimos pícaros y estafadores; y también las cortesanas, que se dice que no las hay en el mundo más seductoras que éstas. Por eso se le ha puesto a esta ciudad Epidamno, porque se puede decir que no hay nadie que pare en ella sin daño propio.

MEN.— Ya tendré cuidado; venga la bolsa.

MES.— ¿Qué quieres hacer con ella?

MEN.— Es que ya me has puesto en guardia contigo por eso que has dicho.

MES.— ¿De qué te he puesto en guardia?

MEN.— De que no sea que me vayas a ocasionar un daño en Epidamno. Tú, Mesenión, eres muy mujeriego, y yo, una persona irascible, y no sé contenerme; si soy yo el que tengo el dinero, habré evitado dos males al mismo tiempo: que tú cometas una falta y que yo me enfade contigo.

MES.— Toma y guárdala. Por mí, con mucho gusto.

ESCENA SEGUNDA

CILINDRO, MENECMO II, MESENIÓN

CI.— Buena compra he hecho y bien a mi gusto, bueno va a ser el almuerzo que voy a ofrecer a los comensales. Pero veo ahí a Menecmo, ¡ay de mis costillas! Los convidados andan merodeando delante de la casa antes de que yo haya vuelto de la compra. Voy a acercarme a hablarles. ¡Salud, Menecmo!

MEN.— Los dioses te guarden, quienquiera que seas.

CI.— ¿Quienquiera que sea? ¿Es que no sabes quién soy? [7]

MEN.— No, te juro que no.

CI.— ¿Dónde están los otros invitados?

MEN.— ¿Qué otros invitados?

CI.— Tu gorrón.

MEN.— ¿Mi gorrón?

[7] Texto con pequeñas lagunas, que los editores completan más o menos en este sentido.

CI.— Este hombre, desde luego, está loco.

MEN.— *(A Menecmo.)* ¿No te dije yo que había aquí muchos embaucadores?

***

MEN.— ¿Quién es ese gorrón mío que buscas, joven?

CI.— Cepillo.

MEN.— Un cepillo llevo yo aquí a buen recaudo en la maleta.

CI.— Menecmo, vienes demasiado pronto a almorzar, ahora mismo vuelvo de hacer la compra.

MEN.— Contéstame una pregunta, joven: ¿a cuánto van aquí los cerdos sin tacha para los sacrificios?

CI.— A dos dracmas.

MEN.— Toma, ve y que te hagan un exorcismo a mi cuenta, que desde luego veo que has perdido el juicio: importunar de esa forma a un desconocido, seas quien seas.

CI.— Yo soy Cilindro, ¿es que no sabes mi nombre?

MEN.— Ya seas Cilindro, ya Coriandro, vete al cuerno; yo no te conozco ni tengo interés ninguno en conocerte.

CI.— Tú te llamas Menecmo.

MEN.— Que yo sepa; tu hablas como una persona normal al llamarme por mi nombre. Pero ¿de qué me conoces?

CI.— ¿Que de qué te conozco, si mi ama, Erotio, es tu amiga?

MEN.— Diablos, ni ella es mi amiga ni yo sé quién eres tú.

CI.— ¿Que no sabes quién soy yo, que te sirvo el vino tantísimas veces aquí en casa cuando bebes?

MES.— ¡Ay de mí, que no tengo con qué romperle la cabeza a ese tipo!

MEN.— ¿Que tú me sirves a mí el vino, si yo no le he puesto la vista encima jamás a Epidamno ni he venido nunca aquí?

CI.— ¿Que no?

MEN.— ¡Y tanto que no!

CI.— ¿No vives tú en esa casa? *(la de Menecmo I).*

MEN.— ¡Mal rayo parta a sus habitantes!

CI.— Éste ha perdido el juicio, ¡echarse a sí mismo esas maldiciones! ¿Sabes, Menecmo?

MEN.— ¿El qué?

CI.— Si me haces caso, las dracmas esas que habías prometido darme —porque, caray, tú no estás del todo en tu juicio, Menecmo, echarte maldiciones a ti mismo— harías mejor en comprarte el cerdo para ti.

MEN.— ¡Maldición, qué hombre más charlatán y más pesado!

CI.— *(Al público.)* Es que suele él andar así de bromas conmigo. Si no está la mujer delante, no he visto otro más chistoso que él. *(A Menecmo.)* ¿Qué dices? qué dices, digo ¿te parece esto que ves *(enseñándole la compra)* bastante para los tres, o compro más, para ti, para el gorrón y para tu amiga?

MEN.— ¿Pero qué amigas ni qué gorrones?

MES.— ¿Qué mal te atormenta para importunar a éste de esa forma?

CI.— *(A Mesenión.)* ¿A qué te metes tú donde no te llaman? Yo a ti no te conozco, yo hablo a éste, y a éste le conozco.

MES.— Tú no estás en tu juicio, demonio, de eso estoy bien seguro.

CI.— Yo me ocuparé de que esté todo en seguida, no habrá demora. O sea que no te alejes mucho de por aquí. ¿Algo más?

MEN.— Que te largues a la horca.

CI.— Caray, más vale que te vayas tú… entre tanto, digo, y tomes asiento, mientras que yo pongo esto al ímpetu de Vulcano. Voy dentro y le digo a Erotio que estás aquí, para que te haga pasar, mejor que no que estés aquí de plantón fuera. *(Entra en casa.)*

MEN.— ¿Se fue al fin? Se fue. Caray, ahora veo que tenías razón con lo que decías.

MES.— Tú solamente ten cuidado, que me parece que aquí vive una golfa, al menos según dijo el loco ese que acaba de marcharse.

MEN.— Pero lo que me extraña es cómo sabe mi nombre.

MES.— Eso no tiene nada de extraño, porque las golfas tienen la costumbre de mandar al puerto a su gentecilla, a sus esclavos y sus esclavas; si llega algún barco forastero al puerto, se informan de dónde viene, cómo se llama el patrón, después en seguida se le arriman, se le pegan; si consiguen hacerse con él, no le dejan ir antes de haberle desplumado. Ahora tenemos que habérnoslas aquí en este puerto con una nave pirata, ante la que, en mi opinión, debemos de tomar precauciones.

MEN.— Caray, tienes razón con tus avisos.

MES.— No sabré si tengo razón hasta que no vea si tú la tienes para precaverte.

MEN.— Calla un momento, que ha sonado la puerta; a ver quién sale.

MES.— Esto lo dejo mientras aquí *(suelta la maleta y la da a los marineros que les siguen).* Ea, tened cuidado con esto, remeros [8].

ESCENA TERCERA

EROTIO, MENECMO II, MESENIÓN

ER.— *(Saliendo de su casa y hablando con Cilindro, que está dentro.)* Deja la puerta así, quita, no quiero que se cierre;

---

[8] El texto latino dice *navales pedes;* cf. CERVANTES, *Don Quijote* II 61: «No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos (sc. las galeras) que por el mar se movían».

tú dentro prepara, atiende y mira que se haga todo lo necesa-
rio; *(a otros esclavos)* preparad los divanes, encended los
perfumes; el buen aderezo es un halago para los enamorados. 354-355
Un ambiente agradable les trae a ellos la perdición, pero a no-
sotras provecho. Pero ¿dónde está ese que decía el cocinero
que estaba aquí a la puerta? Ah, ya lo veo, Menecmo, una per-
sona que es para mí de tanta utilidad y provecho. Y, la verdad,
yo por mi parte procedo también con él como se merece, él es
el primero en nuestra casa; voy a acercarme y a hablarle. Tú, 360
mi vida, se me hace muy raro verte ahí fuera, estando mis
puertas abiertas para ti y siendo así que esta casa es más tuya
que la tuya propia. Todo está preparado tal como dijiste y se- 365
gún tus deseos, no se te hará esperar ahí dentro; el almuerzo 367-368
está listo, tal como dijiste: cuando gustes, podemos ponernos
a la mesa.

MEN.— ¿Con quién habla esta mujer?

ER.— Pues contigo.

MEN.— ¿Y qué he tenido yo que ver contigo ni ahora ni 370
nunca?

ER.— Venus es quien me impulsa a tenerte a ti en más estima que a ningún otro y de verdad que no sin motivo por tu parte, que te juro que es por tu generosidad que me encuentro en tan floreciente situación.

MEN.— Desde luego, Mesenión, esta mujer está o loca o bebida. ¡Mira que hablar así con esa familiaridad a un hombre desconocido!

MES.— ¿No te dije yo que aquí solían ocurrir cosas de esa 375
calaña? Ahora son hojas las que caen. Deja que estemos aquí un par de días, entonces serán árboles los que caigan encima de ti; porque así son aquí las golfas, nada más que sacadineros. Pero espera, que hable con ella. Eh, tú, joven.

ER.— ¿Qué es lo que quieres?

MES.— ¿Dónde has conocido tú a éste?

Er.— En el mismo lugar en que él a mí, hace ya tiempo: en Epidamno.

Mes.— ¿En Epidamno? Si él no ha puesto nunca jamás un pie en esta ciudad antes de hoy.

Er.— ¡Ay, tú estás de bromas! Querido Menecmo, por favor, ¿por qué no entras? Allí estarás mejor.

Men.— Esta mujer me llama por mi nombre. No salgo de mi asombro de qué es lo que pasa.

Mes.— Ésa se ha olido la bolsa esa que llevas.

Men.— Desde luego, caray, que tienes razón en avisarme; tómala pues; así podré saber si es que me quiere más a mí o a la bolsa.

Er.— Vamos a entrar, para que comamos.

Men.— Muy amable de tu parte, pero muchas gracias.

Er.— Entonces, ¿por qué me has hecho antes preparar un almuerzo?

Men.— ¿Que yo te he hecho preparar un almuerzo?

Er.— Naturalmente, para ti y para tu parásito.

Men.— Pero qué parásito, ¡maldición! Esta mujer no está, desde luego, en sus cabales.

Er.— Para Cepillo.

Men.— Pero ¿quién es ese Cepillo?, ¿el cepillo para limpiar los zapatos?

Er.— Pues el Cepillo que vino antes contigo, cuando me trajiste el mantón que habías quitado a tu mujer.

Men.— ¿Qué dices?, ¿que yo te he dado un mantón que he quitado a mi mujer? ¿Estás en tu juicio? Desde luego, esta mujer sueña de pie, como los jamelgos.

Er.— ¿Qué gusto puedes encontrar en burlarte de mí y en negarme que las cosas son como son?

Men.— Dime qué es lo que te niego que haya hecho yo.

Er.— Que me has dado hoy un mantón de tu mujer.

Men.— Y lo sigo negando ahora. Yo ni he tenido nunca

mujer, ni la tengo, ni he puesto los pies aquí a este lado de la puerta de la ciudad en todos los días de mi vida. Yo he almorzado en el barco, de allí he venido aquí y ahora me he encontrado contigo.

ER.— ¡Mira que estoy perdida, desgraciada de mí! ¿Qué barco es ese que me cuentas?

MEN.— Un barco de madera, cien veces recompuesto, cien veces claveteado, cien veces martilleado; como en un taller de peletero, igual allí, una estaca junto a la otra.

ER.— Por favor, déjate ya de bromas y entra en casa conmigo.

MEN.— Yo creo, mujer, que es a quien sea a quien buscas, pero no a mí.

ER.— ¿Pues no te conozco yo a ti, Menecmo, hijo de Mosco, nacido, según se dice, en Sicilia, en Siracusa, donde reinó en tiempos el rey Agatocles y después Fintias, al que sucedió Liparón, que al morir dejó el reino a Hierón, que es quien reina hoy en día? [9].

MEN.— No es falso, mujer, lo que dices.

MES.— ¡Diablos!, ¿es quizá esta mujer de allí? Porque es que te conoce a la perfección.

MEN.— Yo creo que no es posible rehusar su invitación.

MES.— No lo hagas, estás perdido si traspasas el umbral.

MEN.— Venga, tú a callar; la cosa se presenta bien; le diré a todo que si, a ver si así puedo conseguir albergue. *(A Erotio.)* Mujer, te estaba llevando la contraria no sin motivo: tenía miedo de éste, no fuera a irle contando a mi mujer lo del mantón y

---

[9] Agatocles (tirano de Siracusa, 318-289 a. C.), nombrado proverbialmente, cf. también *Mostellaria* 775 y *Pseudolus* 532; Hierón II fue asimismo famoso tirano de Siracusa (269-214 a. C.); Fintias fue tirano de Agrigento, y el nombre de Liparón parece inventado. No se trata, pues, probablemente con intención, de datos históricos exactos.

lo del almuerzo. Ahora, puesto que así lo quieres, vamos dentro.

Er.— ¿No esperas a tu gorrón?

Men.— Ni le espero ni me importa él un pelo, ni, si viene, quiero que se le haga pasar.

Er.— Te juro que, por mí, con mucho gusto. Pero ¿sabes lo que quería pedirte que me hicieras?

Men.— No tienes más que mandar.

Er.— Que el mantón que me diste antes, que lo lleves al bordador para que lo repase y le ponga algunos adornos más que quiero.

Men.— Caray, muy bien pensado: así no podrá ser reconocido, que no se dé cuenta mi mujer que lo tienes tú si te lo ve por la calle.

Er.— Entonces, te lo llevas luego cuando te vayas.

Men.— Estupendo.

Er.— Vamos dentro.

Men.— Ahora mismo; un momento, que quiero decirle todavía una cosa a éste. ¡Eh, Mesenión, ven aquí!

Mes.— ¿Qué hay?

*** [10]

Mes.— ¿Por qué?

Men.— Porque sí. Yo sé lo que vas a decir de mí.

Mes.— Tanto peor.

Men.— El botín está en mi mano; en menuda empresa me he metido. Vete lo más deprisa que puedas, lleva a éstos en seguida a una posada. Antes de la puesta del sol vienes a buscarme aquí.

Mes.— Amo, tú no conoces a esa clase de golfas.

Men.— Calla, digo ***; yo sufriré las consecuencias, no tú, si hago alguna tontería. Esta mujer es una necia y una in-

[10] Texto inseguro.

sensata; por lo que me he podido dar cuenta hasta ahora, vamos a sacar buen botín de aquí. *(Entra en casa de Erotio.)*

MES.— ¡Ay de mí!, ¿te vas? Éste está perdido pero que a base de bien; un barco pirata arrastra al nuestro a la ruina. Pero, necio de mí, pretender sujetar a quien es mi amo; él me compró para que obedeciera sus órdenes y no para que se las diera yo a él. *(A los marineros.)* ¡Venir conmigo ahora, que pueda volver luego a tiempo como me ha ordenado! *(Se marchan.)*

ACTO III

ESCENA PRIMERA

CEPILLO

CE.— Con más de treinta años que tengo, jamás en todo ese tiempo he cometido una fechoría peor ni más funesta que hoy, por meterme, desgraciado de mí, en medio de la asamblea. Mientras que estoy allí bostezando, va y se escabulle Menecmo y se larga a casa de su amiga, digo yo, sin quererme llevar con él. Los dioses todos confundan al que inventó las asambleas, que no son más que una ocupación para gente que está ya ocupada. ¿No hubiera sido mejor escoger para una cosa así a personas que no tienen maldita la cosa que hacer y que, en el caso de que no se presentaran a la convocatoria, que se les confiscaran los bienes? ***. Hay de sobra gente que no toma más que una comida al día, que no tiene absolutamente nada que hacer, que ni son invitados ni invitan ellos a nadie a comer: ésos son los que deben de ocuparse con las asambleas y los comicios. Si así fuera, no hubiera perdido yo hoy un al-

muerzo, que estoy tan seguro que se me quería dar como que estoy aún en este mundo. Vamos allá; todavía me consuela la esperanza de las sobras. Pero ¿qué ven mis ojos? Menecmo que sale con una corona de flores a la cabeza; se ha levantado la mesa, o sea que vengo a buscarle a tiempo. Voy a observar qué es lo que hace, después me acerco y le hablo.

ESCENA SEGUNDA

MENECMO II, CEPILLO

MEN.— *(A Erotio dentro de la casa.)* Tú tranquila, que yo te traeré hoy el mantón a su debido tiempo después de que lo dejen arreglado a pedir de boca. Ya verás cómo no te va a parecer el mismo, no va a haber quién lo conozca.

CE.— Lleva el mantón al bordador después de haberse tragado el almuerzo, haberse bebido el vino y haber dejado al parásito de patitas en la calle. Te juro que o no me llamo Cepillo o no voy a dejar sin una buena venganza a mi persona y la afrenta que se me ha hecho. Verás la que se va a ganar.

MEN.— *(Sin ver a Cepillo.)* ¡Dioses inmortales! ¿A quién habéis concedido jamás en un solo día tantos bienes sin haberlos esperado? ¡He comido, he bebido puesto a la mesa con la fulana, me llevo el mantón, que no volverán a ver sus ojos de hoy en adelante en todos los días de su vida!

CE.— No puedo así a escondidas enterarme de lo que dice; ¿habla quizá, después de harto, de mí y de la parte que me corresponde?

MEN.— Dice que yo le he dado el mantón y que se lo he quitado a mi mujer. Cuando me apercibí de que estaba confundida, en seguida, como si tuviera yo algo que ver con ella, me pongo a decirle a todo que sí; todo lo que me decía ella, yo a

decir lo mismo. Resumiendo: nunca jamás me lo he pasado mejor con menos gastos.

CE.— Voy a abordarle, porque no puedo contenerme de armarle una escena.

MEN.— ¿Quién es ese que viene a mi encuentro?

CE.— ¿Qué te parece, veleta, malvado, sinvergüenza, canalla, traidor, escoria de la humanidad? ¿Qué es lo que te he hecho para que me perdieras? ¡Qué bien has sabido escabullirte en el foro! Has dado fin al almuerzo en mi ausencia: ¿cómo te has atrevido, teniendo yo los mismos derechos que tú a disfrutarlo?

MEN.— Un momento, joven, por favor, ¿qué hay entre nosotros para insultarme en esa forma sin conocerme ni tener motivo para ello?, ¿es que quieres cobrar a cambio de tus insultos?

CE.— ¿Yo cobrar otra vez después de lo que me has hecho ya tener cobrado?

MEN.— Contéstame, joven, por favor, ¿cómo te llamas?

CE.— ¿Te burlas encima, como si no supieras mi nombre?

MEN.— Que yo sepa, te juro que no te he visto jamás hasta ahora, ni te conozco; pero lo que es seguro es que, seas quien seas, harías bien en no importunarme.

CE.— ¡Menecmo, despierta!

MEN.— Despierto estoy, demonio, que yo sepa.

CE.— ¿No me conoces?

MEN.— Si te conociera, no diría que no te conozco.

CE.— ¿No conoces a tu gorrón?

MEN.— Joven, según veo, no estás bien de la cabeza.

CE.— Contéstame, ¿no le has quitado hoy ese mantón a tu mujer y se lo has dado a Erotio?

MEN.— Diablos, yo ni tengo mujer, ni le he dado el mantón a Erotio, ni se lo he quitado a nadie.

CE.— ¿Estás en tu juicio? No hay nada que hacer. ¿No te he visto yo salir de tu casa con el mantón puesto?

Men.— ¡Ay de ti!, ¿porque tú seas un marica, piensas que lo son todos?, ¿dices que yo llevaba puesto el mantón?

Ce.— Sí lo digo, demonio.

Men.— Anda, lárgate adonde te mereces o ve a que te hagan un exorcismo, que estás loco de atar.

Ce.— Te juro que no podrá nadie conseguir de mí que no le cuente a tu mujer punto por punto todo tal como ha sido; todas esas ignominias tuyas van a caer ahora sobre ti; ya verás cómo no te has comido el almuerzo solo impunemente. *(Entra en casa de Menecmo I.)*

Men.— Yo no sé qué es lo que aquí ocurre: ¿pues no ha de tomarme el pelo todo aquel con el que topo? Pero suena la puerta.

ESCENA III

Una esclava, Menecmo II

Es.— Menecmo, Erotio dice que te quedaría muy agradecida si llevas esta ajorca también al mismo tiempo al joyero y que le añadan una onza de oro y que la arreglen toda.

Men.— Dile que yo me encargaré de ello, y si quiere que le haga algún otro recado, lo mismo, todo lo que ella quiera.

Es.— ¿Es que no sabes qué ajorca es ésta?

Men.— No sé más que que es de oro.

Es.— Es aquella que dijiste que se la habías quitado de un armario a tu mujer a escondidas.

Men.— ¿Yo? Nunca jamás.

Es.— Bueno, ¿es que no te acuerdas? Dámela entonces, si es que no te acuerdas.

Men.— Un momento, sí que me acuerdo, sí, claro, ésta es

la ajorca que le di. Pero ¿dónde están los brazaletes aquellos que le di al mismo tiempo?

Es.— Brazaletes no le has dado ninguno.

Men.— Pues te juro que se los di al mismo tiempo que esto.

Es.— ¿Le digo que le haces su encargo?

Men.— Dile que sí; yo me encargaré de que se le traigan juntos el mantón y la ajorca.

Es.— Ay, Menecmo mío de mi alma, anda, encárgame unos pendientes de cuatro dracmas de peso, unos colgantes de bolitas, que me alegre yo de verte cuando vengas a nuestra casa.

Men.— De acuerdo: venga el oro, yo pagaré la hechura.

Es.— Pon tú el oro, ¿quieres? Yo te lo devuelvo después.

Men.— No, dámelo tú, yo te devuelvo después el doble.

Es.— Pero si no lo tengo.

Men.— Entonces, cuando lo tengas, me lo das.

Es.— ¿Algo más?

Men.— Dile que yo me encargaré... de vender todo esto lo más pronto posible y al precio que se pueda. ¿Entró ya? Ya entró, se fue, cerró la puerta. Los dioses todos me protegen, me favorecen, me aman. Pero ¿por qué me tardo, mientras tengo tiempo y ocasión, de huir de estos rufianescos lugares? Aprisa, Menecmo, muévete, adelante. Me quitaré la corona y la tiraré aquí por la izquierda, para que, en el caso de que me sigan, crean que me he ido por esta parte. Voy a ver si puedo encontrar a mi esclavo, que se entere de los bienes con que me regalan los dioses. *(Se va por la derecha.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

LA MUJER DE MENECMO I, CEPILLO

MU.— *(Saliendo de casa con Cepillo.)* ¿Que voy yo a aguantar aquí de casada más engaños, mientras que mi marido desvalija a escondidas la casa y se lo lleva todo a su amiga?

CE.— Calla, ya verás cómo lo coges con las manos en la masa; ven conmigo por aquí. Él iba bebido con una corona de flores a la cabeza y con el mantón que te quitó en la mano, camino del bordador. Pero mira, ahí está la corona que llevaba: ¿es mentira lo que te dije? ¿Ves? por ahí se ha ido, si es que quieres seguirle los pasos. Pero hele aquí, caray, qué a propósito aparece de vuelta; pero el mantón no lo trae.

MU.— ¿Y qué hago yo con él ahora?

CE.— Lo mismo que siempre: fastidiarle, ésa es mi opinión. Ven, retírate un poco hacia aquí; obsérvale sin que él se dé cuenta.

ESCENA SEGUNDA

MENECMO I, CEPILLO, MUJER DE MENECMO

MEN.— ¡Qué manía tan necia y tan antipática tenemos, sobre todo la gente de la clase alta! Todos se empeñan en tener muchos clientes; si son buenos o malos, eso les trae sin cuidado; el dinero de los clientes es lo que les interesa más, que no el crédito de que gozan. Si el cliente es pobre pero honrado, no

cuenta para nada; si es rico pero un sinvergüenza, ése es un
cliente aceptable. Y la verdad es que las personas para las que 580
no significan nada las leyes ni la justicia y el bien, ocasionan
muchos quebraderos de cabeza a sus patronos. Afirman que no
se les ha dado lo que se les ha dado, no piensan más que en
pendencias, son rapaces, impostores, gente que ha hecho su
fortuna por la usura o el perjurio; no tienen en la cabeza más 584a
que reyertas; cuando se les cita ante los tribunales, se cita en 585
realidad al mismo tiempo a sus patronos, puesto que tenemos
que hablar en defensa de sus barrabasadas: en la asamblea del
pueblo, o ante el pretor, o ante un árbitro. Es lo que me ha pa-
sado hoy a mí, que no me ha dejado en paz un cliente, de
modo que no me ha sido posible hacer lo que quería ni con
quien quería, de tal forma me ha detenido y retenido. He teni- 590
do que defenderle ante los ediles por sus muchas y malas fae-
nas, he propuesto condiciones complicadas y difíciles: yo ha-
bía dicho en mi discurso más y menos de lo que era preciso
decir, para que se llegara a un compromiso bajo garantía, pero
no se le dejó ir antes de darla [11]. Yo no he visto en mi vida una
persona cuyos delitos estuvieran más a las claras: había tres 595
testigos implacables, que daban fe de todas sus maldades. Los
dioses todos le confundan, a él por haberme echado a perder el 596
día, y a mí también, por habérseme ocurrido poner hoy los pies 597
en el foro. Me he fastidiado un día fantástico: había hecho pre- 598
parar un almuerzo, mi amiga me está esperando, seguro. En
cuanto que me fue posible, me faltó tiempo para marcharme 599
del foro. Ahora seguro que está enfadada conmigo; bueno, el 600
mantón que le di la calmará, que se lo quité a mi mujer y se lo 601
llevé aquí a Erotio.

CE.— *(A la mujer de Menecmo.)* ¿Qué dices tú?

[11] Texto inseguro; traducción según Ussing.

MU.— Que estoy mal casada con un mal hombre.

CE.— ¿Te estás dando cuenta de las cosas que dice?

MU.— Y tanto.

MEN.— Creo que lo más prudente sería irme a casa de Erotio, que allí me lo pasaré bien.

CE.— *(A Menecmo.)* ¡Un momento! Creo más bien que te lo vas a pasar mal.

MU.— Te aseguro que te va a costar caro el haberme quitado el mantón.

CE.— ¡Muy bien está eso!

MU.— ¿Te creías tú que ibas a poder hacer a escondidas esas vilezas?

MEN.— Pero ¿de qué se trata, querida?

MU.— ¿A mí me lo preguntas?

MEN.— ¿Quieres que se lo pregunte a éste?

MU.— ¡Quita, déjate de carantoñas! *(Rechazándole.)*

CE.— *(A la mujer.)* ¡Sigue, sigue!

MEN.— ¿Por qué me pones tan mala cara?

MU.— Bien lo sabes tú.

CE.— Lo sabe, pero hace como que no lo sabe, el muy fresco.

MEN.— ¿De qué se trata, pues?

MU.— Un mantón.

MEN.— ¿Un mantón?

MU.— Sí, mi mantón, que quien sea…

CE.— ¿Por qué tiemblas?

MEN.— Yo no tiemblo.

CE.— No, es sólo que los colores del mantón te ponen descolorido. Hale, no haberte comido el almuerzo a espaldas mías; *(a la mujer)* venga, sigue.

MEN.— ¡Calla tú!

CE.— No me callo, maldición. ¡Me está haciendo señas de que me calle!

MEN.— ¡Maldición, yo no te hago señas ni guiños de ninguna clase!

MU.— ¡Ay, qué desgraciada soy!

MEN.— ¿Por qué eres desgraciada? Anda, explícamelo.

CE.— No he visto jamás un descaro tal: se empeña en negar lo que estás viendo con los ojos de la cara.

MEN.— Querida, por Júpiter y los dioses todos te juro (a ver si esto te basta) que yo no le he hecho seña ninguna a éste.

CE.— Eso ya te lo creo; vuelve a lo otro.

MEN.— ¿A dónde voy a volver?

CE.— Pues digo yo que al bordador; y te traes el mantón.

MEN.— Pero ¿qué mantón es ése?

CE.— Yo ya me callo, si ésta no se acuerda de sus propias cosas.

MEN.— ¿Es que se ha portado mal alguno de los esclavos?, ¿se han puesto las esclavas o los esclavos respondones? Dímelo, no quedarán sin castigo.

MU.— No estás diciendo más que tonterías.

MEN.— Estás muy mal encarada. No me gusta eso...

MU.— ¡Tonterías!

MEN.— Seguro que es que estás disgustada con alguien en casa.

MU.— ¡Tonterías!

MEN.— No será conmigo con quien estás disgustada.

MU.— Ahora no son tonterías.

MEN.— Te juro que yo no he hecho nada que no debiera.

MU.— Mira, otra vez tonterías.

MEN.— Dime, querida, ¿qué es lo que te apena?

CE.— ¡Mira qué majo, qué carantoñas te hace!

MEN.— ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?, ¿estoy yo acaso hablando contigo?

MU.— *(A Menecmo, dándole un mandoble.)* ¡Quita!

CE.— ¡Así se hace! Anda, apresúrate a comerte el almuer-

zo sin mí, y después, borracho y con una corona de flores a la cabeza, venga, búrlate de mí.

630 Men.— Demonio, ni yo he almorzado hoy ni he puesto un pie en esa casa.

Ce.— ¿Te atreves a decir que no?

Men.— Sí, digo que no, maldición.

Ce.— ¡Qué desvergüenza de hombre! ¿No te acabo yo de ver con una corona de flores ahí delante de la casa, y decías que yo no estoy bien de la cabeza y que no me conocías y que eras forastero?

635 Men.— ¡Pero si después que nos separamos es ahora cuando acabo de volver a casa!

Ce.— Yo te conozco bien. Tú no creías que yo tuviera medios para vengarme de ti. Ja, se lo he contado todo a tu mujer.

Men.— ¿Qué es lo que le has contado?

Ce.— No lo sé, pregúntaselo a ella.

Men.— ¿Qué es esto, esposa mía?, ¿qué es lo que te ha contado éste?, ¿qué es?, ¿por qué te callas?, ¿por qué no dices qué es?

639a Mu.— Como si no lo supieras tú; me ha desaparecido de casa un mantón.

Men.— ¿Que te ha desaparecido un mantón?

640 Mu.— ¿Me lo preguntas encima?

Men.— Diablos, no te lo preguntaría si lo supiera.

Ce.— ¡Cómo disimula el muy sinvergüenza! No puedes ocultarlo; lo sabe todo de pe a pa; yo se lo he contado punto por punto.

Men.— ¿El qué?

Mu.— Como no tienes vergüenza ni quieres confesar tú mismo por tu voluntad, oye y atiende, verás si no vas a saber
645 ahora por qué estoy enfadada y lo que éste me ha dicho: me ha sido robado en casa un mantón.

Men.— ¿Que me han robado un mantón a mí?

Ce.— *(A la mujer.)* ¿Ves cómo quiere cogerte? A ella se lo han quitado, no a ti, porque, desde luego, si hubiera sido a ti a quien se lo hubieran quitado, no estaría ahora a buen recaudo donde yo me sé.

Men.— Yo no estoy hablando contigo. A ver, tú, qué es lo que dices.

Mu.— Un mantón, digo, me ha desaparecido de casa.

Men.— ¿Quién te lo ha quitado?

Mu.— Pues eso lo debe saber el que se lo llevó.

Men.— ¿Y quién es ése?

Mu.— Un cierto Menecmo.

Men.— ¡Pero bueno, qué canallada! Y ¿quién es ese Menecmo?

Mu.— Tú, digo.

Men.— ¿Yo?

Mu.— Tú.

Men.— ¿Quién me acusa?

Mu.— Yo.

Ce.— Y yo también. Además se lo has llevado a tu amiga Erotio.

Men.— ¿Que yo se lo he dado?

Mu.— Tú, tu en persona, digo.

Ce.— ¿Quieres acaso que te traigamos aquí una lechuza para que te diga sin parar «tú tú tú»? Porque nosotros ya estamos hartos de repetirlo.

Men.— Por Júpiter y los dioses todos te juro que no se lo he dado…, a ver si eso te basta.

Ce.— Y nosotros juramos que no decimos más que la verdad.

Men.— Pero es que no se lo he regalado, sino que se lo di para que lo usara.

Mu.— Oye, yo no le doy a nadie tu clámide o tu capa para que se la ponga. Los vestidos de las mujeres debe prestarlos la

mujer, y los de los hombres, el hombre. ¿Por qué no me devuelves el mantón?

MEN.— Yo veré de que se te devuelva.

MU.— Será en interés tuyo el hacerlo; porque no pondrás los pies en casa a no ser que vengas mantón en mano. Me voy a casa.

CE.— ¿Qué recompensa voy a recibir por los servicios prestados?

MU.— Cuando te desaparezca algo de tu casa, se te devolverá el favor. *(Entra en casa.)*

CE.— ¡Bien está!, eso es lo mismo que nunca, porque yo no tengo en casa nada que perder. Los dioses os confundan al marido y a la mujer. Me voy a toda prisa al foro, que aquí en esta casa no hay ya desde luego sitio para mí. *(Se va.)*

MEN.— Ja, mi mujer se cree que me hace daño dejándome en la calle; como si no tuviera otro sitio mejor donde acogerme. Si tú no estás contenta conmigo, habrá que resignarse; pero aquí Erotio lo estará, y ella no me dará con la puerta en las narices, sino que la cerrará detrás de mí una vez dentro. Ahora voy y le diré que me devuelva el mantón que le di antes; yo le compraré otro mejor. ¡Eh! ¿No hay nadie a la puerta? ¡Abrid y decirle a Erotio que salga!

ESCENA TERCERA

EROTIO, MENECMO I

ER.— ¿Quién me busca?

MEN.— Quien te quiere mejor a ti que a sí mismo.

ER.— Ah, mi querido Menecmo, ¿por qué te quedas ahí a la puerta? ¡Pasa!

MEN.— Espera. ¿Sabes a lo que vengo?

ER.— Sí, a disfrutar de mi compañía.

MEN.— No, verás, mi mantón ese, perdona, pero ese que te di antes, quiero que me lo devuelvas. Mi mujer se ha enterado de todo punto por punto. Yo te compraré a cambio otro el doble de caro, el que tú quieras.

ER.— Pero si te lo acabo de dar ahora para que lo llevaras al bordador, y la ajorca, para que la llevaras al joyero que la reformara.

MEN.— ¿Que tú me has dado el mantón y una ajorca? Imposible. Porque yo, después que te di el mantón, me fui al foro y vuelvo ahora, y no te he visto más hasta ahora después de marcharme.

ER.— Te estoy viendo las intenciones: estás buscando el medio de birlarme lo que te entregué.

MEN.— Te aseguro que no te lo pido para quitarte nada, sino te digo que es que mi mujer se ha enterado.

ER.— No he sido yo la que te ha pedido que me lo dieras, tú mismo eres quien me lo trajiste y me lo regalaste. Ahora vienes y me lo reclamas; me aguantaré. Llévatelo, póntelo tú o tu mujer, o guárdalo, si quieres, en un armario; tú a partir de hoy no volverás a poner los pies en mi casa, para que no te llames a engaño. Puesto que, portándome lo bien que me porto contigo, no hago más que recibir desdenes de tu parte, ya sabes, a no ser que traigas dinero contante y sonante, te equivocas, a mí no me tendrás. Anda, ve y encuentra otra de la que puedas burlarte. *(Entra y cierra la puerta.)*

MEN.— ¡Pero bueno, qué exageración, ponerse tan furiosa! ¡Tú, espera te digo, vuelve para ahí! ¿No quieres volver a salir en atención a mí? Se metió, ha cerrado la puerta; ahora estoy más fuera que fuera: ni en la casa propia ni en la de mi amiga se me hace caso alguno. Voy a buscar a mis amigos a consultarles cuál es el partido que en su opinión debo tomar.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Menecmo II, la mujer de Menecmo I

Men.— *(Con el mantón en la mano.)* Buena necedad hice con darle a Mesenión la bolsa con el dinero; ése se ha metido, seguro, en algún tabernucho.

Mu.— Voy a mirar a ver cuándo vuelve mi marido a casa. ¡Ah, ahí está! Estoy salvada, trae el mantón.

Men.— No me explico por dónde puede andar Mesenión.

Mu.— Voy a acercarme a hacerle el recibimiento que se merece. ¿No te da vergüenza presentarte ante mí en esa forma, canalla?

Men.— ¿Qué pasa, qué clase de locura te ha entrado, mujer?

Mu.— Sinvergüenza, ¿te atreves siquiera a decir una palabra ni a hablar conmigo?

Men.— Pero ¿qué crimen he cometido para no atreverme a hablar?

Mu.— ¿Todavía me lo preguntas? ¡Qué desvergüenza y qué atrevimiento!

Men.— ¿No sabes tú, mujer, por qué los griegos decían que Hécuba era un perro?

Mu.— No lo sé, no.

Men.— Pues porque hacía lo que tú haces ahora: se ponía a decir toda clase de insultos a cualquier persona que veía; por eso la empezaron a llamar «perra» [12], y con razón.

---

[12] Cf. Cicerón, *Tusc.* 3, 63; Ovidio, *Met.* XIII 567 ss.

Mu.— Yo no puedo soportar unas injurias tales. Prefiero pasarme la vida en soledad que no tener que aguantar esas injurias que me haces.

Men.— ¿Y qué tengo yo que ver con eso de si puedes aguantar el estar casada o si vas a abandonar a tu marido? ¿Es que es costumbre aquí el venir con esas historias a un forastero?

Mu.— ¿Cómo historias? Yo no aguanto más, digo; prefiero vivir sola que tener que soportar tus modales.

Men.— Lo que es por mí, te juro que puedes vivir sola hasta el fin del reinado de Júpiter.

Mu.— Antes me decías que no me lo habías quitado, y ahora tienes ahí el mantón delante de mi vista: ¿no te da vergüenza?

Men.— ¡Está bien, caramba! Mujer, eres muy descarada y muy mala. ¿Te atreves a decir que yo te he quitado este mantón, que me ha entregado a mí otra mujer para que lo llevara a arreglar?

Mu.— Desde luego, te aseguro que… ahora voy y llamo a mi padre y le cuento las maldades que haces. Deción, ve a buscar a mi padre, dile que venga contigo aquí; dile que la situación lo exige. Ya le contaré yo todas esas maldades tuyas.

Men.— ¿Estás en tu juicio?, ¿qué maldades?

Mu.— Un mantón y joyas mías, se las quitas de casa a tu mujer y se las llevas a tu amiga: ¿es que no es acaso verdad lo que digo?

Men.— Diablos, mujer, si lo sabes, indícame qué bebedizo puedo tomarme para que pueda aguantar tu frescura. Yo no sé por quién me tomas; lo que es yo, a ti te conozco tanto como a Portaón, por un decir [13].

[13] Abuelo de Deyanira, mujer de Hércules.

Mu.— De mí te puedes burlar, pero de él te juro que no, mi padre, que viene ahí; vuélvete a verlo: ¿no lo conoces?

Men.— Lo conozco lo mismo que al adivino Calcante: le he visto a él antes de ahora el mismísimo día que a ti.

Mu.— Pero ¿afirmas que no me conoces, que no conoces a mi padre?

Men.— Te juro que lo mismo diría si es que traes aquí a tu abuelo.

Mu.— Anda, que eres siempre el mismo.

ESCENA SEGUNDA

El padre, la mujer de Menecmo I, Menecmo II

Pa.— Según me lo permite mi edad y tal como lo exigen las circunstancias, iré avanzando y me daré prisa por seguir adelante. Pero no se me oculta que esto no es para mí cosa fácil; cargado de años, el cuerpo me pesa, las fuerzas me han abandonado: ¡qué cosa tan mala es la vejez! Es igual que una mala mercancía; es una secuela interminable de calamidades las que trae consigo al venir, no acabaría nunca si las quisiera numerar todas. Pero una cosa me produce una honda preocupación: cuál es el motivo por el que me hace venir mi hija así tan de repente, sin darme razón de qué se trata, qué es lo que quiere. ¿Por qué me hace venir? Aunque en sí me puedo figurar más o menos qué es lo que pasa. Seguro que es que tiene algún disgusto con el marido, porque eso suele ocurrir muchas veces a esas mujeres que se empeñan en tenerlos esclavizados, se envalentonan con la dote, se ponen insoportables. Lo que ocurre es que ellos, los maridos, no están tampoco muchas veces libres de culpa. Y es que hay ciertos límites en lo que debe aguantar una mujer; por otra parte, bien es verdad que una hija

no hace venir a su padre si no es por motivo de algún delito o
de una pelea. Bueno, ya me enteraré de todo, sea lo que sea.
Pero ahí está ella a la puerta, y veo también a su marido, que 773-774
está muy enfurruñado. Es, seguro, lo que sospechaba; voy a 775
hablarle.

MU.— Voy al encuentro de mi padre. Muy buenos días, padre.

PA.— Buenos días, ¿va todo bien? No es que me llames porque pase algo, ¿no?, ¿por qué estás tan cariacontecida?, ¿qué hace ahí el otro aparte con esa cara de pocos amigos? Alguna pelea habéis tenido entre los dos. Dime quién es el que tiene la culpa, brevemente, nada de largos discursos.

MU.— Yo no he hecho absolutamente nada, padre, te lo 780
aviso con antelación, pero no puedo vivir ni aguantar más aquí
de ninguna manera, o sea que, por favor, sácame de esta casa.

PA.— ¿Pero qué es lo que ocurre?

MU.— Se burlan de mí, padre.

PA.— ¿Pero quién?

MU.— La persona a quien tú me entregaste, mi marido.

PA.— ¡Ya tenemos pelea! ¿Cuántas veces te avisé que anduvierais con ojo de no venirme con lamentaciones?

MU.— ¿Y cómo puedo yo evitarlo, padre? 785

PA.— ¿A mí me vienes con esas preguntas?

MU.— Si me lo permites. 787-788

PA.— ¿Cuántas veces te avisé que fueras sumisa a tu marido, que no anduvieras observando lo que hace, a dónde va, lo que trae entre manos?

MU.— Pero si es que tiene trato con una fulana que vive 790
aquí al lado.

PA.— Muy bien hecho, y con esos métodos que te traes, verás como seguirá aún más en ello.

MU.— Pero es que se va allí de copeo.

PA.— ¿Y te crees tú que por tu cara bonita va a dejar de be-

ber, sea allí, sea donde le dé la gana? ¡Maldición! ¿Qué descaro es ése, querer impedirle al mismo tiempo que acepte invitaciones a cenar y que reciba visitas en casa? ¿Es que quieres tener a los hombres por esclavos? Pues no, que ya de paso, puestos a exigir, nada, le pones su tarea y le sientas entre tus esclavas a cardar la lana.

Mu.— Según veo, padre, no te he traído de abogado para mí, sino para mi marido; estás a mi lado, pero es su causa la que defiendes.

Pa.— Si es que él ha cometido una falta, le acusaré a él mucho más que lo hago a ti ahora. Pero reflexiona, hija: puesto que no te faltan ni joyas ni vestidos, puesto que pone a tu disposición esclavas y una despensa bien abastada, es mejor, te digo, ponerse en razón.

Mu.— Pero me quita las joyas y los mantones de mis arcas, me deja a mí limpia y les lleva mis cosas a escondidas a las fulanas.

Pa.— Él obra mal si hace lo que dices; si no lo hace, tú eres la que obra mal al acusar a quien no tiene culpa.

Mu.— Pero, padre, si tiene ahí ahora mismo consigo un mantón y una ajorca, que se lo había llevado a la vecina, y ahora, porque sabe que me he enterado, lo vuelve a traer.

Pa.— Ya me enteraré yo por él cómo son las cosas; voy a acercarme y a hablarle. Dime, Menecmo, qué es lo que hay entre vosotros, que yo lo sepa. ¿Por qué estás tan mal encarado?, ¿por qué está enfadada ella y te ha dado la espalda?

Men.— Quien quiera que seas y como quiera que te llames, anciano, pongo por testigos a Júpiter y a todos los dioses de que…

Pa.— Pero ¿por qué motivos o de qué diablos?

Men.— … de que yo ni he hecho mal alguno a esa mujer que me acusa de que yo le he quitado de su casa y me he llevado este mantón…

PA.— ¿Estás jurando?

MEN.— ... si yo he puesto jamás un pie en la casa donde 815-816
vive esa mujer, consiento en ser el más desgraciado entre los desgraciados.

PA.— ¿Estás en tu juicio con echarte una maldición así o afirmando que no has puesto jamás un pie en la casa donde vives, loco, más que loco?

MEN.— Pero entonces, tú, anciano, ¿dices que yo vivo en 820
esa casa?

PA.— ¿Y tú lo niegas?

MEN.— Y tanto que lo niego, a fe mía.

PA.— Pues a fe mía que lo niegas en falso —a no ser que quieras decir que te has mudado esta noche de casa—; ven aquí, hija, a ver, dime: ¿es que os habéis mudado?

MU.— ¿Pero a dónde o por qué motivo?

PA.— No lo sé, te lo juro.

MU.— Ése se está burlando de ti, ¿no te das cuenta?

PA.— En serio, Menecmo, basta ya de bromas. Ahora, a lo 825
que estamos.

MEN.— ¿Quieres decirme, por favor, qué tengo yo que ver contigo?, ¿de dónde has salido o quién eres?, *** ¿qué es lo que te he hecho a ti o a esa mujer que no cesa de importunarme?

MU.— *(A su padre.)* ¿No ves cómo le verdean los ojos? Se
le están poniendo lívidas las sienes y la frente, mira cómo le 829-830
centellean los ojos.

MEN.— *(Aparte.)* Creo que lo mejor que puedo hacer, ya que están diciendo que estoy loco, es figurar que lo estoy de verdad, para quitármelos de encima *(se pone a gesticular).*

MU.— ¡Cómo se despereza y se le abre la boca! ¿Qué hago ahora, padre?

PA.— Ven aquí, hija mía, aléjate de él lo más posible.

MEN.— ¡Evohé, evohé, Baco! Me llamas al bosque a cazar 835

¿dónde? Yo escucho tu voz, pero no puedo salir de estos lugares, que por la izquierda me aguarda esta perra rabiosa, por detrás este cabrón, que ya tantas veces en su vida ha sido causa con sus falsos testimonios de la perdición de ciudadanos inocentes.

PA.— ¡Ay de ti!

MEN.— He aquí que Apolo me ordena por medio de un oráculo que le queme los ojos a esa mujer con antorchas encendidas.

MU.— ¡Muerta soy, padre, me amenaza con quemarme los ojos.

MEN.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí! Dicen que estoy loco, cuando son ellos los que lo están.

PA.— ¡Hija!

MU.— ¿Qué quieres?

PA.— ¿Qué hacemos? ¿Qué te parece si llamo a unos esclavos? Voy a buscarlos, que lo cojan y lo aten en casa antes de que haga más disparates.

MEN.— *(Aparte.)* Ahora sí que estoy en un aprieto; si no me adelanto a encontrar una salida, éstos me cogen y me meten en su casa. *(En voz alta.)* Apolo, tú me prohíbes titubear en partirle la cara a puñetazos si no desaparece de mi vista en dirección a la horca; estoy dispuesto a cumplir tus órdenes, Apolo.

PA.— Sal huyendo a casa a toda prisa, que no te mate a golpes.

MU.— Me voy; por favor, padre, estáte a la mira de que no se escape. ¡Ay de mí, qué mujer más desgraciada soy, tener que oír tales cosas! *(Entra en casa.)*

MEN.— *(Aparte.)* A ésta ya me la quité de encima; ahora voy a ver cómo me sacudo al viejo asqueroso este, con esas barbas, ese Titono [14] temblón, más canoso que un cisne. *(En*

[14] Esposo de la Aurora, que era inmortal, pero no paraba de envejecer.

alto.) Apolo, tú me ordenas que con ese bastón que lleva le haga pedazos todos sus miembros y todos sus huesos.

PA.— Tendrás tu merecido si me tocas o te acercas a mí ni un paso más.

MEN.— Estoy dispuesto a ejecutar tus órdenes: cogeré un hacha de doble filo y le arrancaré las carnes a pedazos hasta los huesos.

PA.— De verdad que debo ponerme en guardia y tener cuidado; me temo que me haga algún daño, a juzgar por sus amenazas.

MEN.— ¡No cesas en tus órdenes, Apolo! Ahora me mandas coger un tiro de indómitos y fogosos corceles y que suba al carro para atropellar a este león viejo, apestoso y desdentado. Ya estoy en pie en el carro, ya tengo las riendas y el látigo en mis manos: ¡arre, caballos, que se oiga el repique de vuestras pezuñas, haced doblar en rápida carrera vuestras veloces patas!

PA.— ¿A mí me amenazas con un tiro de caballos?

MEN.— He aquí, Apolo, que de nuevo me das orden de atacar a ése y darle muerte *(se adelanta y se para luego),* pero ¿quién es el que me coge por los cabellos y me arrebata el carro? Él revoca tu orden y tu mandato, Apolo.

PA.— ¡Santo cielo, qué enfermedad más dura y terrible! *** oh dioses, misericordia! ¡Qué horror de locura, con lo bien que estaba hace nada! ¡Mira que haberle entrado tan de repente una enfermedad tan espantosa! Voy a buscar al médico y le haré venir lo más rápido posible.

ESCENA TERCERA

MENECMO II, EL PADRE DE LA MUJER DE MENECMO I

MEN.— Por favor, ¿han desaparecido al fin de mi vista
quienes me obligan a la fuerza a que me haga el loco estando
en mis cabales? Rápido, al barco mientras que aún me es posi-
879-880 ble sin mayor perjuicio. *(Al público.)* Os ruego que si vuelve el
viejo, no le digáis por dónde he cogido para largarme *(se va).*

PA.— Traigo los riñones molidos de tanto estar sentado, los
ojos me duelen a fuerza de tanto mirar esperando al médico a
que vuelva de su visita. Al fin ha venido el muy cargante a
885 trancas y barrancas de su visita a los enfermos. Pues no que
dice que le ha entablillado una pierna a Esculapio, que se le
había partido, y a Apolo un brazo; o sea que me pregunto yo si
puedo decir que he llamado a un médico o a un restaurador.
Pero mira, ahí viene. ¡A ver si aligeramos un poco esos pasitos
de hormiga!

ESCENA CUARTA

MÉDICO, EL PADRE DE LA MUJER DE MENECMO I

MÉD.— ¿Qué es lo que decías que tenía? A ver, cuéntame,
890 ¿está poseso o embrujado?; infórmame, ¿padece de letargos o
de hidropesía?

PA.— Pues precisamente para eso te he llamado, para que me lo digas tú y le cures.

MÉD.— Nada más fácil, quedará curado, te doy palabra de ello.

895 PA.— Quiero que se le cure con toda clase de cuidados.

MÉD.— ¿Qué? ¡Mil suspiros voy a dar al día a fuerza de los cuidados con los que te lo voy a curar!

PA.— *(Viendo venir a Menecmo I.)* Ah, mira, ahí está el enfermo; vamos a observar qué es lo que hace.

ESCENA QUINTA

MENECMO I, PADRE, MÉDICO

MEN.— *(Sin ver a los otros.)* Caramba, qué día hoy más atravesado y más a contrapelo. Todo lo que pensaba hacer a escondidas, lo puso al descubierto el dichoso gorrón; me ha dejado corrido y aterrorizado; ni que fuera un Ulises, para ocasionar esa serie de males a su rey [15]. Si tengo vida, le dejo yo a ése sin la suya. Pero necio de mí, que digo que es suya una vida que en realidad me pertenece a mí: a mi cargo ha corrido su manutención; le voy a sacar el alma. Pues anda que la fulana esta de al lado no se ha quedado atrás, pero así son ellas, las golfas: le pido el mantón para devolvérselo a mi mujer y va y sale con que me lo ha entregado ya. ¡No está mal, caramba! Verdaderamente que soy un tipo malasuerte.

PA.— ¿No oyes lo que dice?

MÉD.— Sí, dice que es un malasuerte.

PA.— Anda, ve y háblale.

MÉD.— Se te saluda, Menecmo. Oye ¿por qué llevas el brazo ahí al aire?, ¿es que no sabes que eso es muy malo para tu enfermedad?

MEN.— ¿Por qué no vas y te cuelgas?

PA.— *(Al médico.)* ¿Te das cuenta?

[15] Ulises es el prototipo del hombre astuto y mentiroso; el rey a que se hace referencia es Agamenón. Los parásitos solían denominar rey a su patrón.

MÉD.— ¿Cómo no voy a darme cuenta? Esta enfermedad no se hace uno con ella ni con una tonelada de eléboro [16]. ¡A ver, Menecmo!

MEN.— ¿Qué hay?

915 MÉD.— Contéstame a lo que te pregunto, ¿bebes vino blanco o tinto?

MEN.— Vete al cuerno.

MÉD.— Huy, ya le va viniendo el ataque.

MEN.— ¿Por qué no me preguntas si como pan colorado o morado o amarillo, o si como aves con escamas o pescados con plumas?

919-920 PA.— ¡Cielos! ¿No oyes los desvaríos que habla? ¿A qué esperas para darle alguna pócima antes de que se apodere de él la locura?

MÉD.— Espera un momento, que le voy a hacer todavía otras preguntas.

MEN.— Me matas con tu parlanchinería.

MÉD.— Contéstame a lo siguiente: ¿no tienes a veces la impresión como si se te endurecieran los ojos?

MEN.— ¿Cómo, imbécil, más que imbécil, es que te crees que soy una langosta?

925 MÉD.— Dime, ¿no notas así a veces que te suenan los intestinos?

MEN.— Cuando estoy harto, no me suenan; si tengo hambre, sí que lo hacen.

MÉD.— Caray, esta contestación no es, desde luego, la de una persona loca. ¿Duermes de un tirón toda la noche hasta la mañana? ¿Coges pronto el sueño cuando te acuestas?

929-930 MEN.— Duermo de un tirón si he pagado mis deudas.
931-933 ¡Júpiter y los dioses todos te confundan, preguntón!

---

[16] Planta medicinal, que se utilizaba, entre otras cosas, como remedio contra la locura; cf. también *Pseudolus* 1185 y *Mostellaria* 952 *(elleborosus).*

MÉD.— *(Al padre.)* Ahora le viene la locura, mira lo que dice, ten cuidado.

PA.— Pues sí, que en comparación de lo que ha dicho antes, habla ahora como un Néstor... [17], que es que antes dijo que su mujer era un perro rabioso.

MEN.— ¿Que yo he dicho eso?

PA.— Lo dijiste cuando te vino el ataque, digo.

MEN.— ¿Yo?

PA.— Sí, tú en persona, que me has amenazado también a mí con atropellarme con un tiro de cuatro caballos: yo mismo soy testigo de todo lo que digo, yo mismo te acuso de ello.

MEN.— Pues yo sé que le has sustraído a Júpiter su sagrada corona y sé que por ese motivo te han metido en la cárcel y que, luego que te han sacado, te han dado de latigazos con el virote puesto al cuello; además sé que has matado a tu padre y vendido a tu madre. ¿Estoy ahora en mis cabales y he correspondido como se merece a tus injurias?

PA.— *(Al médico.)* Por favor, yo te lo ruego, haz deprisa lo que vayas a hacer, ¿no estás viendo que está completamente loco?

MÉD.— ¿Sabes lo mejor que puedes hacer? Di que lo lleven a mi casa.

PA.— ¿Crees tú?

MÉD.— ¿Por qué no? Allí podré curarle a mis anchas.

PA.— Como quieras.

MÉD.— *(A Menecmo I.)* Tendrás que tomar eléboro unos veinte días.

MEN.— Y yo te haré colgar y te acribillaré a aguijonazos durante treinta.

MÉD.— Ve y trae unos hombres que me lo lleven a casa.

PA.— ¿Cuántos hacen falta?

---

[17] Personaje famoso por su sabiduría y su don de consejo.

Méd.— A juzgar por el grado de locura que veo que tiene, por lo menos cuatro.

Pa.— Ahora mismo estarán aquí. Vigílale tú entre tanto.

Méd.— Mejor me marcho a casa para preparar las cosas necesarias. Tú da orden a los esclavos de que me lo traigan.

Pa.— Ahora mismo lo tendrás allí.

Méd.— Yo me marcho.

Pa.— Hasta luego.

Men. Se fue mi suegro, se fue el médico, por fin estoy solo, ¡santo cielo!, ¿cuál puede ser el motivo por el que se empeña esta gente en que estoy loco? La verdad es que yo en mi vida he estado un solo día enfermo, ni estoy loco ni me meto en disputas ni en querellas, cuerdo estoy y cuerdos veo a los demás, reconozco a las otras personas y hablo con ellas. ¿No será quizá que, mientras dicen que yo estoy loco, sean ellos quienes lo están? ¿Qué hacer ahora? Tengo ganas de irme a mi casa: mi mujer no me lo permite, ahí *(la casa de Erotio)* no me deja nadie pasar. ¡Qué mal se me han puesto las cosas! Me quedaré aquí por lo pronto, a la noche espero que se me dejará al fin entrar en casa.

ESCENA SEXTA

Mesenión

Mes.— La piedra de toque para un buen esclavo, es el ver si se ocupa de los intereses de su amo, mira y vela por ellos y se esfuerza en su ausencia por atenderlos con tanto celo como si el amo estuviera presente o aún mayor. Para un sujeto de cordura deben ser las propias costillas más importantes que las tragaderas, y las piernas más que el estómago. Debe tener presente el pago que reciben de sus amos los malos siervos, los

que son haraganes y desleales: látigos, grillos, piedras de molino, fatiga, hambre, duro frío; eso es la recompensa de su mal comportamiento. Yo tengo un miedo muy grande de esos castigos, por eso he resuelto portarme bien y no mal, porque es que yo aguanto bien las órdenes, pero los látigos, los odio y prefiero cien veces comer el trigo molido que no tener yo que molerlo para los demás. Por eso yo obedezco las órdenes de mi amo y las pongo por obra con exactitud y sumisión. Y me va bien así; los demás pueden ser como ellos tengan por conveniente, pero lo que es yo, no me saldré de lo que es mi deber; yo quiero vivir en ese temor y evitar toda culpa, de modo que esté siempre y en todo lugar a la disposición de mi amo; los esclavos que, aun estando libres de culpa, son temerosos, ésos son provechosos a sus dueños. Porque los que no conocen ninguna clase de temor, tienen al fin que temer, si es que se han portado mal. Además, yo no tendré que sentir temor mucho tiempo: no está lejos el momento en el que mi amo me recompense mis servicios [18]. Yo sirvo de la forma que creo que es en interés de mis espaldas. Pues luego que instalé en la posada a los otros esclavos y el equipaje, tal como me había ordenado el amo, aquí estoy para recogerlo. Llamaré a la puerta, para que sepa que estoy aquí; a ver si le saco sano y salvo de este apostadero de salteadores [19]. Pero me temo que llegue demasiado tarde, después de que haya terminado el combate.

[18] Texto inseguro.

[19] Texto inseguro.

Mes.— ¡Salud, patrón!; «me alegro de verte libre, Mesenión» *(imitando las felicitaciones que espera recibir);* os lo creo, qué çaray. Pero, patrón mío, por favor, sigue dándome órdenes, lo mismo que en el tiempo que fui tu esclavo. Yo viviré en tu casa y, cuando te marches a la patria, me iré en tu compañía.

Men.— Eso de ninguna manera.

Mes.— Ahora voy a la posada y te traeré el equipaje y el dinero. La bolsa con los dineros para el viaje está bien precintada dentro de la maleta; yo te la traigo ahora.

Men.— Date prisa.

Mes.— Yo te la devolveré tal como me la diste. Espérame aquí. *(Se va.)*

Men.— ¡Qué cosas tan extrañas me han ocurrido hoy!: unos dicen que no soy el que soy y me echan fuera; luego éste decía que era mi esclavo, que acabo ahora de darle la libertad; dice que me va a traer una bolsa con dinero; si es que me la trae, le diré que se marche libre a donde quiera, no sea que cuando recobre la razón, vaya y me la reclame. Mi suegro y el médico decían que estoy loco. No salgo de mi asombro de qué puede ser todo esto. No me parece sino que fuera todo un sueño. Voy ahora aquí a mi amiga, aunque está enfadada conmigo, a ver si puedo conseguir que me dé el mantón para que lo lleve a casa.

ESCENA OCTAVA

Menecmo II, Mesenión

Men.— *(Viniendo del lado del puerto.)* ¿Te atreves, sinvergüenza, a decir que yo te he vuelto a ver después de que te dije que vinieras a buscarme aquí?

MES.— Pero si hasta te he salvado de cuatro hombres que te llevaban en volandas aquí delante de esta casa. Tú estabas pidiendo ayuda a gritos a los dioses y a los hombres cuando yo vengo en tu socorro y te libro por la fuerza, después de una dura lucha, bien a su pesar. En recompensa de haberte salvado la vida, me diste la libertad y, cuando digo que voy a buscar el dinero y el equipaje, me sales al encuentro lo más deprisa posible para volverte atrás de lo que habías hecho.

MEN.— ¿Que yo te he dado la libertad?

MES.— Ciertamente.

MEN.— Muchísimo más cierto es que yo mismo me convierta en un esclavo que no que te dé a ti jamás la libertad.

ESCENA NOVENA

MENECMO I, MESENIÓN, MENECMO II

MEN. I.— *(Saliendo de casa de Erotio.)* Por más que juréis por las niñas de vuestros ojos, no os saldréis así y todo con la vuestra, maldición, de que yo me haya llevado de aquí el mantón y una ajorca, ¡malvadas!

MES.— ¡Oh, dioses inmortales!, ¿qué ven mis ojos?

MEN. II.— ¿El qué?

MES.— Un espejo de ti.

MEN. II.— ¿Qué es lo que quieres decir?

MES.— Es tu retrato; más parecido a ti, imposible.

MEN. II.— Si recapacito sobre mis propios rasgos, es verdad que no deja de parecérseme.

MEN. I.— Joven, salud, tú, quienquiera que seas, que me has salvado la vida.

MES.— Joven, yo te lo ruego, dime tu nombre, si no te incomoda.

MEN. I.— Realmente no te has portado conmigo en forma que me vaya a incomodar cumplirte tus deseos; mi nombre es Menecmo.

MEN. II.— ¡El tuyo no, el mío!

MEN. I.— Yo soy de Sicilia, siracusano.

MEN. II.— Ésa es mi casa y mi patria.

MEN. I.— ¿Qué es lo que dices?

MEN. II.— La pura verdad.

MES.— Yo conozco a éste *(Menecmo I),* que es mi amo; yo soy esclavo de éste, pero me había creído que lo era de ése *(Menecmo II).* Yo le había tomado por ti *(Menecmo I),* y por eso le he estado importunando: te ruego que me disculpes; si te he dicho alguna inconveniencia, ha sido sin darme cuenta.

MEN. II.— Me parece que deliras: ¿no te acuerdas de haber desembarcado hoy junto conmigo?

MES.— Es verdad, tienes razón; tú eres mi amo. *(A Menecmo I.)* Búscate otro esclavo; *(a Menecmo II)* salud, amo; *(a Menecmo I)* tú, adiós. Yo digo que éste es Menecmo *(Menecmo II).*

MEN. I.— Pero yo digo que lo soy yo.

MEN. II.— ¿Qué cuento es ése?, ¿que tú eres Menecmo?

MEN. I.— Yo digo que lo soy, hijo de Mosco.

MEN. II.— ¿Que tú eres hijo de mi padre?

MEN. I.— Del mío más bien, joven; el tuyo no te lo disputo ni tengo interés en quitártelo.

MES.— ¡Dioses inmortales, haced verdadera la esperanza inesperada que barrunto!, que, si no me equivoco, éstos son los dos hermanos gemelos; llamaré a mi amo aparte. ¡Menecmo!

MEN. I Y MEN. II.— ¿Qué quieres?

MES.— No es a los dos a quienes quiero hablar, sino al que ha venido conmigo en el barco.

MEN. I.— Entonces no soy yo.

MEN. II.— Pero sí yo.

Mes.— A ti quiero hablarte entonces, ven para acá.

Men. II.— Ese hombre o es un timador o es tu hermano. Porque yo no he visto nunca a nadie más parecido a ti; dos gotas de agua o dos gotas de leche no son más iguales entre sí que tú y ése, créeme; después, es que dice que su patria y su padre son los mismos que los tuyos. Más vale que vayamos y le interroguemos.

Men. II.— Tienes razón con lo que me dices y te quedo agradecido por ello. Sigue tus investigaciones, por favor; si descubres que ése es mi hermano, te concedo la libertad.

Mes.— Así lo espero.

Men. II.— Yo también tengo esa confianza.

Mes.— *(A Menecmo I.)* Vamos a ver, según creo, has dicho que te llamas Menecmo.

Men. I.— Así es.

Mes.— Éste también se llama así. Tú afirmas que has nacido en Siracusa, mi amo ha nacido también allí. Tú has dicho que tu padre fue Mosco, también lo fue de éste. Ahora podéis ayudarme los dos a mí y al mismo tiempo también a vosotros.

Men. I.— Tú te tienes bien merecido el conseguir de mí cualquier cosa que me pidas; aunque soy un hombre libre, estoy dispuesto a servirte como si me hubieras comprado por dinero.

Mes.— Yo tengo la esperanza de que se va a descubrir que sois hermanos gemelos, nacidos de la misma madre y del mismo padre en uno y el mismo día.

Men. I.— ¡Qué cosas tan raras dices! ¡Ojalá puedas probar como cierto lo que prometes!

Mes.— Ya verás cómo puedo. Pero a ver, contestadme los dos a las preguntas que os haga.

Men. I.— Pregunta lo que quieras, yo te contestaré sin callar nada que sepa.

Mes.— ¿Tú te llamas Menecmo?

Men. I.— Sí.

Mes.— ¿Y tú también?

Men. II.— Así es.

Mes.— ¿Dices que tu padre fue Mosco?

Men. I.— Sí.

Men. II.— Y el mío también.

Mes.— ¿Eres tú siracusano?

Men. I.— Ciertamente.

Mes.— ¿Y tú?

Men. II.— ¿Cómo no?

Mes.— Hasta ahora, todos los indicios concuerdan de maravilla. Pasemos adelante, atended. Dime, cuáles son los más antiguos recuerdos que tienes de tu patria.

Men. I.— Que luego que marché con mi padre a Tarento a una feria, después que me perdí de mi padre entre la gente y me trajeron aquí...

Men. II.— ¡Júpiter todopoderoso, socórreme!

Mes.— ¿Por qué gritas? Calla. ¿Cuántos años tenías cuando tu padre te llevó consigo?

Men. I.— Siete, porque entonces se me cayó el primer diente. Y a mi padre no le volví a ver más.

Mes.— Dime también ¿cuántos hermanos erais?

Men. I.— Según lo que recuerdo, dos.

Mes.— ¿Cuál era el mayor, tú o tu hermano?

Men. I.— Éramos los dos de la misma edad.

Mes.— ¿Cómo es posible eso?

Men. I.— Porque éramos gemelos.

Men. II.— ¡Los dioses me protegen!

Mes.— Si me interrumpes, me callo.

Men. II.— No, no, me callo yo.

Mes.— Dime: ¿os llamabais los dos igual?

Men. I.— De ninguna manera; yo me llamaba como ahora, Menecmo; mi hermano se llamaba Sosicles.

MEN. II.— Todo está claro, no puedo contenerme de abrazarte, hermano mío, mi querido hermano gemelo, yo te saludo, 1125
yo soy Sosicles.

MEN. I.— ¿Y cómo fuiste después llamado Menecmo?

MEN. II.— Luego que nos llegó la noticia *** de tu pérdida y de la muerte de nuestro padre, el abuelo me cambió el nombre, dándome el tuyo.

MEN. I.— Yo te lo creo, pero dime todavía... 1129

MEN. II.— Pregunta lo que quieras.

MEN. I.— ¿Cómo se llamaba nuestra madre?

MEN. II.— Teuximarca.

MEN. I.— Así es. Salud, querido hermano, a quien de manera tan inesperada vuelvo a ver después de tantos años.

MEN. II.— Salud, también, hermano, a quien me alegro de encontrar después de haberte buscado con tantas penas y fatigas.

MES.— Por eso aquí la cortesana te llamaba con el nombre 1135
de éste, pensaba que eras tu hermano cuando te invitaba a comer.

MEN. I.— Claro, caramba, como que yo me había hecho preparar un almuerzo a escondidas de mi mujer, a la que le había quitado un mantón para dárselo a la otra.

MEN. II.— ¿Tú te refieres quizá a este mantón que tengo aquí?

MEN. I.— Sí, ése es; pero ¿cómo ha llegado a tus manos? 1140

MEN. II.— La cortesana me trajo aquí a su casa a almorzar, decía que yo se lo había dado; comí estupendamente y bebí con ella a mi lado y me llevé el mantón y esta ajorca de oro.

MEN. I.— Caramba, me alegro si por causa mía te ha caído
algo agradable en suerte, porque ella creía que eras yo al invi- 1144-11
tarte.

MES.— ¿Hay ahora algo que impida que sea libre como dijiste?

Men. I.— Su petición no puede ser más justa, hermano, hazlo por mí.

Men. II.— Sé libre.

Men. I.— Me congratulo de tu libertad, Mesenión.

Mes.— Pero son necesarios mejores auspicios para que pueda mantenerme libre para siempre.

Men. II.— Ya que todos estos sucesos nos han resultado tan según nuestros deseos, volvámonos ambos a nuestra patria.

Men. I.— Como tú quieras, hermano. Haré aquí una subasta y venderé todo lo que tengo. Pero ahora, entre tanto, pasemos a casa, hermano.

Men. II.— Como quieras.

Mes.— ¿Sabéis lo que os pido?

Men. I.— ¿El qué?

Mes.— Que me deis a mí el cargo de pregonero de la subasta.

Men. II.— De acuerdo.

Mes.— ¿Quieres entonces que anuncie en seguida la subasta?

Men. I.— Dentro de una semana tendrá lugar.

Mes.— *(Al público.)* Menecmo subastará sus bienes dentro de siete días, sus fincas, su casa, todos sus bienes. Sea cual sea el precio, todo al contado. También será vendida su mujer… si es que sale comprador. No creo que alcance la ganancia total a cinco millones de sestercios.

Ahora, distinguido público, que os vaya bien. ¡Un aplauso!

EL MERCADER

(Mercator)

INTRODUCCIÓN

La lectura del *Mercator* nos deja la impresión de que es una obra menos «plautina» que las otras comedias de Plauto: excesiva lentitud de la acción, falta casi absoluta del elemento cómico, monólogos lacrimógenos, diálogos reiterativos, en los que los personajes hablan y hablan sin que avance por ello el curso de la acción. ¿No estaría en este caso justificado el temor de que la gente empiece a levantarse e irse [1]? Al menos, de que se duerma sí que lo tiene el poeta: «¿Es que tienes miedo de despertar al público de su sueño?», le dice Acantión a Carino en el v. 160.

¿No será la culpa del poeta griego? Esta vez se nos dice en el prólogo (que va a cargo de Carino, el joven héroe de la pieza) el título del original griego y su autor: el *Émporos* de Filemón, poeta de Siracusa que alcanzó casi la edad de cien años (361-263/262 a. C.) y que venció repetidas veces en concursos literarios a Menandro, a pesar de estar considerado como inferior a él [2]; Plauto utilizó también su *Thesauros* en el *Trinum-*

---

[1] *Vid.* vol. I, introducción general, pág. 14.

[2] Quintiliano, *Inst. Orat.* X 1, 72; *Philemon, qui ut prave sui temporis iudiciis Menandro saepe praelatus est, ita consensu tamen omnium meruit credi secundus;* Cf. también Aulo Gelio, XVII 4, 1; Apuleyo, *Flor.* 16.

mus (*Trinummus* 18 y sigs.), y quizá su *Phasma* en la *Mostellaria.*

El tema, un padre rival de los amores del hijo, se conoce por otras obras de Plauto —*Asinaria, Cásina*—, aunque hay que conceder que su realización dramática queda en este caso por debajo de las otras dos. El joven Carino, reprendido duramente por su padre a causa de su vida de disipación, se decide a poner fin a sus amoríos y a marcharse a negociar con un barco a Rodas, y lo hace con tanto éxito que se ve pronto en posesión de cuantiosas ganancias. Pero vuelve allí a las andadas y se enamora de una muchacha de gran belleza, Pasicompsa, la compra y se la lleva consigo a su vuelta a la patria. De nuevo el problema con el padre: ¿qué dirá al verla? Demifón la ve ya en el barco y queda perdidamente enamorado de ella. Acantión, fiel esclavo y compañero de Carino, sale por lo pronto del paso contándole que se trata de una esclava que Carino trae de regalo para su madre. Pero Demifón decide que ha de ser vendida a un viejo del que él ha recibido ese encargo. Lisímaco, un viejo vecino y amigo de Demifón, se ocupará de realizar la compra, accediendo también a alojar a la muchacha por el momento en su casa, con ocasión de que su mujer está en el campo. Carino cae en la mayor de las desesperaciones al oír de su amigo Eutico, hijo del vecino Lisímaco, la noticia de la venta real de Pasicompsa y decide marcharse al destierro. Eutico se da a su búsqueda, y al volver desalentado por no poderla encontrar ve a su madre que ha vuelto inesperadamente del campo y que sospecha lo peor al enterarse de la presencia de la joven en su propia casa. Al final se soluciona todo: Doripa se deja convencer de que Pasicompsa no es sino la amada de Carino y cesa en su furia contra su marido Lisímaco; Demifón se ve obligado a renunciar a su malvado propósito, y Pasicompsa vuelve al enamorado Carino.

En una exposición de los diversos juicios crípticos sobre el

Mercator que P. J. Enk ofrece en la introducción de su comentario a la obra (págs. 22 ss.) pueden oírse toda clase de tonos, desde los más bajos a los más altos. Con todo, no es el *Mercator,* por lo general, una pieza muy apreciada entre las plautinas. Aunque también es verdad que, dejando aparte su lentitud, no le falta el encanto de los diálogos bien construidos —por ejemplo, el de Lisímaco y Pasicompsa, con su contraste entre las ingenuas palabras de la muchacha y los dobles sentidos y resabios del viejo—. Famoso es también el monólogo del sueño de Demifón (vv. 225-255), tan discutido en cuanto a su relación con el sueño de *Rudens* 593-612 y con el modelo griego (creación plautina según Fraenkel, traducción del original según Enk).

El responsable de que el *Mercator* sea como es parece ser a todas vistas Filemón, el autor del *Émporos;* el *Mercator* es más una comedia griega que plautina; más que crear, como otras veces, lo que ha hecho Plauto aquí ha sido traducir.

Enk resume la larga problemática sobre la fecha de composición del *Mercator* atribuyéndolo a una época cercana a la de la *Asinaria,* y concluye que ambas comedias cuentan entre las más antiguas de Plauto —ambas se caracterizan, entre otras cosas, por su escasez de partes líricas.

El *Mercator* apenas ha tenido resonancia en la literatura posterior.

ARGUMENTO I

Un joven, a quien su padre había enviado a un viaje de negocios, compra y lleva a su patria a la vuelta a una muchacha muy linda. Al verla, pregunta el viejo quién es, y el esclavo se inventa que su joven amo la ha comprado como esclava para la madre. El viejo se enamora de ella, hace como que la vende y se la entrega a un vecino; la mujer de éste se piensa que le han metido una amiga en su casa. Un amigo del joven Carino le hace desistir a éste de su propósito de marcharse al destierro tras encontrar a su amiga.

ARGUMENTO II

Viendo la vida de disipación que lleva su hijo, decide el padre mandarlo a un viaje de negocios. Allí, en el extranjero, se enamora de la esclava de un amigo y la lleva consigo a su vuelta a casa. Llega y salta de la nave. Se presenta el padre y queda perdidamente enamorado de la esclava nada más verla. Pregunta que de quién es. El esclavo del hijo le dice que la ha comprado éste para esclava de la madre. El viejo va a lo suyo, y le ruega al hijo que venda a la joven a un amigo suyo; el hijo, por su parte, le dice que no, sino a uno suyo, que es en su

caso el hijo de un vecino y el propio vecino en el caso del viejo. El viejo se adelanta a efectuar la compra de la muchacha. La mujer del vecino la sorprende en su casa, la toma por una amiga del marido y la emprende contra él. El joven, desesperado, decide abandonar la patria, pero se lo impide su amigo, que junto con su padre consigue del padre del joven que renuncie a favor del hijo.

PERSONAJES

CARINO, joven.
ACANTIÓN, esclavo de Carino.
DEMIFÓN, viejo, padre de Carino.
LISÍMACO, viejo, amigo de Demifón.
UN ESCLAVO.
EUTICO, joven, hijo de Lisímaco y amigo de Carino.
PASICOMPSA, cortesana.
DORIPA, mujer de Lisímaco.
SIRA, vieja esclava de Doripa.
UN COCINERO.

La acción transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

CARINO

CA.— Dos cosas al mismo tiempo tengo la intención de hacer ahora: explicaros el argumento de esta comedia y contaros la historia de mis amores. No hago yo lo que he visto hacer a otros enamorados en las comedias, que se ponen a contarles sus penas a la Noche o al Día, al Sol o la Luna; a decir verdad, tengo para mí que no les importan a ellos ni un tanto así las fatigas de los mortales ni sus ansias o sus temores; por lo que a mí toca, prefiero, desde luego, contaros mis infortunios.

Esta comedia se llama en griego *Émporos,* y su autor es Filemón, en latín *Mercator,* o sea, «El mercader», de Tito Maccio.

Mi padre me envió en viaje de negocios a la feria de Rodas; ahora hace dos años que salí de allí. Allí me enamoré de una muchacha de una belleza extraordinaria. Pero os voy a decir cómo quedé enredado con ella, si es que vuestros oídos están desocupados y tenéis la amabilidad de prestarme atención. Y, a decir verdad, no he procedido yo aquí como es costumbre

tradicional, al empezar dándoos la noticia de mis amores sin más preámbulos.

Hay una serie de desperfectos que suelen ser la secuela del amor: cuitas, penas, excesos en el nivel de vida, cosas todas que traen como castigo la desgracia, y no sólo para el enamorado, sino para todo aquel de quien tales males hacen presa. Y es que, desde luego, nadie que hace profesión de un nivel de vida que va más allá de lo que toleran sus bienes de fortuna puede hacerlo sin graves daños. Pero hay también otras cosas que no he dicho antes y que trae consigo el amor: insomnio, penas, desorientación, temores, huida; la improcedencia, la necedad y la irreflexión, el atolondramiento, los excesos, la desenvoltura, la pasión, la ojeriza; a esto se añaden la avidez, la desidia, la injusticia, los apuros económicos, las afrentas, el despilfarro, el hablar más o menos de la cuenta: lo primero resulta de que el enamorado dice muchas veces cosas que no vienen al caso ni son pertinentes ni oportunas; lo segundo, de que jamás es un enamorado tan hábil orador que sepa decir lo que redunde en interés propio. Pero no debéis molestaros por tanta palabrería, que es éste un don que he recibido de Venus juntamente con la pasión amorosa; ahora mismo vuelvo por donde iba y acabo de contaros lo que os venía diciendo.

Apenas había alcanzado yo la mayoría de edad y había dejado atrás los intereses propios de la infancia, cuando me enamoré de pies a cabeza de una cortesana de esta ciudad: la consecuencia inmediata fue que los bienes de mi padre iban pasando clandestinamente a su poder. Un rufián desconsiderado, que era su dueño, se daba maña para barrer puertas adentro todo lo que le era posible. Y mi padre día y noche venga a echarme reprimendas y ponerme de manifiesto la falsedad y la maldad de los rufianes; su propia fortuna se estaba quedando hecha trizas, la del otro subía como la espuma. Esto me lo de-

cía a voz en grito; a veces sólo hablaba entre dientes, moviendo la cabeza, y renegaba de mí como hijo suyo. Lo iba contando por toda la ciudad, avisando a la gente que se abstuvieran de prestarme dinero. Decía que el amor había arrastrado ya a muchos a la ruina, que yo, sin consideración ni medida, fuera de toda razón, me llevaba y sacaba de casa lo que me daba la gana; de la peor de las formas malgastaba y repartía yo en la locura del amor lo que él de la mejor de las formas había ido acumulando a fuerza de infinitos trabajos; ya eran muchos los años que llevaba manteniéndome, siendo yo un verdadero oprobio; decía que, si no me avergonzaba de ello, que más valía que renunciara a la vida; que él, en cuanto que fue mayor de edad, no se había entregado como yo a los amores y a la holgazanería y al ocio, y que, además, es que tampoco le hubiera sido posible, tan corto le había tenido atado su padre: se había visto obligado a hartarse de trabajar en las sórdidas faenas del campo y por lo general venía a la ciudad sólo cada cuatro años, y nada más ver la túnica de Atenea [1], le hacía su padre volverse inmediatamente a la finca; y allí había trabajado más que ninguno de la gente de la casa, ya que su padre no cesaba de repetirle: «Para ti labras, para ti gradas, para ti siembras, para ti cosechas, tú eres el que vas a recibir el fruto de tus esfuerzos». Decía que, después de que su padre pasó a mejor vida, había vendido el campo, y con el dinero había fletado un barco de 300 toneladas, y con él había llevado por todas partes sus mercancías, hasta hacerse con todos los bienes que entonces poseía; y que lo mismo debía hacer yo, si era como debía. Yo, la verdad sea dicha, al percatarme de que era mal

[1] En las fiestas de las grandes Panateneas, que se celebraban cada cuatro años en Atenas en honor de la diosa Atenea con diversos juegos deportivos y literarios y una procesión que le ofrecía a la diosa en la Acrópolis un peplo tejido y bordado por jóvenes de la buena sociedad ateniense.

visto por mi padre y motivo de disgusto para quien lo natural hubiera sido que lo fuera de satisfacción, enloquecido y enamorado que estaba, consigo, con todo, hacerme el fuerte y le digo a mi padre que, si él quiere, estoy dispuesto a irme de comerciante y a renunciar a mis amores con tal de darle gusto. Mi padre entonces me da las gracias y alaba mi condición, pero no por eso deja de ocuparse de la realización de mis promesas: hace construir un barco ligero, compra mercancías y las carga una vez que la nave está a punto; además, me entrega él mismo con su propia mano un talento de plata; me da como compañero un esclavo, que había sido mi preceptor cuando yo era niño, para que velara por mí. Después de todos estos preparativos levamos anclas. Llegamos a Rodas, donde vendí todas las mercancías que llevaba por el precio que quise. Saco unas ganancias enormes, que rebasan con mucho el precio puesto a las mercancías por mi padre, de modo que me hago con un considerable capital propio. Pero un día, mientras voy dando una vuelta por el puerto, me reconoce un amigo nuestro y me invita a cenar; voy a su casa y nos ponemos a la mesa; la cena es animada y espléndida. Cuando ya de noche nos vamos a recoger, he aquí que se presenta en mi cuarto una mujer como no he visto nunca jamás otra de hermosa; mi amigo la había hecho venir a pasar la noche conmigo. Vosotros mismos podéis juzgar cómo me gustó: al día siguiente voy a mi amigo y le pido que me la venda, asegurándole que le quedaré sumamente agradecido y obligado por tal servicio. Total, que la compré y la he traído ayer conmigo. Yo no quiero que mi padre se entere. La acabo de dejar en el barco allí en el puerto y también a mi esclavo.

Pero bueno, ¿cómo es que le veo venir corriendo del puerto, siendo así que le había prohibido abandonar el barco? Algo tiene que haber ocurrido.

ESCENA SEGUNDA

ACANTIÓN, CARINO

AC.— *(Sin ver a Carino.)* Acantión, por todos los medios y con todas tus fuerzas tienes que intentar y empeñarte en salvar a tu amo; venga, sacude el cansancio, no te dejes ganar por la pereza. Ahogándome vengo, jadeante (uf, casi ni resollar puedo), me ahoga también la gente que se pone al paso por las aceras, todas llenas: quítalos de en medio, abajo con ellos, échalos al medio de la calle. ¡Vaya unas costumbres que se gastan aquí! Nadie se digna ceder el paso a una persona que viene a prisa y a la carrera, o sea que tienes que hacer tres cosas al mismo tiempo, cuando era una sola la que te habías propuesto hacer: tienes que correr, abrirte paso a fuerza de puños, y encima ir armando camorra con la gente en la calle.

CA.— *(Aparte.)* ¿Qué es lo que ocurre para que quiera abrirse paso a toda costa? Estoy intranquilo por saber qué es lo que pasa o qué noticia es la que trae.

AC.— Estoy haciendo una locura; mientras más tardo, más aumenta el peligro.

CA.— Se trata de alguna mala noticia.

AC.— Las rodillas me fallan, no puedo correr, estoy perdido, el bazo se me rebela y me oprime el pecho, estoy perdido, no puedo tomar aliento: ¡no digo el buen flautista que estaría hecho!

CA.— *(Aparte.)* Pues coge y límpiate el sudor con la túnica!

AC.— ¡Ni todos los baños del mundo podrán quitarme el cansancio que traigo! ¿Dónde estará mi amo Carino, en casa, o habrá salido?

CA.— *(Aparte.)* Estoy con el alma en vilo; quiero saber ya lo que pasa, para acabr de salir de esta incertidumbre.

Ac.— ¿Y todavía estoy aquí de plantón? ¿A qué espero para hacer saltar la puerta? ¡Abrid, quien sea! ¿Dónde está el amo Carino?, ¿en casa, o ha salido? ¿Es que no se digna nadie venir a abrir la puerta?

Ca.— Acantión, aquí tienes al que buscas.

Ac.— *(Sin hacerle caso.)* No he visto en ninguna parte un servicio más malo.

Ca.— ¿Qué es lo que te trae tan a mal traer, malas noticias?

Ac.— Muchas, amo, para ti y para mí.

Ca.— ¿Qué es lo que pasa?

Ac.— Estamos perdidos.

Ca.— Ese comienzo regálaselo a tus enemigos.

Ac.— Pero es que es a ti a quien le ha caído en suerte.

Ca.— Di ya lo que pasa, sea lo que sea.

Ac.— Calma, calma, que quiero descansar un poco; por culpa tuya traigo los pulmones deshechos, no hago más que escupir sangre.

Ca.— Toma resina egipcia con miel y te curarás [2].

Ac.— Y tú, demonio, bebe pez hirviendo y se te pasará el disgusto.

Ca.— No he visto a nadie más furibundo que tú.

Ac.— Y yo no he visto a nadie con más mala lengua que tú.

Ca.— ¿Porque te aconsejo un remedio que creo que te va a curar?

Ac.— Déjame de curaciones que van acompañadas de suplicios.

Ca.— Pero bueno, ¿es que hay en parte alguna un bien del que pueda disfrutarse sin mezcla de mal alguno o tal que no tengas que contar con alguna fatiga al querer disfrutarlo?

---

[2] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXIV 34-35.

Ac.— Yo no entiendo de esas cosas; no he aprendido nunca filosofía ni sé nada de eso; yo sólo sé que abrenuncio a un bien que no viene sino junto con un mal.

Ca.— Venga, Acantión, dame esa mano.

Ac.— Aquí, tenla.

Ca.— ¿Estás dispuesto a prestarme tus servicios?

Ac.— Por las obras puedes juzgarlo, que vengo reventado a fuerza de correr por causa tuya, para que pudieras saber en seguida tanto como yo.

Ca.— Dentro de unos meses te daré la libertad.

Ac.— Tú pretendes camelarme.

Ca.— Pero, hombre, ¿me iba yo a atrever a decirte una cosa que no fuera verdad?; si es que, además, antes de que haya abierto la boca, tú sabes ya si voy a mentir.

Ac.— Diablos, me aumentas el cansancio con tanto charlar, me matas.

Ca.— ¡Bonita manera de servirme!

Ac.— ¿Qué es lo que quieres que haga?

Ca.— ¿Tú?, lo que yo quiero.

Ac.— ¿Y qué es lo que quieres?

Ca.— Yo te lo diré.

Ac.— Venga

Ca.— Pero despacito, ¿eh?

Ac.— ¿Es que tienes quizá miedo de despertar al público de su sueño?

Ca.— ¡Ay de ti!

Ac.— Te traigo del puerto…

Ca.— ¿El qué? Dime.

Ac.— … atropellos, temores, tormentos, inquietudes, camorra, inopia.

Ca.— ¡Estoy perdido! ¡No es nada el tesoro de males que me traes! Muerto soy.

Ac.— Muerto no, sino…

Ca.— Ya sé lo que vas a decir: un desgraciado.

Ac.— Entonces, lo he dicho sin decirlo.

Ca.— ¿Pero de qué desgracia se trata?

Ac.— No preguntes, es una desgracia espantosa.

Ca.— Por favor, sácame ya de dudas, llevo ya qué sé yo el tiempo con el alma en vilo.

Ac.— Vamos por partes: antes de que me des de palos, tengo muchas cosas que preguntarte.

Ca.— Pues es que te los voy a dar de verdad si no hablas de una vez o te largas de aquí.

Ac.— *(Irónico.)* Mira, mira qué zalamero; cuando se pone a ello no hay otro más suave.

Ca.— Acantión, yo te ruego y te suplico que me digas inmediatamente qué es lo que pasa, ya que veo que tengo que andar con súplicas nada menos que con mi esclavo.

Ac.— ¿Es que te parezco indigno de que lo hagas?

Ca.— No, sino digno.

Ac.— Eso creía yo.

Ca.— Vamos a ver: por favor ¿se trata de algún contratiempo con el barco?

Ac.— Al barco no le pasa nada, no te preocupes.

Ca.— ¿Y los aparejos?

Ac.— Todo en perfecto estado.

Ca.— ¿Por qué no acabas ya de soltar cuál es el motivo por el que venías buscándome aprisa y a la carrera por la ciudad?

Ac.— Es que no me dejas hablar.

Ca.— Ya me callo.

Ac.— Venga. No digo cómo me apremiarías si fuera una buena noticia la que te trajera, a juzgar por la forma como me exiges que hable ahora, cuando es una mala la que tienes que oír.

Ca.— ¡Maldición, acaba ya de declararme la desgracia esa que dices!

AC.— Así lo haré, pues que me lo ruegas: tu padre…

CA.— Mi padre ¿qué?

AC.— … ha visto…

CA.— ¿Qué ha visto?

AC.— … a tu amiga.

CA.— ¿Que ha visto a mi amiga? ¡Ay, desgraciado de mí! Contéstame a lo que te pregunto.

AC.— Venga, pregunta lo que quieras.

CA.— ¿Cómo ha podido verla?

AC.— Con los ojos.

CA.— Pero ¿de qué manera?

AC.— Abiertos.

CA.— Vete al cuerno. Estás de bromas en un asunto en el que me va la vida.

AC.— Pero, demonio, ¿por qué voy yo a estar de bromas porque te conteste a lo que me preguntas?

CA.— ¿Estás seguro de que la ha visto?

AC.— Tan seguro como que yo te veo a ti o tú a mí.

CA.— ¿Y dónde la ha visto?

AC.— Dentro, en el barco, allí a su lado estaba hablando con ella.

CA.— Padre, me has dado muerte. Y tú, y tú, ¿por qué no tomaste las medidas necesarias para que no la viera, bribón? Malvado, ¿por qué no la escondiste, para que no le echara mi padre la vista encima?

AC.— A ver, porque estábamos ocupados con nuestras faenas: estábamos plegando y ordenando los aparejos; mientras tanto, viene tu padre en una barquichuela y se presenta en el barco, sin que nadie le hubiera visto hasta ese momento.

CA.— ¡Oh mar, en vano escapé a tus furores! Yo pensaba que estaba en tierra firme y en puerto seguro, pero bien veo que las crueles olas me arrastran a los escollos. Venga, di qué es lo que ha pasado después.

Ac.— Cuando vio a la muchacha, le empezó a preguntar que de quién era.

Ca.— ¿Y qué dijo ella?

Ac.— Entonces yo salgo al paso y, adelantándome a contestar, digo que la has comprado para regalársela de esclava a tu madre.

Ca.— ¿Y tuviste tú la impresión de que te lo creía?

Ac.— ¡Qué pregunta! Pero el muy sinvergüenza se puso a abrazarla.

Ca.— Por favor ¿a abrazarla a ella?

Ac.— Pues no, que iba a ser a mí.

Ca.— ¡Ay, qué desgracia la mía, el corazón se me deshace gota a gota como la sal en el agua! ¡Muerto soy!

Ac.— ¡Hale, ahora sí que has dicho una verdad como una casa! ¡Qué tontería!

Ca.— ¿Qué hago ahora? Yo creo que mi padre no me va a creer si le digo que la he comprado para mi madre. Y, además, a mí me parece una cosa mal hecha el decirle a mi padre una mentira. Ni él me lo creería ni es una cosa probable que yo haya comprado una mujer tan guapa para que sea esclava de mi madre.

Ac.— Calla, imbécil; te lo creerá, qué caramba, porque me lo ha creído ya a mí.

Ca.— Pobre de mí, mucho me temo que mi padre sospeche toda la verdad. Contéstame a lo que te pregunto, por favor.

Ac.— Venga, qué me preguntas.

Ca.— ¿Daba mi padre la impresión de sospechar que ella fuera mi amiga?

Ac.— No daba la impresión, sino que realmente me creía todo lo que yo le decía.

Ca.— Pero eso según lo que a ti te parece, ¿no?

Ac.— No, sino que se lo creía.

Ca.— ¡Ay, desgraciado de mí, estoy perdido! Pero ¿a qué

consumirme aquí a fuerza de lamentos en lugar de ir al barco? Ven conmigo, Acantión.

AC.— Si te vas por ahí, te vas derechito a toparte con tu padre; entonces te va a ver que estás ahí todo encogido, descompuesto; en seguida te parará y te preguntará que a quién se la has comprado, que cuánto te ha costado; como te vea apocado, aprevechará para sonsacarte.

CA.— Me iré mejor por aquí; ¿tú crees que mi padre se ha ido ya del puerto?

AC.— Pues por eso precisamente me adelanté a venir aquí aprisa y a la carrera, para que no te cogiera de improvisto y te sonsacara.

CA.— ¡Estupendo! *(Se van.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

DEMIFÓN

DE.— Los dioses se burlan de los hombres de una forma muy extraña y les hacen soñar cosas realmente peregrinas; como yo esta noche, que me la he pasado toda soñando e intranquilo. Me parecía que compraba una cabra muy hermosa; para que no le hiciera nada la cabra que ya tenía yo en mi casa ni se fueran a pelear al estar las dos juntas, después de comprarla soñé que se la entragaba a un mono para que la guardara. Al poco viene el mono a buscarme y me llena de maldiciones y de improperios: me dice que por culpa de la cabra y de su venida no eran pocos los daños y perjuicios que le habían caído encima; que la cabra que yo le había dado en custodia se

había tragado del todo la dote de su mujer. A mí, la verdad, me resultó un poco raro eso de que la cabra, ellas sola, hubiera consumido la dote de su mujer. Pero el mono insiste en que sí, y al fin va y me dice que si no me doy prisa en llevármela de su casa, me la traerá a la mía con mi mujer, y entonces soñé que yo por mi parte no miraba a la cabra con malos ojos, pero que no tenía a quién encomendársela, por lo cual estaba en un gran apuro sin saber qué hacer. Entretanto va y se me presenta un chivo, y se pone a decirme qué se había llevado la cabra de casa del mono y empieza a reírse de mí; entonces me entra mucha pena y no podía conformarme con que se la hubieran llevado. No acabo de saber qué es lo que puede querer decir este sueño; como no sea que, según sospecho, haya averiguado ya quién puede ser la cabra esa o qué es lo que significa: esta mañana, al ser de día, salgo de aquí en dirección al puerto. Después que terminé allí con los asuntos que llevaba, voy y veo el barco en el que ha vuelto ayer mi hijo de Rodas; sin saber por qué, me entran ganas de visitarlo. Me subo a una barca y allí que me marcho, donde veo a una mujer de una belleza extraordinaria, que, según he oído, ha traído mi hijo como esclava para su madre. Nada más verla, mi enamoro de ella, pero no así como lo hacen los hombres normales, sino como lo hacen los que han perdido la cabeza. Naturalmente que me he enamorado yo en mi juventud, pero jamás con esta locura de ahora; en fin, lo único que sé es que estoy perdido; *(al público)* o sea que vosotros mismos podéis juzgar lo poco que valgo. Desde luego, una cosa es segura: ésta es la cabra aquella del sueño; sólo que el mono y el chivo anuncian desgracia y no puedo saber de quiénes se trata. Pero me callo, que veo salir a mi vecino.

ESCENA SEGUNDA

LISÍMACO, DEMIFÓN, UN ESCLAVO

LI.— *(Hablando a los de dentro de la casa.)* Ese macho cabrío que os da ahí tanto que hacer en la finca, no hay más que castrarle.

DE.— *(Aparte.)* Ese augurio y ese presagio no me hacen pero que ni pizca de gracia; a ver si me va a castrar mi mujer como si fuera yo el macho cabrío y resulta ser ella el mono del sueño.

LI.— *(A un esclavo.)* Tú te vas a la finca y le entregas en mano estos rastrillos a Pisto, el guarda. A mi mujer le dices que yo tengo que hacer aquí en la ciudad, que no me espere; dile que tengo que actuar hoy en tres procesos. Anda, y que no te olvides de mi encargo.

ES.— ¿Algo más?

LI.— Eso es todo. *(El esclavo se va.)*

DE.— Muy buenos días, Lisímaco.

LI.— Eh, Demifón, buenos días, ¿qué tal, qué te cuentas?

DE.— Desgracias sobre desgracias.

LI.— ¡No lo permitan los dioses!

DE.— Pues ellos son precisamente los responsables.

LI.— ¿De qué se trata?

DE.— Te daría cuenta de ello si viera que me quieres escuchar o tienes tiempo para ello.

LI.— Aunque tengo que hacer, si se te ofrece algo, Demifón, yo, para atender a un amigo, tengo siempre tiempo.

DE.— Bien sé yo por experiencia lo amable que eres, no tienes que advertírmelo. A ver, Lisímaco, ¿qué edad me echas?

LI.— Una edad como para tener ya un pie en la sepultura, un viejo gastado, decrépito.

DE.— Te equivocas, Lisímaco, soy un muchacho de siete años.

LI.— Pero ¿estás en tu juicio, decir que eres un chico?

DE.— Es la pura verdad.

LI.— Ahora comprendo lo que quieres decir: cuando se pone uno viejo y se pierde el sentido y la razón, dicen que se vuelve uno como un niño.

DE.— Al contrario, estoy el doble de bien que antes.

LI.— Hombre, muy bien, lo celebro.

DE.— Lo que es más, si supieras, con los ojos, veo ahora mucho más que antes.

LI.— Estupendo.

DE.— Sólo que para mi perdición.

LI.— Eso ya no me parece tan estupendo.

DE.— Pero... ¿me puedo atrever a hablarte en confianza?

LI.— Con toda tranquilidad.

DE.— Atiende, pues.

LI.— Soy todo oídos.

DE.— He empezado hoy a ir a la escuela, Lisímaco; ya me sé tres letras.

LI.— ¿Cómo tres letras?

DE.— Sí, a-m-o.

LI.— ¿Con esas canas enamorado, viejo verde?

DE.— Pelicano o pelirrojo o pelinegro, estoy enamorado.

LI.— Yo creo que tú te estás burlando de mí, Demifón.

DE.— Córtame aquí mismo el cuello si digo mentira; o si quieres, para que sepas que estoy enamorado, coge un cuchillo, córtame un dedo o una oreja, o la nariz o el labio: si me muevo o si es que noto que se me da un corte, Lisímaco, te permito... que me hagas el amor hasta matarme.

LI.— *(Al público.)* Si es que no habéis visto nunca a un amante en pintura, aquí lo tenéis, que, a mi modo de ver, un vejete decrépito no vale más que una figura pintada en la pared.

DE.— Seguro que esás pensando en echarme una reprimenda.

LI.— ¿Yo a ti?

DE.— No hay motivo para que te enfades conmigo: pues sí que no han hecho exactamente lo mismo otros personajes de categoría. Humano es el enamorarse, humano también el tener indulgencia; *** son los dioses quienes me impulsan a ello. No me reprendas, por favor, no lo hago por impulso de mi propia voluntad.

LI.— No, no, si yo no te reprendo.

DE.— Pero no te formes un mal concepto de mí por esto.

LI.— ¿Yo de ti? No lo permitan los dioses.

DE.— Mira, por favor, que no lo hagas; te lo suplico.

LI.— Bien mirado está.

DE.— ¿De verdad?

LI.— Tú, vas a acabar conmigo..., este hombre está pero que loco de amor. ¿Algo más?

DE.— Hasta luego.

LI.— Voy deprisa al puerto, que tengo que hacer allí.

DE.— Hala, adiós.

LI.— Lo mismo digo. Pues anda, yo sí que tengo que hacer en el puerto. Allá me voy. Pero mira qué bien, ahí viene mi hijo. Voy a esperarle; tengo que verle, tengo que persuadirle de la manera que sea de que la venda y no se la dé a su madre, porque, según he oído, la ha traído para regalársela; sólo que tengo que andar con precaución para que no caiga en la cuenta de que siento inclinación por ella.

ESCENA TERCERA

CARINO, DEMIFÓN

CA.— Yo creo que no hay en el mundo persona más desgraciada que yo ni nadie a quien le sobrevengan sin fin más contrariedades. Cualquier cosa que emprendo, sea lo que sea, nunca logro alcanzar la consecución de mis deseos; siempre me sale al paso un nuevo contratiempo que impide la realización de mis propósitos. ¡Pobre de mí, fui y me agencié una amiga según mi gusto y la adquirí a buen precio, creyendo que la podía poseer a espaldas de mi padre; pero se ha enterado y la ha visto y ha hecho mi perdición; ni sé siquiera lo que decirle cuando me pregunte: tan fluctuantes y contradictorias son las ideas que a cientos anidan en mi pecho. No sé qué determinación tomar, tan grande es la incertidumbre y la preocupación que hacen presa de mí; unas veces me parece acertada la idea de mi esclavo, otras la despruebo y no me parece posible hacerle creer a mi padre que la he comprado para esclava de mi madre. Pero si le digo las cosas como son y le confieso que es para mí para quien la he comprado, ¿qué va a pensar de mí? Y además me la quitará y se la llevará para venderla al otro lado del mar; bien sé por experiencia propia lo duro que puede ser. ¿Y esto se llama amar? Arar preferiría, mejor que amar de esta manera. Primero me mandó fuera de casa en contra de mi voluntad, me hizo marcharme a negociar: allí encontré esta nueva desgracia. ¿Qué dulzura puede haber allí donde el placer queda sofocado por el dolor? En vano la oculté, la escondí, la tenía encubierta: mi padre es como las moscas, no hay medio de tener nada a escondidas suyas, no hay nada ni tan sagrado ni tan profano que no haya él de estar en medio; no abriga mi pecho esperanza cierta alguna de ver tomar un sesgo favorable a mi situación.

DE.— *(Aparte.)* ¿Por qué estará mi hijo ahí hablando a solas? Parece estar preocupado por lo que sea.

CA.— ¡Huy, ese que veo ahí es mi padre! Voy a acercarme a hablarle. ¿Qué hay de nuevo, padre?

DE.— ¿De dónde vienes, por qué estás tan inquieto, hijo mío?

CA.— Nada, nada, padre.

DE.— Ojalá que así sea, pero ¿qué es lo que te pasa que estás tan descolorido? ¿No te encuentras bien?

CA.— Estoy así como destemplado, padre; además, es que no he podido descansar esta noche bien a mi gusto.

DE.— Eso es que, después de la larga travesía, ahora tus ojos extrañan la tierra.

CA.— Yo creo más bien que…

DE.— Seguro que es eso; pero ya se te pasará. Pero ¡caramba que no estás descolorido!, harías mejor en entrar en casa y echarte.

CA.— No tengo tiempo; quiero ocuparme antes de los encargos que traigo.

DE.— Hazlo mañana, o si no, pasado.

CA.— Yo, padre, te he oído decir muchas veces que una persona sensata debe ocuparse ante todo de los asuntos que se le han encomendado.

DE.— Bueno, hale; no quiero llevarte la contraria.

CA.— Estoy salvado si es que esas palabras merecen una confianza firme y duradera. *(Se aleja.)*

DE.— *(Aparte.)* ¿Por qué será que se retira ahí a reflexionar a solas? No creo que pueda haberse enterado de que estoy enamorado de la joven; a mi entender, no he cometido yo ninguna de las imprudencias típicas de los enamorados.

CA.— *(Aparte.)* Hasta ahora no hay peligro ninguno, porque está bien claro que no sabe nada de mi amiga; si lo supiera, hablaría de otra manera.

DE.— *(Aparte.)* ¿Por qué no le hablo de ella?

CA.— *(Aparte.)* ¿Por qué no me marcho? *(En voz alta.)* Me voy, que quiero resolverles a mis amigos sus encargos como un buen amigo.

DE.— No, espera; quiero preguntarte antes unas cosillas.

CA.— Habla lo que quieras.

DE.— ¿Te ha ido bien todo el tiempo?

CA.— Mientras estuve allí, sí; pero desde que llegué aquí al puerto, siento una especie de malestar.

DE.— Eso es seguro por el mareo, en seguida se te pasará. A propósito, ¿has traído tú de Rodas una esclava para tu madre?

CA.— Sí.

DE.— Y qué, ¿qué te parece la joven?

CA.— No está mal, desde luego.

DE.— ¿Y qué clase de persona es?

CA.— A mi parecer, no he visto jamás otra mejor.

DE.— La misma impresión he tenido yo al verla.

CA.— ¿Que la has visto tú, padre?

DE.— La he visto. Pero no es apropiada para nuestro servicio, ni entra en mis cálculos para esos fines.

CA.— ¿Por qué?

DE.— Porque… porque su aspecto no dice con lo que nos hace falta en casa. Nosotros lo que necesitamos es una esclava que sepa tejer, moler, hacer leña, que hile su ración, barra la casa, reciba sus palos, que tenga a diario la comida a punto para toda la familia; esa mujer no podrá hacer nada de todo esto.

CA.— Tienes razón; precisamente por eso la he comprado para regalársela a madre.

DE.— No se la regales ni le digas que la has traído.

CA.— *(Aparte.)* ¡Gracias sean dadas a los dioses!

DE.— *(Aparte.)* Poco a poco le voy haciendo vacilar. *(En voz alta.)* Pero lo que se me olvidaba decirte: ni estará bien que ella vaya acompañando a tu madre ni yo lo permitiré.

CA.— Pero, ¿por qué?

De.— Porque sería una vergüenza si, con lo guapa que es, fuera acompañando a una madre de familia; al ir por la calle, se la quedarían mirando, llamaría la atención de todos, le harían señas, guiños, silbiditos, pellizcos, empezarían a llamarla, a ponerse cargantes; vendrían a darle una serenata a la puerta, a pintarrajearme las puertas de mi casa con versitos; y además, con lo maldiciente que se es hoy en día, se nos echaría en cara a mí y a tu madre que tenemos una casa de trata. ¿Qué necesidad tenemos de todo esto?

Ca.— Realmente, padre, tienes razón y estoy de acuerdo contigo. Pero ¿qué hacemos entonces con ella?

De.— ¡Bien! Yo le compraré a tu madre una esclava que sea así, hombruna, buena, pero no guapa, tal como es propio de una madre de familia: una siria o una egipcia, por ejemplo; ella molerá, guisará, hilará su tarea, se la podrá moler a palos y no será motivo de escándalo para nuestra puerta.

Ca.— ¿Y si se la devolvemos a quien se la compré?

De.— Eso de ninguna manera.

Ca.— El vendedor me dijo que se la devolviera si es que no gustaba.

De.— No hay necesidad de ello. Yo no tengo ganas de andar con ninguna clase de reyertas ni que se le tengan que poner peros a tu buena fe; te juro que prefiero en todo caso perder dinero que no, por causa de una mujer, dar motivo a la vergüenza y el escándalo. Yo pienso, además, que te la puedo vender a buen precio.

Ca.— Caray, padre, con tal de que no la vendas por menos que la compré.

De.— Calla, hay un viejo que me ha encargado que le comprara una así, parecida a ésta.

Ca.— Pero es que a mí me ha dado un joven el encargo de comprarle también una así como ésta.

De.— Yo pienso que la puedo vender por veinte minas.

Ca.— Pero yo, si las pido, creo que me dan veintisiete.

DE.— Pero yo…

CA.— No, yo digo…

DE.— Tú, que no sabes lo que voy a decir, calla un momento; yo puedo añadir todavía tres minas, para que hagan treinta.

CA.— Pero ¿a quién te vuelves a mirar?

DE.— Al comprador.

CA.— Pero ¿dónde diablos está?

DE.— Ahí le estoy viendo; me dice que añada todavía cin-
434-435 co minas.

CA.— Los dioses le confunden, quienquiera que sea.

DE.— Ahora me hace señas de que añada seis minas más.

CA.— Y a mí de que añada siete.

DE.— Ya verás cómo no me vence.

CA.— Y siete minas enteras y veras, padre.

DE.— Es inútil, soy yo quien me quedaré con ella.

CA.— Pero si el otro ha sido el primero en hacer la oferta.

DE.— Me trae sin cuidado.

CA.— Ahora ofrece cincuenta.

DE.— Ni por cien se le dará. ¿Vas a acabar ya de una vez de hacer ofertas y contrariar mis deseos? Te aseguro que vas a sacar una buena ganancia, según es el viejo para el que la compran: está locamente enamorado de ella, te dará lo que pidas.

CA.— Y yo te juro que el joven para quien la compro yo está perdidamente enamorado de ella.

DE.— Mucho más el viejo, si tú supieras.

CA.— Padre, te juro que nunca jamás estuvo ni estará el viejo ese más loco de amor que el joven a quien yo quiero hacer este servicio.

DE.— Tú tranquilo, te digo; ya solucionaré yo la cosa de la mejor manera.

CA.— Una cosa, padre.

DE.— ¿Qué es lo que quieres?

CA.— Yo la he comprado sin garantía.

DE.— Pero el comprador se quedará con ella también así; no te preocupes.

CA.— Tú no puedes venderla legítimamente.

DE.— Ya encontraré yo una salida.

CA.— Y además, es que no es sólo mía; ¿cómo puedo yo saber los deseos del otro de si quiere que sea vendida o no?

DE.— Yo sé que quiere.

CA.— Pero yo creo que hay una persona que no quiere que sea vendida.

DE.— Y eso ¿qué me interesa a mí?

CA.— Es justo que pueda disponer de lo que es suyo.

DE.— A ver, dime.

CA.— Nos pertenece a los dos, a él y a mí; y el otro no está ahora aquí.

DE.— Me contestas antes de que te haya preguntado nada.

CA.— Y tú compras antes de que yo venda, padre. Yo no sé si el otro quiere deshacerse de ella.

DE.— ¿Y cómo es eso? ¿Conque el otro va a consentir en la venta si es para el que te dio a ti el encargo, y si la compro yo para el que me ha dado el encargo a mí, entonces no va a querer? No consigues nada. Te juro que no la tendrá nadie más que aquel para quien yo la tengo destinada.

CA.— ¿Es cosa decidida?

DE.— ¿Que si es cosa decidida? Ahora mismo voy al barco, allí se la venderá.

CA.— ¿Quieres que vaya contigo?

DE.— No.

CA.— Eres muy poco amable.

DE.— Es mejor que te ocupes primero de los asuntos que tienes encomendados.

CA.— Tú eres el que me lo está impidiendo.

DE.— Pues échame a mí la culpa, di que tú has hecho lo que estaba en tu mano. En el puerto no te presentes, ya te lo aviso.

CA.— Se obedecerá.

DE.— *(Aparte.)* Me voy al puerto. Hay que andar con cuidado de que no se entere de nada: no la compraré yo, sino que le encargaré a mi amigo Lisímaco que la compre. Él me había dicho ya antes que se iba al puerto. Yo mismo me estoy demorando al estar aquí plantado.

CA.— Estoy perdido, muerto soy.

ESCENA CUARTA

CARINO, EUTICO

CA.— Se cuenta que Penteo fue despedazado por las Bacantes: niñerías en comparación de los tormentos que me desgarran. ¿A qué seguir viviendo?, ¿no me sería preferible la muerte?, ¿qué sentido tiene para mí la vida? Cosa hecha, me voy al médico y allí me daré la muerte con un veneno, una vez que se me arrebata aquello que es para mí el único motivo de vivir.

EU.— ¡Espera, espera, Carino, por favor!

CA.— ¿Quién me llama?

EU.— Eutico, tu amigo, tu camarada, tu vecino.

CA.— No sabes la magnitud de las desgracias que soporto.

EU.— Lo sé; lo he oído todo desde la puerta, lo sé todo.

CA.— ¿Qué es lo que sabes?

EU.— Tu padre quiere vender…

CA.— Estás bien enterado.

EU.— …a tu amiga…

CA.— Sabes más de lo necesario.

EU.— …en contra de tu voluntad.

CA.— Estás al tanto de todo. Pero ¿cómo sabes que ella es mi amiga?

EU.— Tú mismo me lo has contado ayer.

CA.— ¿Pues no me había olvidado de que te lo dije?

EU.— No tiene nada de particular.

CA.— Ahora quiero pedirte un consejo; contéstame: ¿con qué clase de muerte crees que es mejor que perezca?

EU.— ¿No te callarás? ¡No digas una cosa así!

CA.— ¿Pues qué quieres entonces que diga?

EU.— ¿Quieres que le juegue una buena jugada a tu padre?

CA.— Eso por descontado.

EU.— ¿Quieres que vaya al puerto?

CA.— ¿Por qué no mejor que vueles?

EU.— ¿Y le birle la muchacha por dinero?

CA.— ¿Por qué no a precio de oro?

EU.— ¿De dónde lo voy a sacar?

CA.— Yo le pediré a Aquiles que me dé el oro que recibió como rescate por el cadáver de Héctor.

EU.— ¿Estás en tu juicio?

CA.— Demonio, si estuviera en mi juicio, no te buscaría como médico.

EU.— ¿Quieres que la compre por lo que pidan?

CA.— Y hasta por doscientas dracmas más de lo que pidan.

EU.— Estáte tranquilo entonces. Pero ¿qué te parece?, ¿de dónde vas a sacar el dinero para entregarlo cuando lo pida tu padre?

CA.— Ya se encontrará, se buscará, ocurrirá lo que sea; me matas.

EU.— Eso de «ocurrirá lo que sea» me intranquiliza un poco.

CA.— ¿No te callarás?

EU.— Hazte cuenta de que das órdenes a una persona muda.

CA.— ¿Está todo claro?

EU.— ¿No tienes otra cosa en qué ocuparte?

CA.— No puedo.

EU.— Ea, a pasarlo bien.

CA.— Eso, imposible antes de verte de vuelta.

EU.— Más vale que tengas cabeza.

CA.— Adiós, sal vencedor y sálvame.

EU.— Yo así lo haré; espérame en casa.

CA.— Procura volver pronto con el botín.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

LISÍMACO, PASICOMPSA

LI.— He ayudado a mi amigo como un amigo; ésta es la pieza que me encargó el vecino que le comprara. Mía eres, joven: sígueme, pues. No llores, haces una tontería muy grande, estropearte esos ojos. Además, es que tienes más motivos de reír que no de lamentarte.

PA.— Yo te ruego, buen viejo, dime…

LI.— Pregunta lo que quieras.

PA.— …por qué me has comprado.

LI.— ¿Que por qué te he comprado? Para que hagas lo que se te mande y además para, si tú me mandas algo, hacerlo yo.

PA.— Yo, por mi parte, haré lo que pueda y sepa que son tus deseos.

LI.— No te mandaré hacer ningún trabajo duro.

PA.— Menos mal, buen viejo, porque es que yo no he aprendido a llevar cargas ni a cuidar ganado en el campo ni a hacer de nodriza.

LI.— Si es que estás dispuesta a portarte bien, serás también bien tratada.

PA.— Entonces, pobre de mí, estoy perdida.

LI.— ¿Por qué?

PA.— Porque en la tierra de donde vengo les va bien a las que son malas.

LI.— Quieres decir entonces que no hay mujer que sea buena.

PA.— No lo digo, ni es mi costumbre ir pregonando lo que en mi opinión es sabido de todos.

LI.— *(Al público.)* Caray, eso que ha dicho vale más que el precio que se ha pagado por ella. Yo quiero hacerte sólo una pregunta.

PA.— Pregunta, que yo te contestaré.

LI.— A ver, dime, ¿cómo te llamas?

PA.— Pasicompsa.

LI.— Su belleza le ha valido ese nombre [3]. Pero dime, Pasicompsa, ¿sabrías tú, si viene al caso, tejer hilo fino?

PA.— Sí que sé.

LI.— Si es que sabes tejer hilos finos, entonces sé que puedes trabajar también otros más bastos, ¿eh?

PA.— En lo que toca a las labores de lana, me puedo medir con cualquiera de mi edad.

LI.— Caray, yo te tengo por una mujer de provecho y ya de la edad justa para saber hacer tus menesteres.

PA.— De buena escuela tengo lo que sé; no permitiré que se pongan peros a mi trabajo.

LI.— Toma, ésa es la cosa, qué diablos. Yo te voy a dar en propiedad particular esa oveja de ahí *(señala la casa de Demifón),* que tiene sesenta años.

PA.— ¡Ay, abuelo!, ¿tan vieja?

LI.— Es de raza griega; si la cuidas bien, es buenísima, la podrás esquilar de maravilla.

---

[3] «Hermosa entre todas» se le da como significado al nombre.

PA.— Por ser cosa tuya, te agradeceré lo que me des, sea lo que sea.

LI.— Ahora, joven, para evitar malentendidos, tú no me perteneces a mí, no vayas a creer.

PA.— Dime entonces, por favor, de quién soy.

LI.— Has vuelto a ser comprada para tu amo; yo no he hecho más que realizar la compra, según me lo ha pedido él.

PA.— Vuelvo a la vida, si es que me sigue siendo fiel.

LI.— Tú no te apures, él te dará la libertad. Te juro que se muere de amor por ti, y eso que te ha visto hoy por primera vez.

PA.— Pero si ya hace dos años que está conmigo; como veo que tú eres amigo suyo, te lo digo a las claras.

LI.— ¿Qué dices, que ya hace dos años que está contigo?

PA.— Y tanto. Y nos hicimos los dos un juramento, yo a él y él a mí: que ninguno de los dos, ni yo me besaría con ningún hombre más que con él, ni él se besaría con ninguna mujer más que conmigo para hacernos el amor.

LI.— ¡Dioses inmortales!, ¿ni siquiera con su mujer va a poder acostarse?

PA.— Pero, bueno, ¿es que está casado? Ni lo está ni lo estará jamás.

LI.— Ojalá que no. Diablos, éste ha jurado en falso.

PA.— No hay otro joven a quien ame más.

LI.— No es un joven, boba, es un chiquillo, porque no hace mucho que se le han caído los dientes.

PA.— ¿Qué, los dientes?

LI.— No, no, nada. Ven conmigo. Él me ha pedido que te diera alojamiento por un día en mi casa, ya que mi mujer está en el campo. *(Entran en casa de Lisímaco.)*

ESCENA SEGUNDA

DEMIFÓN

DE.— Al fin he conseguido una forma de echarme a perder a mi gusto: comprada está la amiga a espaldas de mi mujer y a espaldas de mi hijo. Cosa hecha, volveré a las andadas y no me privaré de nada. Poco es ya lo que me queda de vida: razón de más para dedicarme a pasármelo bien en los placeres, el vino y el amor. Es que el pasárselo bien a la edad que yo ya tengo es más que razonable. Mientras que eres joven, cuando están en tu pleno vigor, entonces es la hora de dedicar tus esfuerzos a agenciarte una fortuna: pero una vez que no eres ya más que un viejo, entonces, hale, a dedicarse a la vagancia, al amor, mientras que te sea posible. En esta edad, la vida la tienes que considerar como un puro regalo. Y ahora, nada, manos a la obra. Pero voy primero a dar una vuelta por casa; mi mujer me espera ya hace mucho rato, seguro que hambrienta; me va a matar a improperios si me ve. Qué diablos, al fin, sea lo que sea, no entro; voy primero a ver al vecino, antes de volver a casa. Es que quiero que me alquile una casa, para ponérsela a la chica esta. Pero mira, ahí sale.

ESCENA TERCERA

LISÍMACO, DEMIFÓN

LI.— *(Hablando a Pasicompsa en la casa.)* Ya te lo traeré si lo veo.

DE.— *(Aparte.)* Se refiere a mí.

Li.— ¿Ahora, qué, Demifón?

De.— ¿Está la muchacha en casa?

Li.— ¿Qué es lo que te parece oportuno?

De.— ¿Y si entro a verla?

Li.— ¿A qué tanta prisa? Espera.

De.— ¿Pues qué es lo que voy a hacer si no?

Li.— Reflexionar qué es lo se precisa hacer.

De.— ¿Cómo reflexionar? Yo creo que no puedo hacer otra cosa mejor que entrar en tu casa.

Li.— ¿Qué dices, animal, que quieres entrar?

De.— ¿Pues qué otra cosa voy a hacer?

Li.— Escucharme primero y prestarme atención. Hay otra cosa que en mi opinión debes hacer primero. Porque si entras ahora, vas a empezar a abrazarla, a charlotear con ella y a besuquearla.

De.— Desde luego, puedes leer mis pensamientos: sabes a la perfección qué es lo que estoy dispuesto a hacer.

Li.— Haces mal.

De.— ¿En besar a la mujer que amas?

Li.— Tanto peor. ¿Así en ayunas, con la boca maloliente, viejo chotuno, vas a besar a la muchacha?, ¿quieres hacerla vomitar nada más llegarte a ella? Bonito enamorado estás hecho, según esos preliminares con que me vienes.

De.— ¿Y si hago una cosa? Si te parece, echemos mano de algún cocinero que nos prepare un buen almuerzo aquí en tu casa hasta el atardecer.

Li.— Eso sí me parece de perlas. Ahora hablas como un hombre de razón y no como un enamorado.

De.— ¿A qué esperamos? ¿Por qué no vamos y hacemos la compra, que no nos privemos de nada?

Li.— Desde luego, voy contigo. Pero otra cosa, maldición: hazme el favor de buscarle alojamiento; te juro que después de hoy no estará ni un día más en mi casa. Es que tengo miedo a

mi mujer, si vuelve mañana del campo, no vaya a encontrársela aquí.

De.— Eso no es problema, ven conmigo. *(Se van.)*

ESCENA CUARTA

Carino, Eutico

Ca.— ¿No es una desgracia esto de no poder encontrar sosiego en parte alguna? Si estoy en casa, mis pensamientos están en la calle; si estoy en la calle, en casa que están mis pensamientos; tal es el fuego que el amor hace arder en mi pecho; si no fuera por las lágrimas que caen de mis ojos, tendría echando llamas la cabeza. No me queda sino la esperanza: el bien que poseía me ha abandonado y no sé si volveré a alcanzarlo. Si mi padre coge la delantera como dijo, adiós mi bien; si mi amigo ha cumplido sus promesas, estoy salvado. Pero, en fin de cuentas, aunque Eutico estuviera enfermo de la gota, ya hubiera podido estar aquí de vuelta del puerto; ése es el defecto más grande que tiene, que es demasiado lento para mi gusto. Pero ¿no es él ese que veo venir ahí corriendo? Sí, es él, voy a su encuentro. [¡Oh, tú, que eres la esperanza de los dioses y los hombres y la dueña de los destinos humanos, yo te doy gracias por haber hecho ciertas mis esperanzas! [4]] Ahora se para..., ay, estoy perdido. No me gusta nada la cara que trae; viene con mal semblante (me hierve el pecho, no puedo dar un paso). Está meneando la cabeza. ¡Eutico!

Eu.— ¡Eh, Carino!

---

[4] Invocación que va repetida más abajo (vv. 842-843), y considerada como una interpolación por la mayoría de los críticos a partir de Acidalius.

CA.— Antes de tomar aliento, dime una sola cosa: ¿dónde estoy, aquí o entre los muertos?

CA.— No estás ni entre los muertos ni aquí.

CA.— Salvo soy, entonces se me ha concedido la inmortalidad: ha comprado a mi amiga, y se ha reído de mi padre en sus propias barbas; desde luego, en cuanto a eficacia, no hay otro. Dime, por favor: si no estoy aquí ni en el Aqueronte [5], ¿dónde estoy entonces?

CA.— En ninguna parte.

CA.— Estoy perdido, esas palabras me matan.

EU.— Es una cosa muy antipática el andar con largos discursos cuando de lo que se trata es de actuar.

CA.— Eutico, sea lo que sea, vamos al grano.

EU.— Por primera providencia, estamos perdidos.

CA.— ¿Por qué no me dices primero una cosa que no sepa?

EU.— Te has quedado sin tu amiga.

CA.— Eutico, estás cometiendo un crimen capital.

EU.— ¿Por qué?

CA.— Porque das muerte a tu camarada y amigo, a un ciudadano libre.

EU.— No lo permitan los dioses.

CA.— Me has hundido un puñal en la garganta; estoy a punto de caerme al suelo.

EU.— Tú, por favor, no pierdas el ánimo.

CA.— No tengo ánimo que perder. Venga, sigue dándome malas noticias: ¿para quién ha sido comprada?

EU.— No lo sé; cuando yo llegué al puerto, ya la habían entregado y se la habían llevado.

CA.— ¡Ay de mí! Ya hace rato que llevas echándome enci-

---

[5] El Aqueronte, uno de los ríos de las regiones de ultratumba, es en Plauto la sede de los muertos (cf., por ejemplo, *Captivi* 689, 988; *Casina* 448), el reino de Orco, equivalente latino de Hades o Plutón.

ma montañas de males que me abrasan; venga, verdugo, continúa atormentándome, una vez que has empezado.

Eu.— No es mayor tu pena que lo ha sido la mía.

Ca.— Dime: ¿quién la ha comprado?

Eu.— Pues no lo sé.

Ca.— ¿A eso le llamas tú ayudar como un buen amigo?

Eu.— ¿Qué quieres que haga?

Ca.— Lo mismo que ves que hago yo: morirte. ¿Por qué no has preguntado cómo era el que la ha comprado, a ver si al menos así podía seguírsele el rastro a ella? ¡Ay, desgraciado de mí!

Eu.— Déjate de llorar de esa manera. A ver, ¿qué mal he cometido?

Ca.— Me has perdido a mí y la confianza que había depositado en ti.

Eu.— Los dioses me son testigos de que eso no es culpa mía.

Ca.— ¡Muy bien eso de poner por testigos a los dioses que no están presentes! ¿Cómo te voy a creer una cosa así?

Eu.— Tú eres libre de creer lo que quieras y yo de decir lo me parezca bien.

Ca.— Ahora tienes a punto una contestación adecuada, pero para cumplir un encargo eres cojo, ciego, mudo, manco, paralítico; decías que te ibas a reír en las mismas barbas de mi padre, yo creí que encomendaba el asunto a una persona que sabe lo que se trae entre manos, y resulta que se lo he encomendado a un adoquín de tamaño natural.

Eu.— ¿Qué es lo que debía haber hecho?

Ca.— ¿Que qué es lo que debías haber hecho? ¿Encima me lo preguntas? Debías de haber hecho pesquisas, preguntar quién o de dónde era el comprador, de qué familia, si era alguien de aquí o un forastero.

Eu.— Decían que era ateniense.

CA.— Por lo menos podías haberte informado de dónde vivía, si es que no podías averiguar su nombre.

EU.— Nadie lo sabía.

CA.— Pues entonces haberte informado de qué aspecto tenía.

EU.— Lo hice.

CA.— ¿Y cómo te dijeron que era?

EU.— Yo te lo diré: canoso, patizambo, barrigudo, mofletudo, rechoncho, los ojos tirando a negros, anchas las mandíbulas, los pies un sí es no es planos.

CA.— No me describes una persona, sino un cúmulo de males: ¿tienes todavía algún dato más de él?

EU.— Nada más, que yo sepa.

CA.— Pues sí que no es mala la rociada de males que me ha mandado el tipo ese de las mandíbulas. No lo puedo soportar, estoy decidido a marcharme al exilio. Pero no sé bien qué lugar elegir: Mégara, Eritrea, Corinto, Cálcide, Creta, Chipre, Sición, Zacinto, Lesbos o Beocia.

EU.— ¿Por qué quieres tomar una determinación así?

CA.— Porque me atormenta el amor.

EU.— Pero dime: una vez que te encuentres en el lugar al que te dispones a ir, figúrate que te enamoras y vuelve a salirte mal la cosa. Entonces ¿qué?, ¿vas a huir otra vez de allí y luego otra vez de donde sea si te vuelve a pasar lo mismo? ¿Cuándo vas a encontrar un fin a tu exilio, cuándo vas a dejar de huir? Dime ¿dónde vas a encontrar una patria, un domicilio duradero? ¿Es que piensas que al irte de esta ciudad vas a dejar aquí tu pasión? Si es que estás del todo convencido de que debes marcharte, si estás completamente decidido a ello, ¿cuánto mejor sería irte a donde sea al campo, quedarte allí, vivir allí hasta que te veas libre de la pasión y el amor por ella?

CA.— ¿Has acabado ya con tu sermón?

EU.— Sí.

CA.— Pues lo has soltado en vano. Mi decisión es inquebrantable. Ahora voy a casa para saludar a mis padres; después, sin que lo sepa mi padre, abandonaré la patria o tomaré la resolución que sea. *(Se va.)*

EU.— ¡Qué de repente ha cogido y se ha marchado! ¡Ay pobre de mí! Si de hecho se va, todos dirán que ha sido por culpa de mi incapacidad. Desde luego, voy a alquilar todos los pregoneros de la ciudad para que la busquen, para que la encuentren. Después iré al pretor y le pediré que me proporcione agentes que hagan pesquisas por todas las calles: esta es la única posibilidad que me queda. *(Se va.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DORIPA, SIRA

DO.— Como mi marido me mandó aviso al campo de que no iría él allí, he actuado yo por mi cuenta, me he venido, para perseguir a quien me huye. Pero no veo a nuestra vieja Sira, que venía conmigo. ¡Ah, sí!, ahí viene por fin. ¡Un poco más deprisa!

SI.— Si es que no puedo, con esta carga tan pesada encima.

DO.— ¿Qué carga?

SI.— Mis 84 años; échale encima la esclavitud, el sudor, la sed; éstas son las cargas que llevo todas juntas y que me agobian.

DO.— *(Acercándose al altar de Apolo, junto a la casa de Demifón.)* Dame algo para que haga una ofrenda aquí en el altar de nuestro vecino, mira, esa rama de laurel. Éntrate tú.

SI.— Sí, ama. *(Entra en casa de Lisímaco.)*

DO.— Apolo, yo te ruego, atiéndeme y ten misericordia de nosotros, concede bienestar y salud a nuestra familia, dígnate ser misericordioso con nuestro hijo.

SI.— *Saliendo de casa.)* ¡Perdida, muerta soy, pobre de mí, ay, desgraciada de mí!

DO.— Pero ¿estás en tu juicio, por favor? ¿A qué vienen esos ayes?

SI.— ¡Doripa, querida Doripa!

DO.— Por favor, ¿qué son esos gritos?

SI.— Hay una mujer en casa.

DO.— ¿Cómo, una mujer?

SI.— Sí, una golfa.

DO.— ¿De verdad, en serio?

SI.— Eres más lista que lista con no haberte quedado en el campo; incluso un necio podía barruntar que ésa es la amiga de tu lindísimo marido.

DO.— Te aseguro que me lo creo.

SI.— Ven conmigo, que veas tú también a tu Alcmena[6], la concubina de tu marido, querida Juno.

DO.— Claro que voy, y a toda prisa. *(Entran en casa.)*

ESCENA SEGUNDA

LISÍMACO

El dichoso Demifón este, por si fuera poco el estar enamorado, encima es un derrochador; incluso si hubiera invitado a cenar a diez potentados, aun así ha comprado de sobra. Y a los

[6] Esposa de Anfitrión, de cuya unión con Júpiter nació Hércules.

cocineros, ¡qué manera de dirigirlos! Parecía un patrón de remeros durante la navegación. Yo también he alquilado un cocinero. Me extraña que no haya venido como le dije; pero ¿quién sale de casa?, se abre la puerta.

ESCENA TERCERA

DORIPA, LISÍMACO

DO.— *(Sin ver a Lisímaco.)* No ha habido ni habrá jamás una mujer más desgraciada que yo, por haberme casado con un hombre así. ¡Ay, pobre de mí! Ahí tienes a qué clase de hombre te has confiado a ti misma y todo lo que posees, ahí tienes al hombre a quien le trajiste una dote de diez talentos [7] para tener que ver ahora una cosa así, para tener que sufrir tal escarnio.

LI.— *(Aparte.)* ¡Pardiez, muerto soy! Mi mujer está de vuelta del campo: tengo la impresión de que ha visto a la joven en casa. Pero no puedo entender desde aquí qué es lo que dice; me acercaré un poco más.

DO.— ¡Ay, desgraciada de mí!

LI.— De ti no, sino de mí.

DO.— ¡Estoy perdida!

LI.— Pardiez, yo soy el que estoy completamente perdido, pobre de mí; la ha visto: ¡maldito Demifón, los dioses todos te confundan!

DO.— ¡Claro, éste era el motivo por el que no quería ir mi marido al campo!

LI.— *(Aparte.)* ¿Qué otra cosa puedo hacer sino acercarme

[7] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

y hablarle? Se te saluda, querida esposa. ¿Conque la gente del campo por la ciudad?

Do.— Más vergüenza tienen que los que no quieren cuentas con el campo.

Li.— ¿Es que se porta mal la gente de la finca?

Do.— Desde luego, mejor que los de la ciudad, y mucho menos se la están buscando.

Li.— ¿En qué falta han caído los de la ciudad? Dímelo, que estoy deseando saberlo.

Do.— Lo sabes, pero me quieres poner a prueba. ¿De quién es la mujer que está ahí dentro?

Li.— Pero ¿la has visto?

Do.— La he visto.

Li.— ¿Que de quién es me preguntas?

Do.— De todas maneras terminaré por saberlo.

Li.— ¿Quieres que te diga de quién es? Es, es, caray, pobre de mí, no sé qué decir.

Do.— ¡No sabes por dónde salir!

Li.— ¡No me digas!

Do.— ¿Por qué no hablas?

Li.— Si es que se me permite…

Do.— Ya lo tenías que haber dicho.

Li.— Si es que no puedo, te me echas siempre encima como si fuera culpable.

Do.— Sí, desde luego, eres inocente.

Li.— Lo puedes afirmar con toda tranquilidad.

Do.— Venga, habla.

Li.— Ahora mismo.

Do.— Tendrás que decirlo.

Li.— Es… ¿quieres que te diga también su nombre?

Do.— No consigues nada, te tengo cogido en delito flagrante.

Li.— ¿En qué delito? Esa mujer es la…

Do.— ¿La qué?

Li.— La...

Do.— ***[8].

Li.— Si no fuera necesario, prefería no decirlo.

Do.— ¿No sabes quién es?

Li.— Sí, sí que lo sé; se me ha tomado de árbitro en un asunto suyo.

Do.— ¿De árbitro? Sí, ya entiendo, por eso la has tomado de consejera.

Li.— No, sino lo siguiente: me ha sido entregada en depósito.

Do.— Ya, ya.

Li.— Te juro que no es nada de lo que tú crees.

Do.— Mucha prisa te das a disculparte

Li.— *(Aparte.)* Vaya lío en que me he metido. Verdaderamente que no sé cómo salir de él.

ESCENA CUARTA

Un cocinero, Lisímaco, Doripa, Sira

Co.— *(A sus ayudantes.)* Hale, deprisa, que se trata de una cena para un viejo enamorado; aunque en realidad, si bien lo pienso, es más bien para nosotros mismos para quien vamos a preparar la cena, no para quien nos contrató, que el enamorado, si tiene consigo el objeto de su amor, se alimenta de mirar, abrazar, besar, charlar. De todos modos, yo espero que volveremos bien cargados a casa. Venid por aquí; ah, ahí está el viejo que nos contrató.

Li.— Ahora sí que estoy perdido: ¡el cocinero!

Co.— Aquí estamos.

---

[8] Texto corrupto.

LI.— ¡Lárgate!

CO.— ¿Qué, que me largue?

LI.— ¡Chist!, ¡largo!

CO.— ¿Que me largue?

LI.— ¡Lárgate!

CO.— ¿Es que no queréis cenar?

LI.— No, ya estamos satisfechos.

CO.— Pero…

LI.— Muerto soy.

DO.— *(Señalando la cena.)* Tú, ¿es esto también de parte de esos entre los que dices que has hecho de árbitro?

CO.— *(Refiriéndose a Doripa.)* ¿Es ésta la amiga de la que me dijiste que estabas enamorado antes cuando hacías la compra?

LI.— ¿No te callarás?

CO.— Es de clase fina la señora, pero un poco vieja.

LI.— ¿No te largas, maldito?

CO.— No, pues no está mal.

LI.— Pero tú lo estás.

CO.— Ja, seguro que es una compañera estupenda.

LI.— ¿Por qué no te largas? Yo no soy quien te ha contratado.

CO.— ¿Cómo que no? Tú en persona.

LI.— ¡Ay, pobre de mí!

CO.— Y tu mujer está en el campo, que dijiste antes que te era más repelente que una víbora.

LI.— ¿Que yo te he dicho eso?

CO.— A mí, sí, señor.

LI.— Júpiter me sea propicio, mujer mía, como es cierto que yo no he dicho jamás una cosa tal.

DO.— ¿Encima lo niegas? Bien claro queda ahora la saña que me tienes.

LI.— Sí que lo niego.

Co.— No, no es a ti a quien decía que no podía aguantar, sino a su esposa; su esposa decía que estaba en el campo.

Li.— *(Señalando a Doripa.)* Ésta es ella, ¿a qué me incomodas?

Co.— Porque afirmas que no me conoces; como no sea que es que le tengas miedo a ésa.

Li.— Y hago bien con ello, porque no tengo a ninguna otra.

Co.— ¿Quieres que te lleve a los tribunales?

Li.— No.

Co.— Venga mi salario.

Li.— Ven mañana a por él; se te dará. Pero ahora, lárgate.

Do.— ¡Ay, qué desgraciada soy!

Li.— Ahora sé por experiencia lo verdadero que es ese refrán de que por mala vecindad se pierde la heredad.

Co.— *(A sus compañeros.)* ¿A qué esperamos? Venga, vámonos. *(A Lisímaco.)* Si es que te ha sobrevenido algún contratiempo, la culpa no es mía.

Li.— Que no, dices, me has hecho polvo, desgraciado de mí.

Co.— Ya te estoy viendo las intenciones: lo que quieres es que me marche.

Li.— ¡Digo que sí quiero!

Co.— Todo se andará: dame una dracma.

Li.— Se te dará.

Co.— Entonces da orden de que se me dé, si eres tan amable; se me puede dar mientras que éstos dejan aquí las cosas de la compra.

Li.— ¿Por qué no te largas?, ¿quieres hacer el favor de dejarme ya en paz?

Co.— Hale, dejad la compra ahí delante del abuelo; los cestos mandaré a recogerlos después, o, si no, mañana. ¡Vamos! *(Se marchan.)*

Li.— Seguro que estás extrañada del cocinero, de que haya venido y traído todo esto; yo te explicaré de qué se trata.

Do.— No me extraño ni de tus gastos ruinosos ni de tus desvergüenzas. Pero te juro que no soportaré estar tan mal casada ni que se me meta en mi casa a una cortesana delante de mi vista. Sira, ve y ruégale a mi padre de parte mía que venga en seguida contigo.

Si.— Voy.

Li.— No sabes de qué es de lo que se trata, mujer, por favor; te juro más que jurado que yo con esa mujer nunca... ¿Se ha ido Sira? ¡Muerto soy! *(Se va Doripa.)* Ahora se ha ido mi mujer, ¡ay, desgraciado de mí! Maldito vecino: los dioses y las diosas todas te confundan con tu amiga y tus amoríos. Ha hecho recaer sobre mí las peores sospechas; me ha creado enemigos dentro de mi propia casa; y no hay otro más encarnizado que mi propia mujer. Voy al foro y le diré a Demifón que, si no se lleva a la chica esta de casa a donde le dé la gana, la cogeré por los cabellos y la pondré en la calle. *(Hablando hacia dentro de su casa.)* ¡Eh, querida!, aunque estés enfadada conmigo, harías mejor en dar orden de que metan todo esto en casa; de paso tendremos así ocasión de cenar luego un poco más a lo grande. *(Se va.)*

ESCENA QUINTA

Sira, Eutico

Si.— Mi ama me había mandado a casa de su padre... Resulta que no está: me han dicho que se ha marchado al campo. Voy a dar el recado a casa.

Eu.— Agotado vengo de ir a la caza por toda la ciudad: no encuentro rastro alguno de la muchacha... Mi madre ha vuelto del campo, porque veo a Sira delante de la casa. ¡Sira!

Si.— ¿Quién me llama?

Eu.— Tu amo y tu niño.

SI.— Hola, mi niño.

EU.— Dime: ¿ha vuelto ya mi madre del campo?

SI.— Sí, para bien de toda la casa.

EU.— ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

SI.— La bellísima persona que es tu padre ha metido en la casa a una amiga.

EU.— ¿Cómo?

SI.— Al volver tu madre del campo la ha encontrado ahí dentro.

EU.— Caramba, no tenía yo a mi padre por un hombre capaz de tales asuntos. ¿Está la joven todavía ahí dentro?

SI.— Sí.

EU.— Ven conmigo. *(Entra en casa.)*

ESCENA SEXTA

SIRA

¡Ay, qué condición más dura la de ser mujeres, pobres de nosotras, y cuánto más injusta que la de los hombres! Si el marido se echa una amiga a espaldas de su mujer, si es que ella se entera, el marido no tiene responsabilidad ninguna; pero si es que la mujer sale a la calle a espaldas de su marido, sólo por eso tiene ya un motivo para repudiarla. Ojalá que fueran las leyes las mismas para la una que para el otro, porque la mujer, si es buena, se contenta con un solo hombre; ¿por qué no debería también el marido estar contento con una sola mujer? Yo os aseguro que, si se castigara a los hombres cuando se echan una amiga a escondidas de su mujer de la misma manera que se repudia a las mujeres que han caído en un desliz, habría muchos más maridos sin mujer que mujeres sin marido.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

CARINO

CA.— *(Solo, volviéndose a la puerta, de donde acaba de salir.)* Dintel y umbral de mi casa paterna, yo os saludo y al mismo tiempo os digo adiós; hoy salgo por última vez de mis lares: terminado he, despojado he sido del uso, del disfrute de esta morada, que me ofrecía albergue, manutención y vestido. ¡Muerto soy! Dioses penates paternos, venerable lar familiar, a vosotros os encomiendo la guarda de los bienes de mis padres. Yo marcho en busca de otros dioses penates, otro lar, otra ciudad, otra patria; no quiero saber más del Ática, que en un lugar en el que ves crecer por días las malas costumbres, donde no puedes distinguir los amigos fieles de los traidores, donde se te arrebata lo que constituye para ti el colmo de tus deseos e ilusiones, ahí, en un lugar tal, no desearía yo ser acogido como ciudadano, así fuera un reino entero lo que se me ofreciera. *(Se va.)*

ESCENA SEGUNDA

EUTICO, CARINO

EU.— *(Saliendo de su casa.)* Tú que eres la esperanza de dioses y hombres, soberana nuestra, yo te doy gracias por haber hecho verdad los anhelos de mi corazón. No hay dios que goce de una alegría tan grande como la que yo siento; en casa

estaba lo que buscaba, seis bienes he encontrado de compañeros: la vida, la amistad, la patria, la alegría, los pasatiempos y el buen humor, y al encontrarlos a ellos he acabado con todos los siguientes males: enfado, enemistad, tristezas, lágrimas, destierro, necesidades, soledad, locura, ruina, obstinación; ¡oh, dioses!, yo os suplico que me hagáis encontrar a mi amigo sin tardar.

Ca.— *(Vestido en hábito de viaje, dirigiéndose al público sin ver a Eutico.)* Aquí veis mi atuendo; renuncio a toda clase de lujos; yo mismo soy mi compañero, mi servidor, mi caballo, mi palafrenero, mi escudero, yo mismo soy mi jefe y obedezco mis propias órdenes, yo mismo llevo a cuestas las cosas que me son necesarias. ¡Oh, Cupido, qué grande es tu poder!: con tu forma de proceder sabes infundir confianza en los mortales para hacérsela perder acto seguido.

Eu.— Estoy pensando adónde puedo ir a buscarle corriendo.

Ca.— Estoy decidido a buscarla sea donde sea el lugar a donde se la hayan llevado; ni monte, ni río, ni aun mar habrá que se oponga a mi paso; tampoco temo al frío, al viento o al granizo; aguantaré la lluvia, soportaré la fatiga, el sol, la sed; ni de noche ni de día encontraré tregua ni reposo antes de haber la encontrado o a ella o a la muerte.

Eu.— Una voz de quien sea ha llegado a mis oídos.

Ca.— Yo os invoco, oh dioses tutelares de los caminos, para que me protejáis en mi marcha.

Eu.— ¡Júpiter! ¿No es ese Carino?

Ca.— ¡Adiós, queridos conciudadanos!

Eu.— ¡Alto ahí, Carino!

Ca.— ¿Quién me llama?

Eu.— La Esperanza, la Salud, la Victoria.

Ca.— ¿Y qué me queréis?

Eu.— Ir contigo.

CA.— Buscaros otra compañía, que los compañeros que me tienen en su poder no quieren abandonarme.

EU.— ¿Y quiénes son ellos?

CA.— Las cuitas, la desgracia, la tristeza, las lágrimas, los lamentos.

EU.— Atrás con esos compañeros, vuelve hacia aquí tu mirada y retorna.

CA.— Sígueme, si es que quieres hablar conmigo.

EU.— ¡Alto ahí, en seguida!

CA.— No haces bien en detenerme con la prisa que me llevo. El sol se está poniendo.

EU.— Si como te apresuras en ir hacia allá te apresuraras en venir hacia aquí, obrarías más cuerdamente. El viento favorable sopla ahora en esta dirección, haz virar a la nave; aquí sopla el favonio que trae el tiempo claro, allí el austro lluvioso. El favonio serena el mar, el austro levanta sus olas. Vuélvete a tierra, Carino, y contempla desde aquí: un negro nubarrón y lluvia amenazan —¿no lo ves?— hacia la izquierda; ¿no ves, en cambio, cómo está el cielo de claro y resplandeciente por la parte opuesta?

CA.— Esas palabras me han provocado escrúpulos: me volveré en esa dirección.

EU.— Muy bien hecho, Carino, ven también a mi encuentro, acércate, tiéndeme la mano.

CA.— Tómala, ¿la tienes?

EU.— Sí.

CA.— Ténmela bien.

EU.— ¿Adónde ibas?

CA.— Al destierro.

EU.— ¿Qué es lo que querías hacer allí?

CA.— Lo que los desgraciados.

EU.— ¡Calla! No tengas miedo, verás cómo te restituyo en tu felicidad anterior. La noticia que deseas oír sobre toda otra

cosa, ésa vas a oír para tu felicidad. ¡Alto!, yo, tu amigo, vengo con los mejores augurios a tu encuentro: yo sé…

Ca.— ¿El qué?

Eu.— … dónde está tu amiga.

Ca.— ¿Que tú lo sabes?

Eu.— Sí, y, además, que está sana y salva.

Ca.— ¿Dónde está sana y salva?

Eu.— Yo lo sé.

Ca.— Preferible era que lo supiera yo.

Eu.— Un poco de calma.

Ca.— ¿Qué quieres que le haga, si es una tempestad lo que siento en mi corazón?

Eu.— Yo te llevaré a puerto seguro y te pondré a buen abrigo, no temas.

Ca.— Eutico, yo te suplico, dime en seguida dónde está, donde la has visto. ¿Por qué te callas?, habla, pobre de mí, me haces morir con tu silencio.

Eu.— No está lejos de nosotros.

Ca.— ¿Por qué no me la enseñas, si es que la ves?

Eu.— Hombre, no es que la esté viendo ahora, pero acabo de verla hace un momento.

Ca.— ¿Por qué no me hacer verla a mí?

Eu.— Claro que te la haré ver.

Ca.— Esa promesa se le hace a un enamorado demasiado larga.

Eu.— ¿Todavía tienes dudas? Yo te pondré al tanto de todo. No hay en el mundo otra persona más afecta para mí que quien la guarda ahora, ni a quien yo deba un afecto mayor.

Ca.— Sin cuidado me trae ese que dices; ella es la que me interesa.

Eu.— De ella es de quien te hablo; sólo es que no se me había ocurrido antes decirte ⟨dónde está⟩.

Ca.— Dilo entonces: ¿dónde está?

EU.— En mi casa.

CA.— Hablas en favor de la casa: si es verdad lo que dices, para mí se trata entonces de una construcción de primera. Pero ¿puedo darte crédito?, ¿lo has visto tú mismo o sólo lo sabes de oídas?

EU.— Lo he visto con mis propios ojos.

CA.— Pero dime: ¿quién la ha llevado a vuestra casa?

EU.— ¿Me lo preguntas?

CA.— Así es.

EU.— Realmente, Carino, eres demasiado indiscreto. ¿Qué te interesa a ti quién es el que la ha traído?

CA.— Con tal de que esté ahí.

EU.— Y lo está.

CA.— Dime qué es lo que quieres en pago de esa noticia.

EU.— ¿Y si acepto tu ofrecimiento?

CA.— Le pides a los dioses que te lo concedan.

EU.— Te estás burlando de mí.

CA.— Yo no me quedaré tranquilo hasta que no lo vea. Pero mejor sería quitarme este atuendo. *(Se dirige a la puerta de su casa.)* ¡Eh, que salga alguien aquí inmediatamente y me traiga una capa!

EU.— Muy bien, ahora estoy contento contigo.

CA.— *(Al esclavo que le trae la capa.)* A punto vienes, muchacho, toma la clámide [9], y espérate aquí, para que, si no es verdad la noticia, pueda emprender el viaje al que estaba dispuesto.

EU.— Pero ¿es que no me crees?

CA.— Yo te creo todo lo que me dices; pero ¿por qué no me haces pasar para que la vea?

EU.— Espera un poco.

CA.— ¿Por qué tengo que esperar?

[9] La clámide era un manto propio de jinetes, soldados y cazadores.

EU.— No es ahora la ocasión de entrar.

CA.— Me matas.

EU.— No es ahora la ocasión, te digo, de que entres.

CA.— Contéstame: ¿por qué motivo?

EU.— No es oportuno.

CA.— ¿Por qué?

EU.— Porque no le viene bien a ella.

CA.— ¿Cómo que no le viene bien estando ella enamorada de mí y yo de ella? Éste se está burlando de mí como le da la gana; necio de mí por creerle. Me está deteniendo. Tomaré otra vez la clámide.

EU.— Espera un poco y oye lo que te digo.

CA.— Ten la capa, muchacho.

EU.— Mi madre está hecha una furia con mi padre por haberle metido en casa a ojos vista una amiga mientras ella estaba en el campo: tiene las sospecha de que es su amiga.

CA.— Me pongo otra vez el cinturón [10].

EU.— Y está ahora investigándolo dentro.

CA.— Ya tengo de nuevo la espada en mi mano.

EU.— Es que si te hago pasar…

CA.— Cojo el frasco del aceite [11] y me marcho.

EU.— ¡Espera, espera, Carino!

CA.— Estás muy equivocado, no conseguirás engañarme.

EU.— Tampoco lo pretendo.

CA.— ¿Por qué no me dejas entonces seguir mi viaje?

EU.— No, no te dejo.

CA.— Yo mismo soy el que me detengo; muchacho, lárgate adentro, aprisa. Ya he subido al carro, ya tengo las riendas en mis manos.

[10] En el cinturón se llevaba el dinero, cf. *Truculentus* 954; HORACIO *Ep.* II 2, 40.

[11] Para ungirse los pies.

Eu.— No estás en tu juicio.

Ca.— ¿Por qué no toman mis pies el camino derecho a Chipre, puesto que mi padre está preparando mi destierro?

Eu.— Estás loco, no digas tales cosas, por favor.

Ca.— Estoy decidido a seguir adelante con mi propósito de no ahorrar esfuerzos para buscarla.

Eu.— ¡Pero si está en mi casa!

Ca.— Porque lo que me ha dicho éste es mentira.

Eu.— Es verdad lo que te he dicho.

Ca.— Ya he llegado a Chipre.

Eu.— Ven conmigo, que veas a la que tanto deseas.

Ca.— He ido preguntando por ella, pero no la he encontrado.

Eu.— Venga, ya dejo de lado el enfado de mi madre.

Ca.— Marcho a otro sitio a buscarla. Ahora he llegado a Cálcide, me encuentro allí a un amigo nuestro de Zacinto, le cuento a lo que he venido, le pregunto si la ha llevado allí alguien, si ha oído quién la tiene.

Eu.— ¿Por qué no te dejas de esas tonterías y entras conmigo en casa?

Ca.— El amigo me contesta que los higos de Zacinto no son malos.

Eu.— No ha dicho mentira.

Ca.— Pero, por lo que se refiere a mi amiga, afirma que ha oído que está aquí en Atenas.

Eu.— Ese hombre es un Calcante [12].

Ca.— Subo al barco y me marcho de allí. Ya estoy en la patria, ya he vuelto del destierro. Salud, amigo mío, ¿qué tal te ha ido?, ¿y mis padres?, ¿están bien los dos, mi madre, mi pa-

[12] «El mejor de los agoreros, sabedor del presente, el futuro y el pasado, que guió las naves de los aqueos en su marcha a Troya por su don de profecía recibido de Apolo» (*Ilíada* I 69).

dre? Me invitas a cenar: gracias, muy amable de tu parte; mañana, hoy mejor en casa. Así es como se debe, así se hace.

EU.— Pero bueno, ¿qué sueños me estás contando? Este hombre no está en su juicio.

CA.— Si es que eres mi amigo, ¿por qué no te apresuras a curarme?

EU.— Ven conmigo, pues.

CA.— Voy.

EU.— Un poco de calma, por favor: me vas pisando los talones, ¿me oyes?

CA.— Ya hace mucho que te estoy oyendo.

EU.— Quiero reconciliar a mis padres; porque es que mi madre está ahora hecha una furia...

CA.— Venga ya.

EU.— ... por causa de tu amiga.

CA.— Venga ya.

EU.— O sea que ten cuidado.

CA.— O sea que venga ya; yo la pondré tan mansa como Juno con Júpiter, si es que lo está.

ESCENA TERCERA

DEMIFÓN, LISÍMACO

DE.— *(Entran por la derecha.)* Como si tú no hubieras hecho nunca una cosa así.

LI.— Demifón, te juro que nunca; buen cuidado he tenido siempre de no hacerlo. Apenas he quedado con vida, pobre de mí, que mi mujer está toda alborotada por causa de la otra.

DE.— Yo te disculparé para que se le pase el enfado.

LI.— Ven conmigo. Pero veo a mi hijo que sale.

ESCENA CUARTA

EUTICO, LISÍMACO, DEMIFÓN

EU.— *(Hablando hacia dentro de la casa.)* Voy a buscar a mi padre para que sepa que ya se le ha pasado el enfado a mi madre. Ahora mismo vuelvo.

LI.— No está mal el comienzo: ¿qué tal, qué hay, Eutico?

EU.— Llegáis los dos que más a punto imposible.

LI.— ¿Qué es lo que pasa?

EU.— Tu mujer ya se ha apaciguado y está a buenas contigo: ¡a estrecharse las manos!

LI.— ¡Los dioses me salvan!

EU.— A ti te comunico que no hay amiga que valga.

DE.— ¡Los dioses te confundan! ¿Qué quieres decir con eso, por favor?

EU.— Yo te lo explicaré, atendedme los dos.

LI.— Somos todo oídos.

EU.— Las personas de buen nacimiento, si son de mal natural, por su propia culpa se hacen indignas de su prosapia [13] y la desmienten por su conducta.

DE.— Es verdad lo que dice.

LI.— Es a ti a quien se lo dice.

EU.— Por eso es aún más verdadero lo que digo, porque a tu edad no hubiera estado bien que tú le quitases a tu hijo una amiga que había comprado él con su dinero.

DE.— ¿Qué dices, que ella es la amiga de Carino?

EU.— ¡Cómo disimula el muy malvado!

[13] Texto corrupto, corregido en este sentido por Lindsay, siguiendo a Colvius.

DE.— Él me había dicho que la había comprado de esclava para su madre.

EU.— ¿Y por ese motivo la has comprado tú, novato enamorado, viejo verde?

LI.— ¡Muy bien, sigue! Yo me pondré aquí del otro lado, vamos a hacer caer sobre él los improperios que merece.

DE.— Muerto soy.

LI.— ¡Haber cometido una injusticia tan grande con su hijo sin merecerlo!

EU.— Y que le hice yo volverse a casa cuando se marchaba al destierro; porque estaba dispuesto a expatriarse.

DE.— ¿Y se ha ido de verdad?

LI.— ¿Todavía te atreves a decir palabra, espectro? Más valía que a tu edad te mostraras más remiso en tales artes.

DE.— Lo confieso, he cometido a todas luces una falta.

EU.— ¿Todavía te atreves a disculparte, espectro? Mejor te hubiera estado a tu edad el verte libre de esas maldades. A cada edad su cosa, lo mismo que a cada estación del año; ¿adónde iría a parar la república si se permite a los viejos echarse amigas a su edad?

DE.— ¡Ay, desgraciado de mí, estoy perdido!

EU.— Los jóvenes son los que normalmente se entregan a esos menesteres.

DE.—Diablos, por favor, quedárosla ya de una vez, para vosotros ella y todo su bagaje [14].

EU.— Devuélvesela a tu hijo.

DE.— Para él, que se quede con ella: por mi parte, con mil amores.

EU.— A buena hora, después que no tienes posibilidad de otra cosa.

[14] En el texto latino se utiliza una frase hecha que es muy difícil de traducir con exactitud.

DE.— Que se tome por esta injuria la reparación que le venga en gana; yo os pido sólo que os deis ya por satisfechos, para que mi hijo no esté airado conmigo. Si yo hubiera sabido o si él, aunque hubiera sido por broma, me hubiera dicho que la quería, no hubiera hecho jamás por quitársela estando él enamorado. Eutico, yo te ruego, tú eres su amigo, sálvame, ayúdame, acoge a este viejo bajo tu protección; ya verás que no olvidaré tu beneficio.

LI.— *(A Demifón.)* Ruégale que sea indulgente con tus delitos y tu juventud.

DE.— ¿Todavía más? ¡Qué manera tan desconsiderada de atacarme! Espero tener alguna vez la ocasión de poderte pagar en la misma moneda.

LI.— Yo hace mucho ya que he renunciado a esos pasatiempos.

DE.— Y yo, desde luego, a partir de hoy.

EU.— Inútil; como estás hecho a ello, volverás a las andadas.

DE.— Yo os suplico: daros ya por satisfechos, dadme también de latigazos, si os place.

LI.— Eso no está mal, pero ya se encargará de ello tu mujer cuando se entere.

DE.— No hay necesidad ninguna de que lo sepa.

EU.— Bien está, no lo sabrá, no temas. Vamos dentro, que no es éste un lugar muy a propósito, no vaya a ponerse al tanto de tu conducta la gente que pasa por la calle mientras que estamos aquí de charla.

DE.— Tienes razón; así será además la comedia un poco más corta. Vamos.

EU.— Tu hijo está aquí en casa.

DE.— Muy bien. Nosotros podemos entrar dando la vuelta por el jardín.

LI.— Eutico, antes de poner un pie en casa, quiero dilucidar un asunto que me atañe.

Eu.— ¿De qué se trata?

Li.— Cada uno a lo suyo. Dime: ¿estás seguro de que tu madre no está enfadada conmigo?

Eu.— Seguro.

Li.— ¿Pero de verdad?

Eu.— Palabra.

Li.— Bien. Oye, por favor, ¿de verdad?

Eu.— Pero ¿es que no te fías de mí?

Li.— Sí, pero, a pesar de eso, tengo miedo, pobre de mí.

Eu.— Entremos.

Eu.— Yo creo que es mejor que antes de irnos dictemos una ley para los viejos, por la que quedarán obligados y sujetos; caso de que llegue a nuestro conocimiento que un individuo que haya cumplido los sesenta, ya sea casado o, qué diablos, también sin casar, es un mujeriego, será el susodicho perseguido en virtud de esta ley: decidiremos que ha perdido la cabeza y, por nosotros, en la indigencia se verá el que disipe su haber. A partir de ahora no prohibirá nadie el amor ni una amiga a su hijo, con tal de que no se extralimite. Si alguien se lo prohíbe, serán mayores las pérdidas que sufra a escondidas que si le hubiera procurado los medios a las claras. Esta ley tendrá vigor para los viejos a partir de esta noche. Ahora, a seguir bien. A vosotros los jóvenes, si es que aprobáis esta ley, os corresponde, en atención al trabajo de nuestros viejos, el recompensarnos con un fuerte aplauso.

EL MILITAR FANFARRÓN

(Miles gloriosus)

INTRODUCCIÓN

El *Miles gloriosus* es una de las comedias de más éxito de Plauto, sea cual sea su relación con el original griego, del que no se conoce más que el título, *Alazón* [1], por noticia del prólogo, y haya o no haya contaminado el poeta, cuestiones ambas tan traídas y llevadas por la crítica [2]. Se suele atribuir el *Miles* a la primera época de la actividad del autor, a causa de su pobreza de ritmos, al igual que el *Mercator;* por una alusión al encarcelamiento del poeta Nevio (v. 211 y sigs.), habría que datar la obra hacia el 205 antes de nuestra era. Así y todo, no se puede dejar de reconocer que el *Miles* supone uno de los puntos más altos de toda la obra del poeta; es una obra plautina cien por cien, una obra en que el autor se supera a sí mismo en cuanto a efectos cómicos, una pieza que no es posible leer, y menos aún ver representada, sin reír casi continuamente a más y mejor.

El argumento no es complicado: durante una ausencia del joven ateniense Pleusicles, Pirgopolinices, un militar de Éfeso

[1] Según K. Gaiser, 1959, el *Ephesios* de Menandro.

[2] Q. Zwierlein, 1991, atribuye las irregularidades en la composicón del *Miles* a un reelaborador negando la autenticidad de un total de 340 versos.

—un *condottiero* tipico del mundo alejandrino, que al frente de tropas mercenarias ofrecía sus servicios a algún rey— consigue introducirse en casa de la amiga de Pleusicles, apoderarse de ella y llevársela a la fuerza consigo a Éfeso. Palestrión, esclavo de Pleusicles, que marcha en busca de su amo para darle cuenta de lo sucedido, es capturado por unos piratas y entregado como esclavo precisamente al militar de Éfeso. Desde allí escribe a su anterior amo, que se presenta en Éfeso, alojándose en casa de un amigo de su padre, el viejo Periplectómeno, que vive precisamente en la casa contigua a la del militar. Un pasadizo abierto secretamente en la pared medianera entre las dos casas va a ser causa de algunas complicaciones, pero no impedirá el éxito final: el guardián personal de la joven Filocomasio, Escéledro, la ha visto besarse con un desconocido en casa del vecino, pero al fin termina por creerse la historia de que se trata de una hermana gemela de Filocomasio venida de Atenas con su amigo. La próxima víctima va a ser el militar en persona. Periplectómeno, el viejo vecino, le busca a Palestrión dos jóvenes, una de las cuales se hace pasar por esposa del viejo, mientras la otra, su esclava, hará de intermediaria para llevar al militar el mensaje de su ama, perdidamente enamorada de él. El militar cae en la trampa, despide a Filocomasio, a la que en nombre de su supuesta hermana y de su madre se presenta a recoger Pleusicles, bajo disfraz de patrón de navío, y acude a casa de Periplectómeno en busca de la que piensa va a ser su nuevo amor; en realidad le esperan allí el viejo y sus esclavos convenientemente armados, y sólo a duras penas consigue escapar al merecido castigo, mientras Filocomasio, Pleusicles y Palestrión navegan rumbo a Atenas.

Como cobertura a la pieza sirve una escena insuperable de presentación del militar en diálogo con su gorrón Artotrogo, personaje protático que no vuelve a aparecer luego en el curso de la obra. A continuación va el prólogo, en boca del esclavo

Palestrión (hasta el v. 155). El militar desaparece hasta el v. 947. Todo este espacio está reservado a los diversos preparativos para cogerle en la trampa —con una especie de excurso sobre la persona del viejo Periplectómeno en los vv. 596-764—. Una vez bien delineado el plan, puede volver a aparecer el militar en escena (v. 946 hasta el final, v. 1437). Si bien el largo excurso parece salirse hasta cierto punto de lo que en sí pide el argumento de la obra, en los 500 versos finales queda el público bien compensado del intermedio: la comicidad de lo que sigue es tal, que ni los mismos personajes pueden contener la risa, cuánto menos, naturalmente, los espectadores —¿quizá se trata de una condescendencia del poeta con los actores, no fuera que empezaran a reír a destiempo en escena juntamente con el público?—.

El efecto cómico queda conseguido de manera total, y eso a pesar de la técnica especial de presentar la acción, que en sí va doblemente ofrecida: los personajes deliberan ante el público sobre su plan, Palestrión instruye a los otros personajes de lo que han de hacer —se trata más o menos de una narración—, y a ello sigue luego su realización en forma dramática en la ficción de la escena. Y a pesar de tales reiteraciones, es tan perfecto el juego de los recursos cómico-dramáticos, que, como se acaba de decir, ni los mismos personajes pueden contener la risa.

Las diversas figuras típicas de la comedia están aquí trazadas de manera magistral: Periplectómeno, el viejo jovial y comprensivo; Pleusicles, el joven galán, esta vez con rasgos aún más acentuados de timidez, apocado, escrupuloso, lleno de miramientos, se diría que en la luna (piénsese en su monólogo de los vv. 1284-1297, cuando aparece disfrazado de patrón de navío para recoger a Filocomasio y empieza —en momentos tan inoportunos, de tanto peligro— a discurrir sobre la calidad moral de su manera de proceder y hasta a perderse en conside-

raciones mitológicas... —un o de los momentos de más refinada comicidad de la pieza—, hasta que el ver a Palestrión y al militar le hace caer en la cuenta de que no es ocasión para ello). ¿Y el tipo del militar fanfarrón? En ninguna otra de las comedias plautinas en donde aparece *(Bacchides, Curculio, Poenulus)* es presentado de manera tan acabadamente cómico-grotesca como aquí. Las tres figuras femeninas —Filocomasio, la heroína de la obra, Acroteleutio y Milfidipa— tampoco se quedan atrás en su desparpajo y sus refinados procedimientos femeninos. Y en fin, el tipo del fiel esclavo, dispuesto a todo por servirle los pensamientos a su amo: Palestrión, el artífice de todo el complot para la liberación de Filocomasio, es digno colega sin duda del Crísalo de las *Bacchides,* del Tranión de la *Mostellaria* o del Pséudolo de la comedia del mismo nombre, pero quizá aquí los supera a todos en cinismo y refinada astucia, sobre todo en los afiligranados equilibrios que, al borde mismo del precipicio, se atreve a hacer en la escena de despedida, y que no pueden por menos de producir el mismo efecto de suspense que las peligrosas acrobacias de un circo.

Sólo la escena final desdice de la obra —¿por qué no la hizo el poeta transcurrir entre bastidores, como en otras ocasiones, sobre todo después de la longitud de la pieza? (cf. *Casina* 1006; *Mercator* 1007 y sigs.).

Entre los numerosos descendientes literarios del *Miles gloriosus* citemos una traducción española, de autor desconocido, publicada en Amberes en 1555: *La comedia de Plauto titulada Milite glorioso;* en Italia, una refundición del veneciano L. Dolce (1508-1548), *Il capitano;* en Francia, el capitán Matamore de *L'illusion comique* de P. Corneille; en Alemania, el *Horribilicribrifax* de Andreas Gryphius (1616-1664) o *Der grossprahlerische Offizier* de Reinold Lenz (1772), etc.

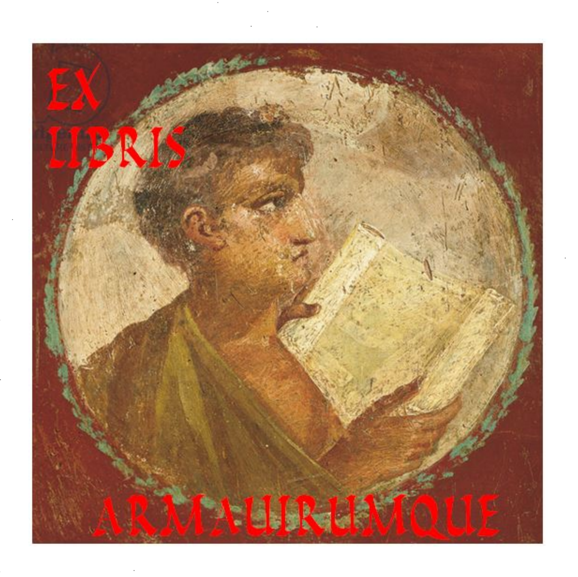
ARGUMENTO I

Un militar se lleva consigo a una cortesana de Atenas a Éfeso. El esclavo del joven amigo de la muchacha quiere darle la noticia a su amo, que estaba fuera en una misión oficial, pero es hecho cautivo durante la travesía y entregado al militar de Éfeso. Entonces consigue hacer venir a su amo de Atenas a Éfeso y hace un pasadizo en la pared medianera entre las dos casas donde se alojan, para que así tengan la posibilidad de reunirse los amantes. El guardián de la joven los ve desde el tejado abrazándose en casa del vecino, pero le burlan y le engañan haciéndole creer que se trata de otra. El esclavo Palestrión convence al militar de que despida a su amiga, porque la mujer del viejo de al lado se quiere casar con él. Entonces el militar le pide él mismo que se vaya y la colma de regalos. Pero lo cogen en casa del viejo, siendo castigado como adúltero.

ARGUMENTO II

Un joven ateniense y una cortesana libre de nacimiento están perdidamente enamorados. El joven marcha a Naupacto en misión oficial, y entretanto da con la cortesana un militar y se

la lleva a Éfeso en contra de su voluntad. El esclavo del joven ateniense se hace a la mar para dar cuenta a su amo de lo sucedido, pero es hecho cautivo en la travesía y entregado al militar. Entonces escribe una carta a su amo para que se presente en Éfeso. El joven acude a toda prisa y se aloja en casa de un amigo de su padre que está pared por medio con la del militar. El esclavo hace un pasadizo en la pared medianera, para que puedan comunicarse por allí los enamorados sin que nadie se entere, y hace como que ha venido una hermana gemela de la joven. El vecino contrata a una clienta suya para que solicite al militar. El militar cae en la trampa, y, creyendo que se va a casar con él, despide a su amiga, recibiendo a continuación una paliza por adúltero.



PERSONAJES

PIRGOPOLINICES, militar
ARTOTROGO, parásito de Pirgopolinices
PALESTRIÓN, esclavo
PERIPLECTÓMENO, viejo
ESCÉLEDRO, esclavo de Pirgopolinices
FILOCOMASIO, joven amiga de Pleusicles
PLEUSICLES, joven
LURCIÓN, joven esclavo
ACROTELEUTIO, cortesana
MILFIDIPA, esclava de Acroteleutio
UN JOVEN ESCLAVO
CARIÓN, cocinero.

La acción transcurre en Éfeso.

ACTO I

ESCENA ÚNICA

PERGOPOLINICES, ARTOTROGO

PIR.— *(Saliendo de casa y hablando con los esclavos que están dentro.)* Más luciente que los rayos del sol en un día de cielo límpido me habéis de dejar el escudo: que, cuando llegue el caso, su brillo ciegue en medio de la batalla la vista de las filas enemigas. Es que quiero consolar a mi espada, que no se lamente ni desespere de que la lleve ya tan largo tiempo sin oficio, cuando está la pobre infeliz ardiendo en deseos de hacer picadillo a los enemigos. Pero ¿dónde está Artotrogo?

AR.— Aquí, a la vera del varón valeroso y afortunado, un príncipe se diría, un guerrero..., ni el dios Marte osaría nombrar ni comparar sus hazañas con las tuyas.

PIR.— ¿A quién te refieres, a ese que salvé yo en las llanuras de los Gorgojos, donde era general en jefe Bumbomáquides Clitomestoridisárquides, de la prosapia de Neptuno?

AR.— Sí, sí, lo recuerdo. ¿Tú dices aquel de las armas de oro, cuyas legiones desvaneciste de un soplo, al igual que el viento las hojas o las pajas de un tejado?

PIR.— Bah, eso es cosa de nada.

AR.— Cosa de nada si es que lo vas a comparar con otras hazañas que yo podría contar, *(al público)* y que no has jamás llevado a cabo; si es que alguien ha visto en toda su vida a un hombre más embustero o más fanfarrón que éste, aquí me tiene, soy todo suyo —solamente, eso sí las aceitunas esas que se comen en su casa, son de locura—.

PIR.— ¿Dónde te has metido?

AR.— Aquí, aquí. Caray, o aquello del elefante en la India, cómo fuiste y de un puñetazo le partiste un brazo.

PIR.— ¿Un brazo?

AR.— Una pata quise decir.

PIR.— Pues le di así como quien no quiere la cosa.

AR.— Bueno, es que si te pones, pues entonces, que se te cuela el brazo por la piel, las entrañas y la osamenta del bicho.

PIR.— Dejémonos ahora de eso.

AR.— Caray, tampoco merece la pena que me cuentes tú a mí tus hazañas, que me las sé al dedillo; *(aparte)* el estómago es el culpable de todas estas penas: los oídos tienen que sacrificarse en favor de los dientes, que no les entre dentera, y no hay sino decir amén a todos sus embustes.

PIR.— Espera ¿qué es lo que iba yo a decir?

AR.— ¡Ah, ya! Sí, ya sé lo que quieres decir, sí, así fue, lo recuerdo perfectamente.

PIR.— Pero ¿el qué?

AR.— Lo que sea.

PIR.— ¿Tienes…

AR.— Las tablillas quieres, ¿verdad?, las tengo, y también un punzón.

PIR.— Es una maravilla cómo me sirves los pensamientos.

AR.— Mi deber no es sino estar puntualmente al tanto de tus inclinaciones y desarrollar un olfato especial para adivinar con antelación todos tus deseos.

PIR.— Vamos a ver, ¿lo tienes aún presente?

AR.— Sí, señor: ciento cincuenta en Cilicia, cien en Escitolatronia, treinta sardos y sesenta macedonios son los hombres a los que diste muerte en un solo día.

PIR.— ¿Cuántos hacen en total?

AR.— Siete mil.

PIR.— Ni más ni menos. La cuenta es exacta.

AR.— Pues no es que los tenga escritos, pero, así y todo, me acuerdo.

PIR.— Caray, tienes una memoria excelente.

AR.— Los buenos bocados me la refrescan.

PIR.— Mientras no cambies de conducta, no te faltará de comer, podrás participar siempre de mi mesa.

AR.— Pues ¿y en Capadocia, donde, si no llega a ser porque la espada estaba embotada, te cargas a quinientos de un solo golpe?

PIR.— No, es que como no eran más que soldados rasos, les perdoné la vida.

AR.— Nada, ¿a qué voy a venirte yo a contar lo que todo el mundo sabe, esto es, que tú, Pirgopolinices, eres un ser único en el mundo por tu valentía, tu beldad y tus hazañas? Todas las mujeres se enamoran de ti, y no sin razón, puesto que eres tan guapo; como aquellas que me tiraban ayer de la capa.

PIR.— ¿Qué es lo que te decían?

AR.— Bueno, me preguntaban: «oye, ¿es Aquiles?». «Aquiles no, digo, pero es su hermano». Y entonces va la otra y dice: «pues anda, que no es guapo, y además, qué buen porte; ¡fíjate lo bien que le cae la cabellera! Verdaderamente, hija, qué suerte que tienen las que se acuestan con él».

PIR.— ¿De verdad que decían eso?

AR.— ¡Pero si hasta me suplicaron las dos que te hiciera pasar hoy por allí como en un desfile!

PIR.— Verdaderamente que es una verdadera desgracia esto de ser demasiado guapo.

AR.— A ver, pero así es: no me dejan vivir, me ruegan, me asedian, me suplican que las deje verte, me dicen que te lleve con ellas, de forma que no me queda tiempo para ocuparme de tus asuntos.

PIR.— Me parece que es hora de que nos acerquemos al foro, para que les pague su sueldo a los mercenarios que alisté ayer aquí, que el rey Seleuco[1] me ha rogado con mucha insistencia que se los reclutara. Hoy quiero emplear el día a su servicio.

AR.— ¡Venga, vamos allá!

PIR.— ¡Vosotros, los de mi guardia, seguidme! *(Se van al foro.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

PALESTRIÓN

PAL.— Distinguido público, heme aquí dispuesto a contarles el argumento de esta comedia, si es que ustedes tienen la bondad de prestarme su atención. Si alguien no quiere escuchar, que se levante y se marche, para hacer sitio donde sentarse al que lo quiera. Ahora os diré el argumento y el título de la comedia que vamos a representar, que es para lo que estáis aquí reunidos en este lugar de fiesta: en griego se titula la pieza *Alazón,* lo que en latín se dice *gloriosus,* o sea, fanfarrón. Esta ciudad es Éfeso; el militar este que acaba de irse ahora a la plaza

[1] Entre el 312 y el 281 antes de nuestra era reinó Seleuco I en Siria; del 247 al 227, Seleuco II, y del 227 al 224, es decir, en época de Plauto, Seleuco III.

es mi amo, un fanfarrón, un sinvergüenza, un tipo asqueroso, que no vive sino del perjurio y del adulterio. Se empeña en que le persiguen todas las mujeres, y, en realidad, no es sino el hazmerreír de ellas por donde quiera que va. Por eso tienen aquí por lo general las golfas el morro torcido, a fuerza de burlarse de él haciéndole muecas con los labios. En cuanto a un servidor, no hace mucho que me encuentro a las órdenes del susodicho militar: ahora mismo les digo cómo es que pasé a ser esclavo suyo en lugar del amo que tenía antes; prestad atención, que ahora empiezo a contar el argumento. Yo estaba en Atenas al servicio de un amo que era una bellísima persona y que estaba enamorado de una cortesana hija de madre de Atenas del Ática[2], y a ella le pasaba lo mismito con él, lo cual se puede decir que es la forma ideal de amar. Mi amo fue enviado a Naupacto con un asunto oficial de gran importancia. Entretanto, se presenta el militar este en Atenas y empieza a insinuarse con la amiga de mi amo; venga a camelar a la madre trayéndole vino, aderezos, buenas cosas de comer, hasta que consigue hacerse persona de confianza en casa de la señora. En cuanto que se le presentó la ocasión, va y engaña a la madre de la muchacha de la que estaba enamorado, y, sin que ella se dé cuenta, coge a la hija, la embarca y la trae a la fuerza aquí a Éfeso. Cuando yo me entero de que la amiga de mi amo ha desaparecido de Atenas, cojo y, lo más rápidamente que puedo, me busco un pasaje y me embarco en dirección a Naupacto para informarle de lo sucedido. Hete ahí que nos encontrábamos ya en alta mar, cuando aparecen por permisión divina unos piratas que capturan el barco en donde yo iba, o sea que encuentro mi perdición antes de encontrarme con mi dueño como era mi propósito. El que me hizo cautivo me entregó como esclavo al militar este, que me lleva con él a su casa, donde al entrar me topo con la amiga

[2] Texto inseguro.

ateniense de mi amo. Ella al reconocerme me hace señas con los ojos de que no le hable; luego, cuando tuvimos ocasión, se me queja de sus infortunios: me dice que está deseando salir huyendo de aquella casa y volver a Atenas, que ella sigue queriendo a mi amo el de Atenas y que no hay para ella otra persona más aborrecible que el militar. Yo, que me doy cuenta de la situación en que está la muchacha, cojo y escribo una carta y se la entrego en secreto a un comerciante para que se la lleve a mi amo el de Atenas, el que estaba enamorado de la chica, para que se persone aquí en Éfeso. No ha hecho él caso omiso de mi mensaje, porque ha venido y se aloja aquí junto a nosotros, en casa de un antiguo amigo de su padre, un viejo que es realmente un hombre encantador; que está nada más que a servirle los pensamientos a su enamorado huésped y que nos ayuda con su colaboración y sus consejos. O sea que yo he podido organizar aquí un truco estupendo para que pudieran reunirse los enamorados: en una habitación que el militar ha reservado para su amiga, donde tiene prohibido que nadie ponga los pies aparte de ella, allí en esa habitación ha hecho un boquete en la pared por donde la muchacha pueda pasar en secreto a la casa del vecino de al lado —a sabiendas del viejo, por supuesto; él ha sido quien me ha dado la idea—; y es que el otro esclavo a quien el militar ha encargado la custodia de su amiga es un pobre diablo, o sea, que a fuerza de ingeniosos trucos y de bien tramados engaños le pondremos un velo delante de los ojos y conseguiremos que no haya visto lo que ha visto; y después, para que no os confundáis, la misma muchacha va a hacer el papel de dos, de la que vive aquí en esta casa y de otra que va a vivir en la casa de al lado —en sí es siempre una y la misma, pero simulará ser cada vez una distinta; ésta es la forma en que vamos a pegársela a su guardián—. Pero suena la puerta del viejo, nuestro vecino: es él el que sale; ése es el viejo tan saleroso que les acabo de decir ahora mismo.

ESCENA SEGUNDA

PERIPLECTÓMENO, PALESTRIÓN

PE.— *(Hablando a los de dentro de la casa.)* Como a la próxima vez no le rompáis los huesos a cualquiera de fuera de casa que veáis por el tejado, os voy a dejar los costados hechos unos zorros; es que de esta forma no son ya los vecinos testigos de todo lo que ocurre dentro de mi casa, tal como se ponen a observar desde arriba por el patio. Así que ya sabéis, tenéis orden estricta de que a cualquier persona de la casa del militar que veáis en nuestro tejado, no siendo Palestrión, le echéis abajo a la calle; ni que diga que es que está buscando una gallina o una paloma o un mono, os jugáis la vida si no le dais de palos hasta dejarle fuera de combate. Y además, para que no se salten la ley esa en contra del juego de las tabas [3], ya sabéis, les hacéis migas las propias y veréis cómo no vuelven a ponerse a la mesa con ellas [4].

PA.— Por lo que oigo, alguno de los nuestros debe de haber hecho una mala pasada, que da el señor aquí orden de romperles las tabas a mis colegas; bah, a mí me ha dejado fuera de cuenta, tanto me da lo que haga con los otros. Voy a hablarle.

PE.— ¿No es ése Palestrión?

PA.— ¿Qué hay Periplectómeno?

PE.— Si me dieran a elegir, no habría muchas personas a quienes viera ahora con más gusto que a ti.

---

[3] Sobre la prohibición de los juegos de azar, cf. CICERÓN, *Phil.* I 56; *de alea condemnatum;* HORACIO, *Carm.* 24, 58; *vetita legibus ales;* OVIDIO, *Trist.* I 472, *hoc est ad nostros non leve crimen avos;* según SUETONIO, Augusto, en cambio, no tenía reparo alguno en distraerse con esta clase de juegos *(Aug.* 71).

[4] Cf. nota a *Curculio* 354.

PA.— ¿Qué es lo que pasa?, ¿qué jaleo es ese que te traes ahí con nuestros esclavos?

PE.— Muertos somos.

PA.— Pero ¿qué es lo que ocurre?

PE.— Todo se ha descubierto.

PA.— ¿Qué es todo?

PE.— Ahora mismo ha estado quien sea de los vuestros desde el tejado viendo por el patio a Filocomasio aquí en casa besándose con mi huésped.

PA.— ¿Quién es el que lo ha visto?

PE.— Uno de tus compañeros.

PA.— ¿Cuál de ellos?

PE.— Pues no lo sé, porque salió corriendo de pronto.

PA.— Barrunto que estoy perdido.

PE.— Cuando ya se iba, le grito: «eh, tú, qué es lo que haces ahí en el tejado», digo; «buscando un mono», me contestó mientras se iba.

PA.— ¡Ay, desgraciado de mí, que me voy a buscar mi ruina por culpa de un bicho tan asqueroso! Pero ¿Filocomasio está ahí todavía en tu casa?

PE.— Cuando salí, sí que estaba.

PA.— Pues haz el favor de ir y decirle que se pase a nuestra casa lo más rápidamente posible, para que la vean allí mis compañeros, si no es que pretende que nos den a todos a la horca por camarada a causa de sus amoríos.

PE.— Eso ya se lo he dicho yo; si no quieres otra cosa…

PA.— Sí que quiero, dile también que no se olvide un punto de que es una mujer y se mantenga en el ejercicio de las artes y los procedimientos femeninos.

PE.— ¿Qué es lo que quieres decir?

PA.— Quiero decir que consiga convencer al esclavo que la ha visto ahí de que no la ha visto; así haya sido vista cien veces ahí, a pesar de todo, que lo niegue; boca tiene, una buena

lengua, alevosía, malicia y arrojo, decisión, tenacidad, falacia; que haga frente y venza con sus juramentos a quien la acuse; no le falte capacidad para echar mentiras, para inventar falsedades, falsos juramentos, mañas tiene, capacidad de seducir, de engañar, que una mujer que tenga asomos de malicia no tiene que andar rogando a proveedor ninguno: en casa tiene un huerto con todas las hierbas y los condimentos necesarios para toda clase de malas artes.

PE.— Yo se lo diré, si es que está aquí. Pero ¿qué es eso a lo que andas ahí dándole vueltas en tu magín, Palestrión?

PA.— Calla un momento, mientras que hago recuento de mis ideas y reflexiono sobre el camino a seguir y delibero con qué mañas le salgo al paso al mañoso del colega ese que la ha visto ahí besándose, hasta conseguir que no haya visto lo que ha visto.

PE.— Hala, yo entretanto me retiro aquí a esta parte. Fíjate, cómo está ahí con la frente fruncida, venga a cavilar, venga a discurrir; se golpea el pecho con los dedos —pues a ver si va a hacer salir al corazón a abrirle la puerta—; ahora se vuelve para el otro lado; la mano izquierda la apoya en la pierna izquierda, con la mano derecha echa cuentas con los dedos, dándose en el muslo derecho. Menudos golpes se pega, parece que le vienen con dificultad las ideas; hace chasquear los dedos: las está pasando negras: no hace más que cambiar de postura; mira, ahora menea la cabeza, seguro que es que no le gusta lo que se le ha ocurrido; sea lo que sea, veo que no nos lo va a servir a medio hacer, sino bien en su punto. Y ahora se pone a hacer de albañil: pone el brazo como si fuera una columna debajo de la barbilla —quita, quita, esa construción no me gusta, que he sabido que hay un poeta romano [5] en la misma postura,

[5] Nevio, encarcelado por los ultrajes proferidos en sus obras contra personajes de la nobleza romana.

custodiado día y noche por un par de guardianes—. ¡Bravo, qué postura ahora tan salerosa, como un verdadero esclavo de comedia! Éste no para hoy hasta no acabar con lo que se trae entre manos. Ya lo tiene, creo. ¡Manos a la obra! ¡Alerta, no te duermas, a no ser que prefieras velar a fuerza de palos y de cardenales! A ti te digo [6], Palestrión, no duermas, digo, despiértate, digo, que es de día, digo.

PA.— Te oigo.

PE.— ¿No te das cuenta de que tienes el enemigo encima y que te asedia por la espalda? Toma una decisión, coge refuerzos, y además deprisa, no es hora de andarse con calmas; anticípate por otro camino, busca algún rodeo oculto para llevar al ejército, apremia con tu asedio al enemigo, procura ayuda para los nuestros, corta las provisiones a los contrarios y asegúrate tú un camino por donde puedan llegar sin peligro víveres y provisiones a ti y a los tuyos: manos a la obra, la cosa urge; inventa, imagina; venga, deprisa, una artimaña para que no se haya visto lo que se ha visto, para que no haya pasado lo que ha pasado. Grande es la empresa que acomete este hombre, grandes las fortificaciones que construye. Palestrión, si es que te comprometes a tomar la cosa en tus manos, entonces podemos estar seguros de la derrota de nuestros enemigos.

PA.— Me comprometo, acepto la dirección de la empresa.

PE.— Y yo te aseguro que conseguirás tus fines.

PA.— ¡Júpiter te bendiga!

PE.— ¿No quieres hacerme partícipe de tus planes?

PA.— Calla mientras que te introduzco en el terreno de mis estratagemas, para que sepas lo mismo que yo mis propósitos.

PE.— No recibirás daño alguno de ello.

PA.— Mi amo el militar más que su propia piel tiene la de un elefante y no más caletre que un adoquín.

[6] *Sigue un texto ininteligible, que ha sido corregido por los críticos de muy diversas maneras.*

PE.— Lo sé.

PA.— El plan que tengo, el engaño que quiero poner en práctica es el de decir que ha venido de Atenas con un amigo suyo la hermana gemela de Filocomasio, y que las dos jóvenes son tan parecidas entre sí como dos gotas de agua; diré que están alojados en tu casa.

PE.— ¡Bravo, bravo, estupendo, me parece una idea magnífica!

PA.— De modo que, si mi camarada la acusa al militar de haberla visto ahí besándose con otro, yo le convenzo de que es a la hermana a quien ha visto besarse y abrazarse con su amigo en tu casa.

PE.— ¡Chico, fantástico! Yo también diré lo mismo si me pregunta el militar.

PA.— Pero tú di que es que son parecidísimas, y además hay que avisárselo a Filocomasio para que lo sepa y no ande titubeando si el militar le pregunta algo.

PE.— ¡Qué engaño tan bien pensado! Pero si el militar quiere verlas a las dos al mismo tiempo, ¿qué hacemos entonces?

PA.— Muy fácil, se pueden dar cientos de pretextos: no está en casa, ha salido de paseo, está durmiendo, se está arreglando, está en el baño, está comiendo o bebiendo; está ocupada, no tiene tiempo, ahora no es posible. El caso es darle largas al asunto, supuesto que consigamos de buenas a primeras hacerle creer que son verdad todas las mentiras que se le echen.

PE.— De acuerdo.

PA.— Entra en casa, pues, y, si está allí Filocomasio, dile que se pase en seguida aquí a la nuestra; cuéntale todo esto, no dejes de avisarla y de advertirla que se quede bien con el plan este que hemos urdido de la hermana gemela.

PE.— Verás qué bien sé dejártela bien instruida. ¿Algo más?

PA.— Que te metas en casa.

PE.— Ahora mismo. *(Entra.)*

PA.— Yo también me voy a casa, a ver si con mucho disimulo puedo averiguar quién de mis compañeros ha sido el que ha ido a buscar al mono ese, que me figuro yo que no es posible que, sea quien sea, hablando con alguno de los de casa, no le haya dicho lo de la amiga del amo, que la ha visto aquí en la casa de al lado besándose con otro joven, que yo me sé muy bien eso de que «lo que yo solo me sé, callármelo no podré». Si consigo dar con el que la vio, contra él dirigiré todas mis máquinas de guerra; todo está a punto: al asalto y a hacerme con él por la fuerza de mi brazo. Si no consigue localizarle, entonces iré olfateando como un perro de caza hasta dar con las huellas del zorro. Pero suena nuestra puerta, me callo, que es el guardián de Filocomasio, mi compañero, el que sale.

ESCENA TERCERA

ESCÉLEDRO, PALESTRIÓN

ES.— *(Saliendo de la casa del militar.)* Como no sea que haya ido andando en sueños por el tejado, diablos, tengo por cierto haver visto a Filocomasio, la amiga del amo, buscarse su perdición aquí en casa del vecino de al lado.

PA.— *(Aparte.)* Éste es el que la ha visto besarse, según lo que oigo.

ES.— ¿Quién vive?

PA.— Uno de tus compañeros: ¿qué hay, Escéledro?

ES.— Me alegro de encontrarme precisamente contigo, Palestrión.

PA.— ¿Por qué?, ¿qué es lo que pasa? A ver, dime.

ES.— Mucho me temo…

PA.— ¿El qué?

ES.— ... que peguemos un buen salto a la peor de las horcas todos y cada uno de los habitantes de la casa.

PA.— Salta tú solo, que yo no tengo el menor interés en saltos ni brincos de ese género.

ES.— ¿Es que no sabes tú la última novedad ocurrida?

PA.— ¿Qué es lo que ha ocurrido?

ES.— Una desvergüenza.

PA.— Entonces quédate con ello, no me lo digas, que no lo quiero saber.

ES.— Pues te lo he de decir; resulta que fui a buscar hoy a nuestro mono por el tejado de aquí del vecino.

PA.— Verdaderamente, Escéledro, tal para cual: ¡mira que ir tras un bicho tan asqueroso!

ES.— ¡Los dioses te confundan!

PA.— A ti, a ti, quiero decir, te toca la vez de seguir con tu cuento.

ES.— Resulta que me da por mirar así, por casualidad, al patio del vecino, y veo allí a Filocomasio besándose con quien sea.

PA.— ¡Pero Escéledro, que me dan escalofríos![7].

ES.— Pues de verdad que lo vi.

PA.— ¿Tú mismo?

ES.— Yo mismo con mis propios ojos.

PA.— Vamos anda, eso es una cosa muy inverosímil, no es posible que lo hayas visto.

ES.— ¿Es que crees tú que soy cegato?

PA.— Eso pregúntaselo mejor a un médico. Pero yo que tú, de no estar dejado de la mano de los dioses, tendría buen cuidado de no decir una palabra de esa historia; no harías más que exponerte a perder la cabeza y todos tus huesos; doble-

[7] En el texto latino, el juego de palabras es entre *scelus* y *Sceledrus*.

mente te buscas tu perdición si te empeñas en extender tales cuentos.

Es.— ¿Por qué doblemente?

Pa.— La cosa no tiene vuelta de hoja: en primer lugar, caso de que levantes una calumnia a Filocomasio, motivo más que suficiente para perecer; y luego, si es que tu acusación es cierta, otro tanto de lo mismo, por ser tú precisamente su guardaespaldas.

Es.—De lo que va a ser de mí, de eso yo no sé nada, pero que he visto lo que he visto, eso sí que lo sé de cierto.

Pa.— ¿Te empeñas, desgraciado?

Es.— ¿Qué quieres que te diga, sino lo que he visto?; y además, ahora está ella ahí en casa del vecino.

Pa.— Oye, pero ¿es que no está en casa?

Es.— Entra tú mismo y míralo, yo ya no exijo que se me crea nada.

Pa.— Y tanto que voy a mirarlo.

Es.— Yo te espero aquí; y de paso estaré al acecho a ver cuándo se recoge la ternera del pasto a su establo. *(Palestrión entra en casa del militar.)* No sé qué hacer; el militar me ha encargado su vigilancia: si la descubro, estoy perdido, pero estoy también igualitamente perdido si me callo y luego resulta que viene a descubrirse el caso. No hay nada peor ni más descarado que una mujer. Mientras que yo ando por el tejado, coge ella y sale de su habitación; por favor, qué atrevimiento; si se entera el militar, te juro que va a mandar a la horca a toda la casa, inclusive un servidor. Diablos, sea como sea, preferible es cerrar el pico que jugarme el pellejo; yo no puedo guardar a una persona si es ella misma la que se vende.

Pa.— *(Saliendo de casa del militar.)* ¡Escéledro, Escéledro!, ¿hay en todo el mundo otro caradura más grande que tú?, ¿alguien que haya nacido con un sino más avieso?

Es.— ¿Qué pasa?

PA.— ¿Por qué no te haces sacar unos ojos con los que ves cosas que no existen en parte alguna?

Es.— ¿Cómo en parte alguna?

PA.— Desde luego, yo no daría por tu vida ni un higo pocho.

Es.— Pero ¿qué es lo que pasa?

PA.— ¿Que qué pasa, preguntas?

Es.— Pero ¿por qué no lo voy a preguntar?

PA.— ¿Por qué no te mandas cortar esa lengua tan larga?

Es.— Pero ¿por qué me la voy a mandar cortar?

PA.— Filocomasio está en casa y tú decías que la habías visto en casa del vecino besándose y abrazándose con otro.

Es.— Me extraña que comas cizaña estando el trigo tan barato.

PA.— ¿Por qué?

Es.— Porque estás cegato[8].

PA.— Bribón, te juro que tú no es cegato lo que estás, sino ciego del todo: la joven está en casa.

Es.— ¿Cómo, en casa?

PA.— En casa, sí, señor, en casa.

Es.— ¡Vamos anda, Palestrión, estás jugando conmigo!

PA.— Entonces tengo que tener las manos embadurnadas.

Es.— ¿Por qué?

PA.— Por estar jugando con basura.

Es.— ¡Ay de ti!

PA.— De ti sí que sí, Escéledro, a no ser que cambies de ojos y de dichos. Pero ha sonado nuestra puerta.

Es.— Pues yo me pongo ahí de guardia a la puerta *(en casa de Periplectómeno),* porque ella no tiene otra posibilidad de pasar de allí aquí si no es directamente por esa puerta.

[8] La ingestión de cizaña pasaba por hacer daño a los ojos; cf. OVIDIO, *Fast.* I 691, *careant loliis oculos vitiantibus agri.*

PA.— ¡Pero si está en casa! Verdaderamente, Escéledro, yo no acierto con qué es lo que te trae a tan mal traer[9].

Es.— Yo sé lo que me veo y lo que me sé: a mí mismo me doy en primer lugar crédito; nadie en este mundo podrá sacarme de que la joven está aquí en esta casa; aquí me planto a la puerta para que no se me escurra y se me pase a la otra sin yo darme cuenta.

PA.— *(Aparte.)* Ya lo tengo, verás cómo consigo echarle de sus trincheras. ¿Quieres que te convenza de que no ves más que fantasmagorías?

Es.— Venga, hale.

PA.— ¿Y de que no tienes dos dedos de frente ni ojos en la cara?

Es.— De acuerdo.

PA.— ¿Tú dices entonces que la amiga del amo está ahí en esa casa?

Es.— Además declaro que la he visto ahí dentro besándose con otro hombre.

PA.— ¿Sabes tú que no hay comunicación ninguna de esa casa a la nuestra.

Es.— Sí que lo sé.

PA.— ¿Ni terraza ni jardín, como no sea encaramándose por el tejado al patio interior?

Es.— Sí que lo sé.

PA.— Y ahora, qué; si resulta que la joven está en casa, si consigo que la veas salir de aquí de casa, ¿te mereces entonces una buena ración de palos, sí o no?

Es.— Sí que me la merezco.

[9] En el texto latino hay de nuevo un juego de palabras entre *scelus* y *Sceledrus,* como en el v. 289.

PA.— A ver, ponte entonces ahí de centinela en esa puerta *(de la casa de Periplectómeno),* no sea que se te escurra a escondidas y se pase para acá sin que te des cuenta.

ES.— Ése es mi propósito.

PA.— Ahora mismo te la pongo aquí de patitas en la calle.

ES.— ¡Venga ya, anda! *(Palestrión entra en casa del militar.)* Estoy pero que deseandito saber si es que he visto lo que he visto o si va a salirse ése con la suya, como dice, de que está la joven en casa. Hombre, yo tengo ojos en la cara y no necesito los de nadie. No, es que éste le anda siempre a su alrededor, es su preferido, el primero que llaman para comer, el primero que le sirven la carne; pues no lleva con nosotros más que unos tres años y a ningún otro de los esclavos le va mejor que a él en la casa. Pero yo ahora a lo mío, a guardar aquí la puerta esta; aquí delante me planto. Te juro que al menos por aquí no van a dármelas.

ESCENA CUARTA

PALESTRIÓN, FILOCOMASIO, ESCÉLEDRO

PA.— *(Saliendo con Filocomasio de casa del militar.)* Que no te olvides de mis instrucciones.

FI.— Me asombro de que me lo repitas tantas veces.

PA.— Es que me temo que no te des bastante maña.

FI.— Dame si quieres hasta diez inocentonas, y te las dejaré pero que bien amañadas de lo que a mí sola me sobra. Venga, adelante con tu plan. Yo me pongo ahí un poco más retirada.

PA.— ¡Tú, Escéledro!

ES.— *(Con los brazos extendidos delante de la puerta de Periplectómeno.)* Yo, aquí a lo mío; pero oídos tengo, habla lo que quieras.

PA.— Me hace a mí el efecto que de la misma forma que estás ahí de plantón vas a acabar tus días a las afueras con los brazos extendidos, cuando te cuelguen.

ES.— Pero ¿por qué?

PA.— Vuélvete un momento y mira para allá: ¿quién es esa joven?

ES.— ¡Dioses inmortales!

PA.— Eso mismo creo yo; anda ahora, cuando gustes...

ES.— ¿El qué?

PA.— Disponte a terminar tus días.

ES.— ¿Dónde está ese esclavo modelo que, siendo yo inocente, me acusa en falso de la mayor de las ignominias?

PA.— ¡Ahí lo tienes! Éste es el que me ha dicho lo que te he dicho.

FI.— Malvado, ¿dices que me has visto besándome en casa del vecino?

PA.— Y además ha dicho que con un joven extraño.

ES.— Sí que lo he dicho, maldición.

FI.— ¿Que tú me has visto?

ES.— Y con mis propios ojos.

FI.— Me parece que te vas a quedar sin ellos, por ver más de lo que ven.

ES.— Nunca jamás me podrá sacar nadie de que he visto lo que he visto, demonios.

FI.— Tonta y necia de mí, hablar con este loco: yo te aseguro que te va a costar la cabeza.

ES.— Despacio con esas amenazas, joven; bien me sé yo que la horca va a ser mi sepulcro; allí descansa toda mi parentela, mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo. Todas tus amenazas no conseguirán arrancarme los ojos de la cara. Pero tú, Palestrión, escúchame un momento: por favor, ¿de dónde sale ésta ahora aquí?

PA.— ¿De dónde sino de casa?

Es.— ¿De casa?

Pa.— ¿No te fías de mí?

Es.— Sí que me fío. De verdad que es una cosa asombrosa que haya podido pasar de allí aquí; porque, desde luego, nosotros no tenemos ni terraza ni jardín ni ventana más que con reja; y yo, por lo que a mí toca, afirmo que la he visto ahí dentro.

Pa.— ¿Insistes, malvado, en seguir acusándola?

Fi.— ¡Ay, qué verdadero ha sido el sueño que he tenido esta noche!

Pa.— ¿Qué es lo que has soñado?

Fi.— Yo te lo diré; pero atended bien, por favor. He visto esta noche en sueños a mi hermana gemela que había venido de Atenas a Éfeso con un amigo suyo; y los dos se alojaban aquí en la casa de al lado.

Pa.— *(Aparte.)* Cuenta lo que ha soñado un servidor. A ver, sigue.

Fi.— Yo me ponía muy contenta de que hubiera venido mi hermana, pero soñaba también que se hacían caer sobre mí las peores sospechas, porque me parecía en sueños que uno de mis esclavos me acusaba de que me había estado besando con otro muchacho, así como tú dices, cuando era mi hermana gemela la que se había besado con su amigo; una tal calumnia he soñado que se me levantaba.

Pa.— Pues mira, te está pasando ahora despierta lo mismo que dices que has visto dormida. ¡Ja, qué sueño más verídico! Entra en casa, haz una oración! [10]. Yo creo que hay que darle cuenta de esto al militar.

[10] Era costumbre invocar a los dioses después de haber tenido un sueño, implorando su auxilio (cf. *Anphitruo* 738 ss., *Curculio* 270 ss.).

FI.— Y tanto que estoy dispuesta a hacerlo; ni voy a consentir que se me acuse en falso impunemente de un delito no cometido. *(Entra en casa del militar.)*

ES.— Me temo haber metido la pata, según el escozor que siento por toda la espalda.

PA.— ¿Te das cuenta ahora de que estás perdido?

ES.— Ahora, desde luego, es cosa segura que está en casa. Aquí me planto de centinela a la puerta, esté donde esté.

PA.— Pero bueno, Escéledro, ¡hay que ver qué sueño tan exacto eso que tú sospechabas de que la habías visto besándose!

ES.— Yo ya no sé el crédito que me puedo dar a mí mismo, después que me parece no haber visto lo que creo haber visto.

PA.— Me parece que te pones en razón un poco demasiado tarde; si la cosa llega a oídos del amo, bonita la que te vas a ganar.

ES.— Ahora, al fin, caigo en la cuenta de que se me puso una nube delante de los ojos.

PA.— Pues sí que no hace rato que está la cosa clara, después que ella lleva todo el tiempo ahí dentro en casa.

ES.— Yo ya no sé qué decir: la vi, pero no la vi.

PA.— Anda, caramba, que por poco nos pierdes a todos por una necedad así; por querer dártelas de tan fiel con el amo, casi te buscas tu ruina. Pero suena la puerta del vecino. Me callo la boca.

ESCENA QUINTA

FILOCOMASIO, ESCÉLEDRO, PALESTRIÓN

FI.— *(Saliendo de casa de Periplectómeno; a una esclava.)* Pon fuego en el altar, para que gozosa le tribute alabanzas y acciones de gracias a la Diana de Éfeso y la inciense con el

embriagante perfume de la Arabia por haberme guardado en los dominios de Neptuno y en sus turbulentas regiones, donde he sido tan duramente combatida por las furiosas olas.

Es.— ¡Oh, Palestrión, Palestrión!

Pa.— ¡Oh, Escéledro, Escéledro!, ¿qué quieres?

Es.— Esa joven que acaba ahora de salir de ahí ¿es Filocomasio, la amiga del amo, o no lo es?

Pa.— Te juro que yo tengo la impresión de que parece ella, pero es sorprendente que haya podido pasar de aquí allí, si es que realmente lo es.

Es.— Pero ¿tienes tú dudas de si es ella?

Pa.— Parece ella.

Es.— Vamos a acercarnos y a hablarle: ¡eh tú, Filocomasio!, ¿qué es lo que se te ha perdido en esa casa, qué buscas ahí? ¿Por qué no me contestas? Es contigo con quien hablo.

Pa.— Caramba, me parece más bien que es contigo mismo con quien hablas, porque lo que es ella, no dice ni pío.

Es.— A ti te digo, malvada, infame, que andas ahí vagando por las casas de los vecinos.

Fi.— ¿Con quién estás hablando?

Es.— ¿Con quién sino contigo?

Fi.— ¿Y quién eres tú o qué tienes que ver conmigo?

Es.— Oye, ¿me preguntas quién soy?

Fi.— ¿Y por qué no te voy a preguntar lo que no sé?

Pa.— A ver: ¿quién soy entonces yo, si no conoces a éste?

Fi.— Un antipático, seas quien seas, lo mismo que el otro.

Es.— ¿Pero es que no nos conoces?

Fi.— A ninguno de los dos.

Es.— Estoy aterrado.

Pa.— ¿De qué?

Es.— De que no sea que nos hayamos extraviado donde sea, porque ésta dice que no nos conoce ni a ti ni a mí.

PA.— Yo quiero certificarme ahora mismo, Escéledro, de si es que somos nosotros o no lo somos, no sea que alguno de los vecinos nos hayan metamorfoseado sin darnos cuenta.

ES.— Por lo menos yo soy yo mismo.

PA.— Y yo también, demonio; chica, te estás buscando tu perdición. ¡A ti te digo, eh, tú, Filocomasio!

FI.— Pero ¿qué clase de locura es esa de llamarme con un nombre falso y tan complicado?

PA.— ¡Oye!, pues ¿cómo te llamas entonces?

FI.— Justa.

ES.— Haces mal, Filocomasio, te empeñas en tener un nombre que no te va: Injusta eres y no Justa, y estás cometiendo una injusticia con mi amo.

FI.— ¿Quién, yo?

ES.— Sí, tú.

FI.— ¿Yo, que he llegado ayer de Atenas a Éfeso con mi amigo, un muchacho ateniense?

PA.— A ver: ¿y a qué es a lo que vienes a Éfeso?

FI.— Me han dicho que mi hermana gemela está aquí y he venido a buscarla.

ES.— Eres una bribona.

FI.— Mejor diría yo una necia, por estar aquí charlando con vosotros. Me marcho.

ES.— ¡No te irás!

FI.— Suéltame.

ES.— Te hemos cogido *in fraganti,* no te suelto.

FI.— Pues voy a hacer sonar mis manos, y además en tus mejillas, si no me sueltas.

ES.— *(A Palestrión.)* ¿Qué haces ahí como un pasmarote, maldición, por qué no la coges por el otro lado?

PA.— No tengo interés ninguno en meter en líos a mis costillas. ¿Qué sé yo si no es Filocomasio, sino una que se le parece mucho?

Fi.— ¿Me sueltas o no me sueltas?

Es.— ¿Soltarte yo? Todo lo contrario: a la fuerza y contra tu voluntad y quieras que no, te meteré en casa si es que no vas de grado.

Fi.— Yo no estoy aquí más que de paso, yo vivo en Atenas del Ática: yo no tengo nada que ver con esa casa, ni os conozco a vosotros, ni sé quién diablos sois.

Es.— Denúnciame si quieres; yo no te soltaré antes de que me des la firme promesa de que entras en casa si te suelto.

Fi.— Quienquiera que seas, me obligas por la fuerza; yo te doy promesa de que, si me sueltas, entraré donde me ordenes.

Es.— ¡Hale, ya estás suelta!

Fi.— Y ahora que lo estoy, ¡ahí te quedas! *(Se va a casa de Periplectómeno.)*

Es.— Eso es lo que vale la palabra de una mujer.

Pa.— Escéledro, te has dejado escapar la presa. Es segurísimo la amiga del amo. ¿Quieres hacer ahora mismo una cosa?

Es.— ¿El qué?

Pa.— Tráeme una espada.

Es.— Pero ¿qué quieres hacer con una espada?

Pa.— Voy y me cuelo de rondón en la casa: al primero que vea allí besándose con Filocomasio, cojo y le degüello.

Es.— Pero ¿es que tú crees que es ella?

Pa.— No es que lo crea, es que estoy seguro de que lo es.

Es.— Pues hay que ver cómo disimulaba.

Pa.— Venga, tráeme la espada.

Es.— Ahora mismo. *(Entra en casa del militar.)*

Pa.— Una cosa es segura: no hay soldado ni de infantería ni de caballería que tenga tanto arrojo como para poder moverse con tanta seguridad como una mujer. ¡Hay que ver la maestría con que ha sabido hacer su doble papel, qué manera de reírse en las mismas barbas de su avisado guardaespaldas, mi colega. Es estupendo lo del pasadizo ese abierto en la pared.

Es.— *(Saliendo de casa del militar.)* Eh, tú, Palestrión, te puedes ahorrar eso de la espada.

Pa.— ¿Por qué, qué es lo que pasa?

Es.— La amiga del amo está en casa.

Pa.— ¿Cómo, en casa?

Es.— Echada en su cama.

Pa.— Escéledro, verdaderamente te juro que, si es como dices, te la has cargado.

Es.— ¿Por qué?

Pa.— Por haberte atrevido a poner tus manos en la chica esta de la casa del vecino.

Es.— Te juro que estoy de verdad temblando.

Pa.— Desde luego, no habrá quien me convenza de que no sea la hermana gemela de Filocomasio: ella es, seguro, la que tú habías visto ahí besándose.

Es.— A la vista está que es ella, como tú dices; verdaderamente que he estado a punto de diñarla si se lo llego a decir al amo.

Pa.— O sea que, si tienes dos dedos de frente, punto en boca; un esclavo debe saber más de lo que habla. Te dejo, que no quiero cuentas contigo; me voy aquí a casa del vecino, no me gustan los líos que armas. Si viene el amo y pregunta por mí, allí estoy; vas y me llamas.

ESCENA SEXTA

Escéledro, Periplectómeno

Es.— ¡Pues no que coge éste y se larga sin ocuparse para nada de las cosas del amo, tal y como si no fuera su esclavo! La otra está, desde luego, ahora aquí dentro en casa, porque

acabo yo de verla hace nada allí echada. Yo me pongo aquí ahora de centinela.

PE.— *(Saliendo de su casa y hablando como si no viera a Escéledro.)* Bueno, esta gente me toma por una mujer, y no por un hombre; los esclavos de mi vecino el militar, qué manera de burlarse de mí; ¡mira que haberle puesto mano en contra de su voluntad y haberle querido tomar el pelo aquí a mi huéspeda, una joven libre y libre de nacimiento, que vino ayer de Atenas con un amigo mío!

Es.— ¡Muerto soy, éste viene derecho a mí! Me temo que este asunto me va a traer muy malas consecuencias, según lo que le oigo decir al viejo.

PE.— Voy a hablarle: ¿has sido tú, Escéledro, quien ha estado ahora mismo tomando a chunga aquí a la puerta de la casa a mi huéspeda?

Es.— Vecino, escúchame, por favor.

PE.— ¿Que te escuche encima?

Es.— Es que quiero disculparme.

PE.— ¿Que tú me vas a venir con disculpas, después de haber cometido tamaña fechoría, una indignidad tal? ¿Acaso por ser soldados os creéis que os está permitido hacer todo lo que os dé la gana, granuja, más que granuja?

Es.— ¿Me permites?

PE.— *(Sigue hablando sin hacerle caso.)* Te juro por todos los dioses, por las diosas todas, que si no se me da una satisfacción moliéndote a palos desde la mañana hasta la noche por haberme roto mis canalones y partido mis tejas mientras perseguías a ese mono que hace tan buena pareja contigo, y por haber estado curioseando a mi huésped en casa cuando abrazaba y besaba a su amiga y por haberte atrevido a calumniar a la amiga de tu amo a pesar de su inocencia y a acusarme a mí de la mayor de las ignominias, y por haber zarandeado a mi huéspeda aquí a la puerta de mi casa; te juro, digo, que si no se me

da una satisfacción a base de los palos que mereces, voy a dejar caer sobre tu amo una mayor descarga de oprobio que olas levanta un huracán en el mar.

Es.— Periplectómeno, estoy en tal forma acorralado, que no sé si debo pedirte primero cuentas a ti..., o, en el caso de que ésa no sea ésta ni ésta ésa, entonces creo que más vale que te pida disculpas por todo este asunto, pero es que tampoco sé todavía bien qué es lo que he visto; tan parecida es esa tuya a la nuestra..., si es que no es la misma.

Pe.— ¡Entra en mi casa a verlo y lo sabrás!

Es.— Con permiso.

Pe.— ¡Qué con permiso! Es que te lo mando que entres; y entérate de todo con calma.

Es.— Así lo haré. *(Se dirige a la puerta de la casa de Periplectómeno.)*

Pe.— *(Hablando a la puerta de la casa del militar.)* ¡Eh, tú, Filocomasio, pásate a toda prisa a mi casa, la cosa urge! Luego, cuando haya salido Escéledro, te vas otra vez corriendo a la vuestra. A ver si va a armar ahora éste algún lío: como no la vea Escéledro ahora allí... pero se abre la puerta.

Es.— *(Saliendo de casa de Periplectómeno.)* ¡Dioses inmortales, misericordia! Imposible hacer una mujer más parecida y más la misma sin ser la misma; ni siquiera los dioses serían capaces.

Pe.— Y ahora ¿qué?

Es.— Me merezco una paliza.

Pe.— ¿Qué, es ella?

Es.— Lo es, pero no lo es.

Pe.— ¿Es ésa la que viste?

Es.— La vi, y además abrazándose y besándose con tu huésped.

Pe.— ¿Es ella?

Es.— No lo sé.

PE.— ¿Quieres saberlo de todas todas?

Es.— Con toda mi alma.

PE.— Entra ahora mismo en vuestra casa, mira si es que está la vuestra allí dentro.

Es.— Vale, tienes mucha razón, ahora mismo estoy de vuelta. *(Entra en casa del militar.)*

PE.— En mi vida he visto burlarse de nadie en forma tan divertida y tan increíble. Pero ya sale.

Es.— Periplectómeno, yo te suplico por los dioses y los hombres todos, y por mi necedad, abrazado a tus rodillas…

PE.— ¿Qué es lo que me suplicas?

Es.— Que perdones mi ignorancia y mi necedad; ahora, al fin, me doy cuenta de que he sido un loco, un ciego, un atolondrado, porque Filocomasio… dentro está.

PE.— Qué, ladrón, ¿las has visto ahora a las dos?

Es.— Sí que las he visto.

PE.— Ahora, ponme aquí a tu amo.

Es.— Confieso que me tengo merecido el mayor de los castigos y te digo que he cometido una injusticia con tu huéspeda, pero es que yo creí que era la amiga de mi amo, de la que mi amo el militar me había puesto de guardián; es que, desde luego, no es posible sacar de uno y el mismo pozo dos clases de agua más iguales que lo son ella y esa huéspeda tuya. Además, confieso que estuve mirando desde el tejado al patio de tu casa.

PE.— Muy bien está eso de confesarme una cosa que he visto yo mismo; ¿y dices que viste allí a mi huésped besándose con la muchacha esta?

Es.— Sí que lo vi, ¿por qué voy a negar lo que he visto?, pero creí que era Filocomasio.

PE.— ¿Piensas tú que soy yo una persona tan vil como para consentir a sabiendas que se le hiciera en mi casa tan a las claras una injuria semejante a mi vecino?

Es.— Ahora, al fin, me doy cuenta de que me he portado como un necio, ahora que ya lo sé todo; pero no lo hice con mala intención.

Pe.— Pero indebidamente, que un esclavo debe tener bajo control sus ojos, sus manos y sus palabras.

Es.— Yo, desde luego, si es que de aquí en adelante abro la boca, aunque sea para decir una cosa de la que estoy seguro, llévame a la horca; yo mismo te me entregaré, pero ahora te ruego por favor que me perdones.

Pe.— Intentaré dominarme y no pensar que lo has hecho con mala intención; quedas perdonado.

Es.— ¡Los dioses te lo paguen!

Pe.— Y tú, maldición, si no es que estás dejado de la mano de los dioses, pondrás freno a tu lengua; en adelante no has de saber tampoco lo que sabes, ni haber visto lo que has visto.

Es.— Te agradezco el buen consejo, así lo haré: ¿estás ahora del todo satisfecho?

Pe.— Puedes marcharte.

Es.— ¿Deseas alguna otra cosa?

Pe.— Que hagas como si no existiera.

Es.— *(Aparte.)* Éste me engaña. ¡Con qué bondad me ha hecho gracia de perdonarme! Yo me sé lo que trama: que me echen mano en casa en cuanto que vuelva el militar del foro; está compinchado con Palestrión para traicionarme; lo tengo visto y lo sé ya hace tiempo. Pero te juro que no voy a picar en el cebo de ese anzuelo, porque me escaparé a donde sea y estaré escondido unos cuantos días mientras que se solucionan estos líos y se amansan las iras, que de verdad he merecido un castigo que valdría para un pueblo entero de traidores. Pero, sea como sea, entro ahora en casa.

Pe.— Al fin se fue; verdaderamente tengo por cierto que un cerdo degollado sabe más —y mejor— que éste: ¿cómo será posible convencer a una persona de que no ha visto lo que

ha visto? A nuestra banda se han pasado sus ojos, sus oídos, todo su discernimiento. Hasta ahora todo nos ha salido a pedir de boca; hay que ver la gracia y el salero con que ha colaborado la joven. Me voy otra vez aquí a nuestro senado, que Palestrión está ahora en mi casa y Escéledro fuera: ahora podemos celebrar asamblea plenaria. Me voy dentro, no sea que se echen las suertes de los cargos en mi ausencia [11].

ACTO III

ESCENA PRIMERA

PALESTRIÓN, PERIPLECTÓMENO, PLEUSICLES

PA.— *(A los otros dos dentro de la casa.)* Esperaos ahí un momento, Pleusicles, dejadme a mí primero inspeccionar si no hay por alguna parte una emboscada contra la asamblea a celebrar, porque necesitamos ahora un lugar seguro, donde no pueda ningún enemigo hacerse con los despojos de nuestro plan, que un plan bueno deja de serlo si cae en poder del enemigo, ni es posible otra cosa sino que, si le aprovecha a él, te haga daño a ti; y es que pasa muchas veces el dejarse atrapar un plan bien pensado si no se escoge con cuidado y precaución el lugar para las discusiones. Y si los enemigos llegan a conocimiento de tu plan, te tapan la boca y te atan las manos, y lo que tú querías hacer con ellos te lo hacen ellos a ti. Voy a mirar bien, no sea que o por la izquierda o por la derecha haya apostado algún cazador con redes provistas de orejas. Desde aquí hasta el final de la plaza no veo más

[11] Texto inseguro.

que un desierto; voy a llamarlos; ¡eh, Periplectómeno, Pleusicles, salid!

PE.— Aquí estamos a tus órdenes.

PA.— Fácil es mandar cuando se trata de buenos sujetos. Y ahora ¿qué os parece: lo hacemos así como hemos pensado dentro?

PE.— Yo creo que nada puede ser más a propósito para nuestros planes.

PA.— Y tú, Pleusicles, ¿qué dices?

PL.— ¿Me va a parecer mal a mí lo que os parece bien a vosotros? No tengo yo otra persona que sea más adicta que tú, Periplectómeno.

PA.— Muy bien dicho, tienes toda la razón.

PE.— Qué otra cosa podía esperarse de él.

PL.— Pero, si digo la verdad, toda esta historia me agobia y me atormenta física y psíquicamente.

PE.— ¿Qué es lo que te atormenta? Habla, pues.

PL.— El venirte a ti a tu edad con estas niñerías impropias de ti y de una persona de tu talla, el que por causa mía te pongas a ello con toda tu alma para ayudarme en mis amores y que hagas cosas que a tu edad suelen más bien rehuirse que buscarse; me da apuro el cargarte a tus años con todas estas complicaciones.

PA.— Pleusicles, si te da apuro de algo de lo que haces, tienes verdaderamente una forma nueva de amar; joven, tú no estás enamorado, eres más bien la sombra de un amante que no un enamorado de verdad.

PL.— ¿Es que está bien acaso dar que hacer a una persona en esas edad por culpa de mis amores?

PE.— ¿Qué dices?, ¿es que te parezco estar tan a punto para el otro mundo que soy ya un hombre con un pie en la sepultura? ¿Tan viejo te parezco? Después de todo, no tengo más de 54 años y veo como un lince, estoy ágil de pies y de manos.

Pa.— En serio, a pesar de sus canas, por su manera de ser no parece un viejo; no ha perdido ni un punto de su peculiar noble condición, que es pero que de primera.

Pl.— Por experiencia sé la razón que tienes, Palestrión: este hombre tiene, desde luego, tanta comprensión como una persona joven.

Pe.— Precisamente, querido amigo, mientras más a prueba me pongas, más tendrás ocasión de experimentar mi indulgencia para con tus amores.

Pl.— ¿Y para qué enterarse de lo que ya se sabe?

Pe.— *** [12] Para que hagas tú la experiencia por ti mismo, que alguien que no ha estado nunca enamorado, difícilmente podrá hacerse cargo de la situación ajena; y es que yo siento aún anidar en mí el fuego del amor y la savia de la vida, ni estoy tan reseco como para no querer cuentas con todo lo que significa contento y placer. Yo tengo sentido del humor y soy un huésped bien visto en todas partes; yo no le quito a nadie la palabra en una conversación y sé muy bien abstenerme de despropósitos en un convite, hablar cuando me corresponde y guardar silencio cuando le toca el turno de hablar a otro; jamás se me ocurre escupir ni carraspear ni sonarme a la mesa; en fin, es que no en vano he nacido en Éfeso, y no en Apulia, no soy de Anímula [13].

Pa.— ¡Qué tipo más simpático este viejo a medias, si es que realmente tiene las cualidades que dice!, desde luego, ha mamado la simpatía con la leche de la madre.

Pe.— Pues aún te voy a resultar más simpático por mis hechos que por mis dichos; y es que yo en un convite jamás me

[12] Los editores suponen aquí una laguna, que Ritschl suple como sigue: «Porque es mejor haber estado uno mismo enamorado, si es que quieres ayudar a alguien que lo está».

[13] Anímula era una aldea insignificante de la Apulia, región de Italia, cuyos naturales tenían, al parecer, fama de muy rústicos.

pongo a emprenderla con la amiga de otro, ni me adelanto a tomar de la carne ni la copa, ni surge nunca por culpa mía, por haberme propasado con el vino, conflicto alguno entre los comensales; si es que alguno se pone molesto, me marcho a casa, interrumpo la conversación; yo, cuando estoy a la mesa, me doy a Venus, al amor, al placentero esparcimiento.

PA.— Verdaderamente que la nota más destacada en tu carácter es la jovialidad: dame tres hombres de la misma clase, y te los pagaré a precio de oro [14].

PL.— Yo te aseguro que te será imposible encontrar otro hombre de la misma edad con más simpatía, ni nadie que te sea un amigo tan servicial.

PE.— Ya verás cómo consigo que no te quede sino conceder que me porto realmente como un joven, porque, sea lo que sea, me encontrarás siempre a tu disposición para ayudarte con mis servicios: ¿que te hace falta un patrono adusto, iracundo? ¡Aquí me tienes! ¿Te hace falta uno manso? Dirás que lo soy más que la mar en calma y más apacible que el soplo del céfiro. Igual soy capaz de servirte de comensal con un humor de perlas que de bufón como no hay otro, que te hago a la perfección la compra para un festín; y si es que se trata de bailar, no habrá marica que sea capaz de igualársme con sus contoneos.

PA.— *(A Pleusicles.)* Si te dieran a escoger, ¿qué te parecería deseable para ti, aparte de todas esas cualidades?

PL.— El poder dar pruebas de un agradecimiento adecuado a tus servicios, y lo mismo digo en tu caso, que ya son muchos los trastornos que os estoy ocasionando a los dos. También me pesa el estarte ocasionando tantos gastos, Periplectómeno.

PE.— Pues eso es una tontería, que lo que gastas con una mala mujer o con un enemigo es cosa perdida, pero en un buen

[14] El texto latino dice *aurichalcum,* metal fabuloso de brillo dorado; cf. *Curculio* 202.

huésped y un amigo son los gastos una ganancia. También lo que empleas en el culto divino es para una persona de cabeza una ganancia [15]. Yo, gracias a los dioses, tengo lo suficiente para ofrecerte hospitalidad de buena gana; come, bebe, disfruta a placer en mi compañía, llena tu alma de optimismo: libre es mi casa, libre quiero gozar de la vida; porque yo, gracias a los dioses puedo decirlo, hubiera podido por mis riquezas casarme con una mujer rica y noble; pero mira, no tengo ganas de meter en mi casa a alguien que me esté siempre ladrando.

PA.— ¿Por qué?: los hijos dan muchas alegrías.

PE.— Te juro que mucha más alegría da el gozar tú de tu libertad.

PA.— Tú eres una persona que sabe tomar sabias decisiones no sólo para los demás, sino también para sí misma.

PE.— Desde luego que es muy hermoso el casarse con una mujer buena, si es que hubiera en el mundo donde se la pudiera encontrar; pero ¿me voy yo a casar con una mujer que no me diga nunca: «Marido, cómprame lana que te haga una capa suave y caliente y un buen traje de invierno, que no te hieles cuando llegue el frío»? ¿Te crees que vas a oír alguna vez una cosa así de tu mujer? No, sino que antes del canto del gallo me despertará y me dirá: «Marido mío, dame para que pueda hacer un regalo a mi madre para primeros de mes [16], dame para que pueda hacer dulces, dame para que tenga de donde dar algo por las fiestas de Minerva [17], a la exor-

---

[15] Ribbeck, Brix y Ernout, seguramente con razón, han considerado como interpolación el v. 675.

[16] Se trata de las calendas de marzo, cuando era costumbre hacer regalos a las mujeres: cf. MARCIAL, V 84, 10; SUETONIO, *Vespasiano* 19.

[17] La fiesta de la fundación del templo de Minerva en el Aventino el 19 de marzo coincidía con la antigua fiesta de Marte nombrada *quinquatrus* (celebrada el quinto día después de las idus de marzo), por lo que era considerada por el pueblo como una fiesta de Minerva, patrona de los artesanos *(artificum*

cista [18], a la intérprete de los sueños, a la adivina y la profetisa; es una verdadera vergüenza si no se le manda nada a la vidente que sabe leer los movimientos de las cejas [19]; bueno, y a la mujer que me dobla la ropa no está ni medio bien el no hacerle un regalo; y la de la cera [20] ya hace tiempo que está enfadada conmigo porque no ha recibido nada; y luego la comadrona, que se me ha quejado de que era muy poco lo que le había mandado; qué, ¿no le vas a mandar algo a la nodriza de los esclavos?». Todos estos gastos y perjuicios por el estilo que traen consigo las mujeres son los que me retienen de tomar una esposa que me venga luego con historias parecidas.

PA.— Tú gozas del favor de los dioses; porque te juro que, si llegas a perder esa libertad, no te será fácil el volver a recuperarla en ese grado.

PL.— Por otra parte, es una honra, cuando se es de noble familia y se poseen grandes riquezas, el criar hijos para perpetuar el nombre de la familia y el propio.

PE.— Y teniendo muchos parientes, ¿qué necesidad tengo de hijos? Así vivo feliz y como quiero y me viene en gana; a mi muerte entregaré y repartiré mis bienes entre mis parientes; ellos andarán a mi alrededor, se ocuparán de mí, vendrán a ver cómo me encuentro, si es que quiero algo. Antes de ser de día están ya aquí y me preguntan que cómo he pasado la noche. Las personas que me regalan, a ésas tendré yo por mis hijos:

dies); cf. OVIDIO, *Fast.* III 809 ss., donde se nombra entre otros, por ejemplo, a los que trabajan la lana, los zapateros, los médicos y los maestros de escuela. Cinco días duraban las fiestas ya en el siglo II antes de nuestra era (T. LIVIO, XLIV 20, 1).

[18] Cf. NONIO, 494 (de VARRÓN, *Cato vel de liberis educandis) ut faciunt pleraeque, ut adhibeant praecantrices nec medico ostendant.*

[19] Cf. *Pseudolus* 102, *ita supercilium salit,* interpretado como un augurio feliz.

[20] *Ceriaria,* oficio no identificado.

¿que están de matanza para un sacrificio?, me dan a mí de lo que ellos se quedan para sí mismos, me llevan al banquete, me invitan a sus casas a almorzar, a cenar; como postergado se siente el que menos da. Ellos rivalizan entre sí con sus regalos y yo me digo para mis adentros: están esperando a tragarse mis bienes, por eso me ceban y me regalan a porfía.

PA.— Tú tienes mucho talento para organizarte tu vida; si no te falta de nada, es como si tuvieras dos y tres hijos.

PE.— Desde luego que, si hubiera tenido hijos, no serían pocas las penas que me hubieran causado: no tendría ni un momento de respiro: si uno tuviera fiebre, pensaría si se me iba a morir; si se cayera borracho al suelo o del caballo, tendría miedo de que se hubiera partido una pierna o la crisma.

PL.— Este hombre es una persona digna de poseer riquezas y de gozar de una vida larga, porque sabe conservar sus bienes, disfrutar de ellos y servir a sus amigos.

PA.— ¡Sí, señor, una persona encantadora! Por todos los dioses y las diosas, cuánto mejor hubiera sido que la providencia divina hubiera dispuesto que no todos lleven un mismo género de vida. ¿No veis la forma en que los buenos inspectores de los mercado tasan las mercancías?: a las buenas les ponen el precio por el que merecen ser vendidas con arreglo a su calidad, y asimismo tasan las malas de forma que causen pérdidas a los que las ofrecen. Igual debían haber ordenado los dioses la vida de los mortales: a los de buen natural, darles vida larga, a los malos y a los sinvergüenzas, quitársela en seguida. Si así estuvieran dispuestas las cosas, habría muchas menos malas personas y no se atreverían tanto a cometer malas acciones, y encima resultarían más bajos los costes de vida para la gente de bien.

PE.— Es una necedad y una ignorancia el criticar los designios de los dioses y el hacerles reproches. Pero dejemos el tema. Yo voy ahora a hacer la compra, mi querido huésped,

para acogerte en mi casa con esplendidez, las atenciones y el obsequio dignos de tu persona y de la mía.

PL.— No son pocos los gastos que me parece haberte ocasionado ya, que no es posible el alojarse un huésped en casa de un amigo sin resultar molesto pasados tres días, y si son diez los que se queda, entonces eso es ya el cuento de nunca acabar[21] y aun en el caso de que el dueño de la casa no lo lleve a mal, la servidumbre protesta,

PE.— Yo, querido huésped, tengo hechos los esclavos a servirme, no a que ellos sean los que me den órdenes a mí o a que sea yo el que esté sujeto a ellos; si les resulta molesto lo que es agradable para mí, ellos reman bajo mi mando y tienen que hacer lo que les molesta, aunque sea por medio de castigos y a la fuerza. Pero ahora, como dije, me voy a la compra.

PL.— Si te empeñas, como quieras, pero no te pases de la raya, no hagas demasiados gastos; a mí me basta con cualquier cosa.

PE.— Déjate de dichos tan viejos y tan trillados; mi querido huésped, al hablar así no haces sino lo que todos; cuando están a la mesa y se trae la cena, dicen: a qué tales gastos sólo por causa nuestra; de verdad, tú estás loco, si eso hubiera bastado para diez personas. Protestan de que se haya comprado tanto y cuanto por causa suya, pero luego cogen y se lo comen.

PA.— Desde luego que así es: ¡no sabe nada éste!

PE.— Y luego a esos mismos no los oirás nunca decir cuando ven la mesa tan bien abastada: di que se lleven eso; retira esa fuente; llévate ese jamón, yo no lo quiero; toma aquel asado de cerdo; este congrio estará también muy bueno frío, llévatelo, anda, quítalo de la mesa. A ninguno de ésos les oirás

[21] El texto latino dice *odiorum Ilias;* el giro era proverbial entre los griegos; CICERÓN lo usa en *Cartas a Ático* VIII 11, 13, *tanta malorum impendet Ilias.*

hablar así, sino que se abalanzan y se te echan casi encima de la mesa al coger las cosas.

Pa.— Mira qué bien sabe un hombre tan correcto describir las incorrecciones ajenas.

Pe.— Pues no he dicho ni la mitad, y si hubiera tiempo todavía podría decir mucho más.

Pa.— Bien, ahora más vale ocuparnos primero de lo que traemos entre manos. A ver, atendedme los dos. Yo necesito tu ayuda, Periplectómeno, porque se me ha ocurrido una bonita estratagema para dejar bien esquilado al militar este de la cabellera y para darle posibilidad a nuestro enamorado joven y a Filocomasio de que se la lleve y se quede con ella.

Pe.— A ver, danos noticia de ese plan.

Pa.— Y tú dame ese anillo que llevas.

Pe.— ¿Para qué lo quieres?

Pa.— Cuando lo tenga, entonces te daré razón de mis artimañas.

Pe.— Puede servirte de él, aquí lo tienes.

Pa.— Y tú recibe a cambio el plan del engaño trazado.

Pe.— Somos todo oídos.

Pa.— Mi amo es un especialista en mujeres casadas como pienso que no ha existido ni existirá jamás otro igual.

Pe.— Soy de la misma opinión.

Pa.— Él dice siempre que es más guapo que un Adonis [22], y por eso asegura que le persiguen todas las mujeres de Éfeso.

Pe.— Te juro que hay muchos que desearían que estuvieras mintiendo, pero yo me creo muy bien que es así como dices; o sea, Palestrión, procura no extenderte demasiado.

Pa.— ¿Puedes tú proporcionarme una mujer atractiva, ladina, con gracejo?

Pe.— ¿La quieres que sea libre de nacimiento o una liberta?

[22] El texto latino pone *Alexander* (Paris), el raptor de Helena.

PA.— Eso me da igual, con tal que me proporciones una que sea interesada, que viva del oficio y que tenga chispa; de corazón, nada, porque no hay una que lo tenga.

PE.— ¿Una con experiencia o una principianta? [23].

PA.— Con toda su salsa, lo más atractiva posible y muy, muy joven.

PE.— Yo tengo una así, una de mi servicio, una golfa muy jovencilla. Pero ¿para qué la quieres?

PA.— Para que la traigas a tu casa y la presentes aquí arreglada como si fuera una señora, bien peinada con sus trenzas y sus cintillos, y que haga como que es tu mujer; eso es lo que le tienes que decir.

PE.— No sé por dónde vas.

PA.— Pues espera y lo sabréis. Pero ¿tiene esa que dices también una esclava?

PE.— Una más lista que lista.

PA.— Ésa también nos hace falta. Dile a la joven y a su esclavita que haga ella como que es tu mujer y que se muere por nuestro militar *(hablando cada vez más alto)* y como si le hubiera dado este anillo a su sirvienta y ella luego a mí para que se lo dé al militar y como si yo hiciera de tercero en el asunto.

PE.— Te oigo, te oigo, no me dejes sordo a fuerza de gritos [24], por favor, yo tengo buen oído ***.

PA.— Cuando las tengas instruidas, iré al militar y le daré el anillo; le diré que me lo ha traído y me lo ha dado tu mujer para que la pusiera en tratos con él... Tal como yo me lo conozco, ¡le entrarán unas ganas al pobre! Porque no hay nada que le atraiga tanto al muy bribón como las mujeres casadas.

PE.— Así le hubieras encargado al sol en persona que te la buscara, no te hubiera encontrado otras dos jóvenes más al pelo para este asunto. Tú tranquilo.

---

[23] Texto de interpretación insegura.

[24] Texto según conjetura de Lindsay en el aparato crítico.

PA.— Entonces, hala; pero la cosa corre prisa *(se va Periplectómeno)*. Y ahora, tú, Pleusicles, escúchame.

PL.— Estoy a tus órdenes.

PA.— Cuando vaya el militar a vuestra casa, no se te vaya a ocurrir pronunciar el nombre de Filocomasio.

PL.— Pues ¿cómo la tengo que llamar?

PA.— Justa.

PL.— O sea, como hemos dicho antes.

PA.— Estupendo, hale.

PL.— Yo lo tendré presente. Pero me gustaría saber para qué.

PA.— Yo te lo diré cuando venga a cuento; ahora, calla. El otro ya está representando su papel, a ti te tocará la vez en seguida.

PL.— Me meto en casa entonces.

PA.— ¡Mucho ojo con lo que te he encargado!

ESCENA SEGUNDA

PALESTRIÓN, LURCIÓN

PA.— *(Solo.)* ¡Qué líos tan grandes que organizo, menudas las armas que manejo! Verás cómo dejo hoy al militar sin su amiga, si es que mis soldados se portan con disciplina. Voy a llamar al otro: ¡eh, tú, Escéledro, sal aquí a la puerta, si no tienes otra cosa que hacer, soy yo, Palestrión!

LU.— *(Saliendo de casa del militar.)* Escéledro no puede salir ahora.

PA.— ¿Por qué?

LU.— Está dormido sorbiendo.

PA.— ¿Sorbiendo?

820-821 LU.— Roncando quiero decir, pero como es casi lo mismo cuando roncas, que no parece sino que sorbes...

PA.— Pero bueno, ¿es que está Escéledro ahí en casa durmiendo?

LU.—Sí, pero no en lo que se refiere a la nariz, porque menudos silbidos que le hace pegar.

PA.— Ése, como es bodeguero, se ha tomado unas copas de
825 contrabando, al poner el nardo en el vino [25]. ¡Eh, tú, Sinvergüenza, tú, su vicebodeguero!

LU.— ¿Qué hay?

PA.— ¿Cómo se ha permitido quedarse dormido?

LU.— ¿Cómo? Pues cerrando los ojos, digo yo.

PA.— No es eso lo que te pregunto, ladrón; sal aquí afuera. Muerto eres si no me dices la verdad: ¿le has dado tú el vino?

LU.— No.

PA.— ¿Lo niegas?

830 LU.— Y tanto que lo niego, como que me ha prohibido él que lo diga; ni le he sacado ocho cuartillos en la jarra ni se lo ha echado él al coleto calentito durante el almuerzo.

PA.— Ni tú has bebido junto con él, ¿verdad?

LU.— Mal rayo me parta si es que he bebido o pude beber.

PA.— Pero ¿por qué?

835 LU.— Porque me lo tomé a sorbos; estaba demasiado caliente, me quemaba la garganta.

PA.— No está mal la cosa: unos hartos de vino, y otros... a beber agua con vinagre. ¡Bonito par estáis hechos de jefe y ayudante al frente de nuestra bodega!

LU.— Pues lo mismo harías tú si fueras el que estuviera al
839-840 frente de ella. Como no nos puedes imitar, por eso nos lo tomas a mal a nosotros.

---

[25] Texto corrupto, traducción según la conjetura de USSING, que siguen BRIX-NIEMEYER. PALADIO (XI 14, 8) nombra el nardo céltico entre otros aditivos para conseguir que el vino parezca más añejo de lo que es.

PA.— ¿Acaso no he sido yo nunca bodeguero en mi vida? Contéstame, bribón, y para que lo sepas, te aviso: Lurción, si no dices la verdad, perecerás en la horca.

LU.— ¿Ah, sí? Para que tú te chives de que lo he dicho y luego cojan y me priven de poder forrarme en la bodega, y tú, si te ponen allí de encargado, te busques otro ayudante.

PA.— En serio que no. Hale, háblame con tranquilidad.

LU.— De verdad que yo no he visto sacar el vino, sino sólo que él me decía que lo sacara y yo entonces iba y lo sacaba.

PA.— Por eso estaban las ánforas [26] tantas veces boca abajo.

LU.— No, no, no era por eso por lo que se tambaleaban tanto las ánforas, sino que había en la bodega una esquinilla así un poco resbaladiza y allí mismo había junto a las ánforas una jarra de a litro, que solía llenarse hasta diez veces al día; yo mismo la he visto llenarse y vaciarse; cuando a la jarra le entraba la locura de Baco, otra vez que empezaban a tambalearse las ánforas.

PA.— Hale, hale, dentro ya; menudas bacanales os organizáis ahí en la bodega. Te juro que ahora mismo voy y traigo al amo del foro.

LU.— ¡Muerto soy! El amo me mandará a la horca cuando vuelva y se entere de lo ocurrido, por no habérselo dicho. Qué diablos, yo me escapo a donde sea y así aplazo el castigo; *(al público)* no se lo digáis a éste, por favor, os lo suplico.

PA.— ¿Adónde vas?

LU.— Tengo que hacer un mandado; ahora mismo estoy de vuelta.

PA.— ¿Un mandado?, ¿a quién?

---

[26] El *cadus,* una especie de ánfora de mayor cabida, hacía unos 40 litros y era el envase típico del vino griego, pero se utilizaba también, por ejemplo, para aceite, higos o salazones de pescado.

LU.— A Filocomasio.

PA.— Venga, hale, vuelve en seguida.

LU.— Por favor, si se reparten los palos, quédate con mi parte en mi ausencia.

PA.— Ahora caigo en la cuenta de lo que trama Filocomasio: como Escéledro está durmiendo, ha mandado a su sustituto fuera, mientras que ella se pasaba a la otra casa. Me parece muy bien. Pero ahí viene Periplectómeno con la joven que le encargué, y es guapísima. Los dioses están con nosotros. Menudo atuendo trae: desde luego, no parece una golfa. Se me está dando el asunto pero que de maravilla.

ESCENA TERCERA

PERIPLECTÓMENO, ACROTELEUTIO, MILFIDIPA, PALESTRIÓN

PE.— Acroteleutio, ya te he explicado en casa punto por punto y lo mismo a ti, Milfidipa, de lo que se trata. Si es que no habéis caído bien en la cuenta de nuestra estratagema y de la trampa en que le queremos hacer caer al militar, os lo vuelvo a explicar ahora de nuevo; en el caso de que estéis bien enteradas, entonces podemos cambiar de conversación.

AC.— Pues no, que no sería buena simpleza y necedad de parte mía el mezclarme en asuntos ajenos o prometerte mi colaboración si es que no supiera yo traérmelas de mala y de ladina en tales menesteres.

PE.— Así y todo, vale más no quedarse corto en lo que se refiere a instrucciones.

AC.— ¡Pues sí, que no es ningún secreto la falta que le hace a una fulana que se las den! En cuantito que empezaste a hablar, yo misma he sido la que te he dicho la forma en que había que timar al militar.

PE.— De todos modos, a nadie le sobra un buen consejo, que a muchos he visto yo echarse atrás de un buen camino antes de haberlo empezado.

AC.— Las mujeres, si es que se trata de hacer algo con maldad y malicia, tienen una memoria inmortal y sempiterna para tenerlo todo presente; en cambio, si tienen que portarse como buenas personas, entonces es cuando se vuelven en seguida olvidadizas, entonces no pueden acordarse de pronto de nada.

PE.— O sea que de eso es de lo que tengo miedo, porque tenéis que hacer ahora una cosa y la otra: lo que hagáis de mal al militar, resultará en provecho mío.

AC.— Mientras que hagamos algo bueno sin darnos cuenta, no tengas miedo.

PE.— ¡Malas piezas sois las mujeres!

AC.— No te apures, que yo me sé otros peores con quienes tienen que habérselas.

PE.— Bien empleado os está. Venid conmigo.

PA.— *(Aparte.)* Me estoy deteniendo en salirles al encuentro. *(En voz alta.)* Me alegro de verte bien y en tal buena compañía.

PE.— Vienes muy a punto, Palestrión. Ea, aquí tienes las jóvenes que me encargaste traerte y con el atuendo que dijiste.

PA.— Estupendo, bien venido. Se te saluda, Acroteleutio.

AC.— *(A Periplectómeno.)* Oye, dime: ¿quién es éste, que me nombra como si me conociera de toda la vida?

PE.— Éste es nuestro arquitecto.

AC.— Hola, arquitecto.

PA.— Hola, joven. Pero una cosa: ¿te ha dado este Periplectómeno una buena carga de avisos?

PE.— Las traigo a las dos instruidas a cada cual más y mejor.

PA.— Quiero saber cómo; estoy temblando, no sea que vayáis a meter la pata.

PE.— Yo no les he dicho ni más ni menos que lo que tú me has encargado.

AC.— O sea, que quieres que se le tome el pelo al militar tu amo, ¿no?

PA.— Exacto.

AC.— Todo está dispuesto a las mil maravillas, con vista, a pedir de boca y con chispa.

PA.— Sabes que quiero que figures que eres la esposa de éste *(Periplectómeno).*

AC.— De acuerdo.

PE.— Y que hagas como que estás enamorada del militar.

AC.— Tú tranquilo.

PA.— Y como si fuéramos una esclava tuya y un servidor los que mediáramos en buscarle este arreglo.

AC.— Tú, desde luego, podías ganarte la vida como adivino, porque estás prediciendo todo el futuro.

PA.— Y como si tu criada me hubiera traído este anillo de tu parte, para que yo se lo dé al militar en nombre tuyo.

AC.— Exacto.

PE.— ¿A qué tantos avisos, si están más que avisadas?

AC.— Más vale así. Amo mío de mi alma, tú date cuenta: cuando un constructor es bueno, una vez que ha metido en el arsenal el armazón bien delineado de un barco, es fácil construirlo [27]; nosotros tenemos ahora nuestro barco bien puesto en grada y no nos faltan obreros o ingenieros que saben su oficio; si el contratista que nos ha de suministrar la madera no nos causa problemas con darnos lo que necesitamos, nosotras nos las pintamos solas, ya verás qué pronto está la nave a punto.

PA.— ¿Entonces conoces tú a mi amo el militar?

AC.— Me extraña que me lo preguntes. ¿Cómo no voy a

[27] Según Using y Ernout, el final del v. 917 ha sido eliminado por una anticipación del final del verso siguiente.

conocerlo, si no hay quien no lo aborrezca, un hombre que no sabe sino echar bravatas, con esa cabeza llena de ricitos, ese especialista en casadas apestando a perfume?

PA.— ¿Y él te conoce acaso a ti?

AC.— No me ha visto jamás, ¿cómo va a saber quién soy?

PA.— Hablas que es un primor: o sea que ya verás, nos va a salir todo de maravilla[28].

AC.— Tú pones aquí al militar y no te preocupes de nada más. Verás qué bonitamente le tomo el pelo, y si no, échame a mí toda la culpa.

PA.— Hale, pues, entraos, y a llevar el asunto con cabeza.

AC.— Tú a lo tuyo.

PA.— Hala, Periplectómeno, llévatelas dentro; yo me voy al foro a buscar al militar y le daré el anillo y le contaré que me lo ha dado tu mujer y que está perdida por él. En cuanto que volvamos de la plaza, nos mandáis a éste *(Milfidipa)* como si viniera en misión secreta.

PE.— De acuerdo, no te preocupes de eso.

PA.— Vosotros estad a lo vuestro, que yo os lo traigo ahora mismo ya con una buena carga encima.

PE.— Hala, mucho éxito. *(Se va.)* Si consigo que mi huésped se apodere hoy de la amiga del militar y se la lleve a Atenas, si conseguimos amañar nuestra artimaña, ¡menudo es el regalo que te voy a hacer!

AC.— ¿La amiga está dispuesta a colaborar?

PE.— A las mil maravillas.

AC.— Estoy segura de que nos saldremos con la nuestra: échale las picardías de tres mujeres juntas y verás cómo no tengo miedo de que nadie nos deje chicas en cuestiones de engaños y trapacerías.

PE.— Vámonos, pues, dentro para deliberar con calma, que

[28] Texto inseguro.

pongamos por obra nuestros propósitos con exactitud y como lo pide la cosa, para que no haya titubeos cuando venga el militar.

AC.— Venga, tú eres el que nos detienes.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

PIR.— Es un placer cuanto todo lo que haces te sale de maravilla y tal como lo habías pensado: hoy he enviado al gorrón al rey Seleuco con los mercenarios que le he contratado como tropas de seguridad para su reino mientras que yo estoy de permiso.

PA.— Anda y preocúpate tú de tus cosas mejor que de las de Seleuco, que se te ofrece ahora por mediación mía un partido inesperado y estupendo.

PIR.— No hay más, lo dejo todo de lado y te escucho. Habla, tienes mis oídos a tu disposición.

PA.— Echa una mirada, no sea que haya alguien al acecho de nuestra conversación, porque se me ha dado el encargo de que lleve este asunto muy en secreto.

PIR.— *(Después de mirar a su alrededor.)* No hay nadie.

PA.— Por primera providencia, toma, aquí tienes una prenda de amor.

PIR.— ¿Qué significa este anillo?, ¿de dónde lo has sacado?

PA.— De una mujer estupenda, deliciosa, que está enamorada de ti y arde en deseos de tu sin par beldad; su criada me dio este anillo para que te lo entregara a ti.

Pir.— ¿Qué es, libre o una esclava liberta?

Pa.— Como que me iba a atrever yo a hacer de tercero entre una liberta y tú, que no das abasto a corresponder a todas las mujeres libres que te solicitan.

Pir.— ¿Tiene marido o no? 964-965

Pa.— Lo tiene, pero no lo tiene.

Pir.— ¿Cómo puede tenerlo y no tenerlo al mismo tiempo?

Pa.— A ver, porque es joven y está casada con un viejo.

Pir.— ¡Bravo!

Pa.— Es una mujer linda y fina de verdad.

Pir.— A ver si me vas a estar echando mentiras.

Pa.— Ella es la única mujer digna de tu beldad.

Pir.— Caray que no debe ser guapa la joven, por lo que dices. Pero ¿quién es?

Pa.— La mujer del viejo este vecino nuestro, Periplectómeno. Está que se muere por ti y quiere abandonar al viejo, no 970
lo puede ver; por eso me ha mandado rogarte y suplicarte que le des esa posibilidad.

Pir.— Te juro que yo lo estoy deseando, si ella quiere.

Pa.— ¿Que si quiere ella?

Pir.— ¿Y qué hacemos de la amiga esta que tengo en casa?

Pa.— Pues mándala que se vaya donde le dé la gana; ade- 975
más, han venido a Éfeso su hermana gemela y su madre a buscarla.

Pir.— Oye, tú, ¿que ha venido su madre a Éfeso?

Pa.— Lo dicen personas que lo saben.

Pir.— ¡Uf, menuda ocasión para ponerla de patitas en la calle!

Pa.— Bueno, pero ¿quieres quedar tú bien personalmente?

Pir.— Venga y habla por esa boca.

Pa.— ¿Quieres despedirla en seguida de modo que se vaya ella por las buenas?

Pir.— Naturalmente. 980

PA.— Entonces debes hacer lo siguiente: riquezas tienes tú más que de sobra; dile que le regalas las joyas y los vestidos que le habías dado, que se lo lleve y se marche a donde le dé la gana.

PIR.— De acuerdo…, pero mira no vaya a ser que me quede sin ésta y la otra cambie de opinión.

PA.— Bah, que no te andas con tiquismiquis: si te quiere más que a las niñas de sus ojos.

PIR.— Soy el ojito derecho de Venus.

PA.— Chst, calla, se abre la puerta, retírate aquí un poco a este lado…, ésta es su barquilla mensajera, la que sale ahora.

PIR.— ¿Qué dices de barquilla?

PA.— Es su criada la que sale ahora fuera, la que me entregó el anillo ese que te he dado.

PIR.— Caray, que ésta también es bonita.

PA.— Quita, ésta es un mono y un avechucho en comparación con la otra. ¿No ves cómo está a la caza con la vista y al acecho con los oídos?

ESCENA SEGUNDA

MILFIDIPA, PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

MI.— *(Aparte.)* Ya está delante de la casa el circo donde tengo que hacer mi comedia; disimularé como si no los viera ni supiera todavía que está aquí el militar.

PIR.— Calla, vamos a estar a la escucha, a ver si dice algo de mí.

MI.— ¿Hay por aquí alguien que se ocupe más de asuntos ajenos que de los propios, que esté espiando mis pasos, algún ocioso que no necesita ganarse la vida con el sudor de su frente? Ésos tengo yo ahora miedo de que se me pongan en me-

dio y me estorben si salen de su casa mientras viene aquí la persona que arde en deseos por el militar, mi ama, por amor del cual se le estremece el alma ahora a la pobre, locamente enamorada de tan sin par belleza, el militar Pirgopolinices.

Pir.— ¿Pues no está ésta también del todo perdida por mí? Está ponderando mi belleza. Caray, sus palabras no echan de menos el jabón.

Pa.— ¿Por qué motivo?

Pir.— Pues porque habla bien limpiamente y a las claras.

Pa.— Hable lo que hable de ti, no le roza ni un punto a nada que no sea limpio y subido.

Pir.— Y después es que ella misma es una mujer en extremo flamante y encantadora. Te juro, Palestrión, que me están entrando unas ganillas...

Pa.— Pero antes de ver a la otra con tus propios ojos vas...

Pir.— ¿Acaso veo lo que sólo sé por tus palabras? Es que, además, la barquilla esta que tú decías, como la otra no está aquí, pues nada, que me incita a quererla.

Pa.— Tú, más vale que te dejes de querencias con ésta, que es mi novia; en cuanto que la otra se case hoy contigo, me caso yo luego en seguida con ésta.

Pir.— ¿Por qué no te acercas y le hablas?

Pa.— Ven, pues, conmigo.

Pir.— Te sigo los pasos.

Mi.— *(Aparte.)* ¡Ojalá pueda encontrar a la persona de aquel por quien he salido de casa!

Pa.— Puedes y se te cumplirán tus deseos; ten confianza, no temas: hay aquí una persona que sabe dónde está lo que buscas.

Mi.— ¿Quién habla ahí?

Pa.— Quien es compañero de tus conciliábulos y partícipe de tus designios.

Mi.— Entonces, no oculto lo que quiero ocultar.

PA.— Mejor dicho, lo ocultas y no lo ocultas.

MI.— ¿Cómo puede ser eso?

PA.— Se lo ocultas a los que no merecen confianza; yo te soy incondicionalmente fiel.

MI.— Venga la consigna, que sepa si eres de nuestras bacantes[29].

PA.— Una cierta mujer está enamorada de un cierto hombre.

MI.— Ay, eso es una cosa muy corriente.

PA.— Pero no hay muchas que envíen una prenda tomada de su dedo.

MI.— Ahora caigo en la cuenta, ya me has allanado el camino. Pero ¿hay aquí alguien más?

PA.— Sí y no.

MI.— Venga, escúchame en secreto.

PA.— ¿Mucho rato o poco?

MI.— Sólo cuatro palabras.

PA.— *(Al militar.)* Espera un momento, ahora mismo vuelvo.

PIR.— Y yo ¿qué?, ¿aquí nada más que de plantón tanto rato, un hombre de mi beldad y de mis méritos?

PA.— Ten paciencia y espera: es de tus cosas de lo que me estoy ocupando.

PIR.— Date prisa, que me muero de tanto esperar.

PA.— Bien sabes tú que con esta clase de mercancías hay que andarse con mucho tacto.

PIR.— Bueno, bueno, haz como mejor te parezca.

PA.— *(Aparte.)* Verdaderamente un adoquín tiene más caletre que él. *(Vuelve a acercarse a Milfidipa.)* Ya estoy aquí, ¿qué es lo que me quieres?

---

[29] Otras alusiones a las sociedades secretas de las bacantes se encuentra en *Amphitruo* 703, *Aulularia* 408, *Bacchides* 53, 371, *Casina* 978 ss.

Mi.— Díme cómo quieres que se le dé asalto [30].

Pa.— Haz como que se muere por él.

Mi.— Sí, eso ya.

Pa.— Alábale su beldad y su buena facha y nómbrale todos sus éxitos.

Mi.— Para eso no me falta chispa, como lo acabas de ver ahora mismo.

Pa.— Tú, por lo demás, estáte atenta y a la mira, y da la caza según lo que yo vaya diciendo.

Pir.— A ver: ¿te ocupas por fin ya un poco de mi persona, te vienes para acá ahora mismo?

Pa.— Aquí me tienes, a la orden.

Pir.— ¿Qué es lo que te está contando ésa?

Pa.— Dice que la otra no hace sino lamentarse, que está la pobre toda atormentada y afligida y llorosa porque le faltas, porque se ve privada de ti. Por eso ha mandado a ésta aquí para buscarte.

Pir.— Dile que se acerque.

Pa.— Pero ¿sabes lo que tienes que hacer? Debes dar muestras de altivez, como si tú no quisieras, y luego me chillas por andar divulgando por ahí tus cosas a los cuatro vientos.

Pir.— Comprendo, haré como dices.

Pa.— ¿La llamo entonces a la mujer esta que quiere hablarte?

Pir.— Que se acerque, si algo quiere.

Pa.— Joven, si quieres algo, ven, acércate.

Mi.— Buenos día, hermoso.

Pir.— Me ha nombrado con mi sobrenombre. Que los dioses colmen todos tus deseos.

Mi.— Poder disfrutar de la vida en tu compañía…

---

[30] Texto inseguro.

PIR.— Picas demasiado alto.

MI.— No digo yo, sino mi ama, que anda muerta por ti.

PIR.— Hay otras muchas que quieren lo mismo, sin que ello sea posible.

MI.— Te juro que no me extraña si te tienes en tanto, un hombre de tal beldad y tan ilustre por su valor, su figura y sus hazañas. ¿Hay otro que fuera más digno de ser un dios?

PA.— *(Aparte.)* ¡Uf!, verdaderamente no es un ser humano; un buitre tiene más de hombre que él, digo yo.

PIR.— Me daré importancia, ahora que ella me está alabando de esa forma.

PA.— *(A Milfidipa por lo bajo.)* ¿Ves cómo se pavonea el imbécil? *(Al militar.)* Venga, dale una contestación, ésta es esa que viene de parte de aquella que te dije antes.

PIR.— ¿De cuál de ellas? Son tantas las que me acosan, no puedo acordarme.

MI.— De aquella que despoja sus dedos para adornar los tuyos; yo le di a éste ese anillo de parte de quien arde en deseos por ti y él te lo entregó.

PIR.— ¿Qué es lo que deseas entonces? Habla.

MI.— Que no rechaces a quien te desea, a quien de momento vive sólo por tu vida: tú eres el único que puede decidir si debe abrigar aún una esperanza o renunciar a ella.

PIR.— ¿Y qué es, en fin, lo que quiere?

MI.— Hablarte y abrazarte, acariciarte, tenerte cerca de sí. Una cosa es segura: si no corres en su ayuda, se desesperará; ¡ea, pues, tú, Aquiles mío de mi alma [31], atiende mis súplicas, dígnese tu beldad salvar a la beldad de mi ama, no quieras ocultar tu generosa índole, oh tú, héroe sin par, hecho a expugnar ciudades y subyugar reyes!

PIR.— ¡Caray, qué asunto más desagradable! ¿Cuántas ve-

---

[31] Cf. v. 61.

ces te he prohibido, bribón, andar por ahí comprometiéndome con cualquiera?

PA.— ¿Lo estás viendo, joven? Te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir ahora: si no se le da a este verraco su paga, no 1059-1060
está dispuesto a dar de su simiente a hembra ninguna.

MI.— Se le dará el precio que pida.

PA.— Él coge un talento de oro filípico[32]; por menos no lo hace jamás.

MI.— ¡Huy, eso es demasiado barato!

PIR.— Yo no soy de natural avaricioso; riquezas tengo más que suficientes, más de mil celemines de doblones de oro puro.

PA.— Aparte de tus otros tesoros, y luego, no lingotes, 1065
montañas de plata, más altas que el mismo Etna.

MI.— *(Aparte.)* ¡Ay qué hombre más embustero! 1066a

PA.— *(Por lo bajo, a Milfidipa.)* ¿Que tal le tomó el pelo?

MI.— Y yo, ¿qué tal lo hago?

PA.— De maravilla.

MI.— *(Al militar.)* Bueno, por favor, despáchame ya.

PA.— ¿Por qué no le contestas ya lo que sea, o que sí o que no?

MI.— ¿Por qué atormentas a una pobre desgraciada que no te ha hecho jamás daño alguno?

PIR.— Dile que salga ella misma aquí; dile que estoy dis- 1070
puesto a complacerla en todo.

MI.— No haces sino lo que corresponde: querer a la que te quiere...

PIR.— *(Por lo bajo.)* No es tonta la joven, ¿eh?

MI.— ... y no rechazar mi mensaje y haber cedido a mis súplicas. *(A Palestrión, por lo bajo.)* ¿Qué tal?, ¿cómo lo hago?

PA.— No puedo contener la risa, ¡ja, ja, ja, ja!

---

[32] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 153 y 193.

Mi.— Pues por lo mismo me había yo vuelto para este otro lado.

Pir.— Mujer, no sabes tú bien la magnitud del honor que le hago a tu ama.

Mi.— Lo sé, y además se lo diré a ella.

Pa.— Un favor así se lo podía haber vendido a otra a precio de oro.

Mi.— De verdad que te lo creo.

Pa.— A las que éste les hace un hijo, no tienen más que guerreros de pura cepa y les viven 800 años.

Mi.— *(Aparte.)* ¡Ay de ti, guasón!

Pir.— Qué, mil años enteros y veros viven y, de generación en generación.

Pa.— No, yo me quedé un poco corto, no se fuera a creer ésta que eran cuentos míos.

Mi.— ¡Muerta soy!, ¿cuántos años vivirá éste, si sus hijos tienen una vida tan larga?

Pir.— Sabrás, joven, que yo he nacido al día siguiente del mismo Júpiter.

Pa.— No, es que si hubiera nacido un día antes que él, sería éste el rey del cielo.

Mi.— Por favor, ya basta: dejadme escapar con vida, si es posible, de vuestro lado.

Pa.— Pues ¿por qué no te vas ya, una vez que tienes contestación?

Mi.— Me voy, y ahora mismo te pongo aquí a aquella a cuyo servicio estoy; ¿quieres algo más?

Pir.— Sí, el no ser más guapo de lo que soy, que no son más que desasosiegos los que me produce mi beldad.

Pa.— ¿Qué haces ahí todavía de pasmarote?, ¿por qué no te marchas?

Mi.— Ahora.

Pa.— Oye, todavía una cosa: que se lo digas bien dicho, así

que le dé brincos el corazón en el pecho. *(Por lo bajo.)* Dile a Filocomasio, si está ahí, que se pase a nuestra casa, que el militar está aquí.

MI.— Está aquí con mi ama, escuchando a escondidas nuestra conversación.

PA.— Muy bien hecho, así sabrán mejor cómo tienen que comportarse.

MI.— No me detengas más, me voy.

PA.— Ni te detengo ni te pongo un dedo encima ni te... me callo.

PIR.— Dile a la otra que salga en seguida; no tengo ahora otro asunto más urgente.

ESCENA TERCERA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

PIR.— ¿Qué es lo que me aconsejas ahora que debo de hacer con mi amiga, Palestrión?; porque es de todo punto imposible el traer a la otra a casa antes de haberla despedido a ella.

PA.— ¿A qué me consultas lo que debes hacer? Ya te dije cómo podías salir del paso sin el menor disgusto: que se quede con todas las joyas y los vestidos que le diste: que lo coja, que se quede con ello, que se lo lleve; y le dices también que es la mejor ocasión para que se vuelva a su casa: dile que han venido su hermana gemela y su madre, en cuya compañía podrá muy bien llegar a su patria.

PIR.— ¿Cómo sabes tú que están aquí?

PA.— Pues porque he visto con mis propios ojos que estaba aquí una hermana suya.

PIR.— ¿Ha venido ya a verla?

PA.— Sí.

Pir.— Y ¿es buena moza?

Pa.— Caray, no te ves nunca harto.

Pir.— ¿Y dónde decía la hermana que está la madre?

Pa.— El patrón del barco que las trajo me dijo que estaba en cama en el barco, que tenía un mal de ojos, que los tenía hinchados; el patrón se hospeda aquí en casa de los vecinos.

Pir.— Y el patrón ¿qué tal?, ¿es buen mozo?

Pa.— Anda, vete ya; bonito semental hubieras sido tú, que lo mismo te dan los machos que las hembras. Ahora, tú, a lo que estamos.

Pir.— En cuanto a esa propuesta que has hecho, quiero que seas tú el que hable con ella de eso..., porque tú te entiendes bien con ella.

Pa.— ¿No es mejor que vayas tú y soluciones tú mismo tus propios asuntos? Dile que no tienes más remedio que casarte, que los parientes te lo han aconsejado y los amigos te obligan.

Pir.— ¿Crees tú?

Pa.— ¡Vaya que si lo creo!

Pir.— Voy entonces a entrar. Tú, mientras, estáte aquí a la mira, para llamarme cuando salga la otra.

Pa.— Tú ocúpate de lo tuyo.

Pir.— Esto ya es cosa hecha..., y si no quiere de grado, la echaré por la fuerza.

Pa.— No hagas eso; es mucho mejor que se vaya de buenas. Y dale lo que te dije, que se lleve las joyas y los vestidos que le habías dado.

Pir.— De muy buena gana.

Pa.— Yo creo que te será difícil convencerla: pero éntrate, no te estés aquí

Pir.— Como quieras. *(Entra en casa.)*

Pa.— *(A los espectadores.)* ¿Tenía o no tenía yo razón con lo que os dije antes del mujeriego este del militar? Ahora me haría falta que salieran Acroteleutio o su esclava o Pleusicles.

¡Bendito sea Júpiter!, la oportunidad en persona está conmigo: precisamente cuando estaba deseando verlos, los veo salir a todos aquí de casa del vecino.

ESCENA CUARTA

ACROTELEUTIO, MILFIDIPA, PALESTRIÓN, PLEUSICLES

AC.— Venid conmigo y mirad, no vaya a haber por aquí algún testigo.

MI.— Lo que es yo, no veo a nadie aparte del que venimos a buscar.

PA.— Yo también os buscaba a vosotros.

MI.— ¿Qué tal, querido arquitecto?

PA.— ¿Yo arquitecto? ¡Bah!

MI.— ¿Qué pasa?

PA.— Pues que en comparación contigo no merezco ni meter un clavo en la pared.

MI.— Vamos, ¿de verdad?

PA.— Eres mala con gracia y ¡tienes una lengua! ¡Qué bien que has sabido timar al militar!

MI.— Pues eso no ha sido nada.

PA.— Tú tranquila, nos va saliendo todo a pedir de boca. Vosotras seguid colaborando como hasta ahora; el militar ha entrado para rogar en persona a su amiga que se vaya con su hermana y su madre a Atenas.

PL.— ¡Bravo, estupendo!

PA.— Más aún: las joyas y los vestidos que le había dado se los regala todos para que se marche; así se lo he aconsejado yo.

PL.— Desde luego que no habrá problema si ella lo quiere y él lo está deseando.

PA.— ¿No sabes tú que cuando subes desde el fondo de un

pozo hasta la superficie hay un peligro muy grande de que te vuelvas a caer desde lo alto al fondo? Ahora estamos nosotros en lo alto del pozo; si el militar se da cuenta de algo, habremos trabajado en vano: ahora más que nunca hay que andarse con pies de plomo.

PL.— Yo veo que materia no nos falta: tres mujeres, tú eres el cuarto, yo el quinto, Periplectómeno el sexto. Con toda la capacidad de supercherías que tenemos entre los seis, estoy seguro de que podremos dar asalto a traición a la ciudad que sea.

PA.— A ver, atención ahora.

AC.— Para eso estamos aquí, por si querías algo.

PA.— Muy bien. A ver, tú, Acroteleutio, que te voy a designar tu campo de operaciones.

AC.— Mi general, se cumplirán tus órdenes, en lo que dependa de mis fuerzas.

PA.— Quiero que times al militar de lo lindo, con salero, a lo grande.

AC.— Te juro que esa orden es un placer para mí.

PA.— ¿Y sabes cómo?

AC.— Sí, haciendo como que me muero de amor por él.

PA.— Muy bien.

AC.— Y como que por causa de su amor voy a deshacer mi matrimonio, porque me quiero casar con él.

PA.— Exacto. Sólo una cosa: tienes que decirle que esta casa te pertenece a ti por tu dote y que el viejo se ha ido de aquí después que os habéis divorciado, para que no tema él entrar en una casa ajena.

AC.— Tienes mucha razón.

PA.— Pero cuando él salga de su casa, quiero que tú, desde lejos, hagas como si, en comparación de su beldad, no tuvieras en nada la tuya propia y como si te encogiera su categoría, y al mismo tiempo tienes que ponderar su beldad, su simpatía, su buena facha, su guapura, ¿está claro?

AC.— Sí. ¿Te basta si te entrego mi obra tan bien terminada que no tengas reparo que ponerle?

PA.— Me basta. Ahora *(a Plesicles)* te toca a ti la vez, pon atención a mis instrucciones: inmediatamente después de que ella entre en casa, entonces te presentas en seguida tú aquí vestido de patrón de navío; tienes que ponerte una gorra parda y una visera para los ojos, ponte también un capotillo verde —que ése es el color que lleva la gente de mar— anudado en el hombro izquierdo y el brazo que te quede libre, y un cinturón de lo que sea: tiene que parecer que eres un piloto. Todas estas cosas las hay en casa de Periplectómeno, porque tiene esclavos que son pescadores.

PL.— Y luego que esté disfrazado como dices, venga, ¿qué es lo que tengo que hacer?

PA.— Te presentas aquí para buscar a Filocomasio de parte de su madre, para que, si está dispuesta a irse de Atenas, vaya contigo al puerto en seguida y que mande que se lleve al barco el equipaje que quiera; le dices que, si no quiere ir, que tú te haces a la mar, porque sopla un viento favorable.

PL.— No está mal el cuadro; venga, sigue.

PA.— Él le dirá en seguida que se vaya, que se dé prisa para no hacer esperar a la madre.

PL.— Eres más listo que listo.

PA.— Yo le diré a Filocomasio que le diga al militar que le ayude yo a llevar los bultos al puerto y él me ordenará ir con ella. Y yo entonces, para que estés con ella, cojo y me marcho a Atenas contigo.

PL.— Y cuando llegues allí, no consentiré que sigas siendo esclavo ni un día más y te daré la libertad.

PA.— Hale, deprisa, ve y disfrázate.

PL.— ¿Algo más?

PA.— Que tengas presente todo lo que te he dicho.

PL.— Me marcho.

PA.— *(A Acroteleutio y Milfidipa.)* Y vosotras entrad también ahora mismo, porque él va a salir de un momento a otro de casa.

AC.— Tus órdenes son sagradas para nosotras.

PA.— Hale, marchaos, pues. *(Entran en casa de Periplectómeno.)* ¡Qué oportunidad, que ahora mismo se abre la puerta!, sale muy sonriente, se conoce que lo ha conseguido, ¡pobre infeliz, que va corriendo tras una cosa que no existe!

ESCENA QUINTA

PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

PIR.— He conseguido de Filocomasio lo que quería y como quería, en buena amistad y de común acuerdo.

PA.— ¿Y qué has hecho tanto rato ahí dentro?

PIR.— Nunca me he sentido tan amado por esta mujer como ahora.

PA.— ¿Cómo es eso?

PIR.— ¡Qué cantidad de palabras me ha hecho derrochar, qué tenacidad tan grande he tenido que vencer! Pero al fin conseguí lo que quería; le he concedido, le he regalado todo lo que quiso, todo lo que me pidió; tú también estás entre los regalos que le he hecho.

PA.— ¿Yo también?, ¿cómo voy a poder yo vivir sin ti?

PIR.— Venga, no te apures; yo te daré luego también la libertad [33]. Es que yo he estado intentando a ver si podía conseguir de alguna manera que se marchase sin ti, pero nada, que se empeñó.

[33] Texto inseguro.

PA.— No me queda sino poner en los dioses y en ti todas mis esperanzas. A fin de cuentas, aunque me resulta muy duro por tener que verme privado del mejor de los amos, al menos me consuela el haberte podido arreglar, gracias a tu galanura, el asunto con la vecina esta que te he proporcionado.

PIR.— ¿Para qué más? Yo estoy dispuesto a darte la libertad y una buena suma en metálico si me lo consigues.

PA.— Ya te lo conseguiré.

PIR.— Pero es que estoy ardiendo en deseos de ello.

PA.— Modera tus ímpetus, no seas tan apasionado. Pero mira, ahí sale ella ahora de su casa.

ESCENA SEXTA

MILFIDIPA, ACROTELEUTIO, PIRGOPOLINICES, PALESTRIÓN

MI.— *(A Acroteleutio, por lo bajo.)* Ama, mira, ahí está el militar.

AC.— ¿Dónde?

MI.— Ahí a la izquierda.

AC.— Ya lo veo

MI.— Míralo de reojo, que no se dé cuenta de que lo vemos.

AC.— Ya lo veo. Te digo que ahora es la ocasión de volvernos todavía más malas de lo que somos.

MI.— Tú tienes que empezar.

AC.— *(En voz alta.)* Dime, por favor, ¿de verdad que has hablado con él en persona? *(Por lo bajo.)* Habla fuerte, que nos oiga.

MI.— Con él en persona he hablado, te lo juro, y además con toda tranquilidad, todo el tiempo que quise, sin prisas de ninguna clase, tal como me vino en gana.

Pir.— ¿Oyes lo que dice?

Pa.— Claro que lo oigo: ¡qué gozo tiene de ir a tu encuentro!

Ac.— ¡Ay, qué mujer con más suerte eres!

Pir.— ¡Hay que ver qué pasión siente por mí!

Pa.— Te lo mereces.

Ac.— Te aseguro que me llama la atención el que, como dices, hayas podido verle y conseguir que atendiera tus súplicas; dicen que no es posible dirigirse a él sino por carta o por medio de un embajador, como si fuera un rey.

Mi.— Naturalmente, pues sí que me costó el poder hablarle y que accediera a mi petición.

Pa.— ¡Menuda fama tiene entre las mujeres!

Pir.— ¿Qué remedio me queda si es así la voluntad de Venus?

Ac.— ¡Ay, qué agradecida le estoy a Venus y cómo le ruego y le suplico que me conceda la gracia del hombre a quien amo, al objeto de todas mis ansias!; quiera él dignarse en su bondad acceder a mis deseos.

Mi.— Yo abrigo la esperanza de que así será, aunque son muchas las que lo solicitan; pero él las rechaza, las excluye a todas menos a ti.

Ac.— Pues ése es el temor que me atormenta: como es tan descontentadizo, no sea que sus ojos le hagan cambiar de opinión cuando me vea y que por ser tan refinado le induzca mi aspecto a rechazarme.

Mi.— No creo, no seas tan pesimista.

Pir.— ¡Qué manera de hacerse de menos ella misma!

Ac.— Me temo que lo que tú le has dicho sobrepase a mi belleza real.

Mi.— Ya me he cuidado yo de que supere tu hermosura a todo lo que él se pueda figurar.

Ac.— Te juro que si no me quiere tomar por esposa, me abrazaré a sus rodillas y le suplicaré; de otro modo, si no lo

puedo conseguir, me daré la muerte; estoy seguro de que no me será posible vivir sin él.

Pir.— Veo que hay que impedir que se suicide, ¿me acerco a ella?

Pal.— De ninguna manera: ¿no ves que te haces de menos si eres tú el que te prodigas? Déjala más bien que venga ella de por sí; deja que te busque, que te añore, que esté a tu expectación; ¿es que quieres perder sin más ni más esa aureola de gloria? Yo te aviso, no lo hagas de ninguna manera, que una cosa así, el ser amado por una mujer de esa forma, no le ha pasado a ningún otro mortal salvo a dos: tú y Faón de Lesbos [34].

Ac.— ¿Entro en su casa o le llamas tú para que salga él, querida Milfidipa?

Mi.— Es mejor esperar a que salga alguien de la casa.

Ac.— Pero es que yo no puedo contenerme ya más sin entrar.

Mi.— Está cerrada la puerta.

Ac.— Pues la rompo.

Mi.— Tú no estás en tu juicio.

Ac.— Si es que él ha estado alguna vez enamorado o si tiene tanto talento como belleza, sabrá tener clemencia y disculparme, si es el amor el que me induce a obrar así.

Pa.— Por favor, ¡cómo está la pobre de perdida por ti!

Pir.— Y yo por ella.

Pa.— Calla, que no se entere.

Mi.— ¿Qué haces ahí de pasmarote?, ¿por qué no llamas a la puerta?

Ac.— Porque no está dentro el que busco.

Mi.— ¿Cómo lo sabes?

Ac.— Por el olor, porque mi nariz lo notaría si es que estuviera dentro.

---

[34] Quien, según la leyenda, provocó el sucidio de Safo al no aceptar su amor.

PIR.— ¡Qué inspiración la de esa mujer!; como está enamorada de mí, por eso le ha concedido Venus el don de la profecía.

AC.— Aquí cerca anda por donde sea el que quiero ver, porque siento su perfume.

PIR.— Caray, ésta ve ya más con la nariz que con los ojos.

PA.— Es que está ciega de amor.

AC.— Sosténme, por favor.

MI.— ¿Para qué?

AC.— Para que no caiga al suelo.

MI.— Pero ¿qué pasa?

AC.— Que no puedo estar en pie, la vista me hace desmayarme.

MI.— Entonces, seguro que es que has visto al militar.

AC.— Así es.

MI.— Yo no le veo, ¿dónde está?

AC.— Si estuvieras enamorada, lo verías.

MI.—Te juro que no estás tú más enamorada de él que yo, ama..., si tuviera tu permiso.

PA.— Verdaderamente, nada más que echarte la vista encima quedan todas las mujeres prendadas de ti.

PIR.— No sé si te lo he dicho ya alguna vez o no: es que yo soy de la prosapia de Venus.

AC.— Querida Milfidipa, ve por favor y acércate a él.

PIR.— ¡Qué temor le infundo!

PA.— Se acerca a nosotros.

MI.— Quisiera hablaros.

PIR.— Nosotros también a ti.

MI.— Tal como me encargaste, he hecho salir aquí a mi ama.

PIR.— Ya lo veo.

MI.— Dile, pues, que se acerque.

PIR.— He decidido no rechazarla como a las demás, puesto que me lo pediste.

Mi.— Seguro que no puede decir ni una palabra si se acerca más a ti; mientras te estaba mirando, los ojos le paralizaron la lengua.

Pir.— Veo que no hay más remedio que aliviarle a esta mujer su mal.

Mi.— ¡Qué manera de temblar y qué timidez le entró al verte!

Pir.— Eso mismo les sucede a hombres bien armados, no tienes que extrañarte de que le pase a una mujer; pero ¿qué es lo que quiere de mí?

Mi.— Que vayas a su casa: quiere vivir y estar contigo toda la vida.

Pir.— ¿Yo voy a ir allí estando casada? Me echaría mano el marido.

Mi.— ¡Qué va, si ha despedido a su marido por causa tuya!

Pir.— ¿Y cómo ha podido hacer una cosa así?

Pa.— Pues porque la casa le pertenece por su dote.

Pir.— ¿De verdad?

Mi.— De verdad, te lo juro.

Pir.— Dile que se entre en casa; ahora mismo voy yo también.

Mi.— Mira que no te tardes, no la hagas sufrir más.

Pir.— No me tardaré; íos.

Mi.— Ya vamos. *(Entra con Acroteleutio en casa de Periplectómeno.)*

Pir.— Pero ¿qué ven mis ojos?

Pa.— ¿Qué es lo que ves?

Pir.— Quien sea viene hacia acá con atuendo de marino.

Pa.— Va a nuestra casa, seguro que te busca a ti, éste es el patrón del barco.

Pir.— Debe ser que viene a buscar a Filocomasio.

Pa.— Seguro.

ESCENA SÉPTIMA

PLEUSICLES, PALESTRIÓN, PIRGOPOLINICES

PL.— *(Aparte.)* Si yo no supiera los disparates que —cada cual a su estilo— se cometen por culpa del amor, me daría vergüenza ir así vestido por tal motivo. Pero después que es cosa sabida la serie de desmanes y maldades que cometieron muchos por estar enamorados, para no hablar de Aquiles, que consintió en ver morir a tantos de sus compatriotas... [35], pero ahí veo a Palestrión con el militar: tengo que cambiar de tema. *(Alzando la voz.)* Desde luego, las mujeres es que son hijas de la lentitud en persona; se puede uno imaginar cualquier clase de tardanza que dure lo mismo, pero así y todo, parece que no se le hace a uno tan larga como cuando son las mujeres las que te hacen esperar; debe ser que están ya hechas a ello. Es que yo vengo a buscar a Filocomasio; pero voy a llamar a la puerta. ¡Ah de la casa! ¿No hay nadie?

PA.— ¿Qué hay, joven? ¿Qué es lo que deseas? ¿Por qué llamas a la puerta?

PL.— Busco a Filocomasio; vengo de parte de su madre. Si está dispuesta a irse, que salga ya; está deteniéndonos a todos, queremos hacernos a la mar.

PIR.— Ya hace tiempo que está todo dispuesto. Anda, Palestrión, llévate unos esclavos que te ayuden a transportar al barco sus joyas, sus aderezos, los vestidos y todos los objetos de valor. Ya está todo preparado, todos mis regalos, que se los lleve.

[35] Cf. *Ilíada* I 1 ss.; como es sabido, Aquiles se retiró del frente troyano a causa de su enojo contra Agamenón, que se había apoderado de su esclava Briseida.

Pa.— Voy.

Pl.— Tú, por favor, date prisa.

Pir.— En seguida va. Oye, tú, ¿qué es eso?, ¿qué es lo que te ha pasado en el ojo?

Pl.— Demonio, yo tengo mi ojo.

Pir.— No, si yo digo el izquierdo.

Pl.— Te explicaré: por culpa del amor, maldición, he perdido el ojo izquierdo; si me hubiera dejado de tanto amorío, lo tendría ahora igual que este otro. Pero ya es demasiado lo que me están deteniendo ésos.

Pir.— Mira, ya salen.

ESCENA OCTAVA

Palestrión, Filocomasio, Pirgopolinices, Pleusicles

Pa.— Pero bueno, ¿cuándo vas a dejar ya de llorar?

Fi.— ¿Cómo quieres que no llore?: me marcho de donde pasé la época más maravillosa de toda mi vida.

Pa.— Mira, ahí está el hombre que viene de parte de tu madre y tu hermana.

Fi.— Sí, ya lo veo.

Pir.— Tú, Palestrión.

Pa.— ¿Qué quieres?

Pir.— ¿Por qué no haces sacar todo lo que le he dado.

Pl.— Buenos días, Filocomasio.

Fi.— Buenos días.

Pl.— Tu madre y tu hermana me han encargado que te diera muchos saludos de su parte.

Fi.— Gracias.

Pl.— Te ruegan que vengas mientras que el viento nos es

favorable, para que se tiendan las velas. Si no hubiera sido por los ojos de tu madre, hubieran venido las dos conmigo.

Fi.— Voy... aunque a desgana; pero la piedad filial...

Pl.— Lo sé; tú eres una persona razonable.

Pir.— Si no hubiera vivido conmigo, sería hoy una boba.

Fi.— Pues eso es lo que me duele, el tener que separarme de un hombre así. Es que tú tienes la habilidad de hacer encantadora la vida a cualquiera que tengas a tu lado; el ser tu compañera me había hecho crecerme, y ahora veo que tengo que renunciar a ese título de gloria.

Pir.— ¡Bueno, no llores!

Fi.— No puedo remediarlo cuando te veo.

Pir.— ¡Vamos, ánimo!

Fi.— Yo sé bien el dolor que siento.

Pa.— Pues lo que es a mí, Filocomasio, no me extraña si te encontrabas aquí a gusto, si te sujetan aquí la beldad de este hombre, su conducta, su bizarría; mira yo que no soy más que su esclavo y se me saltan las lágrimas al mirarle, de pensar que nos tenemos que separar.

Fi.— Por favor, ¿me dejas abrazarte antes de irme?

Pir.— No faltaba más.

Fi.— ¡Ay, mis ojos, mi vida!

Pa.— *(A Pleusicles.)* Tú, por favor, sujétala, no se vaya a caer.

Pir.— Oye, ¿qué es eso?

Pa.— Es que como se tiene que separar de ti, de pronto se ha sentido mal la pobre.

Pir.— Anda dentro corriendo y trae un poco de agua.

Pa.— No, agua no, es mejor que repose un poco. No te metas tú de por medio, por favor, hasta que vuelva en sí.

Pir.— Oye, ésos tienen las caras demasiado juntas, no me hace gracia. ¡Quita los labios de los suyos, marinero, que te la vas a ganar!

Pl.— Es que estaba viendo a ver si respiraba o no.

Pir.— Pues haber acercado la oreja.

Pl.— Si lo prefieres, la suelto.

Pir.— No, sosténla.

Pa.— ¡Desgraciado de mí!

Pir.— *(A los esclavos en la casa.)* ¡Salid y sacad todas las cosas que le he regalado a Filocomasio!

Pa.— Yo te saludo de nuevo, lar familiar, antes de marcharme. Mis queridos compañeros, compañeras de esclavitud, que lo paséis bien; yo os ruego que os portéis bien los unos con los otros y también conmigo, aunque ausente.

Pir.— Vamos, Palestrión, serénate.

Pa.— ¡Ay, me es imposible contener las lágrimas al separarme de ti!

Pir.— Llévalo con calma.

Pa.— Bien me sé yo el dolor que siento.

Fi.— Pero ¿qué es esto?, ¿qué pasa, qué veo?, ¡oh mi luz, salve ***

Pl.— ¿Qué hay?, ¿estás ya mejor?

Fi.— Por favor, ¿a quién estoy abrazando? ¡Ay de mí!, ¿es que he perdido la cabeza?

Pl.— No temas, amor mío.

Pir.— A ver, ¿qué significa eso?

Pa.— Es que había perdido el sentido. Estoy temblando, no vaya a descubrirse todo al final.

Pir.— ¿Todo?, ¿el qué?

Pa.— No, el llevar ahora todos estos bultos detrás de nosotros por la ciudad, no vaya a ser que la gente hable de ti.

Pir.— Yo he dado lo que era mío y no lo de nadie. Me trae sin cuidado lo que digan; hale, íos ya con el favor de los dioses.

Pa.— No, si yo lo digo por ti.

Pir.— Ya lo sé.

Pa.— Ahora, adiós.

Pir.— Adiós, Palestrión.

Pa.— Id vosotros por delante, yo os alcanzo luego; quiero hablar unas palabras con el amo. *(Se van del lado del puerto.)* Aunque es verdad que has tenido tú siempre otros esclavos de más confianza que yo, a pesar de eso quiero darte las gracias por todo, y, si tú lo hubieras querido, hubiera preferido mil veces servirte a ti que ser liberto con otro.

Pir.— Vamos, consuélate.

Pa.— ¡Ay pobre de mí, cuando pienso que tengo que cambiar de costumbres, aprender los hábitos mujeriles y olvidarme de los guerreros!

Pir.— Procura salir con bien de ello.

Pa.— Me será imposible, no tengo ya gusto para nada.

Pir.— Anda, síguelos, no les hagas esperar.

Pa.— Adiós.

Pir.— Adiós, que te vaya bien.

Pa.— No te olvides de mí; si acaso soy un día libre (yo te daré noticia), sigue prestándome tu ayuda.

Pir.— No es otra mi condición.

Pa.— Piensa siempre lo fiel que te he sido. Si así lo haces, sabrás entonces al fin quién es el que se porta bien contigo y quién es el que se porta mal.

Pir.— Lo sé, y buena cuenta que me he dado de ello muchas veces.

Pa.— Pero sobre todo hoy vas a darte cuenta de ello; más aún, ya verás cómo podrás decir que ha sido hoy cuando te he dado verdaderas pruebas de ello.

Pir.— Casi no puedo contenerme de decirte que te quedes aquí.

Pa.— Huy, eso de ninguna manera, dirán entonces que eres un embustero y un traidor, dirían que es que no tenías ningún otro esclavo fiel aparte de mí; palabra, si creyera que lo podías

hacer sin faltar a tu honor, te lo aconsejaría. Pero es imposible, no lo hagas de ninguna manera.

Pir.— Hala, márchate ya.

Pa.— Me conformaré, sea lo que sea.

Pir.— Adiós, pues.

Pa.— Más vale que me dé prisa...

Pir.— Otra vez adiós. *(Se va.)* Yo que le había tenido siempre por un esclavo malo de verdad y ahora me doy cuenta de su fidelidad; si bien lo pienso, hice una tontería con quedarme sin él. Ahora voy en busca de mis amores. Pero ya oigo, ya ha sonado ahí la puerta.

ESCENA NOVENA

Un joven esclavo, Pirgopolinices

Es.— *(Hablando con los de dentro de la casa.)* Basta ya de admoniciones, que yo me sé bien lo que tengo que hacer, yo daré con él esté donde esté. Ya andaré yo los pasos, cueste lo que me cueste.

Pir.— A mí me busca ése; voy a su encuentro.

Es.— ¡Eh, tú eres el que busco, salud, el más encantador y el más oportuno de todos los mortales, ojito derecho de dos dioses!

Pir.— ¿De dos?, ¿de cuáles?

Es.— Marte y Venus.

Pir.— ¡Qué chico más avispado!

Es.— Mi ama te ruega que pases, tú solo eres el objeto de sus deseos, de sus anhelos, de sus ansias: ven y consuela a tu amante. ¿Por qué te detienes?, ¿por qué no pasas?

Pir.— Voy. *(Entra.)*

Es.— Él mismo se ha quedado prendido en las redes; den-

tro está preparada la emboscada. Al acecho le espera el viejo para lanzarse sobre ese seductor, ese sinvergüenza: está tan engreído con su guapura, que se cree que se enamoran de él todas las mujeres que le ven, y la verdad es que todos le aborrecen, lo mismo ellas que ellos. Ahora, hale, ¡al barullo! Ya se oye el griterío ahí dentro.

ACTO V

ESCENA ÚNICA

PERIPLECTÓMENO, PIRGOPOLINICES, CARIÓN, VERDUGOS, ESCÉLEDRO

PE.—Llevároslo; si se niega a seguiros, cogedlo en volandas y sacadlo fuera y lo colgáis despatarrado entre cielo y tierra.

PIR.— ¡Periplectómeno, yo te suplico!

PE.— ¡Me suplicas en vano! Carión, mira que esté bien afilado el cuchillo.

CA.— ¡Si ya hace qué sé yo que está deseando cortarle al sinvergüenza éste esa tripa para colgársela al cuello como un sonajero a los chiquillos!

PIR.— Muerto soy.

PE.— Todavía no, no te anticipes.

CA.— ¿Me lanzo ya al ataque?

PE.— No, primero una paliza.

CA.— ¡Y que no va a ser chica!

1401 ***

PE.— Sinvergüenza, ¿cómo te has atrevido a echar mano a la mujer de otro?

Pir.— Te juro que ha sido ella la que me ha solicitado.

Pe.— Miente, arréale.

Pir.— Espera que acabe de contártelo.

Pe.— *(A los esclavos.)* ¿Por qué os paráis?

Pir.— ¿No se me permite hablar?

Pe.— Venga, habla.

Pir.— Se me ha rogado que fuera a su casa.

Pe.— ¿Y por qué has tenido el atrevimiento de ir? ¡Toma¡

Pir.—¡Ay, ay, basta ya de palos, por favor!

Ca.— ¿Cuándo corto?

Pe.— ¡Cuando quieras! ¡Estiradlo y desgarradlo!

Pir.— Yo te suplico que me escuches antes de que corte.

Pe.— ¡Habla!

Pir.— Yo no he obrado a tontas y a locas; yo creía que era divorciada, y así me lo decía la esclava que hacía de tercera.

Pe.— ¡Jura que no harás daño a nadie por los palos recibidos o por los que recibirás, si es que te dejamos escapar con vida, tú, el nieto de Venus!

Pir.— Juro por Júpiter y por Marte que no haré daño a nadie por los palos recibidos y además reconozco que me los tengo bien merecidos; y si salgo de aquí entero, no habrá sido castigada con exceso mi culpa.

Pe.— ¿Y si no cumples tu juramento?

Pir.— Entonces páseme la vida sin testi... sin poder actuar de testigo.

Ca.— Que se le dé otra ración de palos y luego dejadlo ir.

Pir.— Los dioses te lo paguen por haber salido en mi defensa.

Ca.— ¡Venga entonces una moneda de oro!

Pir.— ¿A cuento de qué?

Ca.— A cuento de que te dejemos ir sin daño de salva sea la parte, tú, el nieto de la señora Venus; de otra forma no escaparás de aquí, no te hagas ilusiones.

PIR.— Concedido.

CA.— Ahora te pones en razón. La túnica y la capa, puedes perder las esperanzas, ésas no te las llevas.

VE.— ¿Le doy otra vez, o te ablandas y le sueltas? *(A Periplectómeno.)*

PIR.— Yo sí que estoy ya más blando [36] que unos zorros a fuerza de palos, por favor.

PE.— ¡Soltadlo!

PIR.— Gracias.

PE.— Si te vuelvo a pescar otra vez aquí, no nos quedamos a medias como hoy.

PIR.— No tengo nada en contra.

PE.— Vamos dentro, Carión.

PIR.— Ah, aquí están mis esclavos. Tú, Escéledro, ¿se ha ido ya Filocomasio?

ES.— Ya hace mucho.

PIR.— ¡Ay de mí!

ES.— Más lo dirías si supieras lo que yo sé. Aquel del parche en el ojo no era un marinero.

PIR.— Pues ¿quién era entonces?

ES.— El amigo de Filocomasio.

PIR.— ¿Cómo lo sabes?

ES.— Sabiéndolo; porque en cuanto que salieron de la puerta de la ciudad, se pusieron en seguida a besarse y a abrazarse.

PIR.— ¡Ay, desgraciado de mí! El malvado de Palestrión ha sido el que me ha hecho caer en esta trampa. Pero reconozco que me lo tengo merecido; si les fuera igual al resto de los seductores de mujeres casadas no abundarían tanto, tendrían un poco más de prudencia y no se dedicarían tanto a semejantes asuntos. Vamos a casa. Distinguido público, ¡un aplauso!

---

[36] Se intenta reflejar en el texto español el juego de palabras del texto latino entre *mittis* y *mitis*.

LA COMEDIA DEL FANTASMA

(Mostellaria)

INTRODUCCIÓN

Filólaques, joven ateniense de buena familia y de conducta modelo, se entrega, durante una ausencia en viaje de negocios de su padre, Teoprópides, a una vida de disipación, secundado por Tranión, su esclavo: toma dineros a crédito y compra y da la libertad a la linda cortesana Filematio, despilfarrando los bienes de su padre día tras día en convites y francachelas con sus amigos. Hasta que una vez sucede lo que tenía que suceder: cuando Filólaques está bebiendo en casa junto con Filematio con su amigo Calidámates y con Delfio, amiga de éste, Tranión, que ha ido al puerto para comprar pescado para la cena, vuelve con la noticia del regreso del padre. ¡Consternación general! Pero para eso está ahí Tranión, el típico esclavo cómico, fiel a su joven amo, listo y arrojado como el primero para salir con bien de cualquier dificultad que se presente. El tiempo apremia, y Tranión da orden de despejar el campo y meterse dentro de la casa, que será cerrada a piedra y lodo, así como de guardar un absoluto silencio: él dará la cara cuando llegue el amo y salvará la situación como sea. Con el cuento de un fantasma que les ha hecho abandonar la casa consigue ahuyentar por lo pronto al crédulo de Teoprópides. Pero un usurero que viene a reclamar los intereses de su préstamo lo echa

otra vez todo a perder. Tranión vuelve a salir del atolladero contándole a Teoprópides que se trata de un préstamo con ocasión de la compra de una casa. Satisfecho el padre al comprobar la vena mercantil de su hijo, pregunta que dónde está la casa y manifiesta su deseo de verla. ¿Qué hacer, cómo salir de nuevo del apuro? A Tranión no le faltan ideas y le dice que han comprado la casa del vecino Simón; allá se dirige, y pide permiso al dueño para visitarla con el pretexto de que su amo quiere tomar modelo de ella para unas obras que quiere hacer en la suya. También esta vez tiene éxito el embrollo, naturalmente sólo por lo pronto: unos esclavos que vienen a casa de Filólaques para recoger a su amo Calidámates ponen al viejo al tanto de todo. La intervención de Calidámates consigue al fin el perdón para Filólaques y hasta para el esclavo Tranión.

La *Mostellaria* es una comedia real al cien por cien, densa por su continua comicidad, una obra sin desperdicio, en la que el poeta —¿cuánto se debe al original, cuánto a Plauto?— desarrolla con magistral arte dramático el argumento y da pruebas de un insuperable dominio del lenguaje en la composición del diálogo.

A un diálogo a manera de prólogo informativo entre los esclavos Tranión y Grumión —personaje este que no vuelve luego a intervenir en la acción— sigue una encantadora escena: dos personajes en primera fila, la joven Filematio, que se arregla ayudada por su esclava la vieja Escafa, y Filólaques, que las observa sin ser visto por ellas y actúa en función de figura eco al diálogo femenino. La parte central de la obra, el engaño de Teoprópides por obra del esclavo Tranión, consta de tres etapas, que mantienen la tensión en el público por el gradual aumento del peligro que representan: la historia del fantasma, la de la compra de la casa y la de su visita. El encuentro y el diálogo entre Teoprópides y los dos esclavos de Calidámates que vienen a recoger a su amo hacen al fin que se venga del

todo abajo el edificio de mentiras construido por Tranión. Notable es el hecho de que no sólo se desarrolle en escena el enredo, el engaño del viejo, sino también el enredo y el desengaño, pero de forma fluida, sin retardamientos accesorios, sin que ceda por un momento la comicidad sin límites de la situación y del diálogo.

Tampoco el final está falto de *suspense.* Naturalmente, la situación es muy seria para el pillo de Tranión, cosa que no le pasa desapercibida al público; y además, sin duda es él, Tranión, el héroe de la pieza —¿el «malo» o el «bueno»?—, quien goza de las simpatías de los espectadores —sea como sea, merecida o inmerecidamente—: ¿qué va a ser de él ahora? Porque, y eso también se comprende, las iras de Teoprópides no son del todo inmotivadas. Tras repetidas súplicas, consigue al fin Calidámates el deseado perdón, y con ello también el *happy end* indispensable en la comedia.

Cuál pueda ser el original griego de la *Mostellaria* es una cuestión no solucionada: sabemos que Menandro, Teogneto y Filemón escribieron una comedia con el título de *Phasma;* a partir de Ritschl se piensa en un original de Filemón, basándose en un indicio, muy débil en opinión de Ernout: los vv. 1149 ss., en donde se nombra a Filemón (y también a Dífilo).

La *Mostellaria* suele ser considerada como una creación de la época de madurez del poeta, opinión avalada por el argumento de la riqueza de ritmos métricos, de los *cantica.*

La resonancia de la *Mostellaria* ha sido muy amplia en la literatura europea: traducción italiana parafraseada de G. Berardo (1501); *I fantasmi,* de E. Bantivoglio (1545); *Le retour imprévu* (1700), de J.-F. Régnard, etc.

ARGUMENTO

Filólaques compra a su amada y le da la libertad, y derrocha toda su hacienda durante la ausencia de su padre. A su regreso, el viejo es engañado por Tranión; le cuenta que pasan unos portentos espantosos en la casa y que se han tenido que ir de allí por eso. Entonces se presenta un codicioso usurero reclamando sus intereses, y el viejo vuelve a ser engañado: Tranión le dice que es que han tomado dineros a préstamo porque han comprado una casa. Teoprópides le pregunta qué casa es, y Tranión le contesta que la del vecino de al lado, y va a verla. Después queda muy ofendido de que se hayan burlado de él, pero un amigo de su hijo consigue que les conceda a todos el perdón.

PERSONAJES

TRANIÓN, esclavo.
GRUMIÓN, esclavo.
FILÓLAQUES, joven, hijo de Teoprópides.
FILEMATIO, cortesana.
ESCAFA, esclava de Filematio.
CALIDÁMATES, joven, amigo de Filólaques.
DELFIO, cortesana.
TEOPRÓPIDES, viejo, padre de Filólaques.
MISARGÍRIDES, usurero.
SIMÓN, viejo, vecino de Filólaques.
FANISCO, esclavo.
ESFERIÓN, esclavo.
Otros esclavos.

La acción transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Grumión, Tranión

Gr.— Venga, salte ya de la cocina, bribón, ya está bien de tanta chirigota ahí entre los pucheros; fuera de esta casa, ruina de tus amos. Te juro que, si los dioses me dan vida, me las vas a pagar todas muy bien pagadas en la finca. Sal, sal, digo, no andas ahí más que al olorcillo de los asados, no quieres aparecer ¿eh?

Tr.— ¡Maldición!, ¿qué son esos gritos aquí delante de la casa?, ¿es que te crees que estás en el campo? ¡Largo de aquí, al campo, al campo, desgraciado, a ver si nos retiramos de la puerta! ¡Toma!, ¿es esto lo que venías buscando?

Gr.— ¡Muerto soy! ¿Por qué me pegas?

Tr.— Porque vives.

Gr.— Ahora no me queda sino aguantar; pero deja que venga el amo; deja que venga sano y salvo, tú, que te lo estás comiendo vivo en su ausencia.

Tr.— Qué dices, zoquete, cómo va a ser posible, ni verosímil que nadie se coma a alguien que está ausente.

Gr.— ¡Mira el señoritingo, que no está más que a hacer fa-

vores a cualquiera!, ¿tú me echas a mí en cara que soy un campesino?; será quizá, digo yo, porque sabes muy bien que vas a terminar pronto en el molino [1] ¿verdad? Te juro, Tranión, que te veo a no mucho tardar aumentando la población campesina, el escuadrón de los encadenados. Ahora, mientras que te da la gana y puedes, venga, bebe, tira la casa por la ventana, echa a perder a un muchacho tan bueno como es el hijo del amo; emborracháos de día y de noche, seguid de francachela en francachela, comprad a vuestras amigas, dadles la libertad, engordad gorrones y hartaos de comprar para hincharos a más y mejor. ¿Es eso lo que te dejó encomendado el amo cuando se marchó al extranjero? ¿Es éste el estado en que va a encontrar administrada su hacienda cuando regrese? ¿Piensas tú que el cometido de un buen esclavo es echar a perder y arruinar el haber y el hijo de su amo?, que desde luego, para mí, está ya del todo echado a perder, viéndole dedicado a esa vida: un muchacho que pasaba hasta la presente por el más ordenado y modoso de toda la juventud ática, ahora se lleva la palma en los vicios opuestos; y eso es sólo obra tuya, tú eres el que le incitas a ello.

TR.— ¡Maldición!, ¿qué tienes tú que meterte conmigo o con lo que hago o dejo de hacer?, ¿o es que no hay en la finca becerros de que ocuparte? Me da la gana de beber, hacer el amor, echarme amigas; mis costillas son las que responden de mi conducta, no las tuyas.

GR.— ¡Anda que no es chico el descaro que tienes!

TR.— ¡Júpiter y los dioses todos te confundan, uf, apestas a ajo! ¡La porquería en persona, patán, cabrón, pocilga, estiércol cenagoso!

GR.— ¿Qué quieres? No todos pueden oler a perfumes exóticos como tú, ni ponerse a la mesa tan finos como tú. Anda y quédate con tus tórtolas, tus pescados y tus aves, y dé-

[1] Para mover la rueda, castigo típico de esclavos.

jame a mí aguantar mi destino con mis ajos. Tú eres feliz, yo desgraciado; qué le vamos a hacer. A mí me espera la recompensa y a ti el castigo.

TR.— Me da la impresión, Grumión, de que me miras con malos ojos porque a mí me va bien y a ti mal; pues nada más justo: a mí me va el hacer el amor, a ti, guardar las vacas, a mí el darme la buena vida, a ti el ser un desgraciado.

GR.— Una criba van a hacer de ti los verdugos, tal te van a agujerear con aguijones, con el virote al cuello por la calle, si es que vuelve el amo.

TR.— ¿Cómo sabes tú si no te va a pasar eso a ti antes que a mí?

GR.— Porque yo no me he hecho merecedor de ello, pero tú te has hecho y te haces ahora.

TR.— Ahorra un poco en palabras, si no es que quieres recibir una buena rociada.

GR.— ¿Me vais a dar el pienso para que lo lleve a las vacas?, dádmelo, si es que no os lo coméis vosotros. Hale, seguid el camino empezado: bebed, andad de francachelas, comed, hinchaos, devorad los cebones.

TR.— Calla y lárgate al campo. Yo quiero ir al Pireo a comprar pescado para esta noche; el pienso mañana te lo llevará quien sea a la finca. ¿Qué pasa que te quedas así mirándome, patibulario?

GR.— Te juro que me parece a mí que ese nombre va a ser bien pronto el tuyo.

TR.— Mientras que, entre tanto, me vaya como me va, poco me importa ese bien pronto.

GR.— Desde luego, pero sábete que lo que te incordia suele venir más rápido de lo que deseas.

TR.— Déjame ya en paz, vete a la finca, lárgate. Te juro que no va a ser ni un instante más lo que me detengas. *(Se va por la izquierda hacia el puerto.)*

GR.— ¿Pues no se va sin importarle un pelo todo lo que le he dicho? ¡Dioses inmortales, misericordia! Traed de vuelta a nuestro amo cuanto antes, después de tres años de ausencia, antes de que se venga todo abajo, la casa y la finca; si no vuelve, no nos quedan reservas más que para unos meses. Pero ahí veo al hijo del amo, hecho un perdido, con lo buen muchacho que era. *(Se va por la izquierda.)*

ESCENA SEGUNDA

FILÓLAQUES

FILÓL.— Mucho ha sido lo que he andado reflexionando, pensando y razonando en mi interior, muchas las vueltas que le he dado en la cabeza —si es que se puede decir aún que la tengo—, mucho es lo que he discurrido sobre la cuestión de a qué se parece el hombre cuando nace y con qué le podríamos comparar, y se me ha ocurrido la siguiente comparación: yo creo que cuando el hombre nace se le puede comparar con un edificio recién construido. Me explicaré: seguro que no os parece muy exacta la comparación, pero ya veréis cómo hago que cambiéis de opinión y consigo probar que es cierto lo que digo. Estoy seguro de que, cuando oigáis mis argumentos, diréis exactamente lo mismo que digo yo ahora. Escuchad ahora mi argumentación, que es mi deseo que sepáis sobre este asunto tanto como yo. Si un edificio está construido y terminado con exactitud y esmero, se alaba al arquitecto y se da por buena la construcción; todos toman ejemplo de ella y quieren que la propia casa sea como aquélla, no ahorrando para ello ni gastos ni esfuerzos. Pero si luego va y se instala en la casa un haragán, un descuidado, cuyos esclavos son unos negligentes, una persona sucia, dejada, en seguida empieza el edificio a es-

tropearse, porque aunque es bueno, tiene un mal cuidado y entonces, lo que pasa siempre: viene un temporal, rompe las tejas y las canales, y el dueño, que es un dejado, no quiere reemplazarlas; empieza a caer agua, las paredes se llueven y se empapan, se pudre la carpintería, perdido queda el trabajo del constructor, el valor práctico de la casa ha disminuido, y ello no por culpa de su arquitecto, sino que la mayoría de la gente tiene la manía de, una cosa que podría repararse por un pequeño gasto, esperar y esperar y no hacerlo hasta que los muros se vienen abajo; entonces no queda otra solución sino volver a construir la casa otra vez del todo.

Hasta aquí me he referido a los edificios; ahora os voy a explicar en qué consiste la semejanza entre ellos y los hombres. En primer lugar, los padres son los arquitectos para con los hijos: los crían y ponen todos sus cuidados en darles solidez y firmeza, sin ahorrar en materiales ni echar cuenta de los gastos, con tal que lleguen a ser hombres de provecho en los que puedan mirarse todos los demás y ellos mismos; luego viene el trabajo de pulirlos: les enseñan las letras, el derecho, las leyes, esforzándose para que todos deseen tener hijos semejantes a ellos. Cuando van a la milicia *** les asignan a alguno de sus parientes para que los asistan. Una vez licenciados, dejan los hijos de depender de sus constructores [2]; entonces llega la hora en la que se va a decidir el futuro del edificio. Yo, por ejemplo, fui una persona de provecho mientras que estuve en manos de mis constructores; pero después, cuando, ya independiente, entré a habitar en el edificio de mi natural condición, hice al momento vanos todos sus trabajos: vino la dejadez, que fue para mí el temporal, que con su llegada me trajo el granizo y la lluvia y me privó y me arrancó toda clase de miramientos y la mesura que da la virtud; yo no me cuidé a continuación de po-

[2] Texto inseguro; se sigue la interpretación de Ernout.

nerme otra vez bajo cubierta, y entonces llegó como la lluvia el amor, que penetró hasta el fondo de mi pecho y ha inundado del todo mi corazón. Ahora me han abandonado a un tiempo bienes de fortuna, crédito, reputación, virtud y honor; ya no sirvo para nada, y verdaderamente es tal el grado de putrefacción en que se encuentra mi maderamen, que no me parece posible ya reparar mi edificio, sino que va a venirse todo abajo, va a fenecer desde sus cimientos sin que haya quien pueda poner remedio a su derrumbamiento. El alma me duele cuando veo lo que soy ahora y me doy cuenta de lo que fui; en toda la juventud ática no había otro más hábil *** en el deporte: era feliz con el ejercicio del disco, la jabalina, la pelota, la carrera, las armas, la equitación, era un modelo para los otros por mi sobriedad y mi capacidad de resistencia, los mejores tomaban ejemplo de mí; ahora que ya no valgo nada, soy yo solo el responsable de haber llegado al estado en que me encuentro.

ESCENA TERCERA

FILEMATIO, ESCAFA, FILÓLAQUES

FILEM.— *(Saliendo de casa sin ver a Filólaques.)* De verdad querida Escafa, que hace ya mucho que no he tomado un baño frío tan agradable, y es que realmente me ha sentado como nunca.

ESC.— Todo te sale a pedir de boca, lo mismo que ha sido hogaño de buena la cosecha.

FILEM.— Anda, y ¿qué tiene que ver la cosecha con mi baño?

ESC.— Ni más ni menos que tu baño con la cosecha.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Oh, bellísima Venus! Ella es el temporal que me despojó de la buena conducta que me cobijaba

cuando Amor y Cupido traspasaron como la lluvia mi pecho: y es que no encuentro medio de protegerme, llovidas están ya las paredes en mi corazón y en ruina todo mi edificio.

FILEM.— Mira, por favor, Escafa, a ver si me está bien este vestido, que quiero ponerme guapa para Filólaques, mi amor, mi patrono.

ESC.— Un encanto lo eres ya físicamente, o sea que lo que tienes que procurar es serio también por tu conducta. Además, los buenos amadores no aman el vestido de la mujer, sino el relleno del mismo.

FILÓL.— Los dioses me bendigan, qué gracia tiene esta Escafa, sabe mucho la malvada, qué enterada está de todos los tejemanejes y la mentalidad de los enamorados.

FILEM.— ¿Entonces?

ESC.— ¿Qué quieres?

FILEM.— Mírame, mujer, y dime cómo me está el vestido.

ESC.— Con lo guapa que eres, te está bien cualquier cosa que te pongas.

FILÓL.— *(Aparte.)* Por eso que acabas de decir, Escafa, te regalaré hoy... lo que sea y no permitiré que hayas echado en vano tal piropo a mi amor.

FILEM.— Déjate de adulaciones.

ESC.— ¡Chica, qué boba que eres! Oye, ¿es que prefieres ser censurada en falso que alabada con verdad? Yo, por mi parte, te juro que prefiero cien veces recibir alabanzas en falso que censuras con razón o que se rían los demás de mi persona.

FILEM.— A mí me gusta la verdad, y la verdad es lo que quiero oír; no puedo aguantar a la gente embustera.

ESC.— Te juro por el cariño que me tienes y por el cariño que Filólaques te tiene a ti que eres muy hermosa.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¿Qué dices, malvada?, ¿qué clase de juramento has hecho, sólo por el amor que yo le tengo a ella?, ¿por qué no has añadido por el amor que ella me tiene a mí?

Retiro mi palabra de hacerte un regalo. Tú sola te lo has buscado: te has perdido el regalo prometido.

ESC.— De verdad, Filematio, que me asombro de que siendo tan lista, tan sabihonda y tan bien criada, hagas ahora la tontería de hacer el tonto en esa forma.

FILEM.— Pues corrígeme, por favor, si es que hago mal.

ESC.— Y tanto que haces mal, por estar pensando sólo en él y por querer complacerle nada más que a él despreciando a todos los demás. Eso es propio de las mujeres honradas, pero no de las cortesanas el ser esclava de un solo hombre.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Soberano Júpiter, qué calamidad tiene asiento en mi propia casa! Mal rayo me parta, si no es que mato a esa vieja a fuerza de sed, de hambre y de frío.

FILEM.— Escafa, yo no quiero que me des malos consejos.

ESC.— Una tonta eres a ojos vista si piensas que él va a ser por siempre tu amigo y tu bienhechor. Yo te lo aviso: te abandonará cuando no seas ya tan joven y cuando se harte de ti.

FILEM.— Espero que no.

ESC.— Lo imprevisto sucede muchas más veces que lo previsto. En fin, si es que las palabras no bastan a hacerte creer que es verdad lo que digo, déjate convencer de los hechos. Ves lo que soy yo ahora y lo que fui antes; no he sido yo *** menos amada que tú; también yo tenía sólo un único amor; y después que la edad cambió el color de mis cabellos, me dejó y me abandonó. Lo mismo te va a pasar a ti.

FILÓL.— Apenas puedo contenerme de tirármela a la cara. ¡Qué manera de azuzarla!

FILEM.— Él me ha liberado con su dinero a mí y nada más que a mí para él y nada más que para él; por eso creo que es mi deber el complacerle sólo a él.

FILÓL.— ¡Dioses inmortales, qué chica tan encantadora y tan honrada! He hecho pero que muy bien y estoy contento de haberme quedado sin un céntimo por causa suya.

ESC.— Realmente parece que estás tonta.

FILEM.— ¿Por qué?

ESC.— Por preocuparte de que te quiera.

FILEM.— ¿Y por qué no me voy a preocupar?, dime.

ESC.— Ya eres libre; ya has conseguido tus propósitos; en cambio, él, si te deja, habrá perdido la cantidad de dinero que dio por liberarte.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí, si no le doy la peor de las muertes a esa seductora malvada que quiere pervertirla [3].

FILEM.— Jamás podré agradecerle lo que ha hecho por mí, Escafa, no quieras persuadirme de que no le tenga en tanto.

ESC.— Así y todo, reflexiona una sola cosa: si te entregas sólo a su servicio mientras que eres así de jovencita, tendrás que arrepentirte luego cuando seas vieja.

FILÓL.— *(Aparte.)* Un garrotillo quisiera ser yo ahora para agarrar a esa bruja por la garganta y ahogarla a la malvada, por azuzarla de esa manera.

FILEM.— El mismo agradecimiento debo tenerle después de haber conseguido lo que quería que antes, cuando todavía no lo había conseguido y era tan zalamera con él.

FILÓL.— *(Aparte.)* Que los dioses hagan de mí lo que les venga en gana si no te vuelvo a dar la libertad por esas palabras y si no mato a Escafa.

ESC.— Si es que tienes la completa seguridad de que no te faltará nunca la manutención y de que ese amante será tuyo para toda la vida, entonces soy de opinión de que no te dediques más que a él y que te recojas el pelo como las señoras decentes [4].

FILEM.— El dinero suele ir a la par de la reputación de que goza una persona. Yo, si es que sé conservar mi buen nombre, tendré también riquezas más que suficientes.

---

[3] El texto del final del verso es inseguro.

[4] Cf. *Miles* 792.

FILÓL.— *(Aparte.)* Te juro que, aunque tuviera que vender a mi padre, lo vendería mucho antes que permitir mientras yo viva que pases necesidad o tengas que pedir limosna.

ESC.— ¿Y qué va a ser de los otros que te quieren?

FILEM.— Más me querrán cuando vean que soy agradecida con quien se porta bien conmigo.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Ojalá que me llegara la noticia de que mi padre se había muerto, para renunciar a todos mis bienes y hacerla heredera a ella!

ESC.— Bien pronto vais a haber dado al traste con vuestra fortuna: de día y de noche, nada más que comer, beber, nadie piensa en ahorrar; eso se llama cebarse.

FILÓL.— *(Aparte.)* Te aseguro que estoy decidido a empezar a probar el ahorro contigo, porque no probarás bocado ni beberás en mi casa en los próximos días.

FILEM.— Si es que estás dispuesta a hablarme bien de él, puedes decir lo que quieras; pero si me hablas mal, te aseguro que vas a recibir palos.

FILÓL.— *(Aparte.)* De verdad que si hubiera ofrecido un sacrificio al soberano Júpiter por el mismo dinero que di por su liberación, no hubiera estado tan bien empleado; se ve que me quiere desde el fondo de su alma..., tampoco he andado yo sin vista de haber liberado a quien hará de abogado en favor de mi causa.

ESC.— Ya me doy cuenta que los demás hombres te traen sin cuidado en comparación de Filólaques; ahora, no sea que vaya a recibir palos por su causa, te llevaré la corriente, si es que tienes la seguridad de que será tu amigo por siempre jamás.

FILEM.— Dame en seguida el espejo y el cofrecillo de las joyas, Escafa, que esté arreglada cuando venga Filólaques, mi amor.

ESC.— Un espejo no lo necesita más que una mujer que no

se siente segura de sí misma y de su juventud: ¿qué falta te hace a ti un espejo, si tú misma eres el mejor espejo para mirarse?

FILÓL.— *(Aparte.)* Por esas palabras, Escafa, para que no hayas dicho en vano una cosa tan bien dicha, te haré hoy algún regalo... a ti, Filematio de mi alma.

FILEM.— ¿Están los cabellos bien puestos cada uno en su lugar como deben?

ESC.— Mientras que tú seas como debes, ten por seguro que los cabellos no lo serán menos.

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Qué!, ¿habrase visto cosa más mala que esa mujer? Ahora dice a todo que sí, la malvada, antes no hacía más que llevar la contraria.

FILEM.— Dame la crema blanca.

ESC.— Pues ¿qué falta te hace?

FILEM.— Sí, para darme en las mejillas.

ESC.— Eso es igual que si quisieras poner el marfil más blanco con tinta.

FILÓL.— *(Aparte.)* Muy bien dicho eso del marfil y la tinta, bravo, ¡un aplauso para Escafa!

FILEM.— Entonces dame el colorete.

ESC.— No te lo doy; estás tú buena: ¿quieres estropear con una nueva mano de pintura una obra de arte tan preciosísima? Esa edad no necesita pinturas de ninguna clase: ni crema blanca, ni blanco de Melos, ni afeites de ninguna clase.

FILEM.— Toma entonces el espejo. *(Le da un beso antes de entregárselo.)*

FILÓL.— *(Aparte.)* ¡Ay, pobre de mí! Le ha dado un beso al espejo; ojalá tuviera aquí una piedra para romperle la crisma al dichoso espejo ese.

ESC.— Toma la toalla y límpiate las manos.

FILEM.— ¿Por qué, pues?

ESC.— Como has tenido cogido el espejo, tengo miedo no

te vayan a oler las manos a plata..., no sea que vaya Filólaques a sospechar que la has recibido de quien sea.

FILÓL.— *(Aparte.)* En mi vida he visto una tercera más redomada. ¡Mira que habérsele ocurrido eso del espejo!, ¡qué ingeniosa y qué ladina es la malvada!

FILEM.— ¿No crees que me debo perfumar?

ESC.— De ninguna manera.

FILEM.— ¿Por qué?

ESC.— Porque a fe mía que una mujer huele bien cuando no huele a nada; esas viejas que se untan de perfumes, todas recompuestas, esos vejestorios sin dientes que pretenden tapar sus defectos a fuerza de afeites, cuando el sudor se combina con los perfumes, huelen exactamente igual que un batiburrillo de salsas de un cocinero; no puedes saber a lo que huelen, lo único de que te das cuenta es que huelen mal.

FILÓL.— *(Al público.)* ¡Anda que no está bien enterada de todo, qué cosa más lista de mujer! Y además es que tiene razón; seguro que la mayoría de vosotros está de acuerdo con ella, sobre todo los que tenéis en casa una mujer vieja que os cazó por medio de su dote.

FILEM.— Venga, Escafa, mira estas joyas y este mantón cómo me están.

ESC.— No soy yo la que tengo que tener cuenta de eso.

FILEM.— Pues ¿quién entonces?, dime.

ESC.— Yo te lo diré: Filólaques, para que no te compre más que lo que crea que te gusta a ti. Lo que el enamorado compra con las joyas y la púrpura es la inclinación de su amiga: ¿a qué ponerle por delante de los ojos una cosa que él no quiere para maldita la cosa? La finalidad de los vestidos de púrpura es disimular la edad, las joyas son buenas para las feas; una mujer hermosa lo está mucho más desnuda que vestida de púrpura. Y después, de nada le sirve estar bien arreglada si es de mala condición; la mala conducta es peor que el barro

para manchar un lindo tocado. Cuando se es guapa, se está arreglada y de sobra.

FILÓL.— *(Aparte.)* Ya me estoy conteniendo demasiado rato. ¿Qué es lo que hacéis aquí?

FILEM.— Me estoy arreglando para que estés contento conmigo.

FILÓL.— Ya estás bastante arreglada. *(A Escafa.)* Éntrate tú y llévate estas zarandajas. Pero, amor mío, Filematio mía de mi alma, tengo ganas de tomar unas copas contigo.

FILEM.— Y yo contigo, que lo que te da gusto a ti me lo da también a mí, amor mío.

FILÓL.— Ves, esas palabras valen ya más que veinte minas.

FILEM.— Dame, si quieres, sólo diez; te las dejo a un buen precio.

FILÓL.— Tú tienes todavía diez minas de más; si no, echa la cuenta: yo he pagado treinta minas por ti.

FILEM.— ¿Por qué me lo echas en cara?

FILÓL.— ¿Yo te lo voy a echar en cara?, si estoy deseando que me lo echen en cara a mí, después que hace ya tiempo que no he empleado un dinero mejor que ahora.

FILEM.— Por lo que a mí toca, no hubiera podido sacar mejor partido de mis servicios que entregándote a ti mi amor.

FILÓL.— Entonces sale bien la cuenta de gastos e ingresos entre los dos: tú me quieres, yo te quiero, y los dos pensamos que tenemos motivo para ello. Ojalá gocen también de una felicidad sin fin los que con nosotros se alegren; quienes nos envidien, ojalá que no puedan gozar nunca de nada que sea digno de la envidia de los demás.

FILEM.— Anda, ponte entonces aquí *(en el diván); (a un esclavo)* chico, trae el aguamanil, pon aquí la mesita; a ver dónde están las tabas [5], ¿quieres algún perfume?

[5] Cf. nota a *Curculio* 354.

FILÓL.— Para qué, si tengo a mi lado a la mirra [6] en persona. Pero ¿no es mi camarada ese que viene ahí con su amiga? Sí, él es, Calidámates viene con su amiga; ¡bravo!, los soldados acuden a pedir su parte de botín.

ESCENA CUARTA

CALIDÁMATES, DELFIO, FILÓLAQUES, FILEMATIO

CA.— *(Hablando con un esclavo y tambaleándose.)* Quiero que se me venga a buscar pronto a casa de Filólaques, ¿me oyes? Tú, a ti te lo he mandado. Es que he salido huyendo de la casa en donde estaba, que era aquello un puro aburrimiento, el convite y la conversación; ahora voy a correrme la juerga a casa de Filólaques, verás si allí nos lo pasamos bien, que son una gente muy divertida y muy simpática. *(A Delfio.)* Pero oye, bueno, ¿es que te crees que he cogido una mo-mo... una mona?

DE.— Siempre te portas de esa manera... [7].

CA.— ¿Quieres que yo te abrace a ti y tú a mí?

DE.— Si tienes gana de ello, vale.

CA.— Eres un encanto, llévame, ¿quieres?

DE.— Tú, que te caes, tente en pie.

325-325a CA.— O-o-ojitos míos; yo soy tu crío, dulzura mía.

DE.— Pero bueno, que te vas a quedar echado aquí en medio de la calle, antes de que nos echemos allí en el diván.

CA.— Deja, déjame caer.

328a DE.— Dejado estás.

[6] Cf. *Curculio* 100.

[7] Texto corrupto.

CA.— Pero deja que se caiga también esto que tengo en la mano.

DE.— Si te caes, desde luego que me caeré yo también contigo.

CA.— Pues ya nos levantará quien sea cuando nos vean ti- 330
rados ahí.

DE.— Este hombre ha cogido una mona..

CA.— ¿Dices que he cogido una mo-mo... una mona?

DE.— Trae, dame la mano, no quiero que te des un porrazo.

CA.— Toma, ten.

DE.— Venga, ven conmigo.

CA.— ¿A dónde?

DE.— Pero ¿es que no lo sabes?

CA.— Sí que lo sé, ahora mismo me acuerdo, voy a casa a 334-335
correrme la juerga.

DE.— A casa no, sino aquí. 335a

CA.— ¡Ah, ya me acuerdo!

FILÓL.— *(A Filematio.)* ¿No te parece que vaya a su encuentro, mi vida? Éste es de todos mis amigos el que más aprecio; ahora mismo vuelvo.

FILEM.— Ese «ahora mismo» se me hace demasiado largo.

CA.— *(A la puerta, sin ver a Filólaques.)* ¿Quién vive?

FILÓL.— Yo soy.

CA.— ¡Bravo, Filólaques, salud, querido amigo! 340

FILÓL.— Hola, venga, acomódate, Calidámates; ¿de dónde vienes?

CA.— De donde viene un individuo hecho una cuba.

FILEM.— Ponte a la mesa, querida Delfio, anda, dale de beber.

CA.— Yo lo que quiero es dormir.

FILÓL.— ¡El mismo de siempre! 345

DE.— A ver lo que voy yo a hacer después con él.

FILEM.— Déjale estar, querida. *(Al esclavo.)* Venga, tú da la copa a Delfio y vela haciendo luego pasar a los demás.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TRANIÓN, FILÓLAQUES, CALIDÁMATES, DELFIO, FILEMATIO, UN ESCLAVO

TR.— El soberano Júpiter se empeña con todas sus fuerzas y por todos los medios en dar al traste conmigo y con Filólaques, el hijo del amo; ¡adiós esperanzas: por parte ninguna hay un refugio donde nos podamos sentir seguros! Ni siquiera la diosa de la Salud en persona podría concedérnosla aunque quisiera; tal es el cúmulo de desgracias y de males al que acabo de dar vista en el puerto: el amo ha vuelto de su viaje, muerto es un servidor. ¿Hay aquí alguien que tenga interés en ganarse algún dinerillo, que esté dispuesto a dejarse llevar al patíbulo en lugar mío? ¿Dónde están esos individuos aguantapalos y arrastracadenas, o esos que por tres perras se encaraman a las fortificaciones enemigas para ver luego traspasado su cuerpo en la mayoría de los casos por una docena de lanzas al mismo tiempo? Un talento estoy dispuesto a entregar al primero que se suba al patíbulo, pero con la condición de que se le claven allí dos veces los pies y dos veces las manos; una vez hecho esto, que venga luego a pedirme el dinero contante y sonante. Pero yo... ¿pues no seré desgraciado de no irme corriendo a todo correr a casa?

FILÓL.— Ya está aquí la compra; ahí vuelve Tranión del puerto.

TR.— ¡Filólaques!

FILÓL.— ¿Qué hay?

TR.— Te comunico que tanto tú como yo...

FILÓL.— ...tanto tú como yo, qué.

TR.— ...estamos perdidos.

FILÓL.— ¿Cómo, pues?

TR.— Tu padre está aquí.

FILÓL.— ¿Qué es lo que oigo?

TR.— Muertos somos; tu padre, digo, ha venido.

FILÓL.— ¿Dónde está, por favor?

TR.— ¿Que dónde está? Aquí.

FILÓL.— ¿Quién lo dice?, ¿quién le ha visto?

TR.— Yo lo he visto, digo.

FILÓL.— ¡Ay de mí!, ¿qué hago ahora?

TR.— ¡Maldición!, ¿por qué me preguntas qué es lo que haces? A la mesa estás, digo yo.

FILÓL.— ¿Tú mismo le has visto?

TR.— Yo mismo, sí, señor.

FILÓL.— ¿Seguro?

TR.— Seguro, digo.

FILÓL.— Muerto soy si es verdad lo que dices.

TR.— ¿Y qué iba yo a sacar con mentir?

FILÓL.— ¿Y qué hago yo ahora?

TR.— Haz quitar todo esto de aquí. ¿Quién es ese que está ahí durmiendo?

FILÓL.— Calidámates; despiértale, Delfio.

DE.— ¡Calidámates, Calidámates, despiértate!

CA.— Estoy despierto, venga algo de beber.

DE.— Despierta, el padre de Filólaques ha vuelto de su viaje.

CA.— Que le vaya bien.

FILÓL.— No, si él está bien, el que está mal que peor soy yo.

Ca.— ¿Que estás mal que peor? Eso no es posible[8].

Filól.— Por favor, Calidámates, yo te lo ruego, levántate, mi padre ha vuelto.

Ca.— ¿Que ha vuelto tu padre? Pues dile que se vaya otra vez, ¿quién le ha mandado volver?

Filól.— ¿Qué hacer ahora? Mi padre me va a coger cuando llegue, aquí bebido, la casa toda llena de convidados y de mujeres. Una cosa muy triste es tener que empezar a abrir un pozo cuando te estás ya muriendo de sed: ésta es exactamente mi situación actual, andar preguntando qué debo hacer mientras que mi padre está ya de vuelta.

Tr.— Tú, mira éste *(Calidámates)*, ha dejado caer la cabeza y se ha dormido, despiértale.

Filól.— ¿Acabas ya de despertarte de una vez? Mi padre, te digo, va a llegar de un momento a otro.

Ca.— ¿Tu padre, dices? Venga: los zapatos, que coja las armas, verás como voy y le mato.

Filól.— No haces más que empeorar todavía más la situación.

De.— Calla, por favor.

Filól.— *(A los esclavos.)* Llevároslo adentro en brazos.

Ca.— Diablos, si no me dais un orinal, vais a servirme vosotros de ello. *(Se lo llevan.)*

Filól.— ¡Estoy perdido!

Tr.— Calla; ya inventaré yo lo que sea para solucionarte el caso: ¿te basta si, cuando llegue tu padre, consigo no sólo que no entre en casa, sino que salga huyendo a cien leguas de distancia? Vosotros entrad en seguida y retirad todo esto de aquí.

Filól.— Y yo, ¿dónde me quedo?

[8] Juego de palabras en el texto latino, difícil de reproducir en la traducción.

Tr.— Donde mejor te parezca: con ésta, o con ésta. *(Señalando a Delfio y a Filematio.)*

De.— ¿No es mejor que nos marchemos nosotras?

Tr.— Ni un tanto así, Delfio; por este motivo no tenéis necesidad de dejar de beber ni una gota menos.

Filól.— ¡Ay de mí, que estoy sudando a fuerza de miedo a ver por dónde nos van a salir todas esas lindas promesas!

Tr.— ¿Va a ser posible que te estés tranquilo y que hagas lo que te mando?

Filól.— Sí.

Tr.— Ante todo, tú, Filematio, entra, y tú también, Delfio.

De.— Dispuestas estamos las dos a servirte los pensamientos. *(Entran.)*

Tr.— ¡Júpiter lo quiera! *(A Filólaques.)* Atiende ahora tú lo que quiero que se haga: lo primero de todo, haz en seguida cerrar la puerta; dentro, mucho cuidado con permitir que nadie diga una sola palabra.

Filól.— De acuerdo.

Tr.— Como si no hubiera un alma en la casa.

Filól.— Vale.

Tr.— Y que nadie conteste cuando el viejo llame a la puerta.

Filól.— ¿Algo más?

Tr.— Hazme sacar aquí la llave lacónica [9]; quiero cerrar la casa desde fuera.

Filól.— Bajo tu protección pongo mi persona y todas mis esperanzas. *(Entra en casa.)*

Tr.— Patrono o cliente, todo es una misma cosa para una persona amilanada, porque, lo mismo si se trata de una buena que de una mala persona, la dificultad no está en jugar una

[9] La llave lacónica, de tres dientes, tenía la ventaja de que con ella podían ser abiertas y cerradas las puertas también desde fuera.

mala pasada, aunque sea de improviso, sino que lo importante es andar con ojo, y es misión de quien sabe lo que se hace conseguir que todos sus malos propósitos y sus fechorías se desenvuelvan sin contratiempos y sin daño para su autor y sin que le caiga encima algo que le haga perder las ganas de vivir. Eso mismito voy a hacer yo, que, a pesar de todos los desperfectos que hemos organizado aquí, veréis cómo se va a aclarar la situación y a quedar todo en la más completa calma sin que tengamos que sufrir nosotros malas consecuencias de ninguna clase. *(A un esclavo que sale.)* Pero ¿a qué sales otra vez, Esfefunción?, vamos, vamos, vaya una forma de obedecer mis órdenes.

Es.— El amo me ha dicho que te rogara muy encarecidamente que espantaras a su padre como sea para que no entre en la casa.

Tr.— ¡Bueno!, dile que yo haré que no se atreva ni a mirarla y que salga de aquí huyendo horrorizado con la capa liada a la cabeza. Venga la llave y entra y atranca la puerta, yo también cerraré por fuera. *(El esclavo entra; Tranión echa la llave a la puerta.)* Deja que venga el viejo, que le voy a organizar una fiesta en vida y en sus mismas narices como seguro que no la va a poder recibir el día de su muerte. Me retiraré de la puerta: desde aquí puedo calcular desde lejos la mejor forma de pegársela al viejo cuando llegue.

ESCENA SEGUNDA

TEOPRÓPIDES, TRANIÓN

Te.— De todo corazón te doy gracias, soberano Neptuno, por haberme dejado al fin escapar con vida de tus dominios y llegar a la patria; sólo que si de aquí en adelante me ves poner

aunque no sea más que un pie sobre las olas, te permito que hagas sin dilación alguna lo que en sí tenías el propósito de hacer esta vez; nunca jamás quiero volver a tener cuentas contigo; toda la confianza que pude depositar en ti, la deposité ya de una vez para siempre.

TR.— *(Aparte.)* Caray, Neptuno, has cometido una grave falta, haber perdido una ocasión tan buena.

TE.— Vuelvo de Egipto a casa después de tres años de ausencia; espero que los míos se alegren de mi llegada.

TR.— *(Aparte.)* Más se hubieran alegrado con la venida de quien hubiera anunciado tu muerte.

TE.— Pero ¿qué es esto?, la puerta cerrada en pleno día. Llamaremos. ¡Eh!, ¿quién vive? ¡Abridme!

TR.— ¿Quién es ese hombre que está ahí delante de nuestra casa?

TE.— Ése es, desde luego, mi esclavo Tranión.

TR.— ¡Oh, Teoprópides, mi amo, salud, me alegro de verte llegar sano y salvo! ¿Te ha ido bien todo el tiempo?

TE.— Sí, como ves.

TR.— ¡Estupendo!

TE.— Y vosotros ¿qué?, ¿habéis perdido la cabeza?

TR.— ¿Por qué, pues?

TE.— Pues porque sí, porque andáis dando vueltas por la calle y en casa no hay un alma que la guarde ni que salga a abrir la puerta ni conteste; casi he partido las puertas a fuerza de golpes.

TR.— ¡Huy!, pero ¿es que has tocado la puerta?

TE.— ¿Por qué no la iba a tocar? Es más, que a fuerza de golpes, digo, casi la he hecho pedazos.

TR.— ¿Que la has tocado?

TE.— Sí, sí, la he tocado, digo, y la he aporreado.

TR.— ¡Ay!

TE.— ¿Qué pasa?

TR.— ¡Huy, qué desgracia!

TE.— Pero ¿qué es lo que ocurre?

TR.— Imposible decir qué acción tan fuera de tino y tan funesta has cometido.

TE.— Pero ¿por qué?

TR.— ¡Huye, por favor, y aléjate de la casa! Hacia aquí, hacia donde yo estoy. ¿Has tocado la puerta?

TE. Pero ¿cómo hubiera podido llamar sin tocarla?

TR.— Pues has dado muerte...

TE.— ¿A quién?

TR.— A todos los tuyos.

TE.— Los dioses y las diosas todas hagan otro tanto contigo, tú, con esos malos agüeros.

TR.— Temo que te va a ser imposible hacer expiaciones suficientes por ti y por los tuyos.

TE.— ¿Por qué?, o ¿qué es esa novedad con que me sales ahora de pronto?

TR.— Y oye, dile a esos dos que se retiren. *(Los esclavos que le acompañan.)*

TE.— ¡Retiraos!

TR.— No toquéis la casa; tocad vosotros también la tierra [10].

TE.— Diablos, por favor, ¿por qué no te explicas?

TR.— Es que hace ya siete meses que nadie ha puesto un pie en esta casa, después de que la desalojáramos.

TE.— Explícate, ¿por qué?

TR.— Echa una mirada, a ver si hay alguien que esté a la escucha de nuestra conversación.

TE.— No hay peligro alguno.

TR.— Mira otra vez.

TE.— No hay nadie, habla ya.

[10] Gesto que se hace cuando se invoca a los dioses de ultratumba o a la Tierra.

TR.— Se trata de un crimen.

TE.— ¿De qué? No te comprendo.

TR.— Un asesinato, digo, que ha sido cometido ya hace tiempo, un crimen viejísimo.

TE.— ¿Viejísimo?

TR.— Y nos acabamos de enterar ahora.

TE.— ¿Qué crimen es o quién lo ha cometido?

TR.— El dueño de la casa ha echado mano aquí a un amigo suyo y lo ha matado; en mi opinión, el mismo que te vendió la casa.

TE.— ¿Que lo mató?

TR.— Lo mató y le robó su dinero y lo enterró aquí en la casa.

TE.— ¿Y cómo habéis llegado vosotros a esa conclusión?

TR.— Yo te lo diré, escucha: había cenado tu hijo fuera, y luego que volvió de la cena a casa, nos vamos todos a la cama y nos dormimos; dio la casualidad de que se me había olvidado a mí apagar la lámpara, y de pronto va él y pega un grito enorme.

TE.— Pero ¿quién?, mi hijo, ¿no?

TR.— ¡Chsst! calla, tú escúchame: dice que es que se le había aparecido en sueños el difunto.

TE.— Pero en sueños, ¿no?

TR.— Síii, pero tú escúchame; dice que el muerto le habló como sigue...

TE.— ¿En sueños?

TR.— Milagro que se lo hubiera dicho despierto, si hacía sesenta años que había sido asesinado; a veces dices unas sandeces ***.

TE.— Me callo.

TR.— Pero verás (lo que le dijo) *(con voz de ultratumba):* «Soy un huésped venido aquí de ultramar, Diapontio, aquí habito, ésta es la morada que me ha sido concedida, que Orco no

quiso acogerme en el Aqueronte [11] por haber sido privado de la vida prematuramente. Fui objeto de una traición: mi amigo me dio muerte y me metió aquí bajo tierra clandestinamente sin darme debida sepultura el muy malvado, sólo por causa de mi oro. Ahora tú, sal de esta casa, que está maldita, es nefando el habitar en ella». Un año entero no me bastaría para contarte las cosas tan espantosas que ocurren aquí. ¡Chsst, chsst¡

TE.— ¿Qué es lo que sucede? por favor, yo te suplico.

TR.— Ha sonado la puerta, ¿será él quien ha dado esos golpes?

TE.— ¡No tengo una gota de sangre en mis venas, los muertos se me llevan en vida al Aqueronte!

TR.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí!, ésos van a echar a perder toda mi historia; estoy temblando de que me coja éste *in fraganti.*

TE.— ¿Qué es lo que estás ahí relatando?

TR.— ¡Retírate de la puerta, huye, por favor, yo te lo suplico!

TE.— ¿A dónde voy a huir?, ¡huye tú también!

TR.— Yo no tengo miedo, yo estoy a buenas con los muertos.

UNA VOZ DESDE DENTRO.— ¡Eh, Tranión!

TR.— *(Haciendo como que habla con el difunto.)* Harás mejor en no llamarme; yo no he hecho mal alguno ni he llamado a la puerta ***; por favor ***

TE.— Pero ¿es que has perdido el juicio, Tranión?, ¿con quién estás hablando?

TR.— Ah, ¿eres tú el que me ha llamado? Te juro que creí que me pedía cuentas el difunto por haber aporreado tú la puerta. ¿Pero todavía sigues ahí plantado y no haces caso a lo que te digo?

TE.— ¿Qué es lo que debo hacer?

[11] Cf. *Mercator* 606.

TR.— No te vuelvas a mirar, huye, tápate la cabeza.

TE.— ¿Y tú por qué no huyes?

TR.— Yo estoy en paz con los muertos.

TE.— Sí, sí, y entonces, antes ¿qué?, ¿por qué te entró ese miedo?

TR.— No te preocupes por mí, te digo, ya me las arreglaré yo por mi cuenta. Tú, adelante, huye lo más rápido que puedas e invoca a Hércules [12].

TE.— ¡Hércules, misericordia! *(Se va.)*

TR.— Lo mismo digo: mal rayo te parta, abuelo. ¡Dioses inmortales, misericordia, no es chica la mala pasada a la que acabo de dar cima!

ACTO III

ESCENA PRIMERA

UN USURERO, TRANIÓN, TEOPRÓPIDES

US.— En mi vida he visto un año más malo para préstamos que el presente; el día entero me paso en el foro de la mañana a la noche y no consigo prestar una perra a nadie.

TR.— *(Aparte.)* Ahora sí que estoy perdido para siempre jamás: se presenta nada menos que el prestamista que nos dio el dinero con el que hemos comprado a la joven ***. Todo queda al descubierto, si no me adelanto para que no se entere el viejo de todo. Voy a su encuentro. *(Viendo volver a Teoprópides.)* Pero ¿cómo es que se vuelve ése tan pronto a casa? Me temo que es que haya tenido alguna noticia de toda la historia.

[12] Hércules en su categoría de vencedor de monstruos.

Me acercaré y le hablaré: ¡ay, pobre de mí, estoy muertecito de miedo!, no hay nada peor que la mala conciencia, lo cual es precisamente mi caso. Pero sea lo que sea, seguiré adelante con mis embrollos: ¿qué otro remedio queda? *(A Teoprópides.)* ¿De dónde vienes?

TE.— He visto al sujeto al que le compré la casa.

TR.— ¿Le has hablado de eso que te dije?

TE.— Sí, todo se lo he dicho.

TR.— *(Aparte).* ¡Ay, pobre de mí! ¡Mucho me temo que se hayan venido del todo abajo mis maquinaciones!

TE.— ¿Qué es lo que andas relatando ahí?

TR.— Nada, nada; pero dime: ¿se lo has dicho?

TE.— Se lo he dicho, digo, todo, punto por punto.

TR.— ¿Y ha confesado lo del huésped?

TE.— No, sino que lo niega rotundamente.

TR.— Lo niega ***.

TE.— Reflexiona: *** si lo hubiera confesado, te lo diría. ¿Qué crees que se debe hacer ahora?

TR.— ¿Que qué creo que se debe hacer? Ponte de acuerdo con él y coge a una persona que medie entre los dos (pero procura coger uno que se fíe de mí); yo te aseguro que te saldrás con la tuya como quien se bebe un vaso de agua.

US.— Anda, ahí está Tranión, el esclavo de Filólaques, que ni me pagan los intereses ni me devuelven el capital.

TE.— *(A Tranión, que va a acercarse al usurero.)* ¿A dónde vas?

TR.— A ninguna parte. *(Aparte.)* De verdad que soy un desgraciado y un malasuerte y que he nacido con un mal sino; ahora me va a abordar ése estando aquí presente el otro: ¡ay, qué desgraciado soy!, nada más que dificultades por aquí y por allá. Mejor será que me adelante yo a hablarle.

US.— Viene para acá, estoy salvado, hay esperanza de pago.

Tr.— *(Aparte.)* Tiene un aspecto muy optimista; se equivoca, el pobre. Muy buenas. Misargírides.

Us.— Buenas; ¿qué hay de eso del dinero?

Tr.— ¡Anda, vete ya, monstruo!, nada más llegar y ya me has lanzado la jabalina.

Us.— Éste está limpio.

Tr.— Éste es sin duda un adivino.

Us.— Venga y déjate de esas pamplinas.

Tr.— Venga y dime ya lo que quieres.

Us.— ¿Dónde está Filólaques?

Tr.— No has podido venir más a punto.

Us.— ¿Y eso por qué?

Tr.— Vente un poco más para acá. *(Alejándose de Teoprópides.)*

⟨Us.— ¿Por qué no se me pagan los intereses?⟩

Tr.— Ya sé que tienes buena voz, no grites tanto.

Us.— Maldición, me da la gana de gritar.

Tr.— ¡Ah, hazme ahora un favor!

Us.— ¿Qué favor quieres que te haga?

Tr.— Vete a casa, yo te lo ruego.

Us.— ¿Que me vaya?

Tr.— Sí, y vuelve a eso del mediodía.

Us.— ¿Y se me van a pagar entonces los intereses?

Tr.— Se te pagarán; ahora, márchate.

Us.— ¿Y para qué voy a tomarme el trabajo de volver y perder mi tiempo?, ¿no es mejor que me espere aquí hasta el mediodía?

Tr.— No, vete a casa, de verdad te lo digo, tú, vete, por favor.

***

Us.— No, sino dadme mis intereses, ¿a qué tanta historia?

Tr.— Tú, te juro que... vete, por favor, hazme caso.

Us.— ¡Maldición, ahora mismo voy y le llamo por su nombre!

TR.— ¡Bravo, muy bien, ahora ya estás feliz de poder dar gritos!

US.— Es lo mío lo que exijo, ya hace muchos días que me vais dando largas en la misma forma; si es que os resulto molesto, devolvedme mi dinero, verás cómo me largo. No tienes sino que decirme que me pagas y te quedas libre de reclamaciones.

TR.— Entonces te devolvemos el capital.

US.— No, los intereses, eso es lo que quiero primero.

TR.— ¿Cómo, infame, más que infame, has venido aquí para medir la fuerza de tus pulmones? Puedes hacer todo lo que esté al alcance de tu mano: no paga, no debe.

US.— ¿Que no debe?

TR.— Ni un pelo te puedes llevar de aquí. ¿Es que temes acaso que se vaya de la ciudad y se expatríe por causa de tus intereses, cuando es así que te sería posible recibir el capital?

US.— Es que no reclamo el capital; primero se me tienen que pagar los intereses.

TR.— No importunes más: no se te da nada, haz lo que te dé la gana. ¿Eres tú quizá el único que presta dinero a réditos?

US.— *(A gritos.)* ¡Venga mis intereses, pagadme mis intereses! ¿Me pagáis inmediatamente mis intereses? ¿Se me pagan mis intereses?

TR.— ¡Intereses por aquí, intereses por allá! No sabe decir otra cosa más que intereses. ¡Largo de aquí! En mi vida creo haber visto bicho más malo que tú.

US.— Te juro que no me impones con esas palabras.

TE.— Eso está que arde, y, a pesar de la distancia, quema de lo lindo. Vamos a ver qué son esos intereses que reclama éste. *(Acercándose.)*

TR.— Mira, el padre de Filólaques ha llegado hace poco de un viaje, él te dará los intereses y el capital a ver si te dejas ya de tanto incordio en adelante; verás si se lo hace decir dos veces.

US.— No tengas pena que no vaya a coger lo que me den.

TE.— A ver, Tranión.

TR.— ¿Qué?

TE.— ¿Quién es ése?, ¿qué es lo que pide?, ¿por qué recrimina así a mi hijo Filólaques y te arma a ti ese escándalo en tu propia cara?, ¿qué es lo que se le debe?

TR.— Por favor, yo te suplico, haz que le tiren el dinero a la cara al bicho asqueroso este.

TE.— ¿Que haga...?

TR.— Sí, que hagas partirle la cara con el dinero.

US.— Esos golpes en metálico los soporto yo con mucha facilidad.

TR.— ¿Lo estás viendo?, por favor, un usurero auténtico, gente de la peor ralea.

TE.— No me interesa quién es, ni qué es, ni cuál es su procedencia; lo que quiero que se me diga, lo que quiero saber es sólo lo siguiente: de qué dinero se trata.

TR.— Se trata de que.... Es que Filólaques tiene una pequeña deuda con él.

TE.— ¿Pequeña?, ¿cómo de pequeña?

TR.— Unas... unas cuarenta minas, no vayas a creer que es mucho.

TE.— Sí, sí, poco; además, oigo también que se le deben los intereses.

TR.— Cuarenta y cuatro minas se le deben en total; dile que se las vas a dar, para que se vaya.

TE.— ¿Que le diga que se las voy a dar?

TR.— Sí.

TE.— ¿Yo?

TR.— Sí, tú en persona. Díselo, hazme caso, prométeselo, venga, digo, yo te lo mando.

TE.— A ver, contéstame: ¿qué se ha hecho con ese dinero?

TR.— Está a buen recaudo.

TE.— Entonces pagádselo vosotros mismos, si es que lo tenéis.

TR.— Tu hijo ha comprado una casa.

TE.— ¿Una casa?

TR.— Sí, una casa.

TE.— ¡Bravo, Filólaques sale a su padre!, ya empieza el joven a moverse en los negocios. ¿Dices una casa?

TR.— Una casa, digo. Pero ¿sabes qué casa?

TE.— ¿Cómo lo voy a saber?

TR.— ¡Oh!

TE.— ¿Qué pasa?

TR.— ¡No veas!

TE.— Pero bueno, ¿qué?

TR.— Más reluciente que un espejo, como los propios chorros del oro.

TE.— Caray, me parece muy bien; y qué, ¿por cuánto la ha comprado?

TR.— Por tantos talentos magnos [13] como hacemos tú y yo juntos; pero de garantía ha dado las cuarenta minas estas; las tomó prestadas de aquí *(señalando al usurero)* para entregárselas al vendedor, ¿comprendes? Es que, puesto que la casa esta estaba en las condiciones que te dije, fue y se compró en seguida otra.

649-650 TE.— Eso está pero que muy bien.

US.— ¡Eh, tú, que es casi mediodía!

TR.— Despáchale, por favor, que no nos mate con tanto
652ª-631 echar por esa boca; cuarenta y cuatro minas se le deben, incluido el capital y los intereses.

US.— Cabales, no exijo nada más.

632 TR.— No, eso es lo que faltaba, que pidieras ni una perra más.

[13] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

Te.— Joven, conmigo has de tratar.

Us.— O sea que es a ti a quien lo tengo que reclamar, ¿no?

Te.— Sí, mañana.

Us.— Me marcho: me doy por contento si lo tengo mañana en mi poder. *(Se va.)*

Tr.— *(Continuando las palabras del usurero.)* ...sí, la desgracia que ojalá hagan caer sobre él los dioses y las diosas todas por dar al traste en esa forma con mis planes. Verdaderamente no hay hoy por hoy peor ralea ni gente más inicua que los usureros.

Te.— ¿En qué barrio ha comprado mi hijo la casa que dices?

Tr.— *(Aparte.)* ¡Ay, ahora sí que estoy perdido!

Te.— ¿Me contestas a lo que te pregunto?

Tr.— Yo te lo diré; es que estoy pensando cómo se llama el dueño.

Te.— Venga, haz memoria, pues.

Tr.— *(Aparte.)* ¿Qué otro remedio me queda sino decir que es del vecino de al lado *** la casa que ha comprado su hijo? Yo he oído decir que las mentiras mientras más calientes, mejor; lo que los dioses me inspiran, eso le digo, y ya está.

Te.— ¿Qué, te acordaste ya?

Tr.— ¡Maldito sea el tipo ese!... *(por lo bajo, refiriéndose a Teoprópides)* (o mejor, éste)..., sí, eso, al vecino de al lado le ha comprado tu hijo la casa.

Te.— ¿De verdad?

Tr.— Si es que tú estás dispuesto a entregar el dinero, entonces la ha comprado de verdad; si no lo entregas, entonces, no.

Te.— El sitio no es demasiado bueno.

Tr.— Al revés, no puede ser mejor.

Te.— Yo quiero ver la casa, llama a la puerta y haz salir a alguien, Tranión.

TR.— *(Aparte.)* Ahora sí que estoy perdido, no sé lo que decir, otra vez me vuelven a llevar las olas contra los mismos escollos.

TE.— Entonces, ¿qué?

TR.— *(Aparte.)* No se me ocurre ninguna solución, me cogen con las manos en la masa.

TE.— Llama en seguida a alguien que salga y dile que si nos puede enseñar la casa.

TR.— Eh, tú, ahí hay mujeres; hay que enterarse primero si es que ellas están de acuerdo o no lo están.

TE.— Tienes mucha razón; pregunta y pide permiso; yo te espero aquí un momento a la puerta hasta que salgas.

TR.— *(Aparte.)* Los dioses todos y las diosas te confundan, abuelo, qué manera de obstaculizar por todas partes mis salidas. ¡Bravo, mira qué bien que sale precisamente el dueño en persona, Simón! Me apartaré aquí un poco hasta convocar en mi cabeza la asamblea de mis pensamientos; cuando se me haya ocurrido lo que tengo que hacer, entonces le abordaré.

ESCENA SEGUNDA

SIMÓN, TRANIÓN, TEOPRÓPIDES

SI.— *(Sin ver a los otros.)* En todo el año me ha ido mejor en casa ni he comido con más gusto: mi mujer me ha dado un almuerzo excelente, y ahora me dice que a dormir. Ni hablar. Ya tuve yo la impresión en seguida que no era así como así que me ponía un almuerzo mejor que de costumbre; es que me quería meter en el dormitorio, la vieja. No es bueno dormir después de la comida, ¡quita! A escondidillas me he salido aquí fuera, mi mujer seguro que está hecha toda una furia conmigo ahí dentro.

TR.— Buena le espera al viejo este a la tarde: le va a costar una mala cena y una mala noche.

SI.— Mientras más lo pienso para mis adentros, ¿qué te apuestas que no les entra nunca sueño a los que tienen una mujer rica y vieja? Todos le tienen horror a irse a la cama, como yo ahora, que es cosa hecha que me marcho al foro antes que quedarme durmiendo en casa. *(Al público.)* Desde luego, yo no sé cómo serán vuestras mujeres, pero lo que es la mía, bien que me sé las que me hace pasar, y además, que la cosa irá de mal en peor.

TR.— *(Aparte.)* Mal te va a salir la escapada, viejo; pero no tendrás motivo para echar la culpa a ningún dios; a ti te la tendrás que echar con todas las de la ley y con razón. Ahora es la ocasión de hablarle. ¡Ya cayó! Se me acaba de ocurrir la manera de engañar al viejo y el embuste con el que puedo sacudirme mis penas. Me acercaré a él. *(Teoprópides se queda al otro extremo de la escena.)* Los dioses te guarden, Simón.

SI.— Buenos días, Tranión.

TR.— ¿Qué tal andas?

SI.— Vamos tirando. ¿Y tú, qué haces?

TR.— Estrechar la mano de un hombre estupendo.

SI.— Gracias por el piropo.

TR.— Nada más justo, desde luego.

SI.— Pero, en cambio, yo no estrecho la mano de un buen esclavo.

TE.— ¡Eh, tú, bribón, ven para acá!

TR.— Ahora mismo.

SI.— ¿Y qué? ¿cuándo?

TR.— ¿...Cuándo qué?

SI.— No, el trajín ese que os traéis ahí dentro.

TR.— ¿Qué trajín?

SI.— Ya sabes a lo que me refiero; pero está bien ***, tú a

llevarle la corriente; ten también en cuenta lo pronto que se pasa la vida.

Tr.— ¿Qué? Ah, ya al fin caigo, te refieres aquí al trajín este nuestro.

729-730 Si.— Anda que no es nada la buena vida que os dais, y nada más justo: buen vino, buenos manjares, pescados ricos y selectos, así os endulzáis la vida.

Tr.— Vida, lo que se llama vida, eso ha sido hasta lo presente; ahora, (Simón), todo eso ha pasado a la historia.

Si.— Pero ¿como?

Tr.— Estamos del todo perdidos, Simón.

735 Si.— No me digas, hasta ahora todo os había salido a pedir de boca.

Tr.— No niego que haya sido así como dices; en efecto, nos hemos pegado una vida padre, pero, Simón, el viento favorable ha vuelto la espalda en forma tal a nuestra nave que...

Si.— Pero ¿cómo?, ¿de qué manera?

Tr.— De muy mala manera.

Si.— Pues ¿no habíais atracado ya y la teníais a buen recaudo?

Tr.— ¡Ay!

Si.— ¿Qué pasa?

Tr.— ¡Pobre de mí, estoy perdido!

740 Si.— ¿Por qué?

Tr.— Porque ha venido una nave que va a hacer pedazos a la nuestra.

Si.— Lo siento, Tranión, pero ¿qué es lo que ha pasado?

Tr.— Yo te lo diré: el amo ha regresado.

Si.— Entonces eso anuncia *** cadenas, ⟨la horca.

Tr.— Por tus⟩ rodillas, Simón, yo te conjuro que no nos
744-745 delates al amo.

Si.— De mí no sabrá nada, no te apures.

Tr.— ¡Salve, patrono!

SI.— No me interesan clientes de tu ralea.

TR.— Ahora, a lo que me ha mandado mi amo...

SI.— Contesta primero a lo que te pregunto: ¿se ha percatado ya el viejo de algo de eso?

TR.— De nada absolutamente.

SI.— ¿Ha regañado ya a su hijo?

TR.— Está más sereno que un día de sol radiante. Pero es que me ha encargado que te pidiera que le dejaras ver tu casa.

SI.— No está a la venta.

TR.— Lo sé. Pero es que el amo quiere construir un departamento para las mujeres aquí en su casa, y unos baños, y así un paseo y un pórtico.

SI.— ¡Ahí es nada!, ¿qué sueños son esos?

TR.— Yo te lo diré: quiere casar a su hijo cuanto antes, y por eso es lo de construir un nuevo departamento para las mujeres; porque es que dice que no sé qué arquitecto le ha ponderado mucho tu casa, que es una construcción de locura; y es por eso por lo que quiere tomar modelo de ella, si no tienes nada en contra, sobre todo porque ha oído que tienes ahí en el verano una sombrita que da gusto a pleno aire libre todo el santo día.

SI.— Al revés, diablos, puede haber sombra por cualquier otra parte, pero aquí tienes sol de la mañana a la noche; ni que fuera un acreedor: lo tienes plantado a la puerta el día entero y un lugar a la umbría no lo tengo yo en mi casa a no ser en la cisterna.

TR.— Oye, ¿no tienes quizá una sarsinate si es que no tienes ninguna umbría? [14]

SI.— No te pongas pesado: las cosas son como son, tal como te digo.

TR.— Pero, así y todo, quiere el amo ver la casa.

[14] Juego de palabras: Sársina, en Umbría, es la ciudad natal de Plauto.

SI.— Que la vea, si es que tiene tanto interés; si hay algo que le gusta, nada, no tiene más que tomar modelo y construirlo igual.

TR.— ¿Voy entonces y le llamo?

SI.— Sí, dile que venga.

TR.— *(Aparte.)* Alejandro Magno y Agatocles [15] tienen los dos la fama de haber realizado incomparables proezas; conmigo hacemos tres: ¿qué no se dirá de mí que llevo a cabo sólo hazañas inmortales? El viejo este lleva ya sus albardas, el amo otro tanto de lo mismo; no está mal el nuevo oficio que me he inventado: los muleros tienen mulos de carga, igualito que yo, sólo que yo son hombres lo que tengo y no mulos; y no es nada lo que soportan: les eches lo que les eches, que te lo llevan. Ahora quizá debía hablar con el amo: allá voy. ¡Eh, Teoprópides!

TE.— Hm, ¿quién me llama?

TR.— Un esclavo cien por cien fiel a su amo.

TE.— ¿De dónde vienes?

TR.— Te traigo solucionado todo a lo que me mandaste.

TE.— Pero ¿cómo te has estado allí tantísimo rato?

TR.— Es que Simón no tenía tiempo y he tenido que esperar.

TE.— Eres el mismo de siempre, un tardón.

TR.— Oye, tú acuérdate del dicho ese de que no se puede soplar y sorber al mismo tiempo; yo no podía estar aquí y allí a la vez.

TE.— Entonces, ¿qué?

TR.— Puedes ir a ver la casa y examinarlo todo a tu gusto.

TE.— Hale, anda, tú me guías.

TR.— Ahora mismo.

---

[15] Famoso tirano de Siracusa del 318 al 289 antes de nuestra era; cf. también *Pseudolus* 532.

Te.— Yo te sigo.

Tr.— Mira, el dueño en persona te espera a la puerta. Pero no te puedes figurar la pena que tiene de haber vendido la casa.

Te.— ¿Y entonces?

Tr.— Me ha pedido que convenza a Filólaques de que se la devuelva.

Te.— No, eso no; cada uno va a lo suyo; si hubiera sido una mala compra, no tendríamos derecho a volvernos atrás. En cuestión de ganancias, no hay sino barrer para adentro, nada de andarse con contemplaciones [16].

Tr.— Caray, que estamos perdiendo tiempo ***. Mira, aquí te traigo a tu vecino.

Si— Me alegro de que hayas regresado bien de tu viaje, Teoprópides.

Te.— Los dioses te guarden, Simón.

Si.— Tranión me ha dicho que querías ver mi casa.

Te.— Si no te ocasiona molestias.

Si.—No, no, al contrario, pasa y mira lo que quieras.

Te.— Pero no sea que las mujeres...

Si.— Por las mujeres no te preocupes ni un pelo; puedes recorrer toda la casa como si fuera tuya.

Te.— ¿«Como si»?

Tr.— *(Por lo bajo a Teoprópides.)* Tú, no vayas ahora a refregarle por las narices que has comprado la casa, con la pena que tiene el hombre: ¿no ves lo cariacontecido que está?

Te.— Sí, sí.

Tr.— O sea que no tenga la impresión de que te chungueas y de que no sabes contener tu impaciencia; no le mientes que has comprado la casa.

Te.— Comprendo y considero que haces bien en avisármelo, y pienso que eso es dar prueba de buenos sentimientos.

[16] Texto lagunoso.

Tr.— *(A Simón.)* ¿Entonces?

Si.— Tú entra y míralo todo con tranquilidad, como se te antoje.

Te.— Muy amable, muchas gracias.

816a Si.— Nada, con mucho gusto. ¿Quieres que te guíe alguien?

816b Te.— Déjate de guías, nada de eso; sea lo que sea, prefiero en todo caso perderme que no que me haga nadie de guía [17].

Tr.— ¿Ves qué vestíbulo a la entrada y qué corredor?

Te.— ¡Fantástico verdaderamente!

Tr.— Mira, fíjate en las jambas de la puerta: ¡menudas son, qué firmeza tienen y qué grosor!

Te.— En mi vida creo haber visto otras más hermosas.

Si.— Caramba, su precio me habían costado entonces.

Tr.— *(A Teoprópides, por lo bajo.)* ¿Te das cuenta cómo ha dicho «me habían costado». Yo creo que casi no puede contener las lágrimas.

Te.— ¿Por cuánto las compraste?

Si.— Tres minas di por las dos, aparte del transporte.

Te.— *(Examinándolas con más detalle.)* Vaya, que son mucho peores de lo que había creído en un principio.

Tr.— ¿Por qué?

Te.— Pues porque están las dos picadas por la parte de abajo.

Tr.— Seguro que es que las han cortado fuera de tiempo, y de ahí les viene ese daño; pero, así y todo, están en muy buen estado, no hay más que impregnarlas con pez. Esto no lo ha trabajado un obrero extranjero, de esos que no comen más que gachas [18], ¿no ves el ensamblaje de las puertas?

---

[17] Los vv. 816a-b los suprimió Seyffert por ser una repetición de los vv. 843-846; quizá habían sido colocados aquí por alguien que suprimió para una nueva representación los vv. 817-847.

[18] O sea un romano; cf. *Curculio* 150; *Miles* 211.

TE.— Sí, sí.

TR.— Fíjate qué juntitas duermen.

TE.— ¿Que duermen?

TR.— Quiero decir que qué bien entrelazadas están [19]. ¿Qué, estás contento?

TE.— Mientras más lo miro, más me gusta.

TR.— ¿No ves ahí esa pintura que representa una corneja que está tomando el pelo a dos buitres?

TE.— No veo nada.

TR.— Pero yo sí; la corneja está entre los dos buitres y los despluma a picotazos al uno y al otro. Mira para acá hacia mí, para que puedes ver la corneja: ¿lo ves ahora?

TE.— Desde luego, yo no veo ahí ninguna corneja.

TR.— Entonces mira allí hacia vuestra parte, a ver si ya que no puedes ver la corneja, ves por lo menos los buitres.

TE.— Yo, la verdad, para acabar ya con este asunto, no veo absolutamente ningún pájaro pintado aquí.

TR.— Bueno, nada, dejémoslo, está bien; es ya por la edad, claro, por lo que no puedes verlo.

TE.— Lo que puedo ver, eso, desde luego, me gusta una barbaridad.

SI.— Pues verás, merece la pena seguir adelante.

TE.— Sí que tienes razón, vamos.

SI.— *(A un esclavo.)* ¡Eh, muchacho!, enséñales aquí la casa y las habitaciones. Yo mismo lo haría si no fuera porque tengo que hacer en el foro.

TE.— Quita, déjame de guías, no tengo interés en dejarme llevar por nadie: prefiero, en todo caso, perderme yo que no que me pierda nadie llevándome a donde sea [20].

---

[19] Juego de palabras en el texto latino.

[20] Juego de palabras en el texto latino con el doble sentido de *ductare* y de *perductor*, que se utilizaba para designar al agente de un rufián (Cf. CICERÓN, *Verr.* 2, 33, *lenonum perductorum nulla mentio fiat*).

Si.— Yo me refiero aquí a la casa.

Te.— Bueno, yo entro sin guía.

Si.— Bien, pasa.

Te.— Entro, pues.

Tr.— Espera mejor que vea, no sea que el perro...

Te.— Venga, mira a ver.

Tr.— ¡Chsst, hale chucho! ¡Chsst! Vete ya, maldito, al diablo contigo. ¿Pero no te mueves? ¡Chst, largo de aquí!

Si.— No hace nada, venga ***; es tan mansa como si trajera cría; podéis pasar con toda tranquilidad. Yo me marcho al foro.

Te.— Muy amable, que te vaya bien. Tranión, venga, a ver si se llevan al perro ese de la puerta, aunque no haga nada.

Tr.— Pero ¿no estás viendo lo tranquila que está ahí echada? A no ser que quieras pasar por un cargante y un miedoso.

Te.— Bueno, como quieras; ven conmigo, pues.

Tr.— Deja, que yo te iré pisando los talones.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Fanisco
(que viene a buscar a Calidámates)

Fa.— Los esclavos que aun sin hacer nada malo temen el castigo, ésos son de provecho para sus amos; porque los que no tienen ningún miedo, cuando les llega el caso de haberse hecho acreedores a una reprimenda, no se les ocurren más que disparates, echan a correr, se escapan; pero si los cogen, entonces resulta que se encuentran con un peculio de males a falta

de podérselo agenciar de bienes y lo aumentan poco a poco hasta encontrarse en posesión de como si dijéramos un tesoro. Yo, por mi parte, estoy decidido a evitar el castigo antes que exponer mis costillas a los palos; yo quiero conservar mi pellejo limpio como hasta ahora y no permitir que me apaleen. Si sé mantenerme a raya, tendré mi pellejo bien a cubierto de que me lluevan los castigos que les llueven a los demás. Desde luego, los esclavos tienen en su mano la conducta de sus amos: si son buenos, el amo también lo es; sin son malos, malo te resulta el amo. Cuántos esclavos no hay en nuestra casa de la peor catadura, que despilfarran su peculio y están todos llenos de cardenales. Cuando se les llama para que salgan a buscar al amo, te dicen: «No quiero, déjame en paz; ya sé a qué vienen esas prisas, es que estás tú deseando ir a donde sea, ja, mulo, lo que quieres es salir al pasto». Ésta es la recompensa que he recibido de mis colegas por portarme como es debido. Pero, así y todo, me he echado a la calle y soy el único de entre muchos esclavos que vengo a buscar al amo. Mañana, cuando el amo se dé cuenta ya temprano los castigará a golpe de despojos taurinos [21]; en fin de cuentas, sus costillas no me interesan tanto como las mías. Verás cómo ellos van a resultar matadores de toros mientras que yo no tendré ni pizca que ver con el oficio de cordelero.

ESCENA SEGUNDA

PINACIO, FANISCO

PI.— ¡Espera, Fanisco, alto ahí! Mira para acá, hombre.
FA.— ¡Déjame en paz!

[21] Alusión a las correas (en el v. 884 a los cordeles) utilizados como látigos.

887a PI.— ¡Mira qué forma de engreírse, el mono este! ¡Quieto ahí, gorrón cochino!

FA.— ¿Por qué soy yo un gorrón?

PI.— Yo te lo diré: dándote de comer, se puede hacer de ti lo que se quiera

FA.— Eso es cosa mía; me gusta comer, ¿qué te importa a ti eso?

890 PI.— Te pones tan arrogante porque el amo siente predilección por ti.

FA.— ¡Ay, que me duelen los ojos!

PI.— ¿Por qué?

FA.— Por la fumarada de pamplinas que estás diciendo.

PI.— Calla, fabricante de falsa moneda.

FA.— Te juro que no vas a conseguir que te diga malas pa-
894-895 labras. Yo soy bien conocido del amo.

PI.— Pues no iba a ser de otra manera, sirviéndole de colchoneta.

FA.— Si no estuvieras bebido, no dirías esas barbaridades.

PI.— ¿Es que te crees que me voy a andar con contemplaciones contigo cuando tú no las tienes conmigo? Hale, bandido, ven conmigo a buscar al amo.

FA.— Y ahora, por favor, ni una palabra más sobre este asunto.

PI.— Vale; voy a llamar a la puerta. ¿Eh, no hay nadie que
900 salga a impedir mayores daños a estas puertas? ¿No sale nadie
a abrir? Nada, que no sale un alma; son de verdad lo que se
dice unos verdaderos truhanes. Pero razón de más para andar-
se con vista, no sea que vaya a salir alguien que me muela a
palos.

ESCENA TERCERA

TEOPRÓPIDES, TRANIÓN
(Saliendo de casa de Simón)

Tr.— ¿Qué te ha parecido la compra?

Te.— Estoy loco de contento.

Tr.— ¿A que ahora ya no te parece cara?

Te.— Te juro que en mi vida he visto una casa más barata que ésta.

Tr.— Entonces ¿te gusta?

Te.— ¿Que si me gusta dices? ¡me encanta!

Tr.— ¿Qué te ha parecido el departamento de las mujeres? ¿y el pórtico?

Te.— El pórtico es de locura. No creo que haya entre los pórticos públicos otro más grande que éste.

Tr.— No, si es que Filólaques y yo los hemos medido todos.

Te.— ¿Y a qué conclusión habéis llegado?

Tr.— Éste es con mucho el más largo de todos.

Te.— ¡Dioses inmortales, qué compra tan fantástica! Te juro que si me dieran en mano seis talentos magnos [22] de plata por ella, no los aceptaría.

Tr.— No, si es que, aunque quisieras cogerlos, yo no lo permitiría jamás.

Te.— Desde luego en una compra así, está nuestro dinero bien colocado.

Tr.— Pues puedes estar seguro de que se debe a mi consejo y a mi empeño, que empujé a tu hijo a que cogiera a réditos del banquero el dinero que dimos de entrada.

---

[22] Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

Te.— Has pilotado el barco pero que de maravilla. Entonces se le deben a Simón todavía ochenta minas, ¿no?

Tr.— Ni un céntimo más.

Te.— Hoy mismo las tendrá en mano.

Tr.— Eso es muy acertado, no sea que vaya a surgir algún contratiempo; si quieres, me lo das a mí y yo luego se lo entrego a él.

Te.— Pero a ver si voy a caer en alguna trampa, si te lo entrego a ti.

Tr.— Pero ¿iba yo a atreverme ni por broma a engañarte ni de palabra ni de obra?

Te.— ¿Iba yo a atreverme a no andar contigo con pies de plomo para confiarte algo?

Tr.— ¿Es que te he engañado yo jamás desde que te pertenezco?

Te.— Pero porque he tomado las debidas precauciones, gracias a los dioses y a mí mismo. No tengo un pelo de tonto al andarme con cuidado contigo.

Tr.— Soy de la misma opinión.

Te.— Ahora ve a la finca y dile a mi hijo que estoy aquí.

Tr.— A la orden.

Te.— Dile que venga a prisa y a la carrera a la ciudad junto contigo.

Tr.— Vale. *(Aparte.)* Ahora me voy por la puerta falsa a reunirme con mis compinches para darles cuenta de que aquí reina la calma y la forma en que me he sacudido al viejo.

ESCENA CUARTA

FANISCO, TEOPRÓPIDES, PINACIO

FA.— Yo, desde luego, no oigo aquí el jaleo de los convidados como de costumbre, ni a la flautista tocando, ni a ninguna otra persona.

TE.— ¿Qué es eso?, ¿qué es lo que buscan esos individuos ahí delante de mi casa?, ¿qué es lo que quieren?, ¿por qué andan observando para dentro?

FA.— Seguiré llamando: ¡eh, tú, Tranión, abre!, ¿acabas o no acabas de abrir?

TE.— ¿Qué historia es esta?

FA.— ¡Venga, abre ya! Venimos a buscar a nuestro amo Calidámates.

TE.— ¡Eh, vosotros, muchachos!, ¿qué es lo que hacéis ahí?, ¿qué forma es esa de echar abajo la casa?

PI.— Oye, abuelo, ¿qué tienes tú que meterte en lo que no te importa?

TE.— ¿Que no me importa?

PI.— Como no sea que te hayan dado un nuevo cargo de prefecto con el fin de administrar los asuntos ajenos, indagarlos, observarlos y estar a la escucha de ellos.

TE.— Esa casa delante de la que estáis no me es ajena.

PI.— ¿Qué?, ¿es que ha vendido ya Filólaques su casa? Seguro que es que el viejo este pretende engañarnos.

TE.— Es verdad lo que digo: pero ¿qué es lo que queréis aquí?

FA.— Yo te lo diré: nuestro amo está ahí tomando unas copas.

TE.— ¿Que vuestro amo está ahí tomando unas copas?

FA.— Exacto.

TE.— Joven, tú me resultas demasiado chistoso.

PI.— Y venimos a buscarle.

TE.— ¿A quién?

PI.— A nuestro amo; por favor, ¿cuántas veces te lo voy a decir?

TE.— Joven, aquí no vive nadie; te hago el favor de avisártelo, porque te tengo por un buen chico.

FA.— Pero ¿no vive aquí en esta casa el joven Filólaques?

TE.— Sí, vivía, pero ya hace tiempo que la ha abandonado.

FA.— A este viejo le hace falta eléboro [23]. Abuelo, te equivocas de parte a parte, porque como no sea que se haya mudado hoy o ayer, sé cierto que vive aquí.

TE.— Pero si es que hace ya seis meses que no vive aquí nadie.

PI.— Estás soñando.

TE.— ¿Yo?

PI.— Sí, tú.

TE.— Verdaderamente que te pones cargante; deja, voy a hablar aquí con el chico *(a Fanisco):* aquí no vive nadie.

FA.— Que sí vive, porque ayer y antes de ayer y hace tres días y cuatro y cinco, o sea, sin parar después de que el padre se marchara fuera, no han transcurrido tres días sin que se anduviera aquí de francachela.

FA.— ¿Qué dices?

FA.— Que no se han pasado jamás tres días en blanco sin que se dejara de comer, de beber, de traerse fulanas, de pegarse la vida padre, de contratar citaristas y flautistas.

TE.— ¿Y quién es el que hacía todo eso que cuentas?

FA.— Filólaques.

TE.— ¿Qué Filólaques?

FA.— El hijo de Teoprópides, según tengo entendido.

---

[23] Cf. nota a *Menaechmi* 913.

Te.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí, muerto soy, si es verdad lo que dice éste! Seguiré interrogándolos: ¿dices que ese Filólaques, sea quien sea, solía andar aquí de copeo con vuestro amo?

Fa.— Sí, así es, digo.

Te.— Chico, eres más tonto de lo que pareces: mira no sea que te hayas metido en donde sea para tomarte algo y hayas bebido allí un poquillo más de la cuenta.

Fa.— ¿Qué es lo que dices?

Te.— Que no sea que hayas venido equivocadamente a otra casa.

Fa.— Yo sé a dónde tengo que ir y me conozco muy bien el sitio al que he venido: aquí vive Filólaques el de Teoprópides, que después que su padre se marchó en viaje de negocios ha comprado y dado la libertad a una flautista.

Te.— O sea que Filólaques...

Fa.— Sí, a una cierta Filematio.

Te.— ¿Por cuánto?

Fa.— Por treinta...

Te.— ¿Talentos?

Fa.— No, por Apolo[24], por treinta minas.

Te.— ¿Que le ha dado la libertad?

Fa.— Sí, tal como suena, por treinta minas.

Te.— ¿Dices que Filólaques ha comprado a su amiga por treinta minas?

Fa.— Sí, señor.

Te.— ¿Y que le ha dado la libertad?

Fa.— Sí, señor.

Te.— ¿Y que, después que se marchó su padre, no ha hecho más que beber en compañía de tu amo?

Fa.— Sí, señor.

Te.— ¿Y es verdad que ha comprado la casa de al lado?

[24] El juramento está en griego en el original.

Fa.— No, señor.

Te.— ¿Y que ha entregado al dueño cuarenta minas de señal?

Fa.— No, señor.

Te.— Ay, me pierdes.

Fa.— Él es quien ha perdido a su padre.

Te.— ¿Estás cantando la pura verdad?

Fa.— ¡Qué más quisiera yo que fuera mentira!; seguro que es que tú eres amigo de su padre.

Te.— ¡Ay, que no es un desgraciado ese padre que dices!

Fa.— Pues anda, treinta minas: eso no es nada en comparación de los otros despilfarros que hace.

Te.— Ha arruinado a su padre.

Fa.— Pues hay ahí un esclavo, Tranión, que es verdaderamente un maldito; ése es capaz de acabar hasta con las ganancias del mismo Hércules[25]. A mí, desde luego, me da una lástima enorme de su padre, que, cuando se entere el pobre de todo lo que ha ocurrido aquí, se le va a consumir el corazón de pena.

Te.— Si es que es verdad lo que dices.

Fa.— ¿Y qué iba a sacar yo con contar mentiras?

Pi.— *(Llamando a la puerta.)* ¡Eh, vosotros!, ¿no sale nadie a abrir la puerta?

Fa.— ¿Para qué llamas, si no hay nadie dentro? Yo creo que se han ido de juerga a otro sitio. Vámonos ya...

Te.— Oye, tú, chico.

⟨Fa.—⟩ ... y vamos a seguir buscándole. *(A Pinacio.)* Ven conmigo.

⟨Pi.—⟩ Voy.

Te.— Chico, ¿te vas?

Fa.— Tú tienes la libertad como abrigo para proteger tus espaldas; yo, aparte del temor de mi amo y del celo por servirle, no tengo con qué cubrir las mías. *(Se va con Pinacio.)*

[25] Cf. vol. I, nota a *Bacchides* 665.

ESCENA QUINTA

TEOPRÓPIDES, SIMÓN

TE.— ¡Ay de mí, estoy perdido! Las palabras sobran; según lo que oigo, el barco no sólo me ha llevado de aquí a Egipto, sino que me hace el efecto como si me hubiera hecho también ir dando vueltas y revueltas por regiones desiertas y tierras lejanas, porque realmente es que no sé dónde me encuentro. Pero ya me enteraré, porque ahí veo al dueño de la casa que ha comprado mi hijo. ¿Que te cuentas, Simón?

SI.— Vuelvo a casa del foro.

TE.— Y qué, ¿hay por allí alguna novedad?

SI.— Sí.

TE.— ¿El qué, pues?

SI.— He visto un muerto que llevaban a enterrar.

TE.— Hm, ¡qué novedad!

SI.— Sí, señor, he visto sacar a enterrar a un muerto y decían que hacía nada que estaba todavía vivo.

TE.— ¡Ay de ti!

SI.— ¿No tienes otra cosa que hacer más que interesarte por las últimas novedades?

TE.— Es que he regresado hoy de mi viaje.

SI.— Yo tengo ya un compromiso, no vayas a pensar que puedo invitarte a cenar.

TE.— Hombre, tampoco lo pretendo.

SI.— Pero mañana, si es que no me ha invitado nadie antes, si quieres, voy a cenar a tu casa.

TE.— Caramba, tampoco es eso lo que pretendo. Pero atiéndeme ahora, si no tienes otra cosa más urgente.

SI.— Soy todo oídos.

TE.— Filólaques te ha entregado cuarenta minas, que yo sepa.

Si.— Ni un céntimo, que sepa yo.

Te.— Entonces, mi esclavo Tranión.

Si.— Mucho menos todavía.

Te.— Que te las dio como señal.

Si.— Tú estás soñando.

Te.— ¿Yo?, serás tú, que te crees que con esos disimulos puedes deshacer el trato.

Si.— ¿Pero qué trato?

Te.— El que has cerrado con mi hijo durante mi ausencia.

1018-1120 Si.— ¿Que él ha cerrado un trato conmigo durante tu ausencia?, ¿qué clase de trato o en qué fecha?

Te.— Yo te debo ochenta minas.

Si.— Caramba, a mí desde luego que no. Pero si tú lo dices, venga; hay que estar a lo prometido, no vayas a querer negarlo ahora.

Te.— Desde luego que no lo negaré y estoy dispuesto a dártelas; pero tampoco debes tú negar que has recibido ya cuarenta.

Si.— Teoprópides, por favor, mírame a la cara y contesta

1026[a] ***

Te.— Yo te lo diré; eso es *** lo que te debe por la casa que te ha comprado.

Si.— ¿Que él ha comprado mi casa?

1026[c] ***

1027 Si.— Decía que ibas a casar a tu hijo y que por eso querías hacer obra en tu casa.

Te.— ¿Que yo quería hacer obra en mi casa?

Si.— Así me lo dijo él.

Te.— ¡Ay de mí, muerto soy! Me falla la voz, vecino, estoy perdido, muerto soy.

Si.— ¿Es que ha armado Tranión quizá algún lío?

Te.— Alguno, no, sino que lo ha liado todo; se ha burlado hoy de mí de la forma más villana.

Si.— Pero ¿qué es lo que dices?

Te.— Lo que oyes; se ha estado burlando de mí todo el tiempo sin parar. Ahora te ruego que me prestes tu apoyo y tu ayuda.

Si.— ¿Qué es lo que quieres?

Te.— Ven conmigo, por favor.

Si.— Vale.

Te.— Y dame látigos y esclavos que me ayuden.

Si.— A tu disposición los tienes.

Te.— Yo te contaré de paso la forma en que me ha tomado el pelo. *(Entran en casa de Simón.)*

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Tranión, Teoprópides

Tr.— Quien se echa a temblar cuando las cosas se ponen feas, no vale ni un bledo..., aunque, a decir verdad, no sé qué diablos significa eso de un bledo. O sea que, después de que el amo me mandara a la finca a buscar a su hijo, me fui por ahí por la calleja esa a nuestro jardín a escondidillas; allí, la puerta falsa, que da a la calle por el jardín, la abrí y dejé salir a la legión en pleno, a ellos y a ellas. Una vez que saqué del asedio a mis soldados y los llevé a puerto seguro, tomo la resolución de convocar asamblea general de todos mis compinches. Nada más convocada, van los otros y me expulsan de la asamblea. Al verme vendido en mis propios dominios, lo más rápido posible hago lo que hacen otros muchos cuando la cosa se pone fea, seguir armando tramoya para que no se aclare la situación,

1054-1055 porque yo me sé muy bien que no es posible ya de ninguna
1061 forma que el viejo no esté al tanto de todo. *** Yo tomaré mis posiciones y me adelantaré y concluiré un pacto. Estoy perdiendo el tiempo. Anda, suena la puerta de la casa del vecino. Ahí está el amo; voy a saborear sus palabras. *(Se retira para que no lo vean.)*

TE.— *(A los esclavos de Simón.)* Estaos ahí dentro a la
1065 puerta, para que en cuanto os llame, os lancéis fuera sin pérdida de tiempo; le ponéis en seguida las esposas. Yo esperaré aquí ante la casa a mi burlador, y si los dioses me dan vida, le voy a burlar el pellejo a base de bien.

TR.— Todo está descubierto. Ahora, Tranión, lo mejor es mirar bien qué es lo que haces.

TE.— Necesito pericia y sagacidad para tomármelas con él
1070 cuando aparezca por aquí. No le enseñaré en seguida el anzuelo, sino que iré dando cuerda poco a poco; haré como si no supiera nada de nada.

TR.— *(Aparte.)* ¡Ay, qué tipo más malo! Nadie sabe más que él en toda Atenas; tanto trabajo cuesta tomarle el pelo a él como a un adoquín. Voy a abordarle y a hablarle.

TE.— Estoy deseando que aparezca por aquí.

1075 TR.— Si es que me buscas a mí, aquí me tienes frente por frente.

TE.— ¡Estupendo, Tranión!, ¿qué hay?

TR.— Nuestros campesinos vienen ya de camino del campo; Filólaques estará aquí de un momento a otro.

TE.— Caray, que me vienes a punto: este vecino nuestro me parece que es un fresco y una mala persona.

TR.— ¿Por qué, pues?

TE.— Porque afirma que no sabe nada de vosotros...

TR.— ¿Que lo afirma?

1080 TE.— ...y que vosotros no le habéis entregado jamás un céntimo.

Tr.— Anda, vete ya, te estás burlando de mí, no creo bien que diga eso.

Te.— ¿Por qué?

Tr.— Sí, sí, lo estás diciendo de broma, seguro que no ha dicho eso.

Te.— Sí, señor, que lo dice, y también que él no ha vendido su casa a Filólaques.

Tr.— Huy, por favor, ¿entonces ha negado también que se le ha entregado ya una cantidad de dinero?

Te.— Sí, señor, y además me ha ofrecido jurármelo si yo quería: que ni ha vendido la casa ni se le ha entregado dinero 1085
ninguno.

Tr.— ***

Te.— Eso mismo le he dicho yo a él.

Tr.— ¿Y qué ha contestado?

Te.— Me ha prometido poner a mi disposición todos sus esclavos para un interrogatorio.

Tr.— ¡Tonterías! Te aseguro que no lo hace.

Te.— Sí que lo hace.

Tr.— Voy a ver si le encuentro en casa.

Te.— Espera, voy a ponerle a prueba, creo.

Tr.— Nada de «creo», sino hazlo de todas todas: ponme aquí al individuo ese.

Te.— ¿No es mejor que haga salir ya aquí a los esclavos? 1093

Tr.— Eso debías haberlo hecho ya; o hazle un proceso en 1091
reivindicación de la propiedad.

Te.— No, primero quiero someter a los esclavos a un inte- 1092
rrogatorio.

Tr.— Eso me parece estupendo. Yo, entre tanto, me coloco 1094
aquí en el altar.

Te.— ¿Y eso a qué fin?

Tr.— No tienes ni idea: para que no puedan refugiarse 1095
aquí los esclavos que vas a someter a interrogatorio; yo te haré

aquí el oficio de presidente, para que no se quede todo el interrogatorio en agua de borrajas.

Te.— Levántate de ahí.

Tr.— Ni hablar.

Te.— Deja libre el altar, yo te lo ruego.

Tr.— ¿Por qué?

Te.— Ya lo verás. Porque precisamente lo que quiero es que se acojan ahí los esclavos. Deja, tanto más fácilmente será condenado así en justicia al pago de daños y perjuicios.

Tr.— Tú a lo tuyo: ¿para qué quieres aumentarte las dificultades?, ¿es que no sabes qué cosa tan espantosa es meterse en procesos?

Te.— Levántate, pues, y ven aquí, que quiero consultarte una cosa.

Tr.— Desde aquí te puedo dar también mi parecer: sentado puedo discurrir mucho mejor; además que las respuestas que se reciben en lugares sagrados tienen mucho más peso.

Te.— Levántate, déjate de tonterías. Mírame a la cara.

Tr.— Ya está.

Te.— *(Fingiendo un gesto de bondad.)* ¿Ves, tú?

Tr.— Sí que veo. Anda, que un tercero que hubiera aquí entre tú y yo se moriría de hambre.

Te.— ¿Y eso por qué?

Tr.— Porque no tendría ganancia ninguna que sacar. Caray, que somos los dos malos a fondo.

Te.— ¡Muerto soy!

Tr.— ¿Qué es lo que te pasa?

Te.— Me has engañado.

Tr.— ¿Pero cómo?

Te.— Me has tomado por un mocoso.

Tr.— Fíjate a ver si con razón: ¿no se te caen los mocos?

Te.— No sólo los mocos, sino también los sesos me has

hecho saltar de la cabeza. Demonio, que me he enterado de todas vuestras fechorías de raíz y de archirraíz.

Tr.— Te juro que jamás ***[26]

Te.— Ahora mismo voy a hacer ponerte sarmientos todo alrededor y a prenderles fuego, canalla.

Tr.— No hagas una cosa así, que cocido tengo mejor gusto que asado.

Te.— Te juro que me vas a servir de escarmiento y de ejemplo.

Tr.— ¿Tan contento estás conmigo que quieres tomarme de ejemplo?

Te.— Dime: ¿qué clase de persona era mi hijo cuando salí de aquí para mi viaje?

Tr.— Pues tenía sus pies, sus manos, dedos, orejas, ojos y labios.

Te.— Es otra cosa lo que te pregunto.

Tr.— Y otra cosa es lo que yo te contesto. Pero mira, ahí viene el amigo de tu hijo, Calidámates: vamos a zanjar la cuestión en su presencia, si es que tienes algún requerimiento que hacer.

ESCENA SEGUNDA

Calidámates, Teoprópides, Tranión

Ca.— *(Al público.)* Después de que sumido en profundo sueño dormí la mona, me dijo Filólaques que su padre había regresado de su viaje, así como la forma en que su esclavo le había tomado el pelo al llegar. Dice que tiene miedo de aparecer ante su padre, así que me ha escogido a mí de entre sus ca-

[26] Texto corrupto.

maradas como embajador para obtener la paz de él. Pero ¡qué oportunidad, ahí lo veo! Bienvenido, Teoprópides, me alegro de que hayas vuelto bien de tu viaje. Quedas invitado a cenar hoy con nosotros, espero que aceptes.

TE.— Los dioses te guarden, Calidámates. En cuanto a la cena, no, gracias.

CA.— ¿Por qué no?

TR.— Acepta, yo iré en lugar tuyo si es que tú no tienes gana.

TE.— ¿Más burlas todavía, bribón?

TR.— ¿Porque digo que voy a la cena en lugar tuyo?

TE.— No irás; al patíbulo vas a ir, yo te lo aseguro, tal como te lo has merecido.

CA.— Déjate de eso. Ven a cenar a casa.

TR.— Di que sí, ¿por qué te quedas callado?

CA.— *(A Tranión.)* Pero tú ¿por qué te has refugiado en el altar?

TR.— El viejo este imbécil que me tiene acobardado desde que ha venido. *(A Teoprópides.)* Di ahora qué es lo que he hecho; ahora está presente quien puede hacer de árbitro entre los dos, venga, expón tus puntos de vista.

TE.— Yo afirmo que has corrompido a mi hijo.

TR.— Escúchame un momento: yo confieso que ha hecho mal, que en tu ausencia ha comprado a su amiga y le ha dado la libertad, que ha cogido dinero a rédito y que, te lo digo por las claras, el dinero ha desaparecido; y qué, ¿ha hecho otra cosa que lo que acostumbran a hacer los hijos de las mejores familias?

TE.— Verdaderamente, tengo que andarme con cuidado contigo, eres un abogado demasiado hábil.

CA.— *(A Teoprópides.)* Déjame a mí ser juez en este asunto. *(A Tranión.)* Levántate, que me siente yo ahí.

TE.— Estupendo, toma la querella esta en tus manos.

TR.— Eso es una trampa. *(A Calidámates.)* Arréglatelas para que que yo no tenga que temer ⟨por mí y⟩ para hacerte tú entonces responsable de mis temores.

TE.— Todo lo demás no tiene importancia en comparación con la forma en que me ha tomado el pelo [27].

TR.— Me alegro, bien hecho que está; gentes de tu edad con la cabeza llena de canas deben de tener un poco más de vista.

TE.— ¿Qué hago ahora?

TR.— Pues mira, si eres amigo de Dífilo [28] o de Filemón [29], cuéntales cómo se ha burlado de ti tu esclavo: les proporcionarás unas supercherías de primera para sus comedias.

CA.— Calla un poco, déjame hablar también a mí. *(A Teoprópides.)* Escucha.

TE.— Vale.

CA.— En primer lugar, tú sabes que yo soy amigo de tu hijo; él no ha venido a mí porque se avergüenza de aparecer ante tu presencia por haber hecho las cosas que sabe que tú sabes. Yo te ruego ahora que disculpes su poca cabeza y su juventud: tuyo es; tú sabes que en esa edad se suele jugar a tales juegos. Todo lo que hizo lo ha hecho junto con nosotros: nosotros somos los culpables. Los intereses, el capital y todos los otros gastos hechos para la compra de su amiga, todo lo devolveremos de lo nuestro, no de lo tuyo.

TE.— Calidámates, no hubiera podido venir a mí otro abogado más eficaz que tú; ceso ya en mi enojo contra él; más aún, también estando yo aquí puede seguir amando, bebiendo y haciendo lo que le plazca; si es que se avergüenza de sus despilfarros, me doy por satisfecho.

---

[27] Laguna en medio del verso.

[28] Dífilo de Sinope, poeta de la Comedia Nueva; Plauto utilizó originales suyos para sus comedias *Casina* y *Rudens*.

[29] Cf. introducción a *Mercator*, pág. 213.

CA.— Tiene una vergüenza espantosa.

TR.— Y, después de ese perdón, ¿qué va a ser de mí?

TE.— Tú serás colgado y azotado.

TR.— ¿A pesar de que también me avergüence?

TE.— Te juro que te he de matar, si los dioses me dan vida.

CA.— Teoprópides, tu perdón debe ser completo; yo te ruego que perdones a Tranión su culpa, hazlo por mí.

TE.— Cualquier otra cosa sufriré mejor concederte que no renunciar a hacer perecer a éste por todas sus maldades.

CA.— Perdónale, yo te lo ruego ***

TE.— ¿No ves lo fachendoso que se pone el muy bribón?

CA.— Modérate, Tranión, si tienes cabeza.

TE.— *(A Calidámates.)* Modérate tú con tus recomendaciones; ya le obligaré yo a moderarse a fuerza de palos.

TR.— No veo la necesidad de eso.

CA.— Venga ya, déjate ablandar.

TE.— No me supliques más.

CA.— Por favor, yo te lo ruego.

TE.— No me supliques, te digo.

CA.— No consigues nada con tus prohibiciones; esta falta, esta sola falta, yo te lo ruego, hazlo por mí.

TR.— ¿Por qué te resistes tanto? Como si no fuera mañana mismo a volver a las andadas; entonces tienes la posibilidad de castigarme bien castigado por lo de hoy y por lo de mañana.

CA.— Atiende mis súplicas.

TE.— Hale, vete, vete, te hago gracia. A éste se lo debes. Distinguido público, la comedia ha terminado; ¡un aplauso!

EL PERSA

(Persa)

INTRODUCCIÓN

El persa es una especie de sainete, una divertida obra de trama simple, trivial; en cuanto a las líneas fundamentales de su intriga, se diría que casi apropiada para un cómic infantil. Un diálogo entre los esclavos Tóxilo —el «galán» de la pieza— y su amigo Sagaristión va al principio con la función informativa de un prólogo, que falta, por lo demás: se trata sólo de engañar al rufián Dórdalo, que tiene en su poder a la joven Lemniselénide, de la que está prendado, esta vez, no un galán de buena familia, sino un esclavo, el cual aprovecha la ausencia de su amo para jugar en la casa el papel de gran señor. Al igual que el típico enamorado de la comedia, tampoco tiene Tóxilo los medios para comprar a su amada, y al igual que el típico esclavo *factotum,* urde él también un plan, sólo que aquí en favor de sí mismo, para, engañando al rufián, llegar a la consecución de sus propósitos. Sagaristión se queda con el dinero recibido de su amo para comprar en una feria una yunta de bueyes y se lo entrega a Tóxilo, el cual libera a su amiga con esa suma, que por medio de un truco vuelve a recuperar: Saturión, parásito de la casa, le presta su colaboración; Tóxilo finge haber recibido una carta desde Persia de su amo Timárquides, entregada por un supuesto amigo del mismo (Sa-

garistión), que trae además una joven cautiva para vender (en realidad, la hija del parásito Saturión). Vestidos ambos a la moda persa, son presentados por Tóxilo al rufián, que cae en la trampa y compra sin garantías a la supuesta cautiva por sesenta minas. Al poco de efectuada la compra se presenta Saturión, padre de la joven, que lo lleva a los tribunales: el rufián se queda sin la joven y sin el dinero, y los esclavos festejan la consecución de sus fines —Tóxilo tiene en su poder a su amada Lemniselénide— y su triunfo sobre el rufián.

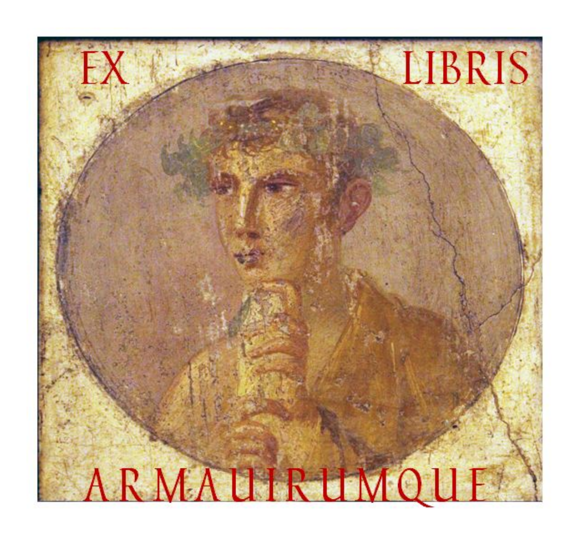
Sin duda, *El persa* no pertenece a las más famosas entre las comedias plautinas, pero no se puede negar que es una obra muy bien hecha, madura, magistral en su género: su rasgo distintivo es el bajo estrato social de los personajes; es como una *proletarización* de las típicas intrigas y las típicas figuras de la comedia, hecho que, naturalmente, tenía otra significación y otro peso para la sociedad de la época que para la nuestra.

El problema del modelo griego de *El persa* ha sido muy discutido desde que U. von Wilamowitz *(De tribus carminibus latinis commentatio. Index Scholarum...*, Gotinga, 1983, 13 y sigs. [*Kleine Schriften* II, Berlín, 1941, 260 y sigs.]) quiso ver en él un original de la Comedia Media —más próxima a Aristófanes que a Menandro—. La tendencia actual de la crítica va precisamente en dirección opuesta: un original de la Comedia Nueva tardía, en favor de lo cual hablaría, entre otras cosas, la variación de los tipos tradicionales, por ejemplo el *servus amator* (Woytek).

Los argumentos aducidos para la datación de *El persa* son, como en el caso de las demás comedias, muy inseguros. Como término *post quem* se considera el año 196 antes de nuestra era, por la referencia (v. 99 y sigs.) al *collegium* de los *tresviri* (más tarde *septemviri) epulones*, que fueron creados en ese año para la organización del *epulum Iovis* en los *ludi plebei* o *Romani* (Livio, XXXIII 42, 1). Debido a ciertas semejanzas

con las *Bacchides* y el *Pseudolus,* cuya fecha (191) nos es conocida por la Didascalia, se ha querido concluir una cercanía temporal con estas piezas —argumento que en manera alguna puede ser considerado concluyente—. De todos modos, el elevado número de las partes líricas la hace ser considerada entre las comedias de la última época.

Según los datos de Reinhadtstoettner, *El persa* no ha sido objeto de imitaciones literarias.



ARGUMENTO

Durante una ausencia de su amo compra el esclavo Tóxilo su amada a un rufián y consigue que le dé la libertad. Luego le induce a comprar a una joven a la que había hecho cautiva (en realidad, es la hija de su parásito). El rufián cae en la trampa y es objeto de las burlas de Tóxilo, mientras éste se emborracha [1].

[1] El manuscrito Ambrosiano conserva otro prólogo, pero en un estado sumamente mutilado.

PERSONAJES

TÓXILO, esclavo.
SAGARISTIÓN, esclavo.
SATURIÓN, parásito.
SOFOCLIDISCA, esclava.
LEMNISELÉNIDE, cortesana.
PEGNIO, joven esclavo.
UNA JOVEN, hija de Saturión.
DÓRDALO, rufián.

La acción transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

TÓXILO, SAGARISTIÓN

TÓ.— El primero que enamorado y sin blanca se aventuró por las sendas del Amor dejó chicos con sus trabajos a los trabajos de Hércules: con el león, con la hidra, con el ciervo, con el jabalí de Etolia [1], con los pájaros estinfálicos, con Anteo preferiría pelear que con el Amor; tales son las penas que paso buscando dineros a préstamo: la única contestación que me dan todos a los que pregunto es: no hay de qué.

SAG.— *(Entra sin ver a Tóxilo.)* Si un esclavo quiere servir a su amo como es debido, te juro que no son pocas las cosas que tiene que tener presentes en su magín para darle gusto lo mismo si está en casa que si no lo está. Por lo que a mí toca, tengo que reconocer que sirvo a desgana y que tampoco soy persona del gusto de mi amo; pero lo mismo que ocurre cuando tienes un ojo malo, no puede él dejar de echar mano de mí para darme órdenes y hacerme cargar con sus negocios.

[1] En el trabajo de Hércules se trata del jabalí del Erimanto, no de la caza del jabalí de Calidón, a quien dio muerte Meleagro (cf. *Ilíada* IX, 528; OVIDIO, *Met.* VIII, 267 ss.).

TÓ.— Ahí hay uno plantado frente a mí, ¿quién será?

SAG.— ¿Quién es ese que veo ahí plantado frente a mí?

TÓ.— Yo diría que es Sagaristión.

SAG.— Ése es mi hijo Tóxilo.

TÓ.— Sí, es él.

SAG.— Creo que es él.

TÓ.— Voy a acercarme.

SAG.— Voy a su encuentro.

TÓ.— Los dioses te bendigan, Sagaristión.

SAG.— Tóxilo, ellos colmen todos tus deseos. ¿Cómo andas?

17a TÓ.— Como puedo.

SAG.— ¿Y qué hay de nuevo?

17b TÓ.— Pues ya ves, aquí, viviendo.

SAG.— Pero ¿a satisfacción?

TÓ.— Si es que se me logran mis deseos, claro que sí.

SAG.— Tú no sabes aprovechar a los amigos.

TÓ.— ¿Por qué?

SAG.— Hay que saber exigir.

TÓ.— Oye, yo te daba por muerto, como no te veía nunca.

SAG.— Ha sido por un asunto…

TÓ.— ¿…en metálico?

SAG.— Te diré: me he pasado más de un año en calidad de tribuno «vapular» [2] puesto en cadenas en el molino.

TÓ.— No, si es que en ese cuerpo del ejército eres ya un veterano.

SAG.— ¿Y a ti qué tal te ha ido?

TÓ.— No demasiado bien.

SAG.— Oye, sí que es verdad, tienes mal color.

TÓ.— He sido herido en un combate de la señora Venus; Cupido me ha atravesado el corazón con una flecha.

---

[2] «Tribunus vapularis», forma burlesca en analogía con *tribunus militaris*.

SAG.— Pero bueno, ¿es que aquí se enamoran ahora tam- 25
bién los esclavos?

TÓ.— ¿Qué quieres que le haga?, ¿voy a llevarles la contraria a los dioses?, ¿voy a ponerme como los Titanes[3] a pelear con quienes son de más calibre que yo?

SAG.— Tú ándate con cuidado, no vaya a ser que te traspasen el costado catapultas del material del que se hacen las varas.

TÓ.— No, si yo al presente celebro los festivales de la libertad como un rey.

SAG.— ¿Y eso? 29

TÓ.— El amo está fuera.

SAG.— ¿Que el amo está fuera?

TÓ.— Si es que sabes dejarte querer, vente para acá, disfru- 30a
ta conmigo de la vida, se te tratará como a un rey.

SAG.— ¡Ay, no es nada la desazón que siento por mis costillas al oírte!

TÓ.— Sólo una cosa me atormenta.

SAG.— ¿Y el qué?

TÓ.— Pues que hoy se decide si mi amiga va a recibir la li-
bertad o va a quedarse de esclava para todos los días de su 34a
vida.

SAG.— ¿Y qué es lo que quieres ahora? 34b

TÓ.— Tú puedes ganarme por amigo para siempre jamás. 35

SAG.— ¿Y cómo?

TÓ.— Dándome doce minas[4] para que las entregue por la libertad de su persona; yo te las devolveré sin tardar dentro de dos o tres días; venga, un poco de generosidad, ayúdame.

---

[3] Hijos de Urano y de Gea, fueron vencidos en lucha con Zeus.

[4] El texto latino dice *nummos sescentos:* un *nummus* parece equivaler por lo general a una didracma (cf. *Truculentus* 561 s.), y cien dracmas hacían una mina.

Sag.— Pero ¿tendrás poca vergüenza de atreverte a pedirme a mí una suma tal? Ni por la venta de toda mi persona se podría sacar la cantidad que me pides: verdaderamente que eso es pedir agua de la piedra pómez estando ella muertecita de sed.

Tó.— ¿Mira que portarte así conmigo?

Sag.— ¿Y qué voy a hacer?

Tó.— ¡Vaya una pregunta, que qué vas a hacer, pedírselo prestado a quien sea!

Sag.— Pues haz tú entonces eso que me pides a mí que haga yo.

Tó.— Lo he hecho, pero sin éxito.

Sag.— Yo intentaré, a ver si alguien me lo presta.

Tó.— O sea que ¿puedo contar con ello?

Sag.— Si lo tuviera, ya te lo habría prometido: yo soy una persona muy servicial.

Tó.— Sea como sea, tú vuelve luego aquí a mi casa; tú busca, yo haré lo mismo por mi parte con todas mis fuerzas.

Sag.— Si hay algo, te lo haré saber.

Tó.— Yo te ruego y te suplico, no me niegues tu fidelidad y tu ayuda.

Sag.— Venga ya, me matas con tanta insistencia.

Tó.— Es por culpa del amor, no por culpa mía, por lo que digo tantas sandeces.

Sag.— Pues lo que es yo, caray, te dejo.

Tó.— ¿Ya te marchas? Que te vaya bien, pero vuelve lo antes que puedas, no me hagas andarte buscando. Yo me quedaré en casa hasta que consiga dar con alguna mala pasada que jugarle al rufián.

ESCENA SEGUNDA

SATURIÓN

SAT.— Yo guardo y mantengo y ejerzo escrupulosamente la antigua e inveterada profesión de mis antepasados. Porque no ha habido jamás entre mi parentela nadie que no llenara la panza si no es por medio de la gorronería: mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo y mi architatarabuelo no se alimentaron jamás, al igual que si fueran ratones, más que de la mesa ajena. No había quien les ganara en cuanto a voracidad y se les daba el sobrenombre de los «cabezotas». Por eso mantengo yo esta profesión y el rango de mis antepasados. Yo ni quiero ejercer el oficio de delator, que no me va a mí eso de apoderarme de los bienes ajenos sin riesgo alguno por mi parte, ni me hacen gracia los que así proceden, ¿me explico? Desde luego, si es que alguien lo hace por el bien común y no por el interés de la propia ganancia, todavía puede concederse que sea el tal un ciudadano sin tacha. Mi opinión es que quien provoque la condena de un infractor de la ley debe entregar al fisco la mitad de la gratificación por ello recibida; y además debe añadirse a esa ley la cláusula siguiente: si un delator detiene a un acusado, debe éste a su vez poder detener a su acusador por una gratificación equivalente, de forma que ambos comparezcan ante los magistrados al efecto en igualdad de condiciones. Si así fuera, yo te garantizo que no aparecerían por ninguna parte los susodichos individuos, que utilizan sus denuncias como una red para dar caza a los bienes ajenos [5]. Pero ¿seré

[5] Pasaje muy discutido; en la traducción se intenta dar expresión al sentido para el lector actual; para detalles puede verse el comentario de Woytek.

necio de ocuparme de los asuntos públicos habiendo magistrados para tales menesteres? Ahora, adentro conmigo, voy a echar un vistazo a las sobras de ayer, y cerciorarme de si es que han pasado bien la noche o no, si es que han tenido fiebre, si es que las han tapado bien tapaditas, no sea que haya conseguido alguien introducirse hasta ellas. Pero se abre la puerta; hay que detener la marcha.

ESCENA TERCERA

TÓXILO, SATURIÓN

TÓ.— Ya sé un procedimiento para que el rufián dé la libertad a la joven a costa de su propia bolsa. Ah, ahí está el gorrón cuya colaboración necesito; haré como si no le viera para camelarle. *(Hablando a los de dentro de la casa.)* ¡A ver, vosotros, manos a la obra y andar listos, que no tenga que andar esperando cuando vuelva! Tú, mezcla el vino con miel, prepara los membrillos [6], que esté bien calentito en los peroles y échale la canela, que seguro que mi compinche está al llegar.

SAT.— *(Aparte.)* ¡Bravo, ése soy yo!

TÓ.— Habra tomado seguro un baño y llegará aquí de un momento a otro.

---

[6] Texto corrupto. Los manuscritos Palatinos escriben *colutheaquam* o *coluthequam, colutheaque* cod. Lipsiensis y ed. pr., Lindsay y también Ernout, que traduce por *baguenaudes,* frutos de la planta *colutea arborescens* L.; igualmente J. ANDRÉ, *Les noms des plantes dans la Rome antique,* París, 1985, pág. 72, y S. AMIGUES, *Théophaste - Recherches sur les plantes,* II, París, 1989, que remiten a TEOFRASTO, *Historia de las plantas* III, 14, 4. Según me comunica B. Herzhoff, tal identificación es muy dudosa, ya que se trata de una planta ligeramente venenosa, siendo improbable que fuera empleada como ingrediente para el *mulsum.* Woytek propone leer *cal(i)dam.*

SAT.— ¡Qué bien se lo sabe todo punto por punto!

TÓ.— El pan migado y las presas que estén bien blanditas, no me las presentéis a medio hacer.

SAT.— No dice más que la pura verdad: las presas crudas no valen un pelo, tienes que tragártelas bien tiernecitas; y luego la sopa de pan, si no está bien espesa, ese aguachirle flojo transparente es un asco, la sopa de pan tiene que estar como [7]... que yo quiero algo que se me pegue al riñón, y no que pase de largo sin más ni más.

TÓ.— Oigo hablar a quien sea por aquí cerca.

SAT.— ¡Oh tú, mi Júpiter terrenal, tu socio gastronómico te saluda!

TÓ.— ¡Saturión, no sabes qué a punto vienes!

SAT.— Caray, está mintiendo, ¿te parece bonito?: no es Saturión quien está aquí presente, sino Famelicón.

TÓ.— No te apures, que ya comerás; ahí dentro están husmeando los fomentos para tu estómago; he dado orden de que calentaran las sobras.

SAT.— Pero el jamón está permitido servirlo frío al día siguiente.

TÓ.— Y así lo he ordenado.

SAT.— ¿Queda de la salsa marina?

TÓ.— ¡Hombre, qué preguntas!

SAT.— ¡No, si tú sabes muy bien no privarte de nada!

TÓ.— Pero ¿te acuerdas del asunto ese del que te hablé ayer?

SAT.— Sí, sí, que no se recalentaran el congrio y la murena, que se desmenuzan mucho más fácilmente en frío. Pero ¿a qué nos tardamos en dar el combate? Por la mañana es la hora de comer para todos los mortales.

TÓ.— Es un poco demasiado de mañana.

---

[7] Texto corrupto.

SAT.— A lo que pones mano por la mañana, te sale bien para toda la jornada.

TÓ.— Bien, atiéndeme ahora, por favor. Ya te dije ayer y te pedí que si podías prestarme doce minas.

SAT.— Lo tengo muy presente y sé que tú me las has pedido y que yo no tengo nada que darte. Un gorrón con dinero es mala cosa, en seguida le entrarían ganas de ponerse a la mesa, a hincharse a costa de la propia bolsa, si es que no está vacía; a un gorrón le corresponde ser como a esos filósofos mendicantes de la escuela cínica: no debe poseer más que su frasquito de aceite, su rascadera, su bacía, sus sandalias, una capa y una cartera, pero con sólo lo necesario para ir haciendo frente al sustento de su casa.

TÓ.— Deja, no es ya dinero lo que quiero, sino que me prestes a tu hija.

SAT.— Oye, hasta lo presente no se la he entregado jamás en préstamo a nadie.

TÓ.— Hombre, no es para lo que tú te supones.

SAT.— ¿Para qué la quieres entonces?

TÓ.— Yo te lo diré: ella es una chica guapa y fina.

SAT.— No dices más que la pura verdad.

TÓ.— El rufián este de aquí no te conoce ni a ti ni a tu hija.

SAT.— ¿Qué me va a conocer a mí alguien aparte del que me dé de comer?

TÓ.— La cosa no tiene vuelta de hoja. Por este procedimiento puedes agenciarme el dinero que necesito.

SAT.— Pardiez, con mucho gusto.

TÓ.— Entonces tienes que permitirme que venda a la chica.

SAT.— ¿Que la vas a vender tú?

TÓ.— No, sino que le encargaré a otro que la venda, uno que se haga pasar por un forastero; es que el rufián este no hace ni medio año que ha venido de Mégara a establecerse aquí.

SAT.— Oye, que fenecen las sobras; ese otro asunto lo podemos arreglar después.

TÓ.— Conque después, ¿eh? ¿Sabes una cosa? Que te juro que no probarás hoy aquí bocado antes de que me asegures que harás lo que te pido, no te llames a engaño, y si no me pones aquí a tu hija con la mayor rapidez posible, te borraré de aquí de nuestra cofradía. Y ahora, qué, ¿qué te parece?, ¿por qué no dices lo que piensas hacer?

SAT.— Tóxilo, yo te suplico, véndeme a mí también si se te antoja, con tal de que me vendas harto.

TÓ.— Si estás dispuesto a colaborar, venga, manos a la obra.

SAT.— Haré todo lo que tú quieras.

TÓ.— Gracias; hala, deprisa, vete a casa; informa bien a tu hija, date maña para instruirla de qué es lo que tiene que relatar: de dónde va a decir que es, quiénes han sido sus padres, dónde la secuestraron. Sólo que asegure que ha nacido muy lejos de Atenas y que lloriquee mientras cuente todas estas historias.

SAT.— Tú tranquilo, que ella es tres veces más ladina de lo que tú necesitas.

TÓ.— Estupendo. Pero ¿sabes lo que tienes que hacer? Coge una túnica y un cinturón, trae también una clámide [8] y un sombrero de viaje, que se lo ponga el que la vaya a vender al rufián.

SAT.— ¡Bravo, fantástico!

TÓ.— Como si fuera un forastero.

SAT.— Me parece de perlas.

TÓ.— Tú trae también a tu hija muy bien ataviada y en hábito de extranjera.

SAT.— Y los atavíos ¿de dónde los saco?

[8] Cf. nota a *Mercator* 912.

Tó.— Pídeselos a nuestro empresario, tiene la obligación de dártelos; para eso le han pagado el alquiler los ediles [9].

Sat.— Ahora mismo te los pongo aquí. Pero yo no debo saber nada de todo esto, ¿no?

Tó.— Nada absolutamente. Y cuando yo haya recibido el dinero, entonces tú vienes en seguida y le reclamas tu hija al rufián.

Sat.— Que se quede con ella si no me presento y la retiro pero que inmediatamente.

Tó.— Anda y ocúpate de lo dicho; yo entre tanto mandaré un chico a mi amiga, para que cobre ánimos de que daré hoy cima a la empresa. *(Entra en casa; Saturión se marcha.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

SOFOCLIDISCA, LEMNISELÉNIDE

So.— *(Saliendo de casa de Dórdalo y hablando con Lemniselénide, que está a la puerta.)* Bien que se le repitan tantas veces las cosas a una ignorante, una atolondrada y una necia. Desde luego que veo que me tomas por más tonta y más palurda de lo que soy, y, la verdad, aunque me gusta el vino y lo bebo, no por eso acostumbro a beberme también al mismo tiempo los encargos que se me hacen. Yo pensaba que te tenías mejor sabida mi condición y mi manera de ser, que son ya cinco años los que llevo a tu servicio; en ese tiempo, digo yo, un

[9] Los ediles eran los magistrados encargados de la organización de las representaciones teatrales.

becerro que fuera a la escuela habría podido ya saberse las letras al dedillo, y, en cambio, tú, que aunque tienes razón parece como si no la tuvieras, todavía no has caído en la cuenta de la clase de persona que soy. ¿Acabarás ya de callar la boca?, ¿cuándo vas a poner fin a tanto aviso? Lo tengo todo presente, lo sé, estoy al corriente, tengo buena memoria. ¡Pobrecilla, se ve que estás enamorada, de ahí tanto alboroto! Deja, que yo te apaciguaré. Mucho tiene que pasar el que ama, pero el que no ama no vale una perra, a ver qué sentido tiene la vida sin amor. Me voy para cumplir las órdenes de mi ama, que pueda quedar más rápido en libertad. Voy a buscar aquí a Tóxilo para darle el recado de mi ama.

ESCENA SEGUNDA

TÓXILO, PEGNIO, SOFOCLIDISCA

TÓ.— *(Saliendo de casa con Pegnio.)* ¿Está todo claro? ¿Lo tienes todo presente, te has quedado bien con lo que te he dicho?

PE.— Mejor que tú, que eres mi maestro.

TÓ.— ¿De verdad, granuja?

PE.— De verdad, digo.

TÓ.— A ver, ¿qué es lo que te he dicho?

PE.— Yo se lo diré todo bien dicho.

TÓ.— No lo sabes, caramba.

PE.— ¿Te apuestas a que me lo sé todo al dedillo y a que tú no sabes ni contar los dedos que tienes en la mano?

TÓ.— ¿Que yo me voy a apostar algo contigo?

PE.— Puedes hacerlo tranquilamente, si es que tienes ganas de perder.

TÓ.— Más vale que hagamos las paces.

PE.— Entonces venga, déjame ir.

TÓ.— Te dejo y te lo ordeno; pero ten en cuenta una cosa: ve a la carrera, que estés en casa de vuelta cuando yo crea que estás allí.

PE.— Así lo haré *(se dispone a entrar en casa.)*

TÓ.— Pero ¿adónde vas ahora?

PE.— A casa; para estar en casa cuando piensas que estoy allí.

TÓ.— Eres un granuja de chico y te voy a dar por ello tu merecido.

PE.— Te juro que yo me sé muy bien la fama de que goza la palabra de un amo y también que no se le puede obligar a comparecer ante el juez por faltar a ella.

TÓ.— Anda y márchate.

PE.— Verás cómo quedas contento.

TÓ.— Acuérdate, Pegnio: le das la carta a Lemniselénide en persona y le dices lo que te he encargado.

SO.— *(Sin ver a Tóxilo ni a Pegnio.)* Me estoy tardando en ir a dar mi recado.

PE.— *(A Tóxilo.)* Me marcho.

TÓ.— Hala, yo me voy a casa; que me hagas el recado con todo esmero. Corre al vuelo.

PE.— Así como el avestruz en el circo. Ea, se metió en casa..., pero ¿quién es esa que viene a mi encuentro?

SO.— Ése es Pegnio.

PE.— Ésa es Sofoclidisca, la esclava particular de la joven a la que tengo que llevar el recado.

SO.— Tiene fama de ser un chico fresco como pocos.

PE.— Voy a hablarle. No me queda más que hacer alto ante este obstáculo.

SO.— Hola, Pegnio, encanto, ¿qué hay, cómo te va?

PE.— Sofoclidisca, los dioses... me bendigan.

SO.— Mira, y a mí ¿qué?

Pe.— Uf, que hagan como les plazca; pero si hicieran lo que te mereces, te maldecirían y te fastidiarían.

So.— Chico, ¡qué mal hablado eres!

Pe.— Si digo lo que te mereces, no soy mal sino bien hablado.

So.— Y ¿qué dices, Pegnio, qué hay?

Pe.— Hay una malvada a la vista frente por frente de mí.

So.— Desde luego, no he visto en mi vida un chico más malo que tú.

Pe.— ¿Qué es lo malo que hago o a quién le digo malas palabras?

So.— A cualquiera que tienes ocasión.

Pe.— A nadie se le ha pasado jamás por la imaginación una cosa así.

So.— Pero hay muchos que saben que ésa es la realidad.

Pe.— ¡Ah!

So.— ¡Bah!

Pe.— Tú juzgas la conducta ajena por la propia.

So.— Mira, tú, yo desde luego confieso que soy tal y como debe ser una mujer que está al servicio de un rufián.

Pe.— Ya lo has dicho todo.

So.— Y tú, ¿qué?, ¿estás de acuerdo en que eres como digo?

Pe.— Lo estaría si fuera realmente así.

So.— Anda, vete ya, te has salido con la tuya.

Pe.— Hale, vete entonces.

So.— Dime sólo una cosa: ¿adónde vas?

Pe.— ¿Y tú?

So.— Dilo tú primero.

⟨Pe.— Dilo tú.

So.—⟩ Yo te lo he preguntado antes.

Pe.— Pues vas a ser la última en saberlo.

So.— Yo voy a un sitio que no está lejos de aquí.

PE.— Y yo otro tanto de lo mismo.

SO.— ¿Adónde vas, pues, pillo?

PE.— Si no me lo dices tú primero, no sabrás lo que me preguntas.

SO.— Te juro que no lo sabrás antes de que me des una contestación.

PE.— ¿En serio?

SO.— En serio.

PE.— Mira que eres mala.

SO.— Anda que no eres pillo.

PE.— Eso me va.

SO.— Pero a mí no.

PE.— ¿Qué, estás dispuesta a ocultarme adónde vas, malvada?

SO.— ¿Estás dispuesto a no decirme adónde te diriges, malvado?

PE.— No haces más que repetir la pregunta que se te hace. Anda, vete ya, si no quieres cambiar de opinión. No me interesa el saberlo. Adiós.

SO.— Espera.

PE.— Tengo prisa.

SO.— Lo mismo te digo.

PE.— ¿No tienes ahí una cosa? *(Señalando la carta que lleva.)*

SO.— ¿Y tú?

PE.— Yo no tengo nada.

SO.— Venga esa mano entonces.

PE.— ¿Es que esto no es una mano? *(Enseñándole la derecha.)*

SO.— ¿Y dónde está la ladrona de la izquierda [10]?

[10] Cf. nota a *Epidicus* 10.

Pe.— Ésa está en mi casa, no la he traído.

So.— Tú llevas ahí lo que sea.

Pe.— ¡No me toques, zorra!

So.— ¿Y si es porque te quiero?

Pe.— Mal negocio haces, porque no sacas nada con querer a un ingrato.

So.— Ándate con ojo de explotar a tiempo la guapura y la edad que tienes ahora, que no tengas que pasar por la vergüenza de seguir siendo esclavo cuando eches canas. Ahora no pesas ni siquiera ochenta libras.

Pe.— Pero es que en esta milicia vale mucho más el descaro que no el peso. Pero estoy perdiendo el tiempo.

So.— ¿Por qué?

Pe.— Porque estoy dando lecciones a quien sabe más que yo. Venga, que me estoy retrasando.

So.— Espera.

Pe.— Déjame en paz.

So.— No te dejo antes de saber adónde vas.

Pe.— A vuestra casa.

So.— Anda ahí, y yo a la vuestra.

Pe.— ¿Para qué?

So.— Y eso ¿qué te interesa a ti?

Pe.— Pues no irás como no lo sepa.

So.— Te pones muy pesado.

Pe.— Me alegro. Te juro que no vas a conseguir jamás el ser más mala que yo.

So.— Desde luego que costaría trabajo el tener que rivalizar contigo en maldad.

Pe.— Eres una mala pieza, ¿qué tienes que temer?

So.— Lo mismito que tú.

Pe.— Dilo entonces.

So.— ⟨Pero es que se me ha ordenado⟩ no decirle nada a nadie: antes tendrían que echar a hablar todos los mudos.

PE.— Se me ha dado orden estricta de no confiar mi secreto a nadie, a no ser que lo dijeran antes que yo todos los mudos.

SO.— ¿Qué te parece?, vamos a darnos palabra y a confiarnos el secreto.

PE.— Quita, yo me conozco el percal; todas las alcahuetas son unas embusteras y la palabra de la gente de vuestro oficio no tiene más peso que una araña acuática.

SO.— Dímelo, por favor.

PE.— Dímelo tú, por favor.

SO.— No quiero favores tuyos.

PE.— Nada más fácil que darte gusto.

SO.— Quédatelo para ti.

PE.— Y tú, cállatelo.

SO.— Callado será.

PE.— En secreto quedará.

SO.— Yo voy a llevar esta carta a Tóxilo, tu amo.

PE.— Hale, que en casa está. Y yo llevo a tu ama Lemniselénide esta carta lacrada.

SO.— ¿Qué es lo que pone?

PE.— ¿Lo sabes tú? Pues yo tampoco; seguro que zalamerías.

SO.— Me voy.

PE.— Yo también.

SO.— Hala [11].

[11] El texto latino dice *ambula,* que, como he expuesto en otro lugar —*Glotta* (1986), 104-113—, es el étimo de «hala»; es curioso que siga usándose en el lenguaje coloquial con el mismo valor de fórmula de despedida que tenía ya en el latín arcaico.

ESCENA TERCERA

SAGARISTIÓN

SAG.— Opulento y glorioso Júpiter, hijo de Ope, dios supremo, dios fuerte y omnipotente, dador de toda clase de bienes, de los buenos augurios y de la abundancia, *** gustoso te entono un canto de merecidas alabanzas a ti y a todos los dioses por haberme concedido en vuestra infinita bondad esta oportunidad en favor de mi amigo, de proporcionarle en su apuro el dinero que necesitaba. Como bajada del cielo se me ha ofrecido una ocasión que no hubiera podido soñar ni esperar ni jamás figurarme: mi amo me había mandado a Eretria con el encargo de que le comprara una yunta de bueyes y me entregó la correspondiente suma de dinero; dijo que había allí feria en una semana; se necesita ser memo para, sabiendo cuál es mi condición, entregarme este dinero. Porque es que estoy dispuesto a cambiarlo de destino: «no había bueyes que comprar», le diré. O sea que ahora voy a hacer la felicidad de mi amigo y a regalar a lo grande a mi propia persona: en un solo día tendré luego que pagar por lo que voy a disfrutar largo tiempo: pim pam, pim pam sobre mis costillas..., ¡bah, me trae sin cuidado! Por lo pronto voy a sacar de mi bolsa la yunta de bueyes y a entregársela a mi amigo. Y además, otra cosa: que da gusto esto de pegarles un buen mordisco a estos individuos más que mezquinos, a esos vejestorios avaros, roñicas, que hasta el tonel de la sal se lo precintan a los esclavos. El mérito está en tener vista cuando la ocasión nos invita a ello. Después de todo, ¿qué es lo que va a hacer conmigo? Me hará azotar, me pondrá en cadenas. ¡Anda y que le zurren! No crea que me voy a andar con súplicas. ¡Mal rayo le parta! Lo que es a mí, no puede venirme con novedades, que me lo tengo ya todo

bien sabido por experiencia. Pero mira, ahí está Pegnio, el criado de Tóxilo.

ESCENA CUARTA

PEGNIO, SAGARISTIÓN

PE.— *(Sin ver a Sagaristión.)* Yo ya he cumplido mi misión; ahora, a casa a toda prisa.

SAG.— Un momento: a pesar de las prisas, Pegnio, escucha.

PE.— Como no sea que me compres, mal te voy a escuchar.

SAG.— Alto ahí.

PE.— No te digo lo importuno que te pondrías, si te debiera algo, cuando lo eres ahora sin debértelo.

SAG.— ¡Acaba ya de volverte a mirar para acá, granuja!

PE.— Da gracias a que me sé la edad que tengo, por eso te puedes permitir insultarme sin consecuencias.

SAG.— ¿Dónde está Tóxilo, tu amo?

279a-279b PE.— Donde le da la gana, ni tiene por qué darte cuenta de ello.

SAG.— ¿Acabas de decirme dónde está o no, brujo?

PE.— No lo sé, te digo, aguantapalos.

SAG.— Estás insultando a una persona mayor.

PE.— Tú eres el que ha empezado, o sea que ahora, aguántate. El amo me ha dado orden de que le sirva de obra, pero de palabra, tengo libertad absoluta.

SAG.— ¿Me dices dónde está Tóxilo?

PE.— Te digo que ojalá revientes.

SAG.— Me parece que no van a ser chicos los latigazos que vas a recibir hoy.

PE.— ¡Por causa tuya, papanatas!, ¿no? Ni aun si te diera por el hocico tendría miedo, desgraciado.

SAG.— Anda que a ti ya te veo yo: tú ya estás empollado [12].

PE.— Bueno, ¿y qué? ¿Qué tienes tú que ver con eso? Por lo menos no es de balde, como en tu caso.

SAG.— ¿Habráse visto un descaro semejante?

PE.— ¡Y tanto, qué caray!, porque yo tengo el descaro de creer que seré libre un día, pero tú no tienes la esperanza de serlo jamás.

SAG.— ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?

PE.— Tú eres el que no eres capaz de hacer lo que dices.

SAG.— Vete a la horca.

PE.— Y tú a casa, que allí te garantizo que te la tienen ya dispuesta.

SAG.— ¡Conque ahora sale éste de garante de mí!

PE.— Ojalá no encuentres ningún garante, que acabes entre rejas.

SAG.— ¿Cómo?

PE.— ¿Qué hay?

SAG.— ¿Te atreves, granuja, a seguir insultándome?

PE.— Sí, a ver si en fin de cuentas va a estar permitido que un esclavo insulte a un esclavo, que es lo que eres tú.

SAG.— ¿Qué dices? ¡Aguarda la que te voy a dar!

PE.— Nada me vas a dar, porque no tienes nada.

SAG.— Los dioses todos y las diosas me confundan...

PE.— Yo te quiero bien, o sea que ojalá se cumplan todos tus deseos.

SAG.— Pues sí, señor, ojalá sea así, si no es que, si te cojo, doy contigo en tierra a puñetazos.

PE.— ¿Que vas a dar conmigo en tierra? En la horca van a dar otros contigo bien pronto.

[12] Este verso y el anterior son de claro sentido obsceno.

SAG.— Ojalá que todos los dioses y las diosas te... ya te puedes figurar lo que hubiera dicho si no es que supiera poner freno a mi lengua: ¡largo de aquí!

PE.— No vas a tener dificultad en espantarme, que ahí dentro en casa está ya mi sombra recibiendo palos. *(Entra en casa.)*

SAG.— ¡Los dioses y las diosas le maldigan! Parece una culebra, qué mala lengua que tiene el bribón. Uf, menos mal que se fue. Se abre la puerta, mira, ahí sale el que estaba deseando ver.

ESCENA QUINTA

TÓXILO, SOFOCLIDISCA, SAGARISTIÓN

TÓ.— *(Saliendo de casa con Sofoclidisca.)* Dile a Lemniselénide que yo ya sé de dónde sacar el dinero, avísala que se anime, dile que yo se lo suplico; lo que hace por ella, lo hace al mismo tiempo por mí: ¿te has quedado bien con todo lo que te he encargado decirle?

SO.— La vista del lince no es nada en comparación con la mía, no padezcas[13].

TÓ.— Hale, deprisa, márchate a casa. *(Sofoclidisca entra en casa.)*

SAG.— *(Aparte.)* Ahora me voy a presentar a éste que ni pintado de elegante: avanzaré puesto en jarras, la capa ondeando a lo grande.

TÓ.— *(Aparte, al ver a Sagaristión.)* Veo caminar una jarra con un par de asas, ¿quién será?

[13] Juego de palabras en latín difícil de reproducir en la traducción.

SAG.— Escupiré por el colmillo, como un gran señor.

TÓ.— Ése es Sagaristión. ¿Qué hay, Sagaristión, qué tal se anda? Y eso que te encargué, qué, ¿hay algún rayo de esperanza?

SAG.— Acércate para acá, todo se andará; por mí no quedará, ven, recuérdamelo.

TÓ.— ¿Qué es ese bulto que tienes ahí en el hombro?

SAG.— Es un absceso, no se te ocurra echarle mano, que si se toca así a lo loco, me duele.

TÓ.— ¿Un absceso?, ¿cuándo te ha salido?

SAG.— Hoy.

TÓ.— Pues que te lo abran.

SAG.— No, que me temo que lo abran antes de tiempo, no vayan a surgir complicaciones.

TÓ.— Deja que vea lo que te pasa.

SAG.— Eh, eh, atrás, y cuidado con los cuernos.

TÓ.— ¿Qué cuernos?

SAG.— Porque es que aquí en la talega hay una yunta de bueyes.

TÓ.— Tú, dales largas, que los vas a matar de hambre, déjalos ir al pasto.

SAG.— Es que me temo que no pueda luego hacerlos volver al establo, que se me extravíen por el campo.

TÓ.— Yo los haré recogerse, no te apures.

SAG.— Se te hará confianza. Te los prestaré. Aquí está el dinero que me pediste antes.

TÓ.— ¿Qué dices?

SAG.— Mi amo me había mandado a comprarle una yunta de bueyes a Eretria. Y Eretria es para mí ahora tu casa.

TÓ.— Eso es hablar de perlas. Pero yo te devolveré sin tardar el dinero incólume, que ya tengo dispuestos todos los embrollos necesarios para birlárselo al chulo.

SAG.— Tanto mejor.

TÓ.— Y para que la joven sea libre y él sea quien de por sí devuelva el dinero. Pero ven conmigo, que necesito de tu ayuda para mi plan.

SAG.— Me tienes a tu disposición. *(Entran en casa.)*

ACTO III

ESCENA QUINTA

SATURIÓN, UNA JOVEN (SU HIJA), *vestidos de persas*

SAT.— ¡Que sea para bien tuyo, mío y de mi estómago y su perenne mantenimiento, de modo que por jamás de los jamases me falten víveres en abundancia y superabundancia. Ven por aquí conmigo, hija, y que los dioses nos protejan. Tú ya sabes, estás enterada y has comprendido lo que traemos entre manos: yo te he informado de todos nuestros planes. Éste es el motivo por el que te he disfrazado de esa forma: joven, hoy serás vendida.

JO.— Padre, por favor, bien está que te guste tanto comer a la mesa de otros, pero ¿vas a vender a tu hija por causa de tu estómago?

SAT.— Milagro que te vendiera más bien por causa del rey Filipo o del rey Átalo [14] que por causa mía siendo así que me perteneces.

[14] La identificación de los reyes aquí nombrados ha sido muy discutida: un Filipo V de Macedonia (221-179 antes de nuestra era) y Átalo I de Pérgamo (241-197) son personajes históricos de la época de Plauto; pero se trata seguramente de figuras típicas, como en *Aulularia* 85, donde se nombran juntos a Filipo y Darío; en *Mostellaria* 775 a Alejandro Magno y Agatocles; en *Poenulus* 664 a Átalo, rey de Esparta.

Jo.— Bueno, pero ¿me tienes tú por una esclava o por una hija?

Sat.— Yo te tengo por lo que diga más en favor de los intereses de mi estómago. En mi opinión, soy yo el que tengo autoridad sobre ti, y no tú sobre mí.

Jo.— Desde luego, padre, que tienes tú ese derecho; pero así y todo, padre, por muy mezquino que sea nuestro haber, más vale contentarse con un tenor de vida sin pretensiones; que si a la pobreza se une la deshonra, se hace aún más pesada, y más ligera la reputación.

Sat.— Verdaderamente que te pones inaguantable.

Jo.— Ni me pongo ni creo que lo sea por corregir con razón a mi padre, a pesar de mis pocos años. Mira que los que nos quieren mal deforman la verdad con sus habladurías.

Sat.— Que la deformen y que se vayan al mismísimo diablo; todas esas malquerencias me traen tan sin cuidado como una mesa vacía que me pusieran ahora delante de las narices.

Jo.— Padre, la mala reputación es inmortal: sigue viviendo aún cuando la crees muerta.

Sat.— Entonces ¿es que tienes miedo de que te venda?

Jo.— No lo tengo, padre, pero no quiero que se te haga ese reproche.

Sat.— Pues es inútil que no quieras, porque aquí se hace lo que yo mando y no lo que tú digas.

Jo.— Bueno.

Sat.— Pero ¿qué es lo que pasa?

Jo.— Tú date cuenta de una cosa, padre: si un amo amenaza con el castigo a su esclavo, aun en el caso de que no llegue a ponerlo por obra, pero ya sólo el verle coger el látigo, el tener que bajarse los vestidos, ¡qué sufrimientos no le produce! Lo mismo me pasa a mí ahora: aunque sé que es cosa fingida, pero, así y todo, me da miedo.

SAT.— No habrá mujer que no sea mala si sabe más de lo que quieren sus padres que sepa.

JO.— No habrá mujer que no sea mala si calla la boca cuando ve hacer algo de través.

SAT.— ¡Un poco de precaución, que te la vas a ganar!

JO.— Pero si no puedo ni tener precaución, ¿qué es lo que puedo hacer? Yo, desde luego, contigo sí que quiero tenerla.

SAT.— ¿Conque resulta que yo soy una persona con la que hay que tener precaución, eh [15]?

JO.— No digo eso ni me estaría bien el decirlo, sino que procuro que no lo digan otros que tendrían libertad para ello.

SAT.— Que diga cada uno lo que se le antoje; yo no me muevo un paso de mi propósito.

JO.— Así y todo, si estuviera en mi mano, obrarías como una persona de cordura, y no como un necio.

SAT.— Yo obro como me da la gana.

JO.— Ya me doy cuenta que tienes derecho a hacer lo que se te antoje sin que yo pueda impedirlo; pero no podrías hacerlo si también yo tuviera derecho a hacer lo que se me antoja.

SAT.— ¿Estás dispuesta a obedecer a lo que te mande tu padre o no?

JO.— Sí.

SAT.— Y ¿sabes bien lo que te he dicho que tienes que hacer?

JO.— A la perfección.

SAT.— ¿Y de cómo te han secuestrado?

JO.— Me lo tengo más que sabido.

SAT.— ¿Y quiénes eran tus padres?

JO.— Lo tengo presente. A la fuerza me obligas a portarme mal. Pero date cuenta, no sea que, cuando quieras casarme,

[15] En el texto latino hay un juego con el doble sentido de la expresión *cavere malo*, según sea *malo* una forma de *malum* «castigo» o de *malus* «mala persona», difícil de reproducir en la traducción.

vaya a espantar a los pretendientes a consecuencia de la reputación en que por esto quede.

SAT.— Calla, necia, ¿es que no ves cómo son las costumbres actuales, con la facilidad que se casan aquí las mujeres a pesar de su mala reputación? Con tal de que lleven dote, no hay falta que cuente como tal.

JO.— Entonces reflexiona precisamente que yo no tengo dote.

SAT.— No digas eso; gracias a los dioses y a mis antepasados, puedo afirmar con toda verdad que no hay motivo para que digas que no tienes dote, poseyéndola en tu casa: un cajón lleno de libros tengo; si tú me apañas bien apañado el asunto este que traigo entre manos, recibirás como dote cientos de chistes. Y, además, todos ellos áticos [16], sicilianos ni uno; con una dote así, puedes casarte hasta con un mendigo.

JO.— Anda, padre, llévame ya a donde estás dispuesto a llevarme..., si quieres, véndeme, o haz lo que se te antoje.

SAT.— Tienes mucha razón; ven conmigo.

JO.— Como tú quieras. *(Entran en casa de Tóxilo.)*

ESCENA SEGUNDA

DÓRDALO

DO.— ¿Qué será lo que aquí mi vecino piensa hacer, que ha jurado que me entregará hoy el dinero? Como se pase el día y no me lo traiga, habré perdido yo el dinero y él su juramento. Pero ha sonado la puerta, ¿quién es el que sale?

[16] Los chistes áticos eran famosos en la Antigüedad; y también los sicilianos; cf., por ejemplo, CICERÓN, *De orat.* II, 217, 278, 280; A. OTTO (1962), pág. 44.

ESCENA TERCERA

TÓXILO, DÓRDALO

TÓ.— *(Hablando con los de dentro de la casa.)* Vosotros, aquí a lo vuestro; yo estoy en seguida de vuelta.

DÓ.— ¡Oh, Tóxilo!, ¿qué hay?

TÓ.— ¡Oh, lodo de rufián, cenagoso estercolero público, tío cochino, individuo sin honor, sin justicia ni ley, oprobio del pueblo, ave de rapiña ansiosa y envidiosa del dinero ajeno, insolente, rapaz, arrebañador..., cientos de versos no serían bastantes para enumerar todas tus bellaquerías. Venga, coge el dinero, anda, cógelo, sinvergüenza, ten el dinero, venga, ¿acabas de cogerlo ya? ¿Va a ser posible que lo cojas, tío asqueroso? Tú te creías que yo no tenía posibles, ¿verdad?, y por eso no querías darme crédito sino obligándome a prestar juramento.

DÓ.— Deja que coja aliento para contestarte, tú, el más ilustre de los ciudadanos, asilo de la esclavitud, libertador de putas, tú que haces sudar al látigo y perder su grosor a las cadenas y tienes tu patria en el molino, esclavo a perpetuidad, glotón, comilón, ladrón, desertor, venga ese dinero, dámelo, sinvergüenza, ¿va a ser posible que reciba mi dinero...?, el dinero, venga, digo ¿por qué no me entregas el dinero?, ¿es que no tienes vergüenza? *(Subiendo el tono de voz.)* ¡Tú, esclavo por antonomasia, yo, el rufián, te reclamo el dinero por la liberación de tu amiga, que lo oiga todo el mundo!

TÓ.— Calla, por favor, menuda voz tienes.

DÓ.— Mi lengua está hecha a dar a cada uno lo debido. Yo, joven, tengo que comprar la sal al mismo precio que tú, y si la lengua no me defiende, se quedará sin probar ni un grano.

TÓ.— Venga, apacíguate ya; es que estaba molesto contigo porque te negabas a fiarme el dinero.

DÓ.— Pues no, que te lo iba a fiar para que luego hicieras como ciertos banqueros: en cuanto que les fias algo, salen en seguida del foro más a la carrera que las liebres cuando las sueltan en el circo.

TÓ.— Hale, toma, aquí tienes.

DÓ.— Venga, dámelo. *(Coge la bolsa.)*

TÓ.— Debe de contener 600 monedas, de buena clase y bien contadas; ahora, pon en libertad a la chica y tráela aquí inmediatamente.

DÓ.— Ahora mismo. Maldición, no sé a quién darle ahora esto para que lo controle.

TÓ.— Seguro que es que tienes miedo de entregárselo en mano a alguien.

DÓ.— Milagro sería que no lo tuviera, que los banqueros desaparecen del foro más rápido que una rueda en marcha.

TÓ.— Anda y vete ahí por un atajo al foro; y haz venir a la joven también al mismo tiempo aquí a casa por el corral.

DÓ.— Ahora mismo te la pongo aquí.

TÓ.— Pero que no la vea nadie.

DÓ.— Muy bien pensado.

TÓ.— A dar gracias a los dioses que vaya mañana.

DÓ.— Sí, sí, eso.

TÓ.— ¿Qué haces ahí plantado? Ya tenías que estar de vuelta. *(Dórdalo se va.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

TÓXILO

TÓ.— Cuando te pones a una cosa con sensatez y en debida forma, te sale por lo general a pedir de boca. Y verdaderamente que se puede decir que tal como cada cual despacha sus asuntos le suelen salir también las cosas a continuación. A una persona de mala condición y haragana le sale mal todo lo que hace; a una persona de provecho todo le sale a satisfacción. A mí no me ha faltado ni chispa ni maña para abordar esta empresa, o sea que espero que he de salir en bien con ella. Yo voy a liar al rufián hoy en forma tal, que no va a saber el hombre cómo desenredarse. *(Acercándose a la puerta de su casa.)* ¡Eh, Sagaristión, sal y trae a la joven y la carta que te he lacrado antes, esa que has traído de parte de mi amo desde Persia!

ESCENA SEGUNDA

SAGARISTIÓN, LA JOVEN (HIJA DE SATURIÓN), TÓXILO

SAG.— ¡Aquí me tienes!

TÓ.— ¡Bravo, bravo, está fantástico el disfraz! La tiara esa hace un efecto estupendo; y luego, mira, esas sandalias le están a la extranjera esta que ni pintadas. Pero ¿os tenéis bien aprendido vuestro papel?

SAG.— Mejor que jamás actor ninguno ni de tragedia ni de comedia.

Tó.— Caray, me secundas de maravilla. Hale, retírate allí, quítate de en medio y punto en boca. Cuando me veas hablar con el rufián entonces es el momento de entrar en acción. Ahora, retiraos.

ESCENA TERCERA

DÓRDALO, TÓXILO

Dó.— *(Sin ver a Tóxilo.)* Cuando tienes a los dioses de tu parte, no dejan de proporcionarte la ganancia que sea; de esta forma me he ahorrado yo ahora dos panes por día: la que ha sido hasta hoy esclava mía lo es ahora de Tóxilo; por dinero se ha salido con la suya; hoy comerá a la mesa de otro, no probará más de lo mío. A ver, señores, ¿no soy un buen ciudadano, un ciudadano de perlas, por haber acrecentado aún más la ciudad de Atenas al enriquecerla con una nueva ciudadana? Pero, chico, que no me he portado hoy generosamente, a cuántos he dado crédito y sin exigir fianza de nadie, me fiaba sin más ni más de todo el mundo. Y tampoco temo que me vaya a negar su deuda con perjurio ninguno de los que les he concedido crédito: a partir de hoy estoy decidido a ser una buena persona..., cosa que nunca ha sido vista ni será vista jamás.

Tó.— *(Aparte.)* A éste le hago yo hoy caer en mis redes a fuerza de sabiduría y de maña, no digo lo bien pensada que está la trampa. Voy a hablarle: ¿qué hacemos, Dórdalo?

Dó.— Dar crédito.

Tó.— ¿De dónde vienes?

Dó.— Te doy crédito. Que los dioses cumplan todos tus deseos.

Tó.— ¡Eh, tú!, ¿has puesto ya en libertad a la joven?

Dó.— Creo que sí, te creo, digo.

Tó.— ¿Cuentas ya con una nueva liberta?

Dó.— Me matas. Te digo que te creo.

Tó.— Dime en serio: ¿es ya libre la chica?

Dó.— ⟨Que sí, te digo⟩. Vete al foro al pretor, infórmate allí, si es que no me quieres dar crédito a mí; la joven es libre, digo, ¿te enteras?

Tó.— ¡Los dioses todos te bendigan! A partir de hoy no se apartarán mis deseos ni un pelo de los tuyos ni de los de nadie de los tuyos.

Dó.— Quita, no jures, yo te lo creo.

Tó.— ¿Dónde está ahora tu liberta?

Dó.— En tu casa.

Tó.— ¿Que está en mi casa?

Dó.— Claro que sí, digo, en tu casa está, digo.

Tó.— Te juro que en pago de ello son muchos los bienes que te van a venir de mi parte; es que se trata de un asunto del que no quería hablarte antes, pero ahora te lo voy a contar todo, no va a ser chica la ganancia que te puede proporcionar; yo te aseguro que te vas a acordar de mí para todos los días de tu vida.

Dó.— Mis oídos están a la espera de que apoyes esas lindas palabras con lindos hechos.

Tó.— Bastante es lo que has hecho tú por mí para que no fuera yo a corresponder a tu conducta; y para que sepas que estoy dispuesto a proceder así, ten esta carta, léela.

Dó.— ¿Y qué me va a mí en esa carta?

Tó.— Que sí que te va y te interesa: me la han traído hace poco de Persia de parte de mi amo.

Dó.— ¿Cuándo?

Tó.— No hace mucho.

Dó.— ¿Y qué es lo que pone?

Tó.— Pregúntaselo a ella, ella te lo dirá.

Dó.— Venga, trae, pues.

Tó.— Pero léela en alto.

Dó.— Calla mientras que la leo.

Tó.— Tú lee, que yo no diré ni pío.

Dó.— «Timárquides saluda a Tóxilo y a toda la casa. Me alegraré de que estéis bien; yo quedo bien gracias a los dioses y llevo adelante mis negocios con buen éxito económico, y no puedo volver en los próximos ocho meses por causa de los asuntos que me retienen aquí. Los persas han ocupado la ciudad de Crisópolis en Arabia, una ciudad antiquísima y repleta de tesoros: el botín se está transportando para hacer una subasta oficial: éste es el motivo que me impide volver a casa. Es mi deseo que se dé ayuda y hospitalidad al portador de esta misiva. Procura servirle los pensamientos, que él me ha honrado sobremanera en su propia casa». Bueno, ¿y qué es lo que tiene que ver conmigo o con mi haber lo que los persas o tu amo traigan entre manos?

Tó.— Calla, no seas simple, no sabes la felicidad que se te viene encima ni la lucrífera estrella que la Fortuna quiere hacer brillar en provecho tuyo.

Dó.— ¿Y qué es eso de la lucrífera Fortuna?

Tó.— Pregúntaselo a la carta, que ella lo sabe. Yo sé tanto como tú, aparte de que la he leído antes. Tú sigue leyendo y te enterarás.

Dó.— Tienes razón; calla, pues.

Tó.— Ahora viene lo que te interesa a ti.

Dó.— «La persona que te lleva esta carta ha traído consigo a una joven libre muy bella y atractiva, que ha sido robada y traída aquí desde las últimas regiones de Arabia; mi deseo es que te ocupes de que sea vendida en ésa. El que la compre lo hará a riesgo propio, o sea, sin garantía de ninguna clase. Encárgate de que el portador reciba por ella el precio en moneda buena y bien contada. Que te cuides de todo esto y cuídate también de que reciba mi huésped vuestros cuidados. Vale».

Tó.— Y ahora ¿qué?, ¿me das ahora crédito después que has leído lo que ha sido confiado a la carta?

Dó.— ¿Dónde está el extranjero que la ha traído?

Tó.— Yo creo que debe de estar al llegar; ha ido al barco a buscar a la joven.

Dó.— Mira, yo no tengo ganas de reyertas ni de complicaciones, ¿a qué tirar mi dinero por la ventana? Si no se me da garantía, ¿para qué quiero la mercancía?

Tó.— ¡Calla, calla! En mi vida pensé que tenías una cabeza tan huera: ¿es que tienes miedo acaso?

Dó.— Uf, que si lo tengo; ya he tenido que sufrir las consecuencias muchas veces y no sería la primera vez que me meto en un atolladero tal.

Tó.— Pues lo que es yo, no veo riesgo de ninguna clase.

Dó.— Lo sé, pero, a pesar de todo, tengo mis reparos.

Tó.— A mí, desde luego, me da igual; yo no lo hago más que por ti, por darte a ti el primero la posibilidad de hacer un buen negocio.

Dó.— Yo te lo agradezco; pero es más agradable el aprender uno a costa de los demás que no que los demás aprendan a costa tuya.

Tó.— Pues sí que va a venir nadie desde las últimas regiones de Arabia a buscarla aquí. Cómprala, hombre.

Dó.— Venga, que vea por lo menos la pieza.

Tó.— Tienes razón. Pero mira qué oportunidad, ahí viene el extranjero que ha traído la carta.

Dó.— ¿Ése es?

Tó.— Ése es, sí, señor.

Dó.— ¿Y ésa es la joven robada?

Tó.— Yo sé lo mismo que tú, aparte de que realmente es una muchacha fina, sea quien sea.

Dó.— Desde luego, no es mal parecida.

Tó.— ¡Mira qué desdeñoso, el muy bribón! Espera, vamos a callarnos y a examinarla despacio desde aquí.

Dó.— Me parece de perlas.

ESCENA CUARTA

SAGARISTIÓN, LA JOVEN HIJA DE SATURIÓN, TÓXILO, DÓRDALO

SAG.—. Qué, ¿qué te ha parecido Atenas?, ¿verdad que es una ciudad que rebosa prosperidad y opulencia?

JO.— Hasta ahora he visto sólo la ciudad por fuera, pero no he podido aún darme cuenta de cómo son sus habitantes [17].

TÓ.— *(A Dórdalo, por lo bajo.)* ¿Te das cuenta? Nada más que abrir la boca y habla como un libro.

DÓ.— Pues yo no veo nada de particular en eso que ha dicho.

SAG.— ¿Qué tal lo que has visto hasta ahora?, ¿encuentras que está la ciudadela suficientemente protegida por la muralla?

JO.— Si sus habitantes son personas de bien, entonces considero que está bien defendida. Una ciudad de la que han sido desterradas la mala fe, la malversación de fondos, la avaricia, cuarto la envidia, quinto la ambición, sexto la calumnia, séptimo el perjurio...

TÓ.— *(Aparte.)* ¡Bravo!

JO.— ... octavo la desidia, noveno la injusticia, décimo, lo cual es lo peor de todo, el crimen: la ciudad de donde estén ausentes estos males estará suficientemente defendida por una sola muralla; presentes ellos, no bastarán cien muros para mantenerla incólume.

TÓ.— ¡Tú, Dórdalo!

DÓ.— ¿Qué quieres?

TÓ.— Tú estás en el número de esos diez camaradas; o sea que tienes que irte al destierro.

---

[17] Cf. *Odisea* I 3; HORACIO, *Epíst.* I 2, 19 ss.

Dó.— ¿Por qué?

Tó.— No, porque eres un perjuro.

Dó.— Desde luego, hablar bien, sabe la joven.

Tó.— Yo creo que te convendría comprarla.

Dó.— Caray, que mientras más la miro, más me gusta.

Tó.— Si es que llegas a comprarla, ¡dioses inmortales!, te aseguro que no habrá otro rufián más rico que tú; les birlarás a placer a tus clientes sus fincas, sus esclavos. Harás negocio con los hombres de la más alta sociedad, vendrán todos aquí a tu casa de francachela...

Dó.— Déjate, que no les permitiré entrar.

Tó.— Pero ellos vendrán a la puerta a darle a la joven la serenata, prenderán fuego a la puerta, o sea que más vale que pongas ahí en tu casa puertas metálicas, cambia ésa de ahora por otra de hierro, ponle umbrales de hierro, una barra y una aldaba de hierro... yo te doy un buen consejo, no ahorres en hierro; hazte también poner en los pies un buen par de grillos de hierro.

Dó.— ¡Anda y vete al diablo!

Tó.— Tú... eh, compra a la joven, hazme caso.

Dó.— Pero a ver si me entero de qué es lo que pide.

Tó.— ¿Quieres que lo llame?

Dó.— No, deja, ya voy yo a hablarle.

Tó.— ¿Qué tal, forastero?

Sag.— Aquí estamos, te traigo a la joven que te dije antes. Es que el barco ha entrado en el puerto ayer por la noche. Yo estoy en verderla, si puede ser; caso de que no, quiero marcharme lo más pronto posible.

Dó.— Los dioses te guarden, joven.

Sag.— Con tal que la venda a su precio.

Tó.— No, y es que otro comprador mejor que éste no te va a ser posible encontrar.

Sag.— ¿Eres tú amigo suyo?

Tó.— Tanto como todos los dioses que habitan las moradas celestiales.

Dó.— Entonces eres mi enemigo declarado, que nunca jamás se ha visto dios tan comprensivo como para mostrarse propicio con el gremio de los rufianes.

Sag.— *(A Dórdalo.)* A ver, ¿estás interesado en la compra de la joven?

Dó.— Si es que tú estás interesado en su venta, yo sí que la compraría; pero si a ti no te corre prisa, yo por mi parte tampoco la tengo.

Sag.— Venga, haz una oferta, dime un precio.

Dó.— Tuya es la mercancía, a ti es a quien corresponde indicar el precio.

Tó.— Tiene razón.

Sag.— ¿Quieres hacer una buena compra?

Dó.— ¿Quieres hacer una buena venta?

Tó.— Caray, estoy seguro que ése es el deseo de ambos.

Dó.— Venga, dilo por las claras.

Sag.— Tengo que hacerte una advertencia preliminar: se te da sin garantía, ¿quedas enterado?

Dó.— Sí. Dime el último precio por el que estás dispuesto a darla, por el que se puede uno quedar con ella.

Tó.— Calla, calla, tienes menos cabeza que un chiquillo, caramba.

Dó.— ¿Por qué?

Tó.— Hombre, pregúntale primero a la joven los datos que sean de interés para ti.

Dó.— Caray, que tienes pero que muchísima razón; para que veas, yo, el rufián tan sabihondo, por poco caigo en una trampa, si no llegas a estar tú presente. Es que es muy importante echar mano de una persona que te sea adicta cuando vas a hacer un negocio.

Tó.— Pregúntale de qué familia es, cuál es su patria y sus padres, no me vayas a salir luego con que la has comprado al buen tuntún, sólo porque yo te lo he aconsejado y te he inducido a ello.

Dó.— No, al revés, me parece muy bien la idea.

Tó.— *(A Sagaristón.)* Si no te importa, quiere aquí hacer algunas preguntas a la joven.

Sag.— No faltaba más, que pregunte lo que le venga en gana.

Tó.— *(A Dórdalo.)* Venga, a qué esperas, acércate, interrógala tú mismo, que puedas así hacerle todas las preguntas que se te antoje; en sí, es a mí a quien me ha dicho que podía hacerlo, pero yo prefiero que seas tú quien la aborde, que no vaya el otro a hacerte de menos.

Dó.— Tienes mucha razón. Forastero, yo querría interrogar a la joven.

Sag.— Puedes preguntarle de punta a cabo todo lo que se te antoje.

Dó.— Dile, pues, que se acerque.

Sag.— Joven, acércate y haz lo que este señor te diga. Hale, interrógala, pregunta lo que quieras.

Tó.— *(A la joven, por lo bajo.)* Venga, venga, ahora tú ten en cuenta comenzar la batalla con buenos auspicios.

Jo.— Tú tranquilo, los auspicios son bien claros: ya verás cómo volvéis al campamento cargados de botín.

Tó.— *(Haciendo señales a Dórdalo de que se retire de Sagaristión.)* Retírate para allá, ahora te la traigo.

Dó.— Tú haz como mejor te parezca que es en favor de nuestros intereses.

Tó.— Eh, joven, ven para acá. *(Por lo bajo.)* Mira bien lo que haces.

Jo.— Tú tranquilo, que yo no me saldré un punto de tus deseos.

Tó.— Ven conmigo. *(A Dórdalo.)* Aquí la tienes, si es que quieres hacerle alguna pregunta. *(Hace ademán de retirarse.)*

Dó.— No, yo quiero que estés tú presente.

Tó.— Hombre, yo no tengo más remedio que atender al huésped de mi amo tal como él me lo ha encargado; yo no sé si él quiere que esté yo presente.

Sag.— Sí, sí, puedes quedarte

Tó.— *(A Dórdalo.)* Bueno, estoy dispuesto a ayudarte.

Dó.— Al ayudar a un amigo no haces sino ayudarte a ti mismo.

Sag.— *(A Dórdalo.)* Venga, empieza ya tu interrogatorio.

Tó.— *(A la joven.)* ¡Tú, mucho ojo!

Jo.— Basta de avisos; no por ser esclava dejo de saber portarme como pertenece y contestaré, en cuanto yo sepa, con verdad a las preguntas que se me hagan.

Tó.— Joven, este hombre *(Dórdalo)* es una buena persona.

Jo.— Yo te lo creo.

Tó.— Seguro que no vas a ser mucho tiempo su esclava.

Jo.— Así lo espero, si es que mis padres se portan como deben.

Dó.— No te extrañes si es que te preguntamos por tu patria o tus padres.

Jo.— ¡Ay, señor mío!, ¿cómo me voy a extrañar? La esclavitud me tiene enseñada a no extrañarme de mal alguno.

Dó.— No llores.

Tó.— *(Aparte.)* ¡Uf, los dioses la confundan, qué lista y qué ladina que es! ¡No sabe nada la joven, qué forma tan a pelo de hablar!

Dó.— ¿Cómo te llamas?

Tó.— *(Aparte.)* A ver si mete ahora la pata.

Jo.— En mi patria me decían Lúcride.

Tó.— Eso se llama un nombre de buen agüero, es que no

tiene precio. ¿Por qué no la compras? *(Aparte.)* Estaba temblando de que metiera la pata, pero ha salido bien del apuro.

Dó.— Si es que llego a comprarte, tengo la esperanza de que serás realmente lucrativa para mí.

Tó.— Si la compras, ja, me parece a mí que no la vas a tener por esclava ni hasta final de mes.

Dó.— Ja, no sería otro mi deseo.

Tó.— Pues hala, pon de tu parte para que re realice. *(Aparte.)* Lo que es hasta ahora, no ha metido la pata.

Dó.— ¿Dónde has nacido?

Jo.— Según me ha contado mi madre, en la cocina, en una esquina a mano izquierda.

Tó.— Esta golfa te va a traer suerte: ha nacido en un lugar calentito, donde hay por lo general abundancia de toda clase de cosas apetecibles. *(Aparte.)* ¡Ay, el rufián está cogido! ¡Con qué gracia se ha burlado de él al contestarle a la pregunta que dónde había nacido!

Dó.— Pero yo lo que quiero decir es que cuál es tu patria.

Jo.— ¿Cuál va a ser sino aquella en la que me encuentro ahora?

Dó.— Pero yo te pregunto por la de antes.

Jo.— ¡Ay, lo que ha sido, cuando ya no es, es para mí lo mismo que nada. Igual que con las personas, una vez muertas, ¿a qué vas a andar investigando qué es lo que fueron?

Tó.— ¡Los dioses me bendigan, qué contestación más bien dada! Pero ya me está dando pena de ella.

Dó.— Pero bueno, joven, así y todo, cuál es tu patria, dímelo inmediatamente.

Jo.— Ya te lo he dicho, que soy aquí esclava, o sea que ésta es mi patria.

Tó.— Deja ya de repetirle siempre la misma pregunta, ¿no ves que no lo quiere decir? Así no haces más que traerle a la memoria sus penas.

Dó.— ¿Pero es que tu padre ha sido hecho prisionero?

Jo.— No, prisionero, no, pero perdió todo lo que poseía.

Tó.— Debe de ser de buena familia, porque no sabe decir más que la verdad.

Dó.— ¿Quién fue tu padre? Dime cómo se llamaba.

Jo.— ¿A qué voy a andar recordando quién era, el pobre? Ahora, lo mismo a él que a mí, no nos cuadra otro nombre que el de desventurados.

Dó.— ¿Cuál era su reputación entre el pueblo?

Jo.— Era una persona muy estimada de todos; tanto le querían los esclavos como los libres.

Tó.— Vaya una pena de hombre, si es que él mismo estuvo a punto de perderse y perdió a los que le eran afectos.

Dó.— Yo creo que me quedo con ella.

Tó.— ¿«Creo»? esta joven es seguro de muy buena familia, vas a hacer una fortuna con ella.

Dó.— ¡Así lo quieran los dioses!

Tó.— Pues cómprala.

Jo.— Una cosa quiero advertirte: te juro que en cuanto mi padre se entere de que he sido vendida, se presentará él en persona y me redimirá.

Tó.— ¿Entonces?

Dó.— ¿Qué?

Tó.— ¿Oyes lo que dice?

Jo.— Porque, aunque ha perdido su fortuna, conserva a sus amigos.

Dó.— No llores, por favor; si te prestas muchas veces, serás bien pronto libre. ¿Quieres ser mía?

Jo.— Mientras que no sea por mucho tiempo, bueno.

Tó.— ¡No puede olvidar la libertad! Ésta te va a proporcionar cuantiosas ganancias. Hale, decídete; yo voy ahora con el otro. *(A la joven.)* Ven conmigo. *(A Sagaristión.)* Ea, aquí la tienes de nuevo.

660 DÓ.— *(A Sagaristión.)* ¿Qué, joven, quieres entonces venderla?

SAG.— Mejor que perderla.

DÓ.— Entonces, venga, abreviando, di por cuánto me la dejas.

SAG.— Yo estoy dispuesto a darte gusto para que la compres: quédate con ella por cien minas.

DÓ.— Eso es demasiado.

SAG.— Ochenta.

DÓ.— Demasiado.

SAG.— Del precio que te voy a decir ahora no rebajaré ni una perra.

DÓ.— ¿Cuánto es? Venga, rápido, dilo.

665 SAG.— Te la dejo, a tu riesgo, por sesenta minas.

DÓ.— ¿Qué te parece que debo hacer, Tóxilo?

TÓ.— Realmente estás dejado de la mano de los dioses, desgraciado, si no te das prisa en comprarla.

DÓ.— Trato hecho.

TÓ.— Anda, ve y saca el dinero; te juro que ni por trescientas minas sería cara. Has hecho un buen negocio.

668a DÓ.— ***.

TÓ.— ¡Bravo! ¡Menuda presa has hecho!

SAG.— Oye, tú, los vestidos hacen diez minas más.

670 DÓ.— Diez minas menos, no más.

TÓ.— ¡Calla, por favor!, ¿no te das cuenta de que está buscando un pretexto para volverse atrás? Acaba ya de entrar a
671a por el dinero. *** tiene su merecido.

DÓ.— Oye, tú, no le quites ojo a éste entretanto.

TÓ.— ¿Por qué no entras?

DÓ.— Voy y traigo el dinero.

ESCENA QUINTA

TÓXILO, LA JOVEN HIJA DE SATURIÓN, SAGARISTIÓN

TÓ.— ¡Caramba, joven, has colaborado realmente de maravilla, con cabeza y con aplomo!

JO.— El bien que se hace a las buenas personas tiene siempre su efecto y su reconocimiento.

TÓ.— *(A Sagaristión.)* Atiende tú, persa, cuando recibas el dinero, haz como que te vas directo al barco.

SAG.— Déjate de avisos inútiles.

TÓ.— Y luego por la calleja te vuelves a mi casa, entrando por el corral.

SAG.— Estás prediciendo el porvenir.

TÓ.— Pero mucho cuidado, a ver si te vas a largar a casa con el dinero.

SAG.— ¿Porque tú serías capaz de hacer una cosa así quieres que yo también lo sea?

TÓ.— Silencio, deja de charlar, que sale el botín.

ESCENA SEXTA

DÓRDALO, SAGARISTIÓN, TÓXILO

DÓ.— *(Saliendo de casa con el talego del dinero.)* Aquí están las sesenta minas de plata de ley; dos te he rebajado.

SAG.— ¿A cuento de qué?

DÓ.— A cuento de que o se efectúa el pago del precio de la talega o vuelve la misma a la casa de donde salió.

SAG.— Desgraciado, ¿es qué temías quedarte por bajo de

Cuando me veas hablar con el rufián entonces tienes que empezar a armar gresca.

SAT.— Al buen entendedor con pocas palabras basta.

TÓ.— Luego, después de que yo me haya ido…

SAT.— Calla, que yo me sé lo que quieres. *(Se retira.)*

ESCENA OCTAVA

DÓRDALO, TÓXILO

DÓ.— Buena ha sido la zurra que acabo de repartir a todos al entrar: todo está hecho un asco, el mobiliario y la casa.

TÓ.— ¿Acabas ya de venir?

DÓ.— Aquí estoy de vuelta.

TÓ.— De verdad que no han sido pocos los servicios que te he prestado hoy.

DÓ.— Desde luego que sí, y no sabes lo agradecido que te quedo.

TÓ.— ¿Se te ofrece alguna otra cosa?

DÓ.— Que te vaya bien.

TÓ.— Esos augurios los voy a hacer verídicos ahora mismo en casa, que me voy a tumbar con tu liberta. *(Entra en casa.)*

ESCENA NOVENA

SATURIÓN, LA JOVEN (SU HIJA), DÓRDALO

SAT.— Muerto soy si no hago la perdición del tipo ese. Pero mira qué oportunidad, ahí está en persona a su puerta.

JO.— Buenos días, padre.

SAT.— Hola, hija mía.

DÓ.— ¡Ay, el persa me ha perdido!

JO.— *(A Dórdalo.)* Este señor es mi padre.

DÓ.— ¿Cómo, que tu padre? Desgraciado de mí, estoy perdido, ya puedo dar comienzo a mis lamentaciones por las sesenta minas.

SAT.— Te juro, indeseable, que vas a tener que hacer un lamento por tu propia persona.

DÓ.— ¡Muerto soy!

SAT.— Rufián, quedas citado ante los tribunales.

DÓ.— ¿Por qué motivo?

SAT.— Allí ante el juez te lo diré.

DÓ.— ¿No tomas testigos?

SAT.— ¡Bribón!, ¿voy yo a molestar a ninguna persona libre por causa tuya, que te dedicas al comercio de ciudadanos libres?

DÓ.— Déjame hablar.

SAT.— No te dejo.

DÓ.— Escúchame.

SAT.— Soy sordo. Hala, ven conmigo, tú, zorro, sinvergüenza, ladrón de jovencitas. Ven conmigo, hija, al juez.

JO.— Vale. *(Salen.)*

ACTO V

ESCENA PRIMERA

TÓXILO, LEMNISELÉNIDE, SAGARISTIÓN

TÓ.— Vencidos los enemigos, salvos los nuestros, restablecida la calma, firmada la paz, terminada la guerra, llevada a

cabo la empresa con buen éxito sin pérdida para el ejército y las reservas, Júpiter y vosotros, dioses todos de las celestes regiones que nos habéis prestado vuestra ayuda, yo os doy las gracias por habérseme permitido tomar venganza de mi enemigo. Ahora, para celebrar tal suceso, quiero repartir el botín entre mis camaradas. *(A los esclavos en la casa.)* Salid aquí, a la
758a puerta, quiero obsequiar a mis compañeros. Poned aquí los di-
759a vanes y demás como de costumbre. En primer lugar quiero que se ponga aquí una tinaja de vino [19] para que se pongan alegres, divertidos, de buen humor, los que han colaborado conmigo a la realización de mis planes, que es propio de una mala persona el saber aceptar beneficios y el no corresponder luego a ellos.

LE.— Tóxilo mío de mi alma, ¿por qué estoy yo separada de ti y tú separado de mí?

TÓ.— Hala, pues, ven para acá y abrázame.

LE.— Y tanto.

TÓ.— ¡Oh, no hay dulzura comparable a ésta! Ven, mi vida, vamos a acomodarnos en los divanes.

LE.— Yo no tengo otros deseos que los tuyos.

766a TÓ.— Lo mismo digo. Venga, venga, venga ya, Sagaristión, ponte tú aquí en el diván de cabecera [20].

767a SAG.— No tengo yo interés en ese sitio; venga, dame el compañero concertado.

TÓ.— Todo se andará.

SAG.— Se me hace demasiado largo.

TÓ.— Venga, acomódate. Vamos a festejar alegremente
769a este dulce día, se diría la fiesta de mi cumpleaños. *(A los escla-*

[19] Texto corrupto, pero en sí claro, de acuerdo con el contexto.

[20] O sea, el *summus lectus,* situado a la izquierda del *medius;* a la derecha de éste, el *imus,* destinado al señor de la casa; cf. J. MARQUARDT, 1886, págs. 302 ss.

vos.) Agua para las manos, poned la mesa. *(A Lemniselénide.)* 770
Toma esta corona de flores, tú, flor mía. Tú eres la reina del banquete.

LE.— *(A Pegnio.)* Anda, chico, inaugura la fiesta repartiendo siete venencias empezando por la cabecera, muévete, deprisa.

TÓ.— Pegnio, no te quedes atrás conmigo, trae, venga; a 772a
mi salud, a la vuestra, a la de mi amiga. Los dioses han colma 773a
do hoy mis deseos al concederme este día en el que puedo tenerte libre entre mis brazos.

LE.— A ti se te debe todo. 775

TÓ.— A la salud de todos; *(pasando la copa a Lemniselé-* 775a
nide) toma esta copa de mis manos en las tuyas, como corresponde entre enamorados.

LE.— Trae.

TÓ.— Toma.

LE.— A la salud del que me envidia y del que se congratula conmigo.

ESCENA SEGUNDA

DÓRDALO, TÓXILO, SAGARISTIÓN, PEGNIO, LEMNISELÉNIDE

DÓ.— *(Sin ver a los otros.)* A todos los mortales que son,
que serán y que fueron, y a todos los que están por venir, los
aventajo yo solo, yo, el hombre más desgraciado del mundo.
¡Perdido, muerto soy! ¡Qué día más aciago ha amanecido hoy 779-780
para ruina mía! Tal es la forma en que Tóxilo, envolviéndome
con sus patrañas, ha dado al traste con mis bienes. ¡Pobre de
mí, que he tirado a la calle y perdido un carro de dinero, sin te-
ner el objeto por el que lo tiré! ¡Maldito sea el dichoso persa
ese y todos los persas y personajes del mundo¡ Tóxilo ha sido
el autor de todo, pobre de mí. Por no haberle querido fiar el di- 785

nero ha ido y organizado toda esta serie de maniobras en contra mía. Te juro que, si lo dioses me dan vida, le voy a mandar a la horca y a ponerle en cadenas, si es que vuelve un día su amo con vida, como espero. Pero ¿qué ven mis ojos? Fíjate, fíjate, ¿puede uno creérselo? ¡Están ahí de copas! Voy a acercar-
789-790 me. *(Dirigiéndose a Tóxilo.)* Salud, buena pieza, y tú, modelo de liberta, lo mismo te digo.

TÓ.— Ahí está Dórdalo.

SAG.— Pues venga, dile que se acerque.

TÓ.— Dórdalo, ven para acá, si te place.

SAG.— ¡Venga, un aplauso!

TÓ.— Dórdalo, encanto, ¡salud! Aquí hay un sitio para ti, ven, colócate aquí. *(A los servidores.)* Dadle agua para los pies, hala, chico.

DÓ.— Mucho cuidado con ponerme un dedo encima, granuja, si no quieres que te haga morder el polvo.

PA.— Pues yo te voy a sacar los ojos con la venencia.

795 DÓ.— ¿Qué te parece, carne de horca, aguantapalos de profesión, qué vueltas que me has dado, cómo me has hecho caer en la trampa, cómo me has engañado con el persa?

TÓ.— Déjate aquí de reyertas, si tienes dos dedos de frente.

DÓ.— ¡Y tú, modelo de liberta, tú lo sabías todo y no me lo dijiste!

800 LE.— ¡Qué cosa más tonta el andar de pelea cuando se tiene ocasión de pasárselo bien! Guárdatelas para después!

801a DÓ.— Es que siento fuego en mi pecho.

801b TÓ.— *(A Pegnio.)* Pásale la jarra, apaga el fuego, que le prenda también la cabeza si se le quema el pecho.

DÓ.— Os estáis burlando de mí, bien lo veo.

805 TÓ.— Pegnio, aquí tienes un nuevo marica, venga, tómale el pelo como sabes tú hacerlo, aquí estamos entre nosotros. *(Pegnio se acerca a él.)* ¡Huy, eso es moverse con gracia, estupendo!

PE.— A mí me va el ser saleroso y, además, tengo gana de tomarle el pelo al rufián este, que bien merecido se lo tiene.

TÓ.— ¡Sigue, sigue!

PE.— ¡Toma, rufián, ahí tienes!

DÓ.— ¡Ay de mí, casi me tira al suelo!

PE.— ¡Toma, aquí tienes otra vez!

DÓ.— Anda, búrlate a tu antojo mientras que el amo está ausente.

PE.— *(Dándole otra vez.)* ¿Ves cómo te obedezco? Pero ¿por qué no me obedeces tú a mí también y sigues mi consejo?

DÓ.— ¿Qué consejo?

PE.— Coge una soga y cuélgate.

DÓ.— Mucho cuidado con tocarme, que te voy a dar una buena con este bastón.

PE.— Para ti la buena, te la regalo.

TÓ.— Pegnio, ya está bien.

DÓ.— Os juro que voy a acabar con vosotros.

PE.— Y contigo va a acabar el que vive en el piso de arriba, que te quiere mal y te lo hará también. Éstos aquí se lo callan, pero yo no.

TÓ.— *(A Pegnio.)* Venga, haz circular el vino con miel: sírvenos las copas llenas, ya hace mucho rato que no bebemos, llevamos mucho sin probar gota.

DÓ.— Ojalá os atragantéis.

SAG.— Oye, rufián, no puedo por menos de bailarte la danza esa que bailaba Hegeas [21]; mira, ¿te gusta?

TÓ.— Yo también voy a bailar la danza esa que bailaba Diodoro en Jonia.

DÓ.— Os la vais a ganar si no os largáis.

SAG.— ¿Te atreves a decir una sola palabra, sinvergüenza? Como me hagas cabrear, voy y te traigo otra vez al persa.

---

[21] Danzarín desconocido, como el Diodoro del verso siguiente (v. 826).

Dó.— Ya me callo. Tú eres, además, el persa que me ha pelado al cero.

Tó.— Calla, imbécil, éste es su hermano gemelo.

Dó.— ¿Que es su hermano gemelo?

Tó.— Su hermano gemelísimo.

Dó.— Los dioses todos y las diosas te confundan, a ti y a tu gemelo.

Sag.— ... que ha sido el que te ha dado la puntilla; yo no he tenido parte ninguna en ello.

Dó.— Pues ojalá recaiga en dato tuyo la culpa que tiene él.

Tó.— Venga, si os parece, vamos a tomarle el pelo.

Le.— Si no lo merece, no veo para qué. Y por lo que a mí toca, no está bien que lo haga.

Tó.— Sí, claro, por lo bien que se ha portado en el asunto de tu compra, ¿no?

Le.— De todos modos...

Tó.— Cuida de no ganarte una buena y ven conmigo. Tú no tienes más que obedecer a mis órdenes, que te juro que, si no llega a ser por mí y por mi protección, hubiera hecho de ti una prostituta de buenas a primeras; pero así suelen ser los libertos: si no le hacen la contra al patrono, les parece que no son bastante libres, o que no saben desenvolverse, o que les falta algo de se prestigio social; no están contentos si no le ultrajan, si no responden con ingratitud a sus beneficios.

Le.— Verdaderamente, la forma en que tú te has portado conmigo no puede sino inducirme a que obedezca a tus órdenes.

Tó.— Yo soy tu patrono, que soy quien ha entregado el dinero a éste por liberarte. *** Yo quiero tomarle el pelo ahora pero que de lo lindo.

Le.— Por lo que de mí depende, pondré lo que pueda de mi parte.

Dó.— Ésos están tramando hacerme alguna jugada.

Sag.— ¡Eh, vosotros!

Tó.— ¿Qué hay?

Sag.— ¿Es éste el rufián Dórdalo que hace aquí comercio de jóvenes libres?, ¿es éste el que en un tiempo era un tío con toda la barba?

Dó.— ¿Qué es esto? ¡Ay, qué torta me ha soltado! ¡Os la vais a ganar!

Tó.— Tú sí que te la has ganado y te la vas a seguir ganando.

Dó.— ¡Ay, qué pellizco en el trasero!

Pe.— Hay derecho, que ya hace tiempo que estás hecho a que te las den…

Dó.— ¿También tú tienes que meter baza?, ¡el mocoso este!

Le.— Mi querido patrono, por favor, ven a cenar.

Dó.— ¡Anda, ahora se burla también de mí el pasmarote este!

Le.— ¿Porque te invito a que te lo pases bien?

Dó.— ¡No quiero pasármelo bien!

Le.— Bueno, entonces, nada.

Tó.— ¿Y qué tal las seiscientas monedas? ¡Anda que no es nada los líos que están provocando!

Dó.— ¡Ay de mí, qué bien saben corresponder con su enemigo!

Sag.— Ea, ya basta.

Dó.— Lo confieso, me rindo.

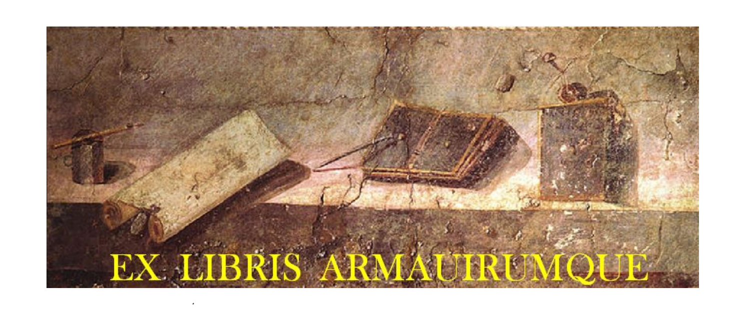
Tó.— Y luego te rendirás a la horca.

Sag.— Hala, dentro… a la horca.

Dó.— ¿Es que no basta ya lo recibido?

Tó.— Anda, que este encuentro con Tóxilo no se te olvida a ti así como así. Distinguido público, a pasarlo bien. El rufián está perdido.

El coro de actores.— ¡Un aplauso!



ÍNDICE GENERAL